

~~3 m. 5~~

~~4
6-741~~

Colección	Escuela
Sala	B
Estante	3
Numero	30

EJERCICIOS ESPIRITUALES
PARA TODOS LOS DIAS,

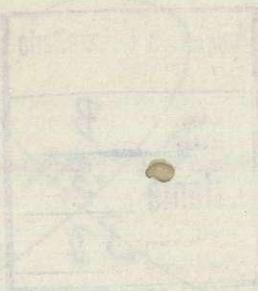
BIBLIOTECA MUNICIPAL REAL GRANADA	
Sala:	B
Estante:	5
Numero:	194

NUEVO
AÑO CRISTIANO.

0
EJERCICIOS ESPIRITUALES
PARA TODOS LOS DIAS.



CADIZ.
Imprenta de la REVISTA Mexica, plaza de la Constitución, núm. 11.
año 1843.



Handwritten red scribbles and markings at the top of the page.

BIBLIOTECA REAL GRANADA	
Salas:	
Estados:	
Numero:	100

NUOVO

ANNO CRISTIANO.

ESERCIZIO SPIRITUALI

PARA TODOS LOS DIAS



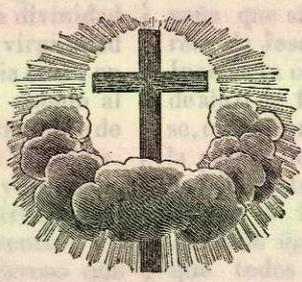
R-27-832

NUEVO AÑO CRISTIANO,

EXERCICIOS ESPIRITUALES PARA TODOS LOS DIAS,

Contiene la explicacion del misterio : la vida del Santo : la oracion, epistola y evangelio de la misa: y algunas aspiraciones y pensamientos religiosos sobre Dios y sus obras, esto es, sobre los misterios y atributos de la Divinidad, las maravillas de su creacion, los deberes que impuso al hombre, y los varios afectos del corazon humano.

Por Don Rufino de Angulo.



CADIZ.

Imprenta de la REVISTA MEDICA, plaza de la Constitucion, núm. 11.

ENERO 1843.



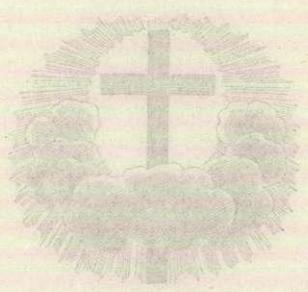
R-54835

LIBRO NUEVO AÑO CRISTIANO.

LIBRO DE LOS DIAS
PARA TODOS LOS DIAS

Contiene la explicacion del misterio : la vida del santo : la oracion.
Siendo esta obra propiedad particular, no podrá ser reimpresa sin consentimiento de su dueño; y para evitar todo fraude llevarán los ejemplares legítimos una marca ó contraseña.
Los derechos que impuso al hombre, y los varios afectos del
total humano.

Por Don Benigno de Sanguino.



CADIZ.

Imprenta de la Revista Médica, plaza de la Constitución, núm. 11.

Año 1813.

NUEVO AÑO CRISTIANO,

O EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA TODOS LOS DIAS.

ABRIL.

EL PATROCINIO DE SAN JOSE

QUE CORRESPONDE A LA DOMINICA TERCERA DESPUES DE LA PASCUA
DE RESURRECCION.

Ningun obsequio se tributaba al glorioso san José en los primeros siglos de la iglesia, no obstante que por institucion de los apóstoles y de los preladados que les sucedieron, se celebraba la memoria de la Virgen Maria, y la de los mártires que sellaron con su sangre la doctrina del Redentor. Y no es extraño que no tuviese culto en aquel tiempo, pues la division que trataban de introducir en la iglesia los hereges que impugnaban la divinidad de Jesucristo, y la perpetua virginidad de su santísima Madre, tenia como en suspenso el culto que era debido al varon justo, que mereció el nombre de esposo de Maria y de padre de Jesus. Pero aniquilada la heregía, y triunfante la verdad sobre sus doctrinas emponzoñadas, la iglesia presentó á los fieles el patrocinio mas poderoso que la religion podía ofrecerles en sus trabajos y miserias, enseñándoles que entre los intercesores que pueblan la corte celestial, ninguno como S. José goza de mas soberano influjo con el padre de las misericordias.

El papa Gregorio quince estableció en la iglesia latina la festividad de san

José, cuyo nombre era venerado desde tiempo inmemorial, como se deduce de algunos breviarios antiguos. Pero entre todos los que han conservado veneracion ácia este santo patriarca, ninguno como el orden de los carmelitas, que en el oriente y en el occidente se mantuvo constantemente adicto á este culto venerado. Y á los esfuerzos y súplicas de la congregacion de carmelitas descalzos de España que siguió la regla de santa Teresa de Jesus, espidió la santidad de Inocencio onceno un decreto el dia 6 de abril de 1682, para que se celebrase, en la dominica tercera despues de la pascua de Resurreccion, la festividad del Patrocinio del Esposo de la Madre de Dios. Desde entonces ha quedado fijada esta solemnidad, en la que todos los fieles elevan al Altísimo sus votos y sus súplicas por medio del santo patriarca, que interpone para con el Señor el influjo que le dá la gerarquia á que fué elevado por disposicion del Todopoderoso. Y el hombre que cruza en su miseria por este valle de dolor, arrostra sus tribulaciones y su padecer, elevando

las preces de su corazon al que no ha desoido nunca al desgraciado que le implora con fé sincera, pues su santo patrocinio se ha manifestado frecuentemente en todas las circunstancias, en que el hombre, habiendo apurado

los recursos de su miseria, solo confia en esta gloriosa proteccion que sostiene su esperanza, y que puede elevarle desde lo hondo de su infortunio, á la ventura suprema de la inmortalidad.

O EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA TODOS LOS DIAS.

ABRIL.

EL PATROCINIO DE SAN JOSE

QUE CORRESPONDE A LA DOMINICA TERCERA DESPUES DE LA PASCHA DE RESURRECCION.



tribulaciones y su padecer, elevando por este valle de dolor, arrostra sus el hombre que cruza en su miseria por disposicion del Todopoderoso. Y le dá la garandina á que fue elevado pone para con el Señor el influjo que medio del santo patricio, que inter- tismo sus votos y sus súplicas por que todos los fieles elevan al Al- quedado fijada esta solemnidad, en la Madre de Dios. Desde entonces ha had del Patrocinio del Esposo de la se, en la dominica tercera despues de abril de 1682, para que se celebra- Inocencio onceno un decreto el dia 6 res de Jesus, espido la santidad de paña que siguió la regla de santa Te- ron de carmelitas descalzas de Es-

en la iglesia latina la festividad de san papa Gregorio quince estableció parte de las misericordias. goza de mas soberano influjo con el corte celestial, ninguno como S. José entre los intereses que pueblan la la religion podia ofrecerles en sus fieles el patrocinio mas poderoso que ponzoñadas la iglesia presento á los te la verdad sobre sus doctrinas em- Pero aniquilada la herexia y triunfa- esposo de Maria y de padre de Jesus. varon justo, que mereció el nombre de suspenso el culto que era debido al de su santísima Madre, tenia como en de Jesucristo, y la perpetua virginidad hereses que impugnanaban la divinidad taban de introducir en la iglesia los

es están que no t... que el tiempo, pues la... sangre la doctrina... de los mártires... praba la memoria de... prelabos que les su... institucion de los... glos de la iglesia, no... glorioso san José en... Ningun obsequio



J. Hugo C.

DIA PRIMERO.

SAN HUGO OBISPO DE GRENOBLE.

El año de 1053 nació Hugo, de una familia distinguida por su nobleza y su piedad, en Casttel-nuevo á orillas del Ysere, diócesis de Valencia en el Delfinado. Su padre llamado Odilon fué un caballero muy distinguido en la carrera de las armas, y acabó su vida en la Cartuja, haciéndose discípulo de san Bruno. Su madre era una piadosa señora, que guió sus felices disposiciones por el sendero de la virtud, inculcando en su corazón la mas sana doctrina. Las rectas inclinaciones de Hugo favorecieron sus intentos, y sus felices disposiciones le hicieron adelantar en sus estudios considerablemente, en términos que para llegar á la perfeccion emprendió algunos viages á los reinos vecinos. Su aplicacion no disminuyó en nada su fervor ni su piedad, nutriendo la devocion con sigilosas y bien dirigidas penitencias.

Regresó á Valencia al terminar sus estudios, y le dieron una canongia; en cuyo período fué su vida tan retirada y egemplar, que Hugo obispo de Díe, y legado del papa Gregorio octavo, y despues arzobispo de Leon, prendado de sus felices disposiciones, y de su virtud, determinó llevarle consigo, y darle parte en el ministerio de su legacía. Desempeñó su encargo con tanto celo, y sus egemplos y sermones fueron tan provechosos para el clero y el pueblo, que hallándose en Aviñon donde el legado celebraba un concilio, vinieron dele-

gados de la iglesia de Grenoble, cuya silla episcopal estaba vacante, á pedirle por obispo á nuestro santo. Concedióselo asi el legado, y á pesar de la resistencia que oponia su humildad, lo llevó á Roma, donde el pontifice se dignó consagrarle por su misma mano. La condesa Matilde cooperó á esta augusta ceremonia proveyendo con liberalidad para todos los gastos, y regalando al nuevo obispo el báculo, los ornamentos del pontifical, y los comentarios de san Agustin sobre los salmos.

Al regresar á su iglesia quedó penetrado del mas intenso dolor, viendo el estado lastimoso en que se hallaba toda la diócesis. La usura, la simonia y las disoluciones reinaban no solo en el pueblo, sino que se habian apoderado hasta de los que debieran predicar la virtud y la abnegacion. Semejante estado le llenaba de desconsuelo, y pasaba los dias y las noches en la oracion y en el llanto: ofrecía á Dios sus privaciones y austeridades por la redencion de su grey, y al mismo tiempo la exhortaba é instruía con sus visitas y egemplos, para que huyera de la perdicion en que irremisiblemente iba á precipitarse.

Dios echó la bendicion á sus trabajos apostólicos, y su desinteresado y puro celo se vió dignamente premiado. Su paciencia, su apacibilidad, su dulzura, y su ejemplo, movieron aquellos ánimos contaminados, y conquis-

taron para Dios sus corazones empedernidos. Mucho tuvo que trabajar y que padecer para corregir y enseñar á aquel pueblo grosero é ignorante, pero Dios premió su resignacion y perseverancia, coronando cumplidamente su obra. Sin embargo, solo su virtud y su abnegacion hubieran sido capaces de someterse á las penalidades y privaciones que le cercaron por conseguirla, pues durante tres ó cuatro años careció hasta de lo mas necesario para su sustento, habiendo dejado disipadas las rentas del obispado la mala administracion de sus predecesores.

Estos contratiempos alegraban su corazon, pues los tomaba como una penitencia, por haberse rendido con demasiada facilidad á aceptar el obispado. Y no obstante, aumentándose diariamente sus escrúpulos, dejó su silla secretamente al cabo de dos años, y vistió la cogulla de san Benito en la abadía de la Casa de Dios, diócesis de Clermont en Auvernia.

Informado Gregorio octavo de este suceso le ordenó bajo precepto formal que regresase á su iglesia. Obedeció el santo monge, y el gozo de su regreso disipó la consternacion que su precipitada fuga habia causado en sus ovejas. Este acontecimiento aceleró la reforma general de las costumbres, pues temerosos de perderle otra vez, se empeñaron en corresponder á los esfuerzos de su celo religioso.

A los tres años de este suceso vió Hugo en sueños siete estrellas resplandecientes, que desprendiéndose del cielo, vinieron á esconderse en un desierto horroroso de su diócesis llamado la Cartuja. A los pocos dias, se le presentó el famoso san Bruno con seis de sus compañeros, pidiéndole un lugar de su obispado para echar los primeros cimientos de aquel orden célebre, ornamento precioso de la iglesia, que se estendió por todo el universo, conservando por dilata-

dos siglos el rigor de su primitivo instituto, y perpetuando el fervor, la soledad, y el retiro de los antiguos anacoretas. San Hugo los recibió con indecible gozo, acordándose del sueño, y les edificó á su costa la capilla y las celdas en el desierto de la Cartuja á cinco leguas de Grenoble, declarándose su protector y su padre, y haciéndose poco despues el menor de sus compañeros.

Contento con tener en su obispado lo que habia ido á buscar en la casa de Dios en el desierto, se retiraba á la Cartuja todo el tiempo que le dejaban libre las ocupaciones de su ministerio episcopal. Y en el recinto del nuevo instituto era el primero en la humildad, en el fervor, y en el coro, pues su oracion era continua, su ayuno no interrumpido, y su penitencia estremada. Ocupábase en los quehaceres mas bajos de la comunidad, para probar que en el servicio de Dios no habia rango ni distincion alguna, sino que el mas humilde era el mas afecto y el mas ensalzado.

Su resignacion, su paciencia y su dulzura eran estremadas, soportando las tribulaciones, mas que como humana criatura, como un ángel del cielo. Purificóle el Señor por espacio de cuarenta años con molestísimas tentaciones, pero supo resistirlas y dominarlas, ofreciendo en las aras de su Dios sus combates y sus amarguras. Pero se vió premiado con largueza despues de estas horas de padecer, porque sintió en su alma las dulzuras celestiales que cicatrizan con su bálsamo secreto las mas incurables heridas, y lágrimas abundantes desahogaban la opresion de su pecho, dejándole la dulce y templada fruicion que le producía el convencimiento de su rectitud.

Su justificacion y desinterés le hicieron árbitro de todas las diferencias, y aunque era de apacible carácter, no carecia de energia cuando se trataba de los intereses de la iglesia.

de Dios. Mostró su teson en el concilio de Viena en el Delfinado, que se celebró en el año de 1112 contra los escesos que el emperador Enrique cuarto había cometido en la persona del papa Pascasio segundo, y tambien contra el antipapa Pedro de Leon llamado Anacleto, y en defensa del legitimo pontifice Inocencio segundo. A pesar de la amistad que profesaba al antipapa Anacleto, se reunió con otros obispos en Puy de Velay para escomulgarle, y su decision y esfuerzos contribuyeron mucho á estinguir el cisma en Francia.

Inocencio tuvo que refugiarse en este último pais, perseguido por su cismático concurrente, y Hugo salió á Valencia á recibirle y besarle el pié. Entonces le suplicó con instancia que nombrase nuevo prelado para la iglesia de Grenoble, pues su mucha edad y sus achaques no le permitian seguir con su gobierno. Negóse el pontifice porque le eran notorios sus virtudes y sus méritos, recomendandole únicamente que moderase sus penitencias y privaciones.

Volvió á reproducir sus súplicas nuestro santo, y viendo el pontifice que se habian agravado sus padecimientos, y que se habia debilitado su memoria con su larga enfer-

medad, le admitió la renuncia, y nombró para sucederle á un cartujo llamado tambien Hugo, que despues fué arzobispo de Viena.

Retiróse nuestro santo á la Cartuja, en donde su padre Odilon habia acabado tambien dichosamente sus dias: y estenuado por sus penitencias y trabajos apostólicos, purificado por las enfermedades, y lleno de merecimientos, murió en Grenoble á los pocos meses de su renuncia, teniendo mas de ochenta años de edad, el dia primero de abril de 1132.

Cinco dias estuvo espuesto el cadáver á la veneracion de los fieles, manteniéndose tan fresco y tan flexible, como si estuviese vivo. El concurso que se multiplicaba diariamente impedia darle sepultura, y para conseguirlo, fué preciso hacerle creer que se iba á exponer en el templo á la pública devocion. Enterrósele en la iglesia de santa Maria, y el papa Inocencio segundo que tenia conocida la virtud de nuestro santo, mandó al beato Guido quinto prior de la Cartuja, y amigo de san Hugo, que reuniese en una breve memoria sus virtudes y milagros: y habiéndola leído y aprobado, le canonizó solemnemente en el año de 1134, estando en Pisa celebrando un concilio.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

Aquel dia abruzará en el mundo de todos los siglos presentes, pasada En Roma de santa TEODORA hermana del muy ilustre mártir san Hermes, martirizada en tiempo del emperador Adriano, por orden de Aureliano su prefecto: su cuerpo fué sepultado en la via Salaria, no muy distante de la ciudad.

En Roma de san VENANCIO arzobispo de Toledo, que dió su vida por la fé de Jesucristo en Dalmacia: su cuerpo fué trasladado á Roma donde se venera.

En Egipto de SAN VICTOR y ESTEBAN mártires.

En Armenia de SAN QUITIANO é IRENEO que derramaron su sangre por proclamar la fè del Crucificado.

En Constantinopla de SAN MACARIO confesor, que murió desterrado por el emperador Leon, enemigo del culto de las santas imágenes.

En la diócesis de Amiens de SAN VALERIO abad, cuyo sepúlcro se hizo

célebre por sus muchos milagros.

Además se hace conmemoracion en España de SAN TESIFON discipulo de Santiago, primeramente lector, y despues ordenado obispo por san Pedro: predicó en las Alpujarras, Baza, y Huescar, y murió quemado por confesar su doctrina.

LA MISA ES DEL COMUN DE CONFESOR Y PONTIFICE Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Te suplicamos, Señor, que oigas las pæces que te dirigimos en la festividad de tu bienaventurado confesor y pontifice Hugo, y que nos ab-

suelvas de todos nuestros pecados por los merecimientos é intercesion del que mereció servirte dignamente. Por nuestro señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DEL APOSTOL SAN PABLO A LOS HEBREOS CAPITULO 5.º

Hermanos: Todo pontifice tomado de entre los hombres, es puesto á favor de los hombres en aquellas cosas, que tocan á Dios, para que ofrezca dones, y sacrificios por los pecados. El cual se pueda condoler de aquellos, que ignoran y yerran: por

cuanto él tambien está cercado de enfermedad: Y por esta causa debe, como por el pueblo, asi tambien por sí mismo ofrecer por los pecados. Y ninguno usurpa para sí esta honra, sino el que es llamado de Dios, como Aaron.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 25 DE SAN MATEO.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola. Un hombre

que debia ir muy lejos, llamó á sus siervos, y les entregó sus bienes: Y

dejó á uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro uno, á cada uno segun su capacidad, y se partió luego. El que habia recibido los cinco talentos, se fué á negociar con ellos, y ganó otros cinco. Asimismo el que habia recibido dos, ganó otros dos. Mas el que habia recibido uno, fué y cavó en la tierra, y escondió allí el dinero de su Señor. Despues de largo tiempo vino el Señor de aquellos siervos, y los llamó á cuentas. Y llegando el que habia recibido los cinco talentos, presentó otros cinco talen-

tos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aqui otros cinco que he ganado de mas. Su Señor le dijo; muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor. Y se llegó tambien el que habia recibido los dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, aquí tienes otros dos que he ganado. Su Señor le dijo: bien está, siervo bueno y fiel: por que fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor.

MEDITACION.

EL JUICIO FINAL.

Piensa ahora, hermano, en el juicio final, para que por esta consideracion se despierten en tu ánima aquellos dos tan principales afectos, que debe tener todo fiel cristiano, conviene saber, temor de Dios, y aborrecimiento del mundo.

Piensa, pues, primeramente cuán terrible será aquel dia, en el cual se averiguarán las causas de todos los hijos de Adan, y se concluirán los procesos de nuestra vida, y se dará sentencia definitiva de lo que para siempre ha de ser.

Aquel dia abrazará en sí los dias de todos los siglos presentes, pasados, y venideros: porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos: y en él derramará Dios la ira y saña que tiene recogida en todos los siglos.

Pues que tan arrebatado saldrá entonces aquel tan caudaloso rio de la

indignacion divina, teniendo tantas acogidas de ira y saña, cuantos pecados se han hecho, desde el principio del mundo hasta ahora! Por esto con mucha razon dice el profeta, aquel dia será dia de ira, dia de calamidad y de miseria, dia de tinieblas y de torbellinos, dia de trompeta y de sonido sobre las ciudades fuertes, y sobre las altas esquinas.

Lo segundo, considera las señales espantosas que precederán á este dia: porque (como dice el Salvador) antes que venga este dia habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y finalmente en todas las criaturas del cielo, y de la tierra. Porque todas ellas sentirán su fin antes que fenezcan, y se estremecerán y comenzarán á caer, primero que del todo caigan. Mas los hombres, dicen que andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espan-

tosos de la mar, y viendo las grandes olas y tormentas que levantará: bar-runtando por aquí las grandes calamidades y miserias con que amenazan al mundo tan temerosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas, antes de la muerte muertos, y antes del juicio sentenciados: midiendo los peligros con sus temores, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ageno, aunque sea padre de hijo, ni hijo de padre. Nadie habrá para nadie: porque nadie bastará para sí solo.

Las sibilas dicen, que en este tiempo andarán las bestias dando bramidos por los campos, y por las ciudades: y que los árboles sudarán sangre: y que la mar dejará en seco sus pescados. Mas si esto no se recibe, mucho mas es lo que en el evangelio se nos dice: porque mas es secarse los hombres, que secarse la mar, y mas es moverse las virtudes de los cielos, que todas las criaturas de la tierra.

Lo tercero, considera aquel diluvio universal de fuego que vendrá delante del juez, y aquel sonido temeroso de la trompeta que tocará el arcángel, para convocar á todas las generaciones del mundo; á que se junten en un lugar, y se hallen presentes en juicio: y sobre todo, la magestad espantable con que ha de venir el juez, la cual describe el profeta Nahum por estas palabras.

«El Señor vendrá como una tempestad y torbellino arrebatado, y sus pies levantarán una grande polvareda delante de sí. Indignése contra la mar y secóse, y todos los rios de la tierra se agotaron. El monte Bafan y Carmelo se marchitaron, y la flor del Libano se cayó. Los montes se estremecieron delante de él, y los collados quedaron asolados. La tierra tembló de su presencia, y el mundo, y todos los moradores de él. ¿Quién parecerá ante la cara de su indignacion? y quién resistirá la ira de su furor?

Y su indignacion se derramó como fuego: y las piedras se hicieron polvo delante de él.»

Despues de esto considera cuan estrecha será la cuenta que allí á cada uno se pedirá.

Verdaderamente, dice Job, no podrá ser el hombre justificado, si se compara con Dios. Y si se quisiere poner con él en juicio, de mil cargos que le haga, no le podrá responder á solo uno. Pues qué sentirá entonces cada uno de los malos, cuando entre Dios con él en este ecsámen, y allá dentro de su conciencia le diga así? Ven acá, hombre malaventurado ¿qué viste en mí, por qué así me despreciaste, y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te levanté del polvo de la tierra, y te crié á mi imágen y semejanza, y te di virtud y socorro con que pudieses alcanzar mi gloria. Mas tú menospreciando los beneficios, y mandamientos de vida, que yo te di, quisiste mas seguir la mentira del engañador, que el consejo saludable de tu Señor. Para librarte de esta caída descendí del cielo á la tierra, donde padecí los mayores tormentos y deshonoras que jamás se padecieron. Por tí ayuné, caminé, velé, trabajé, y sudé gotas de sangre. Por tí sufrí persecuciones, azotes, blasfemias, escarnios, bofetadas, deshonoras, tormentos, y cruz. Por tí, finalmente, nací en mucha pobreza, viví con muchos trabajos, y morí con gran dolor. Testigos son esta cruz y clavos que aqui parecen: testigos estas llagas de pies y manos que en mi cuerpo quedaron: testigos el cielo y la tierra delante de quien padecí: y testigos el sol y la luna que en aquella hora se eclipsaron. ¿Pues qué hiciste de esa alma tuya, que yo con mi sangre hice mia? ¿En cuyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? Oh! generacion loca y adúltera ¿por qué quisiste servir mas á ese enemigo tuyo con trabajo, que á mi tu Criador y Redentor con alegría? Espantaos, cie-

los, sobre este caso, y vuestras puertas se caigan de asombro: porque dos males ha hecho mi pueblo. Me desampararon que soy fuente de agua viva: y desampararonme por otro Barrabás. Llaméos tantas veces, y no me respondisteis: toqué á vuestras puertas, y no despertasteis: estendi mis manos en la cruz, y no las mirasteis: menospreciasteis mis consejos, y todas mis promesas y amenazas: pues decid ahora, vosotros ángeles: juzgad, vosotros jueces, entre mí y mi viña, ¿qué mas debí yo hacer por ella de lo que hice?

Pues ¿qué responderán aquí los malos? los burladores de las cosas divinas? los mofadores de la virtud? los menospreciadores de la simplicidad? los que tuvieron mas cuenta con las leyes del mundo, que con las de Dios? los que á todas sus voces estuvieron sordos? á todas sus inspiraciones insensibles? á todos sus mandamientos rebeldes? y á todos sus azotes y beneficios ingratos y duros? ¿Qué responderán los que vivieron como si creyeran que no habia Dios? y los que con ninguna ley tuvieron cuenta, sino con solo su interes? ¿Qué hareis los tales (dice Isaias) en el dia de la visitacion y calamidad que os vendrá de lejos? ¿A quién pedireis socorro? y qué os aprovechará la gloria de vuestras riquezas, para que no seais llevados en hierros, y caigais entre los muertos?

Despues de todo esto considera la terrible sentencia que el juez fulminará contra los malos, y aquella temerosa palabra que hará retiñir las orejas de quien la oyere. Sus labios (dice Isaias) están llenos de indignacion: y su lengua es como fuego que traga. ¿Qué fuego abrasará tanto como aquellas palabras? Apartaos de mí, malditos, al fuego perdurable. Esta es la mas recia palabra que se puede decir á una criatura: porque por este apartamiento se entiende la pena que dicen de daño,

que es un despojo universal de todas las cosas, y una privacion de aquel sumo bien, en quien están todos los bienes. Pues ¿á donde irán Señor, los que de tí se apartaren? á qué puerto se acogerán? á qué señor servirán? Los que de tí se apartaren, serán escritos en la tierra, porque desampararon la vena de aguas vivas: que es el Señor. La mayor pena con que castigaban los romanos á un ciudadano por algun gravísimo delito, era desterrándole de aquella noble ciudad y policia de Roma, echándole en algunas islas apartadas entre gente bárbara.

Pues si tan gran pena era carecer de Roma, ¿qué será carecer de la compañía de Dios, y de todos los escogidos, é ir para siempre desterrado á la compañía de Satanás, y de aquellos bárbaros infernales?

Apartaos, dice, malditos. Como si digera. Rogueos con la bendicion, y no la quisisteis: ahora tomad la maldicion á vuestro pesar. Amó el malo, dice el profeta, la maldicion, y le comprendió: y desechó la bendicion, que Dios le ofrecia, y se alejó de él. Maldijo Dios á la higuera, y secáronse luego, no solamente las hojas, sino tambien el tronco, y las raices, para nunca jamas fructificar: y de esta manera comprenderá la maldicion á estos miserables, quitándoles del todo la esperanza de salud, y de todo fruto y merecimiento para siempre jamas.

Mas ¿á dónde, Señor, los enviais? Al fuego perdurable. ¿Qué cama esta para delicados y regalados? Quién de vosotros, dice el profeta, podrá morar con los ardores sempiternos? quién podrá hacer vida con el fuego abrasador? Qué mayor maldicion puede ser que esta? Qué calamidad? qué sentencia? Qué desventura se puede comparar con la sombra de esta?

Este es aquel terrible y espantoso fuego que encarece Isaias por estas palabras. Se volverán sus arroyos, en pez derretida: y el polvo de

la tierra en piedra azufre, y la misma tierra será toda una pez ardiente. Nunca dejará de arder noche y dia, ni dejará jamás de subir á lo alto

el humo de ella: de generacion en generacion será destruida: y en los siglos de los siglos no habrá quien pase por ella.

de la apartaron? á qué punto se acor-
terán, á qué señor servirán? Los que
se apartaron, serán escritos en la
tierra, porque desampararon la vena
de aguas vivas, que es el Señor. La
mayor pena con que castigaban los
romanos á un ciudadano por algun
gravísimo delito, era desterrarlo de
la aquella noble ciudad y poñerlo de
Roma echándole en algunas islas
apartadas entre gente bárbara.

Pues si tan gran pena era echa-
cor de Roma, ¿que será castigar de
de los Dios, y de todos los
para siempre destar-
ta de Satanas, y de
infernales?



malos? los apartadores de las cosas
divinas? los apartadores de la
mensajeros de la
los que tuvieron mas de
leyes del mundo, que
los que á todas sus
sorbo? á todas sus
sensibles? á todos sus
rebeldes? y á todos sus
necios ingratos y de
pondrán los que vivan
creyeron que no había
que con ninguna ley tuvieron enen-
ta, sino con solo su interés? ¿Que
barras los tales (dice Isaias) en el dia
de la visitacion y calamidad que os
vendrá de lejos? ¿A quien pediréis
socorro? y que os aprovechará la glo-
ria de vuestras riquezas, para que no
seais llevados en fuertes y cargais
entre los muertos?

Después de todo esto, considerad
la terrible sentencia que el juez tal-
mirará contra los malos, y apun-
temerosas palabras que hará retinar
las orgas de quince la ovato. Sus
labios (dice Isaias) están llenos de
indignacion, y su lengua es como
fuego que traga. ¿Qué fuego abrasa-
rá tanto como aquellas palabras? A-
partados de un malibiles, al fuego par-
durable. Esta es la mas terribil pa-
labra que se puede decir á un cri-
tura: porque por este apartamiento
entende la pena que dicen de daño

Este es aquel terrible y espanto-
so fuego que envitece Isaias por es-
tas palabras. Se volverán sus arro-
vos en pez derretida, y el polvo de

aparicion que se
viva: y desampararon por otro
Barrabas. Llamados tantas veces, y no
me respondisteis: toqué á vuestras
puertas, y no abierstais: estendi
mis manos en la cruz, y no las mi-
rasteis: menospreciasteis mis conse-
jos, y todas mis promesas y amena-
zas: pues decid ahora, vosotros an-
gelos: juzad, vosotros jueces, entre
mi y mi vida, ¿que mas debi yo hacer
por ella de lo que hicier?

Pues ¿que responderán aquí los
malos? los apartadores de las cosas
divinas? los apartadores de la
mensajeros de la
los que tuvieron mas de
leyes del mundo, que
los que á todas sus
sorbo? á todas sus
sensibles? á todos sus
rebeldes? y á todos sus
necios ingratos y de
pondrán los que vivan
creyeron que no había
que con ninguna ley tuvieron enen-
ta, sino con solo su interés? ¿Que
barras los tales (dice Isaias) en el dia
de la visitacion y calamidad que os
vendrá de lejos? ¿A quien pediréis
socorro? y que os aprovechará la glo-
ria de vuestras riquezas, para que no
seais llevados en fuertes y cargais
entre los muertos?

Después de todo esto, considerad
la terrible sentencia que el juez tal-
mirará contra los malos, y apun-
temerosas palabras que hará retinar
las orgas de quince la ovato. Sus
labios (dice Isaias) están llenos de
indignacion, y su lengua es como
fuego que traga. ¿Qué fuego abrasa-
rá tanto como aquellas palabras? A-
partados de un malibiles, al fuego par-
durable. Esta es la mas terribil pa-
labra que se puede decir á un cri-
tura: porque por este apartamiento
entende la pena que dicen de daño



S. Francisco de Paula. F. 1701.

DIA DOS.

SAN FRANCISCO DE PAULA CONFESOR.

Paula, ciudad pequeña de la Calabria, tuvo la gloria de ser la cuna de Francisco que nació en el año de 1416 de Jacobo Bartolilo, por otro nombre Salicon, y Viana de Fuscaldo. Esta piadosa pareja se persuadió de que el niño era fruto de un voto hecho á Dios, por la intercesion de san Francisco de Asis, cuyo nombre le pusieron: y habiendo nacido con una nube en un ojo, hicieron nueva promesa de que vestiria por espacio de un año el hábito de san Francisco, y que durante este periodo se criaria en uno de sus conventos; con lo cual se desvaneció la nube, y recuperó perfectamente la vista.

Los desvelos de la madre por su santa educacion se vieron ayudados poderosamente por las inclinaciones del niño, cuya devocion se anticipó á los años, dando principio desde su infancia á una vida de oracion y penitencia.

Así que el niño tuvo trece años, le

I

entregaron los padres, cumpliendo con su voto, á los religiosos de san Francisco, en el convento de san Marcos, que no distaba de Paula mas que una legua. Al punto conocieron en el niño una docilidad estremada, un entendimiento justo, una prudencia superior á sus años, y un rendimiento y fervor tan grandes, que quedaron asombrados del prodigio. Y no queriendo desprenderse de aquel tesoro, hicieron cuanto les fué dable por mantenerle en su poder; pero el término de la promesa habia concluido, y Francisco, con licencia de sus padres, marchó á visitar el santuario de nuestra señora de los ángeles de Asis, y los santos lugares de Roma. Al regresar de su peregrinacion, visitó los monasterios mas célebres, y hallándose de vuelta en su casa cuando tenia poco mas de catorce años, obtuvo licencia para retirarse al desierto, á donde le llamaba el espíritu de Dios.

II

Esta santa resolucion en una edad tan tierna, hizo que acudiesen muchos á visitar al jóven ermitaño, para admirar su abnegacion y heroísmo. Pero estas visitas interrumpian sus oraciones, y turbaban la quietud de su alma fervorosa. Para evitarlo, se internó en las breñas del desierto, y en

una roca que se elevaba sobre el mar, abrió con sus manos una gruta que le sirviese de morada. Y renovando en sus juveniles años el fervor de los antiguos anacoretas, los escedió en la abstinencia y en los rigores con que atormentaba su vida.

Las yerbas silvestres del vecino

bosque eran su único sustento, y un arroyo que á larga distancia corria, mitigaba su sed en épocas determinadas: un áspero cilicio rodeaba su cuerpo delicado, y para encubrirlo vestia un sayo tosco y grosero. La oracion ocupaba todas sus horas, y el poco tiempo que dedicaba al descanso, lo pasaba sobre el duro suelo de la roca.

Así vivió hasta la edad de diez y nueve años, en que se rindió á las súplicas de algunos fervorosos mancebos, que desearon ser sus discípulos y vivir en su compañía. Entonces condescendió en que se labrasen tres celditas, y se erigiese una capilla, donde venia á decirles misa un clérigo de la parroquia inmediata, dando principio de este modo á aquella ilustre religion, que se singularizó mas que ninguna otra por su cuarto voto de abstinencia, y que ha llegado á ser uno de los mas preciosos ornamentos de la iglesia de Jesucristo.

Creciendo diariamente el número de los que venian á habitar en el desierto bajo su direccion, se vió precisado á edificar un nuevo monasterio; pero habiéndole trazado estrecho y diminuto, se le apareció impensadamente un fraile francisco, que le convenció era preciso darle una capacidad proporcionada al objeto á que se iba á destinar: acto continuo el mismo religioso formó el plan, trazó sus dimensiones y repartimientos, y desapareció. Este suceso hizo

creer piadosamente al papa Leon décimo, que este religioso habia sido el mismo san Francisco de Asis.

Es imposible describir el empeño y buena voluntad que todos manifestaron para llevar á cabo esta obra. Los operarios acudian en tropas, y trabajaban por devocion sin ser gravosos á Francisco. Caballeros de rango, y hasta señoras principales cooperaron no solo con sus donaciones, sino que se consideraron honrados conduciendo con sus delicadas manos los materiales para el edificio, á par de los jornaleros. Por último, Dios intervino tambien con su poder, pues á la voz de nuestro santo se obraron tantas maravillas, que llenaron de admiración á las innumerables gentes que fueron testigos oculares de ellas.

Sanó á un enfermo que no podía tenerse en pié, con solo haberle mandado llevar en sus hombros un andamio de tanto peso, que muchos hombres no hubiesen podido mover. Desprendióse del monte un peñasco que amenazaba destruir de un golpe todo el edificio, y con solo levantar las manos al cielo, el peñasco quedó suspendido en lo alto de la montaña. Faltó agua para los trabajadores, y á sus súplicas brotó un manantial de la peña. En una palabra, no habia día que no fuese señalado con algun nuevo prodigio: no habia hora en que aquella muchedumbre no ensalzara la providencia de su Dios, que de tal modo patentizaba la santidad de su siervo.

III

El monasterio quedó concluido, y el arzobispo de Cosenza persuadido que el nuevo instituto era obra de Dios, permitió á Francisco que fundase conventos en toda la estension de

su diócesis. Los obispos inmediatos siguieron su ejemplo, y los discípulos de nuestro santo se vieron en Paterno, en Specia, y en Corigliano. Los sicilianos tambien quisieron

tener en su territorio esta nueva institucion, y pidieron á Francisco algunos religiosos de la órden; pero el santo quiso ir en persona con algunos hijos suyos, y habiéndose negado un patron á recibirlos en su barco, hizo un nuevo prodigio pasando con los suyos el estrecho de Sicilia sobre los pobres mantos que llevaban.

Muchas fundaciones hizo en esta isla, como en otras partes; pero lo que dió á conocer mas positivamente la proteccion que Dios dispensaba á esta nueva órden, fué el milagroso suceso que tuvo lugar en su misma familia.

Tenia un sobrino á quien aconsejaba diariamente que entrase en la religion; pero el amor que le tenia su madre, que era hermana de nuestro santo, inutilizaba sus repetidos consejos. Durante esta alternativa muere el jóven, y conducen á su cadáver á la iglesia del convento para darle sepultura: despues que se le hubo cantado el oficio de difuntos, ordenó san Francisco que en lugar de conducirlo á la bóveda, lo llevaran á su celda. Asi que se vió solo, se arrodilló junto al cadáver, y pidió al Señor un milagro de su omnipotencia. Apenas habia pronunciado su deseo, cuando el muerto se levantó, y el soplo de la vida circulaba nue-

vamente por su cuerpo con el mismo vigor que antes.

Al dia siguiente se presentó la madre llorosa en el convento á pedir consuelos á su hermano.

—Dios me ha castigado, le dijo, por haberme opuesto á sus designios. Ha muerto porque no debia vivir para el mundo: lo conozco, y sino hubiera sido por mi cariño imprudente, aun le veriamos lleno de robustez y de vida.

—Tú lo has dicho, muger, contestó nuestro santo: tuya es la culpa, y mas dolorosa la pena porque la habias merecido.

—Lo sé, hermano mio, y si fuese posible la enmienda verias mi resignacion.

—¿Consentirias en que dejase un mundo pervertido, por el santo servicio del Señor?

—Si, lo consentiria con toda mi alma.

—Pues Dios recibe tu obediencia, y la afliccion padecida borra la culpa pasada. Enjuga tu llanto, porque ha terminado la tribulacion.

Al decir estas palabras, trajo á su sobrino para que abrazara á su madre, que no se cansaba de dar gracias á Dios por su misericordia. El jóven vestia ya el hábito del instituto, y fué el célebre padre san Nicolas de Aleso, que acompañó á su tio á Francia, donde murió en olor de santidad.

IV

El dia 25 de mayo de 1474 informado el papa Sixto cuarto de los prodigios que obraba san Francisco, y de los progresos que hacia su instituto en Sicilia y en Calabria, quiso ver y examinar su regla, y la aprobó en el citado dia por una bula que expidió al efecto, nombrándole general de toda la órden.

Entónces como si se hubiese multiplicado su fervor y su celo, se le vió dar cima á los mas complicados negocios, cumpliendo con las estensas obligaciones que le imponia su tierna religion, de que él solo era el alma y el espíritu. Y á pesar de los crecidos intereses que pendian de su aplicacion, nunca le

faltó el tiempo para consolar al afligido, socorrer al necesitado, y despachar las innumerables consultas que le hacian como á el oráculo del mundo. No desmintió nunca la vida de anacoreta que habia entablado en el yermo: el mismo ayuno, las mismas flagelaciones, el mismo cilicio, y la misma mortificacion. Su alma estaba llena de amor de Jesucristo, sus ojos vertian lágrimas de dulce sentimiento solo á la vista de una imágen crucificada, y su devocion á la Virgen era tan fervorosa, que al nombrarla sentia las mas deliciosas sensaciones.

Dotado del don de profecia, anunció la toma de Constantinopla, la derrota de los turcos en Calabria por el rey de Nápoles, y la conquista del reino de Granada por el de España.

Sin embargo de todas estas preeminencias, su eminente santidad se vió

atacada por la envidia, y la persecucion. Un predicador mal informado declamó contra su instituto; pero el santo le convenció de su error, convirtiéndole en uno de sus mayores panegiristas. Fernando primero rey de Nápoles, y sus dos hijos el duque de Calabria, y el cardenal de Aragon, inducidos por los que eran desafectos á nuestro santo, dieron orden de prenderle; pero el que iba á ejecutarlo convencido de su injusticia, y testigo de los milagros que obraba, se arrojó á los pies de Francisco, pidiéndole á Dios que rogara por él y por los engañados principes. En seguida volviendo al lado del monarca, abogó con tanto ahinco por el portento de Paula, que desterró las prevenciones con que le habia juzgado, y puso su nombre y su fama en el verdadero lugar que le correspondia.

V.

Marchó Francisco á Roma para negocios de su religion, y Sixto IV le recibió con las mayores distinciones haciéndole sentar á su lado, y consultándole graves asuntos de la cristiandad. Quiso conferirle los sagrados órdenes, pero la humildad de Francisco se resistió á sus deseos, y solo aceptó de las amplias facultades con que le brindaba, la de poder bendecir velas y rosarios.

No accediendo el papa á la confirmacion del cuarto voto de perpetua abstinencia que hacian los religiosos de su orden, cogió Paula la mano del cardenal Juliano de la Rovere, y dijo: santísimo padre, este hará algún dia lo que vuestra santidad me niega en este momento. Veinte y dos años despues subió el cardenal al pontificado con el nombre de Julio segundo, y confirmando el voto, justificó la profecia de Francisco.

Por este tiempo se hallaba enfermo en el palacio de Plessis, cerca de Tours, el rey cristianísimo Luis el oncenno, y conociendo la inutilidad de los remedios humanos, quiso que le visitase el taumaturgo ermitaño de la Calabria. Rehusaba este presentarse en la corte, y fué necesario un breve pontificio para vencer su humilde resistencia.

Fué recibido en Francia como un hombre enviado del cielo, habiendo salido á esperarle hasta Amboise el mismo Delfín, que reinó despues de su padre con el nombre de Carlos octavo. Al llegar al palacio, salióle al encuentro el rey con toda su corte, é hincándose ante Francisco le dijo suplicante.

—Interponed para con Dios los ruegos de vuestra santidad, á fin de que me alargue la vida.

—Todo tiene término en este mun-

do, respondió el santo: V. M. me ha hecho llamar para que se prolongue el de vuestra vida, y Dios me envía á anunciaros que vuestra hora está cercana.

Estremeciése Luis al escuchar su sentencia, porque solo el nombre de la muerte le horrorizaba; pero se conformó con la voluntad de Dios, y pidió á Francisco que le asistiese con sus consuelos en aquellos dias de prueba. Hizolo así el santo, y todos los dias pasaba dos ó tres horas preparándole para una muerte cristiana. Verificóse esta en el año de 1483.

Cárlos octavo tributó mas honras á Francisco que su mismo padre: seguia sus consejos, y le entregó la direccion de su conciencia. Con la proteccion del monarca fundó nuestro santo un convento de su orden en el parque de Plessis, y otro en el de Amboise. Durante su permanencia en el primero de estos dos conventos, acabó de dar la última mano á las tres reglas que compuso para religiosos, para religiosas, y para la tercera orden: teniendo el consuelo de verlas aprobadas por el papa Alejandro VI, y despues solemnemente confirmadas en el año de 1506 por el papa Julio II, como habia profetizado.

Mas humilde, mientras mayores eran los prodigios de su obra, no quiso el santo fundador dar su nombre á la orden, llamando á sus hijos á ejemplo suyo: «Los mínimos de todos;» nombre que en nuestra religion sacrosanta, es mas esplendente que los mas pomposos dictados. Y como la caridad era la emanacion pura de su casto corazon, quiso que fuese el simbolo de la orden, así como la humildad era su distintivo.

Estendióse esta religion por Italia, por la benevolencia de los sumos pontifices: en Francia, por el amor y gratitud de los reyes cris-

tianísimos: en España, por el celo de don Fernando el Católico, y en Alemania, por la veneracion de Maximiliano primero. Estos triunfos que en nada alteraron la humildad de san Francisco de Paula, llenaron de gozo á su corazon, porque vió que habian fructificado sus trabajos en el servicio de Dios que era su único objeto. Así vió acercarse su última hora lleno de regocijo, y juntando á los religiosos les encomendó mucho el amor de Dios, la caridad, la union entre sí, la observancia de la regla, y con especialidad el cuarto voto de perpetua abstinencia. Hizose llevar á la iglesia el jueves santo, donde confesó y recibió el viático con los pies desnudos, y un dogal al cuello: en seguida dispuso que le volviesen á su pobre celda, donde al dia siguiente entregó su espiritu en manos de su Criador, siendo el 2 de abril del año de 1507, y de su edad noventa y uno.

Tres dias estuvo espuesto su cadáver en la iglesia del convento, dándole sepultura el lunes por la tarde; pero la duquesa de Borbon, hija de Luis once, y la condesa de Angulema, madre de Francisco primero, le hicieron desenterrar el jueves de aquella semana, y colocar en una bóveda de cantería que bajo su magnífica capilla habian hecho labrar á toda costa. Entónces fué cuando un célebre pintor sacando primero un modelo de su rostro, hizo aquel retrato tan parecido que aun se conserva en el Vaticano.

Julio II dió principio á las informaciones de su canonizacion: Leon X le beatificó el 7 de julio de 1513: y el 1.º de mayo de 1519, fué solemnemente canonizado.

Los hugonotes estrajeron el cadáver de nuestro santo en el año de 1562, en cuya época se conservaba entero y sin lesion alguna, y atán-



dole una soga al cuello, le arrastraron por la iglesia del convento de Plessis, hasta una pieza de la hospedería, donde le arrojaron en una hoguera, alimentando la llama con la cruz de un corpulento crucifijo, que á este fin habian desenclavado. Esta impiedad fué profetizada por el santo, que marcó hasta el año en que habia de suceder, segun lo declaró algunos meses antes un religioso de la orden, al padre visitador José

de Tellier. Sin embargo, el fuego consumió la carne, pero reservó los huesos, que algunos de los católicos, mezclándose entre los hereges, tuvieron cuidado de recoger, y que se distribuyeron despues como preciosas reliquias entre las iglesias de Plessis, de nuestra Señora la Rica, parroquia de Tours, y las de la orden de Paris, de Aix, de Nápoles, de Génova, de Madrid, de Barcelona, y de Paula.

SANTA MARIA EGIPCIACA LA PENITENTE.

Desde la mas tierna infancia vivia consagrado á Dios en un monasterio de la Palestina, un solitario llamado Zósimo. La inocencia de la primera edad se anidaba en su corazón casto y puro, y su penitencia, su amor al retiro, y su fervorosa devoción, movieron al obispo diocesano, á ordenarle de sacerdote. Entonces multiplicó los rigores de su vida, y una dichosa ancianidad vino á coronar cincuenta y tres años consumidos en las austeridades del desierto.

Deslizóse en su alma una secreta complacencia, considerando la perseverancia con que habia seguido su propósito, y estas ideas de vanidad venian á turbarle á menudo á pesar de sus esfuerzos por descharlas, cuando se le presentó un monge desconocido que le invitó á que obtuviese licencia de su prelado, para acompañarle á un monasterio vecino, donde hallaría remedio contra las tentaciones del orgullo.

Rindióse Zósimo á sus instancias, y conoció su vanagloria á vista de la sublime perfeccion de aquellos solitarios. Retiro absoluto, trabajo continuo, oracion no inter-

I. rumpida, penitencias rigorosas, abstinencia extremada, olvido perfecto de sí mismo; estas eran las obligaciones del instituto que se observaban con mayor rigidez en los dias de la cuaresma. Celebrábase una misa solemne la primera dominica, comulgaban los monges, se despedían unos de otros, y recibían la bendición del abad. En seguida se abría la puerta del monasterio, salían todos y atravesando el Jordan, se sepultaban en lo interior del desierto, y se entregaban hasta el domingo de Ramos al retiro, al ayuno, y á la meditación.

Corregido Zósimo de aquella especie de complacencia que turbaba su tranquilidad, abrazó con ahinco los preceptos de esta regla, y pasando el Jordan con sus compañeros, se internó en el desierto, adelantándose en su vasta y temerosa soledad. Veinte dias llevaba de camino, cuando al pararse á la hora de sexta á cantar sus salmos de costumbre, vió á lo lejos una especie de sombra ó fantasma que se movía con celeridad. Turbóse al principio el religioso; pero haciendo la señal de la cruz terminó tranquilo su oracion. Enton-



ces miróla atentamente, y vió que era una figura humana, cuyo cuerpo estaba ennegrecido por los ardores del sol: sus cabellos eran cortos y poco abundantes, y de un color blanquecino como la lana. El temor parecía que guiaba sus pasos, pues su primer impulso habia sido la huida.

Recuperado Zósimo de su turbacion, la siguió con presteza á pesar de sus miembros debilitados por la edad, y así que estuvo á distancia de poder ser oído, gritó.

—Por el Señor á quien sirves en estas soledades, te pido que te detengas.

La vision se ocultó en una especie de fosa, y desde lo hondo, respondió al monge.

—Padre Zósimo, soy muger, y estoy desnuda: no puedo ponerme á la vista de un hombre: pero si echas tu manto á esta pobre pecadora, me presentaré para hablarte, y recibir tu bendicion.

Admiróse Zósimo de que supiese su nombre aquella muger, que estaba sepultada en el desierto, y conociendo que solo podia obrar así por inspira-

cion divina, se lo arrojó impulsado por un vivo deseo de verla.

Cubrióse la solitaria, y se presentó al monge, que inmediatamente se puso de rodillas; pero esta le hizo ademán de que se levantára y se llegó á él diciendo.

—Tú eres sacerdote, Zósimo, y á tí toca dar la bendicion á esta pobre y humilde pecadora.

—Si lo haré, contestó el religioso, sin embargo que veo por tus palabras que una revelacion divina te hace superior á los conocimientos humanos: ¿quién eres muger del desierto? ¿por dónde has venido á sepultarte aquí penitente?

—Todo lo sabrás, dijo la muger desconocida: pero antes hagamos oracion, y demos gracias al cielo porque me me ha enviado amparo en el infortunio, y un auxilio cristiano en el fin de mi vida.

La penitenta clavó en el cielo sus ojos, de donde brotaron lágrimas de reconocimiento. Zósimo tambien oraba, y al volver la vista hácia ella, la distinguió cercada de una luz resplandeciente, como un espíritu de los coros celestiales.

II.

María habia nacido en Egipto, y los años de su infancia se pasaron sin duda en el descuido y abandono, pues su natural se habia corrompido antes de llegar á la juventud. A los doce años huyó de la casa paterna, y se dirigió á Alejandría, donde usó de su libertad, como era consiguiente á su inclinacion y propensiones. Con sus facultades físicas se desenvolvieron los gérmenes de estravío que habian depositado en su pecho una educacion viciosa, y la condescendencia mal entendida del cariño y de la debilidad. Y como si la naturaleza hubiese querido coadyuvar á su rui-

na, la dotó de tanta gallardía, y de tanta seduccion, que conquistaba los corazones y los arrastraba con violencia al estravío y á la infelicidad. Engreida con los encantos de su hermosura, María se entregaba á los placeres, no por interés sino por aficion, saciando su desenfreno con el mas pernicioso escándalo, y con la perversion de los inocentes.

Así pasaban los años de esta criatura, que una educacion solícita hubiera conducido por la senda de la virtud, pero que estaba destinada á purgar en la tierra los efectos de su estravío, y de sus perversas inclinaciones.

En una ocasion que se paseaba en la marina, vió una multitud de personas que se embarcaban para pasar á Jerusalem á fin de celebrar la fiesta de la exaltacion de la Santa Cruz: y asaltándole el deseo de visitar aquella ciudad, entró sin detenerse en el bajel: mas como no tenia dinero, pagó con su persona el pasage, multiplicando los escándalos en aquella travesía.

Y cuando llegó á la ciudad, dió rienda suelta á sus desórdenes, siguiendo la misma vida que en Alejandria habia tenido, y llamando la atencion general por sus depravadas costumbres.

Entre tanto llegó el dia de la festividad, y todos los fieles concurrieron á la iglesia para adorar la Santa Cruz. María tambien quiso hacer lo mismo, mas por curiosidad que por devocion, pero al querer pasar el pórtico del templo, un poder invisible la rechazó con violencia. Asombrada, sin saber lo que le sucedía, quiso probar de nuevo; pero halló la misma resistencia. Por tercera vez quiso verificar su entrada, y por tercera vez fué rechazada del umbral del templo sacrosanto.

Entonces acongojada fué á sentarse frente de aquella puerta que no le era dado pasar, causándole tanta opresion verse la única desechada entre la muchedumbre que era acogida, que pensó morir de dolor y de vergüenza.

Y aprovechando la divina gracia la predisposicion de esta pecadora, penetró hasta su corazon empedernido, y presentó á sus ojos la escena que habia recorrido con toda su deformidad. Horrorizada á vista de aquel cuadro prorumpió en lágrimas y sollozos de verdadera compuncion, y volviéndose á una imágen de la Virgen que apareció ante sus ojos, exclamó en su agonía. Gloriosa Virgen, pues sois refu-

gio de pecadores, y amparo de afligidos, no rechazéis de vuestro regazo á la que se acoge á vuestra proteccion. Vil criatura soy, y manchada de iniquidad está mi alma, pero ha sonado la hora de mi arrepentimiento, y mi corazon no desea mas que ver y adorar en este dia el madero en que se obró la redencion del hombre. Madre mia, dadme este consuelo, y vereis que correspondo á vuestra clemencia, retirándome á un desierto para llorar el resto de mi vida.

Al acabar esta plegaria se sintió impelida por un esfuerzo superior que la encaminaba al templo: levantóse apresurada, y penetró sin oposicion por el sagrado pórtico.

A la vista de aquel santuario que infundia piedad y recogimiento, se sintió Maria penetrada de un religioso temor. Sus piernas flaquearon bajo su cuerpo que temblaba convulso, su corazon palpitaba con violencia, y al acercarse al sagrado leño, creyó morir de dolor y de agonía. Sus lágrimas regaron el pavimento, sellando desde aquella hora la sinceridad con que se arrepentía de sus pecados.

Despues de la adoracion, volviósese al lugar en donde habia visto á la Santísima Virgen, y con sentida expresion le dijo: Madre mia, ¿con qué podré pagaros lo que acabais de hacer por mi? Habeis sido mi intercesora, y despues de Dios os lo debo todo: aquí teneis una esclava sumisa á vuestra voluntad; os prometí dejar el mundo, y pronta estoy á cumplir la promesa; indicadme lo que debo hacer, y sed mi guia en el camino de la salvacion.

Entonces se oyó una voz que decia; pasa el Jordan, y hallarás reposo. Lo pasaré, gritó Maria con ahinco, gozosa con aquella palabra de perdon que aseguraba su porvenir.

III.

Era de noche cuando Maria entregada exclusivamente á la meditacion de los maravillosos sucesos de aquel dia, dejó á Jerusalem, y se dirigió al desierto llevando consigo solamente tres panes. Así que llegó á las orillas del Jordan, comió la mitad de uno de ellos y entró en una iglesia dedicada á san Juan Bautista, para hacer oracion. Lágrimas y gemidos ocuparon la noche, que pasó implorando la misericordia divina.

A la mañana siguiente purificó con el sacramento de la penitencia aquella alma, que habian ennegrecido diez y siete años de escándalos, de extravios y abominaciones.

Acto contínuo, recibió la sagrada Eucaristía, y dando gracias á la Virgen en una sentida prece del corazon, salió del santuario y atravesó el Jordan en un batel, despues de haber bebido de sus aguas saludables.

El desierto se presentó á su vista: el desierto con todo los horrores de su soledad y de sus privaciones, donde iba á aislarse del mundo, y de todas las ilusiones que hasta aquel dia habian cautivado su corazon. El sacrificio era tremendo, y superior á la flaqueza de una muger alhagada todavía por la hermosura y las pasiones del corazon. Sin embargo, Maria habia supeditado estos enemigos poderosos, porque la gracia divina llenaba su pecho de una santa fortaleza. Maria no vaciló: con paso firme dejó atrás un mundo á quien no legaba un recuerdo ni un suspiro: su pensamiento era solo para Dios, su único anhelo la penitencia y la beatitud. Y estas ideas embellecian su porvenir, y le presentaban floridas las espinas del desierto. Internóse con ansia en su desconocida inmensidad, concluyendo su vida de pecadora á la e-

dad de veinte y nueve años.

Cuando se vió sola en medio de aquel mundo inhabitado, postróse en tierra, y pidió al cielo su divina proteccion para no vacilar en la vida de pruebas que se abria ante su porvenir. Concluida su prece, se halló fortalecida con un vigor tan extraordinario, que le hizo sobrellevar con alegría las privaciones de la soledad.

Pero cuando hubo pasado algunos dias, un pensamiento importuno se deslizó en su corazon, comenzando á combatir y á minar su propósito. Sus pasiones adormecidas quisieron cobrar su violencia: sus sentidos escitaban su deseo, y la memoria de lo que habia dejado, presentándole las ilusorias delicias de aquellas horas malhadadas, vino á hacer peligrosa la lucha que con tanto encarnizamiento comenzaba contra su flaqueza.

Terribles horas de amargura en que la pobre penitenta acometida por sus propias sensaciones, se veia entregada á si misma, é inhábil para la resistencia. El tédio, el disgusto, la intemperie de las estaciones que eran mas duras en aquellos lugares, todo se reunia para hacer mas imposible su victoria. Pero una luz del cielo que inopinadamente bajaba hasta su corazon, disipaba las tinieblas de muerte que le envolvian, dejándola con la esperanza del triunfo.

Y humillándose en el polvo, prorumpia en inestinguible llanto, que aliviándola del peso que la sojuzgaba, daba treguas á la tenacidad del combate. Entonces duplicaba su oracion, redoblaba las penitencias, se imponia nuevas austeridades, y no alzaba su frente de la tierra, hasta que la serenidad y la calma habian vuelto á su corazon.

Los años de su penitencia fueron

amortiguando el poder de sus enemigos, y una santa perseverancia que debió á la proteccion especial de Maria Santísima, puso sobre su cabeza la corona laureada del triunfo.

Diez y siete años pasó en aquellas soledades purificándose de los deslices de la vida mundanal, diez y siete años entregada á la oracion, al ayuno y á la penitencia. Un pedazo de pan era su único alimento, y cuando se hubieron concluido los tres panes que formaban su provision, comió

de las raices silvestres que brotaban de la tierra. Sus vestidos se pudrieron, y su delicado cutis quedó curtido por el rigor de las estaciones. Su cabello encaneció, sus ojos se hundieron, sus mórbidas carnes desaparecieron del todo, y la que fué la gala del mundo, apareció como un espectro ambulante.

Maria la pecadora habia dejado de existir, y ocupaba su lugar Maria la penitente.

IV.

Zósimo supo de la misma pecadora, todos los pormenores de su vida. Admiráronle sus pecados, pero mas le admiró su resignacion, y la penitencia con que los habia redimido. Y habiéndole recitado durante la relacion pasages de la escritura, le preguntó si los habia leído.

—Nunca he sabido leer, respondió la santa; pero nada se resiste á la voluntad de Dios.

Inclinóse el monge acatando aquellas palabras.

—Guardarás secreto, le dijo Maria levantándose y disponiéndose á marchar, pues nadie debe saber mi existencia.

—Cumpliré vuestro precepto, respondió el anciano: mi boca no revelará cosa alguna de lo que he oido, mientras que no me deis permiso para hacerlo.

—Dios no quiere todavia, dijo la penitente. Despues de una breve pausa, continuó. Zósimo, la hora de mi ventura está cercana, porque Dios se digna venir á residir dentro de mi pecho: venid el año próximo y traedme la sagrada Eucaristia, el dia de Juéves Santo: hasta entónces no podreis salir del monasterio, pero en el dia señalado me encontrareis en las orillas del Jordan.

Al decir estas palabras se arrodilló ante el anciano monge, le pidió su bendicion, y se internó en la soledad.

Llegó la cuaresma del siguiente año, y las puertas del monasterio dieron salida á los monges, para que fuesen á hacer penitencia al desierto. Zósimo no salió con sus compañeros: asaltóle una violenta calentura que no le dejó hasta el Juéves Santo, para que se cumpliese la profecia de la solitaria. Entónces tomó consigo la sagrada Eucaristia, y se presentó en las orillas del Jordan.

La luna alumbraba con su pálido resplandor la mansa corriente del rio, y las orillas que le bordeaban. A su claridad pudo ver Zósimo que Maria se hallaba en la rivera opuesta, pero no habia barco alguno para pasar á su lado. Mientras pensaba en esta imposibilidad, la santa hizo la señal de la cruz, y pasó sobre las aguas como si hubiese sido sobre un puente.

Cayó Zósimo de rodillas á vista de aquel prodigio, pero Maria le levantó diciéndole.

—Esa postura no conviene á un sacerdote, ni ménos al que trae consigo al Dios del Universo.

Entónces se postró á su vez en presencia del Santísimo Sacramento, inundada en un mar de lágrimas. El

monge entonó el credo y el padre nuestro, y concluidas estas oraciones, le dió la sagrada comunión, que recibió la penitente llena de amor y reconocimiento. En seguida alzando las manos al cielo, dijo llena de esperanza.

Ahora Señor, deja ir en paz á tu sierva segun tu palabra, pues han visto mis ojos la salud que viene de tí. Y despues de un rato de contemplacion, volvióse hácia el monge y le dijo.

—Aun tengo que pedir os otra gracia: el año que viene por este tiempo, volved al sitio donde me conocisteis por primera vez, y me hallareis segun sea la voluntad de mi Dios.

—Así lo haré, contestó Zósimo, pero en cambio hazme el gusto de tomar alguna cosa de las provisiones que aquí traigo: y le presentó algunas menestras que llevaba de prevencion.

La santa tomó tres lentejas que metió en su boca, recibió la bendicion del monge, y haciendo la señal de la cruz repasó sobre las aguas y se internó en el desierto.

Al año siguiente por el mismo tiempo, volvió Zósimo á la soledad y buscó por muchos dias á la penitente, hasta que llegando al lugar en donde habia sido la primera entrevista, la encontró tendida en el suelo ya ca-

dáver, y á su lado escritas en el suelo estas palabras. »Zósimo, entierra por caridad el cuerpo de la pobre Maria, que murió el viérnes santo despues de recibir la sagrada comunión, y ruega á Dios por ella.»

Zósimo se arrodilló, y derramando un torrente de lágrimas, elevó al Altísimo sinceras preces por su eterno descanso. En seguida vió un leon de extraordinaria magnitud, que despues de haber besado los pies de la santa, y aproximádose con humildad al monge, abrió con sus garras un hoyo profundo en la tierra. Concluido su trabajo desapareció, y Zósimo colocó el santo cadáver en la fosa, cantando los salmos y oraciones de la iglesia.

Los autores difieren en el dia y año en que se verificó el tránsito de santa Maria Egipcíaca: unos lo colocan en el dia dos de Abril, y otros en el dia nueve, creyendo algunos que sucedió en tiempo de Teodosio el menor, año de 421, y otros en tiempo de Justino el viejo año de 520. Nosotros hemos seguido el martirologio romano, que hace mencion de ella el dia dos de abril.

En Tornay se conservan algunas reliquias de esta santa, que segun tradicion, fueron dadas por el papa Hormisdas á san Eleuterio, y en Nápoles existe su cabeza traída en el año de 1059 por el abad de Calabria.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Cesárea en Palestina, de SAN ANFIANO que durante la persecucion de Galerio Maximiano, reprenvió al presidente Urbano por que sacrificaba á los ídolos. Acusado ante el tribunal, sufrió azotes y otros tormentos crueles: en seguida le ligaron con hilaza empapada en aceite, y le pren-

dieron fuego; y ultimamente le arrojaron á la mar donde consumó su martirio, y pasó á la bienaventuranza.

En la misma ciudad, de SANTA TEODOSIA virgen, natural de Tiro, que hallándose en la audiencia donde eran juzgados algunos confesores de Jesucristo, los saludó pidiéndoles que se

acordasen de ella en los cielos. Los soldados que guardaban el tribunal la prendieron, y juzgada á su vez por el presidente Urbano, le hizo abrir los costados y los pechos hasta que quedaron descubiertas las entrañas: en seguida mandó precipitarla en la mar donde coronó su martirio.

En Leon, de SAN NISIERO digno

monje, abrió con sus cartas un hoyo

LA MISA ES EN HONRA DE SAN FRANCISCO Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Dios, escaltante de los humildes, que levantaste á tu confesor el bienaventurado Francisco á la gloria de los santos, te pedimos nos concedas el

de Justinio el año de 520. No-
sotros hemos recibido el martirio.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 3

En Toros se conservan algu-
En Toros se conservan algu-
Hermanos: las cosas que me fueron ganancias, las he reputado como pérdidas por Cristo. Y en verdad todo lo tengo por pérdida, por el eminente conocimiento de Jesucristo mi Señor, por el cual todo lo he perdido, y lo tengo por basura, con tal que gane á Cristo, y que sea hallado en él, no teniendo mi justicia, que es de la ley, sino aquella que es de la fé de Jesucristo: la justi-

penitente. Después de una breve
pasa, continúa. O cómo al amor
de la Cruz. Y últimamente for-
macion á la mar donde consumó su
martirio, y pasó á la bienaventuran-
de GALERIA MAXIMIANO, repudió al
presidente.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 12 DE SAN LUCAS.

Un aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos. No temais, pequeña grey;

prelado de esta diócesis por sus virtudes y santidad.

En Como ciudad de Italia, de SAN ABUNDIO obispo y confesor, prelado insigne por sus trabajos espirituales.

En Langres, de SAN URBANO, obispo esclarecido por su virtud y santidad.

—Aun tengo que pedir otras
po. volved al sitio donde me cono-
cisteis por primera vez y me halla-
reis segura la voluntad de mi Dios.

que consigamos felizmente por sus méritos é imitacion, los premios prometidos á los humildes. Por nuestro señor Jesucristo.

alguna monestras que hoyas de pre-
vencion, engages á los monjes para que
esta santa tomo tres tomos que
metió en su boca, recibió la bendicion
del monje, y haciendo la señal de la

DE SAN PABLO A LOS FILIPENSES.

En el herosmo se supie-
la Año siguiente por el mismo
cia, que viene de Dios por la fé. Para conocerlo á él, y la virtud de su resurreccion, y la comunicacion de sus aflicciones: siendo hecho conforme á su muerte. Por si de alguna manera puedo llegar á la resurreccion, que es de los muertos. No que la haya ya alcanzado, ó que sea ya perfecto: mas voy siguiendo, por si de algun modo podré alcanzar aquello para lo que yo fui tomado de Jesucristo.

si hubiese sido sobre un puente.
Cayo Zosimo de rodillas a vista de

de GALERIA MAXIMIANO, repudió al presidente.

porque á vuestro padre plugo daros el reyno. Vended lo que poseeis, y

dad limosna. Hacedos bolsas, que no se envejecen, tesoro en los cielos, que jamás falta: á donde el ladrón

no llega, ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón.

PENSAMIENTOS RELIGIOSOS.

LA VIDA Y EL PORVENIR.

En la calma, que con el yelo de los años ha ido reemplazando á los ardores de la juventud, puedo dirigir mis ojos con mas certeza á aquella época no muy lejana aun, á aquellos dias turbulentos y agitados, que corrieron fugaces en el vértigo de extravío que dominaba mi ser.

Dias aciagos para mi ventura, que llovieron á torrentes, y me arrastraron en su inundacion al abismo del infortunio.

Dias de mengua y de prevaricacion en que sojuzgado por el orgullo, me lancé frenético á una senda malhadada, donde me aguardaban mil tormentos por cada uno de los mentidos goces con que me brindaba su curso.

Seducido por estas ilusiones, y empujado por el impetu de su corriente, llegué á lo hondo, á lo mas profundo de la insondable sima en que me habia precipitado mi ceguedad.

Y aquí lloro, Dios mio, los deslices de aquellas horas encantadas, cuyo curso ha pesado sobre mi vida del modo mas intolerable.

A la sombra de los años que coronan mi surcada frente, veo correr el arroyo de mi existencia, que en su curso mesurado se precipita lentamente en el sepulcro.

En su centro de muerte y olvido desaparecerán para siempre las alegrías del corazón, las locas esperanzas del mundo, y sus tormentosas escenas.

También desaparecerán los dolores de la vida, ayes continuos que forman las aspiraciones de la humanidad. Estos son los resultados seguros de nuestra flaqueza: la desventura constituye nuestro dote sobre la tierra, y las lágrimas, el precio que se ha fijado por nuestra redencion.

¿Qué atractivo tiene para el hombre su peregrinacion por este valle? ¿en qué punto de su dominio no encuentra albergada una ilusion mentida, ó un positivo dolor? ¿cuántas son las horas de una satisfaccion verdadera en el dilatado curso de su tránsito?

¡Ay! El hombre no es mas que el signo de la miseria: cada uno de sus dias es una prueba que se amontona en testimonio de esta verdad: sus ilusiones le mecen en una mentida esperanza que huye de su alcance, y se precipita por último ante los vaivenes del infortunio y de la tribulacion.

Y estas horas de amargura que cercan nuestra engañosa felicidad, son avisos saludables para que no olvidemos la nada de nuestra existencia, y el verdadero objeto de nuestra mision.

¡Desgraciado del que no dé oídos á estos avisos bienhechores! Su vida se hundirá en el polvo, y se alzará para su tormento un porvenir maldito y doloroso.

¡Dios mio! aparta de mi idea este pensamiento atormentador! Infúndeme un soplo de tu santa fortaleza, para que venciendo las tentaciones del mundo, pueda elevarme á tí, puro y sin mancha, á fin de aparecer digno de esa corona brillante de inmortalidad y beatitud, con que tu ilimitado amor orla las sienas

de tus bienaventurados hijos.
Oye, Dios mio, la prece de mi corazón, y acepta los actos de mi vida que quiero consagrar á tu servicio, como títulos necesarios que mi gratitud, respeto y veneracion te presentan, para optar al brillante porvenir que tienes reservado á tus elegidos.

PENSAMIENTO

LA VIDA Y EL PORVENIR

También desaparecerán los dolores de la vida, áyes continuos que forman las aspiraciones de la humanidad. Estos son los resultados seguros de nuestra paz: la desventura constituyese nuestro dote sobre la tierra, y las lágrimas, el precio que se ha pagado por



nombre no es mas que el signo de la miseria: cada uno de sus atributos que se amonto- nio de esta verdad: sus- ceden en una medida es- que huye de su alcance, y se precipita por último ante los vites del infortunio y de la tribu- cion. Y estas horas de amargura que cer- can nuestra engañosa felicidad, son avisos saludables para que no olvide- mos la nada de nuestra existencia, y el verdadero objeto de nuestra mi- sion.

¡Desgraciado del que no dé oidos á estos avisos bienhechores! Su vida se hundirá en el polvo, y se alzará para su tormento un porvenir maligno y doloroso.

En la calma que con el velo de los años ha ido reemplazando á los ar- dores de la juventud, puedo dirigir mis ojos con mas certeza á aquellas épocas no muy lejanas aun, á aquellos dias turbulentos y agitados, que cor- rieron ligeros en el vértigo de es- travió que dominaba mi ser. Dios sagaz para mi ventura, me ha llovido á torrentes, y me arrojó en su inundacion al abismo del

fortunio. Dios de menzura y de en que sepulgado por lanzé lenético á una da donde me aguardaba tos por cada uno de los ces con que me brindaba su curso. Seducido por estas li- pjado por el impetu lleque á lo donde, á de la insondable suas en que dia precipitado mi esgru- Y aquí lloro, Dios mio, los des- ces de aquellas horas encantadas, cuyo curso ha pasado sobre mi vida del mo- do mas intolerable.

A la sombra de los años que coronan mi sacada frente, veo correr el arro- yo de mi existencia, que en su curso mesurado se precipita lentamente en el sepulcro.

En su centro de muerte y olvido desaparecerán para siempre las alegrías del corazón, las locas esperanzas del mundo, y sus tormentosas escenas.



Il Re Agapodionia e Irene. M.^o

DIA TRES.

SANTA AGAPE, CHIONIA E IRENE HERMANAS VIRGENES Y MARTIRES.

Mandaba en Tesalónica el prefecto Dulcesio, cuando se promulgaron los decretos de Diocleciano, mandando bajo las penas mas rigorosas, que se ofreciesen públicos sacrificios á los dioses en toda la estension del imperio. Los cristianos se negaban á cumplimentar estas órdenes, pues no reconocian mas Dios que á Jesucristo: su negativa les atrajo la violencia, y la opresion: y por último la ferocidad de sus tiranos se ensangrentó en estas victimas inocentes.

Entónces abandonaron las poblaciones, y fueron á los montes y á los desiertos, huyendo de la persecucion, y buscando lugares donde poder elevar á su Dios las preces de sus corazones.

Entre las familias que emigraron de Tesalónica, se contaban tres hermanas jóvenes, delicadas y hermosas, que abandonaron las delicias de su hogar, por no sucumbir á la tiranía de sus opresores. Agape, Chionia, é Irene, eran los nombres de estas tres vírgenes, que inspiradas de Dios prefirieron las privaciones y el padecer, á un momento de vacilacion, ó de extravío. Ocultáronse en lo enmarañado de un monte, donde no pudieran descubrirlas los satélites del prefecto; pero no fueron muchos los dias que permanecieron en aquel asilo, porque la venganza y el interés, no duermen, y espian las ocasiones de realizar sus intentos.

Casandro gobernaba el territorio donde se hallaba el monte que habia

servido de refugio á las tres hermanas, y á algunos otros cristianos; y queriendo congraciarse con Dulcesio, practicó un reconocimiento prolijo, y halló á las tres hermanas, y además á Agathon, á Casia, Filipa y Eutiquia. Propúsoles hacer sacrificios en honor de los dioses del imperio, y comer de las ofrendas que les habian presentado; y no pudiendo conseguirlo, las envió al prefecto, participándole todas las diligencias que habian practicado su celo y religion.

El presidente de Tesalónica examinó á las victimas que presentaban ante su tribunal, y por resultado de su exámen, mandó separar á las tres hermanas, para que fuesen juzgadas inmediatamente, dejando para otro dia el juicio de Agathon, Casia, y Filipa, mandando finalmente, que se suspendiese la causa de Eutiquia, porque se hallaba en cinta de su marido.

El presidente procedió primero al interrogatorio de Agape, y de Chionia.

—Por qué no sacrificais á los dioses? les dijo.

—Porque somos cristianas, contestó Agape: porque no creemos mas que en un Dios vivo, y no queremos perder la fé, y manchar nuestras obras.

Entónces volviéndose á Chionia añadió.

—Todos debemos obediencia al César, y el que no cumple sus órdenes es enemigo de su patria y de su

bienestar. Yo espero que no habrán cegado tu razon, y que conoceras la justicia de mis mandatos.

—No me alucinan tus palabras, respondió la doncella: el poder de los emperadores está sujeto á un poder superior, que es el que rige mi conciencia.

—Os han imbuido esas máximas de rebelion, que van á causar vuestra desdicha, y la desdicha de muchos millares de personas. ¿Dónde teneis esos perniciosos libros que así os precipitan con sus sugestiones?

—Nada tenemos, respondió la santa, porque nos ha despojado de toda la crueldad de los emperadores.

—Y quién os enseñó esa religion? volvió á preguntar el prefecto.

—La misericordia de Dios, y el amor de su unigénito hijo Jesucristo, nuestro Señor.

—Os ratificais en que sois cristianas? volvió á preguntar el prefecto.

—Con toda nuestra alma, gritaron alegres las vírgenes.

—Os negais á obedecer los decretos del emperador?

—Sí, porque son contrarios á nuestra religion sacrosanta.

—Entónces, concluyó el prefecto, sois acreedoras á las penas que señalan las leyes, como reas confesas de traicion, y de impiedad. Por tanto, ordenamos en uso de la autoridad que nos está delegada, que las dos cristianas Agape, y Chionia, sean quemadas vivas inmediatamente: y que Irene, vuelva á comparecer ante nuestro tribunal, donde se le oirá de nuevo en justicia.

Fulminada esta sentencia contra las vírgenes de Jesucristo, fueron llevadas á un lugar donde ardía una hoguera en que fueron arrojadas con la mayor inhumanidad; pero el fuego separó sus enormes llamas, deján-

dolas ilesas, y formando en torno de las dos vírgenes una especie de aureola, que era emblema de la que habia de adornarlas en la bienaventuranza. El milagro fué visto de todos, pues el fuego se consumía sin que las vírgenes hubiesen sufrido la menor lesion: sin embargo, deseando estas obtener la palma de su martirio, impetraron de su celestial esposo que se dignase recibirlas en su seno. Su plegaria fué oída, y por un nuevo milagro, entregaron su espíritu sin que el fuego hubiese tenido la menor accion sobre sus cuerpos delicados y hermosos.

Al dia siguiente compareció Irene ante el tribunal del prefecto, que viéndola mas jóven y mas hermosa que sus hermanas, creyó rendirla con sus persuasiones, ó intimidarla con la muerte que las otras habian recibido. Pero la santa doncella estaba llena de espíritu de Dios, y respondió al tirano con tanta resolucion y energía, que este no pudo menos de quedar despechado viendo frustradas sus esperanzas.

Entónces la mandó conducir á la casa de mugeres públicas; pero el Señor guardó su virginidad, y nadie osó tocarle á la punta de un cabello.

Irritado todavia mas el presidente, la condenó á la misma pena que á sus hermanas, y Dios reprodujo el mismo milagro que habia obrado con ellas. Arrodillada Irene en medio de las llamas que se apartaban respetuosamente de su cuerpo, entonaba canticos en loor de Jesucristo: y en uno de estos momentos de celestial fruicion, voló su alma al seno del Criador, de donde habia salido.

El glorioso tránsito de santa Agape y Chionia, fué el dia dos de abril del año de 305 y al siguiente el de su bienaventurada hermana Irene.

SAN RICARDO OBISPO DE CICESTER

San Ricardo nació en una aldea de Inglaterra llamada Wich, de la diócesis de Worcester. Su padre tenía su mismo nombre, y su madre se llamaba Alicia, ambos de noble origen, y de bastantes bienes de fortuna; pero la adversidad pisó los umbrales de su casa, y á su fallecimiento no dejaron á sus hijos mas que deudas, é infortunios. El mayor fué encerrado en una prision estrecha mientras se satisfacian los débitos del padre, y Ricardo trabajó con tanto ahinco por su libertad, que se ocupó en las labores de su hacienda como si fuese el mas ínfimo jornalero.

Dios bendijo su adhesion y perseverancia, y le puso en disposicion de rescatar el cautiverio de su hermano. Reconocido este, le hizo cesion de lo que pudiera pertenecerle en la rescatada herencia de su padre, lo que constituyó una fortuna crecida en favor de Ricardo. Su nueva situacion le proporcionó un enlace ventajoso, y esta fortuna hizo que su hermano le mirase con envidia. Sin embargo, nuestro santo que preferia la paz á todos los bienes posibles, no solo le volvió su donacion, sino que por un acto de generosidad inaudita, consintió en que se casara con la que le habian prometido.

Entónces dedicándose al estudio, marchó á la universidad de Oxford, y despues á la de Paris, de donde volvió para desempeñar una cátedra en la primera. Despues pasó á Bolonia, donde estuvo siete años estudiando la jurisprudencia: desempeñó la cátedra de su maestro durante una enfermedad que tuvo, y regresó despues á su patria, á pesar de las proposiciones que le hizo de darle á su hija única en matrimonio, y nombrarle su heredero absoluto.

Vuelto á Oxford, se grangeó el respeto y admiracion de todos por su modestia, su caridad, su dulzura, y su devocion. San Emio arzobispo de Cantorbery, y san Roberto obispo de Lincoln, quisieron tenerle á su lado. Prefirió el de san Emio que lo nombró su canciller, y fué tan grande su afecto por el arzobispo, que no lo abandonó en la adversidad, y siguiéndole á Francia en su destierro, le acompañó hasta su muerte acaecida en el año de 1224.

Desembarazado del cargo de la diócesis, estudió en Orleans teologia, y recibió las órdenes sagradas, con cuyo noble carácter llegó á Inglaterra, y desempeñó un curato.

Por este tiempo vacó la silla de Cicester por muerte de Raoul de Neville, y Bonifacio que habia sucedido á san Emio en el arzobispado de Cantorbery, en union de sus sufragáneos, le nombró por obispo, anulando la eleccion que hicieron los canónigos en uno de su mismo coro, por ser persona destituida de las cualidades necesarias para aquel cargo elevado, y solo bueno para la corte, donde ordinariamente residia.

Enojado Enrique tercero, que entónces gobernaba la Inglaterra, tanto porque habian anulado el nombramiento de uno de sus favorecidos, cuanto porque recaia la eleccion en Ricardo que habia seguido en contra suya el partido de san Emio, escribió al papa Inocencio IV que anulase aquel nombramiento, y confirmase la eleccion del cortesano. Ricardo pasó á Roma para defender su derecho, y era tan de justicia, que su santidad le consagró por sus propias manos, espidiéndole las bulas, y dando orden para que no se reconociese otro prelado en la diócesis. Furioso el rey

con este resultado, y no pudiendo vengarse en otra cosa, mandò ocupar el palacio episcopal, y embargar sus temporalidades, de modo que el pobre obispo tuvo que vivir en casa ajena y que comer á una mesa extraña.

Dos años duró la cólera del rey, y en este tiempo nó se alteró la humildad de nuestro santo, ni por las privaciones, ni por los malos ratos que pasaba. Al fin, vencióse la obstinacion del rey por las amenazas del papa, y las representaciones de los obispos del reyno, y Ricardo se vió libre de las violencias de los oficiales de la corona y reintegrado en la posesion de sus temporalidades y beneficios.

Usó de su libertad y de sus bienes en beneficio de sus pobres diocesanos, pues recorría los pueblos informándose de los enfermos, y de los pobres, para visitarlos, y socorrerlos segun su necesidad. Edificó tambien un hospital, y casa de misericordia donde hallasen albergue y sustento todos los desvalidos y estropeados.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Taormina en Sicilia, de SAN PANCRACIO OBISPO, que selló con su sangre el evangelio de Jesus, que habia ido á predicar á aquella isla por encargo del apóstol san Pedro.

En Tomé en Scitia, de SAN EVAGRIO, y SAN BENIGNO, que obtuvieron por sus virtudes la bienaventuranza.

En Tiro de SAN ULPIANO mártir que en la persecucion de Maximiano Galerio fué arrojado á la mar, metido en

Al mismo tiempo que era tan misericordioso para con la verdadera necesidad, era inflexible y severo en el castigo de los eclesiásticos: ni el influjo, ni las recomendaciones, pudieron nunca aliviar una sentencia, cuando la creía justamente pronunciada. De este modo restableció en su diócesis las buenas costumbres, y la disciplina algun tanto descuidada por los disturbios de la época.

Nueve años rigió su diócesis con el mayor celo y prudencia; y hallándose en Douvres donde habia ido para bendecir una iglesia y un monasterio con la advocacion de san Emio, que sirviese de sepultura á los pobres, se vió atacado de una fiebre que le condujo al sepulcro el dia 3 de abril del año de 1253, teniendo cincuenta y seis de edad. Su cuerpo fué transportado á su iglesia de Cicester como habia dejado dispuesto. El papa Urbano IV expidió el decreto de su canonizacion, en vista de los milagros que por su intercesion obraba Dios diariamente.

un saco con un áspid y un perro.

En el monasterio de Medita en oriente, de SAN NICETO ABAD que padeció mucho en tiempo del emperador Leon el Armenio por el culto de las santas imágenes.

En Inglaterra, de SANTA BURGONDOFORA ABADESA y VIRGEN esclarecida por las virtudes que tejieron su vida de beatitud.

LA MISA ES EN HONOR DE SANTA AGAPE, CHIONIA E IRENE, Y LA ORACION
LA QUE SIGUE.

Dios que nos concedes celebremos hoy el nacimiento al cielo de tus biena-

venturadas mártires, Agape, Chionia é Irene, concédenos tambien que gocemos de su compañía en la eterna

bienaventuranza. Por nuestro señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 3 DEL LIBRO DE LA SABIDURIA.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó una afliccion su destierro, y una ruina separarse de nosotros: pero están en paz. Y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de inmortalidad. Padecieron ligeros males, y recibirán

grandes bienes; porque Dios los tentó, y los halló dignos de sí. Los probó como á el oro en la hornilla, y los recibió como á una hostia de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimacion. Resplandecerán los justos y discurrirán como centellas entre las cañas. Juzgarán á las naciones y dominarán á los pueblos, y su Señor reinará eternamente.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 21 DE SAN LUCAS.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: cuando oyereis guerras y sediciones, no os espanteis: porque es necesario que esto acontezca primero, mas no será luego el fin. Entonces les decia: se levantará gente contra gente, y reino contra reino. Y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestilencias y hambres, y habrá cosas espantosas, y grandes señales del cielo. Mas antes de todo esto os prenderán y perseguirán, entregándoos á las sinagogas y á las cárceles, y os llevarán á los reyes y á los gobernadores,

por mi nombre: y esto os acontecerá en testimonio. Tened, pues, fijo en vuestros corazones de no pensar antes como habeis de responder. Porque yo os daré boca y saber, al que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios. Y sereis entregados de vuestros padres y hermanos, y parientes, y amigos, y harán morir á alguno de vosotros; y los aborrecerán todos por mi nombre. Mas no perecerá un cabello de vuestra cabeza. Con vuestra paciencia poseereis vuestras almas.

MEDITACION.

FALACIA DE LOS GOCES DE ESTE MUNDO.

Sucede muchas veces, cristianos, que los hombres vienen á alcanzar todo lo

que parece que bastaba para tener el contentamiento que ellos habian de-

seado: y estando en tal estado, que pudieran, si quisiesen, vivir á su placer, con todo esto, viene á metérseles en la cabeza, que les conviene pretender tal manera de honra ó de título, ó de lugar ó de procedencia, ó de cosa semejante: la cual si procuran y no alcanzan, vienen á entristecerse y congojarse, y recibir mayor tormento con aquella nada que les falta, que contentamiento con todo cuanto les queda, y así viven con esta espina, ó por mejor decir, con este perpetuo azote toda la vida, que convierten en humo. Esto llamo yo enclavar la artillería, que es cosa que suelen hacer los enemigos en la guerra: lo cual basta para que un tiro muy grueso y muy poderoso no sea de provecho, porque solo esto bastó para deshacer toda su fuerza. Y de este mismo artificio usa Dios con los malos: para que clarísimamente entiendan, si ellos quisiesen abrir los ojos, que la felicidad y contentamiento del corazón humano es dádiva de Dios; y que él la dá cuando quiere, y á quien quiere, sin ninguno de estos aparatos; y la quita cuando quiere, con solo enclavar, como digimos, la artillería: que es permitiendo alguno de estos desagüeros y vertederos de su prosperidad. Por donde quedándose tan ricos y tan prósperos en lo que parece por defuera, por sola esta falta secreta, viven tan tristes y descontentos como si nada tuviesen. Y esto es lo que divinamente significó el mismo Señor por Isaias, hablando contra la soberbia y potencia del rey de los asirios, diciendo: «que él pondría flaqueza en medio de su grosura, y fuego debajo de su gloria, con el cual ardiese.» Para que por aquí se vea como sabe Dios dar un barreno al navio que prósperamente navegaba, y poner flaqueza en medio de la fortaleza, y miseria en medio de la prosperidad. Lo mismo tambien nos es significado en el libro de Job, donde se dice: «que los

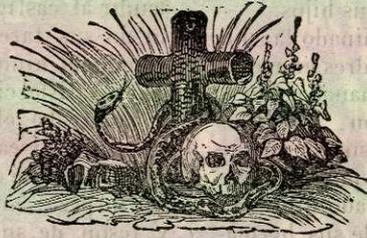
gigantes gimen debajo de las aguas:» para que se vea que tambien para estos tiene Dios sus honduras y sus trabajos, como para los pequenuelos, que parecen estar mas sugetos á las injurias del mundo. Pero muy mas claramente lo significó esto Salomon, cuando entre las grandes miserias del mundo contó esta por una de las mayores, diciendo: «Hay aun otro mal que ví «debajo del sol, y muy comun en el «mundo. Vereis un hombre, á quien «Dios dió riquezas y hacienda y honra, y ningun bien falta á su ánima «de todos los que desca; y con todo «esto no le dió poder para comer de «lo que tiene, sino que otro extraño «se lo tragara.» Pues ¿qué es no tener el hombre poder para comer de lo que tiene, sino no lograr las cosas que posee, ni tener con ellas aquel contentamiento que le pudieran dar? Porque con un desagüero de estos que digimos, ordena Dios que se vierta toda su felicidad: para que por aquí se entienda, que así como la verdadera sabiduría no la dan letras muertas, sino Dios, así la verdadera paz y contentamiento tampoco los dan las riquezas y bienes del mundo, sino Dios.

Pues tornando al propósito: si aun los que tienen todas las cosas que desean, no teniendo á Dios, viven tan descontentos y desabridos; ¿qué harán aquellos á quienes todas las cosas faltan, siendo cada una de estas faltas un hambre y una sed que les fatiga, y una espina que traen hincada en su corazón? Pues ¿qué paz, qué sosiego puede haber en el ánima donde hay tanta importunidad, tanta guerra, y tanto desasosiego de apetitos y pensamientos? Muy bien dijo el profeta de los tales: «*El corazón del malo es como la mar cuando anda en tormenta, que no puede reposar.*» Porque, ¿qué mar, ni qué olas y vientos pueden ser mas furiosos que las pasiones y apetitos de los malos, las cuales suelen á veces revolver mares y mun-

dos? Y aun acontece muchas veces levantarse en este mar vientos contrarios, que es otro linage de tormento mayor. Pues muchas veces los mismos apetitos pelean entre si unos contra otros, como vientos contrarios; porque lo que quiere la carne, no quiere la honra, y lo que quiere la honra, no quiere la hacienda, y lo que quiere la hacienda no quiere la fama, y lo que quiere la fama, no quiere la pereza y el amor del regalo: y asi acaece, que deseándolo todo, no saben que desear: y aun ellos mismos no se entienden, ni saben qué tomar ni qué dejar, por encontrarse los apetitos unos con otros; como hacen los malos humores en las enfermedades complicadas, donde apenas halla la medicina lo que deba hacer, porque lo que es saludable contra un humor, es contrario para otro.

Esta es aquella confusion de las lenguas de Babilonia, y aquella contradiccion contra la cual el profeta hace oracion á Dios, diciendo: *«destruye Señor, y divide sus lenguas, porque ví maldad y contradiccion en la ciudad.»* Pues ¿qué division de lenguas, y qué maldad y contradiccion es esta, sino lo que pasa en el corazon de los hombres mundanos entre la diversidad de sus apetitos, quando se encuentran unos con otros, deseando cosas contrarias, y aborreciendo uno lo que quiere el otro?

Cristianos, solo en el cielo existe la vida y la felicidad; no perdaís la senda que conduce á sus goces celestiales, y no olvideis nunca que para conquistar su posesion, es preciso renunciar al mundo y á sus falaces y mezquinos intereses.



...de las lenguas de Babilonia, y aquella contradiccion contra la cual el profeta hace oracion á Dios, diciendo: «destruye Señor, y divide sus lenguas, porque ví maldad y contradiccion en la ciudad.» Pues ¿qué division de lenguas, y qué maldad y contradiccion es esta, sino lo que pasa en el corazon de los hombres mundanos entre la diversidad de sus apetitos, quando se encuentran unos con otros, deseando cosas contrarias, y aborreciendo uno lo que quiere el otro?

Cristianos, solo en el cielo existe la vida y la felicidad; no perdaís la senda que conduce á sus goces celestiales, y no olvideis nunca que para conquistar su posesion, es preciso renunciar al mundo y á sus falaces y mezquinos intereses.

...de las lenguas de Babilonia, y aquella contradiccion contra la cual el profeta hace oracion á Dios, diciendo: «destruye Señor, y divide sus lenguas, porque ví maldad y contradiccion en la ciudad.» Pues ¿qué division de lenguas, y qué maldad y contradiccion es esta, sino lo que pasa en el corazon de los hombres mundanos entre la diversidad de sus apetitos, quando se encuentran unos con otros, deseando cosas contrarias, y aborreciendo uno lo que quiere el otro?

Cristianos, solo en el cielo existe la vida y la felicidad; no perdaís la senda que conduce á sus goces celestiales, y no olvideis nunca que para conquistar su posesion, es preciso renunciar al mundo y á sus falaces y mezquinos intereses.

DIA CUATRO.

SAN ISIDORO ARZOBISPO DE SEVILLA Y CONFESOR.

No se sabe de positivo si san Isidoro, que fué el hermano menor de san Leandro, san Fulgencio y santa Florentina, nació en Cartagena, ó vino al mundo durante la emigracion de su padre Severiano. Este ilustre caballero, que era descendiente de una antigua familia romana, se vió desterrado y perseguido por los arrianos, porque seguia la verdadera doctrina del evangelio. Retiróse á Sevilla, donde ayudado por los desvelos de Túrtura su muger, pasaba las horas de amargura y de destierro, dedicado únicamente á la religiosa y cristiana educacion de sus hijos.

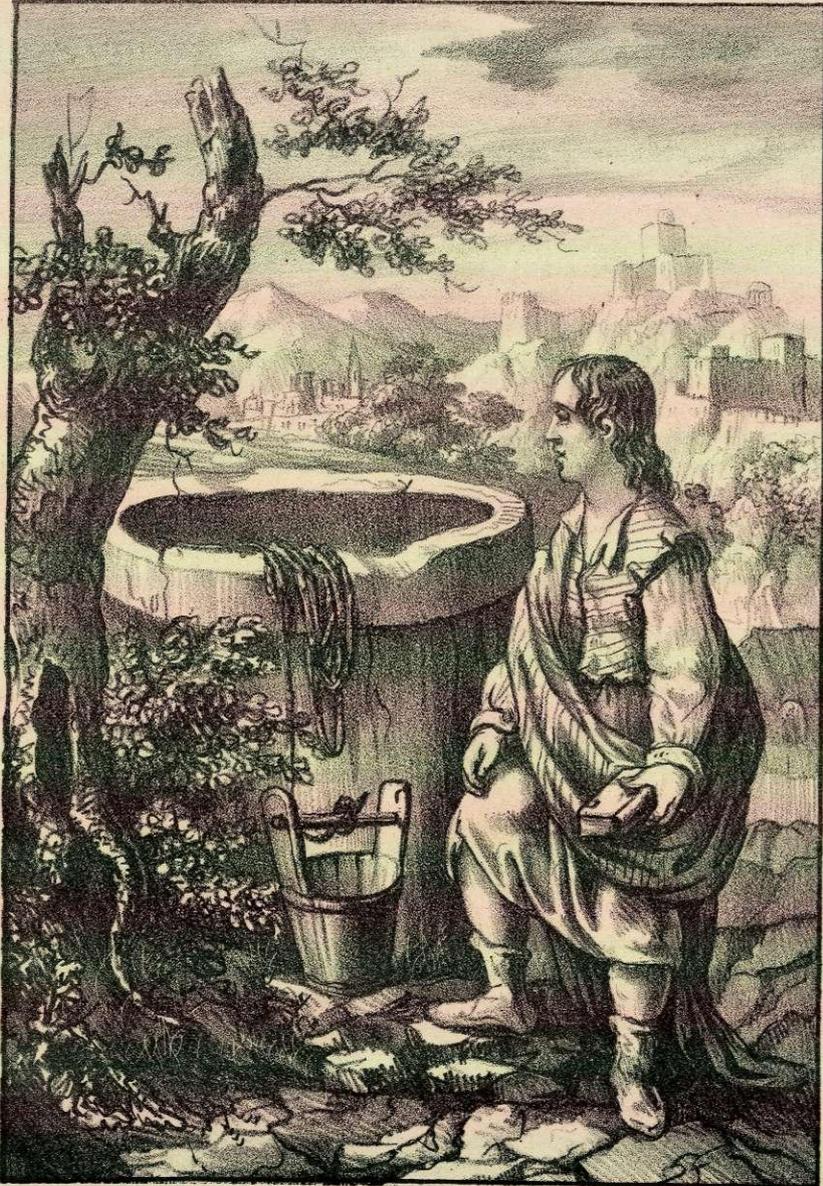
Y cuando hubo terminado la vida de estos dos amantes padres en medio de las tribulaciones emanadas de la injusticia y persecucion, quedó Isidoro al cuidado de sus hermanos Leandro y Florentina, pues Fulgencio era todavía demasiado niño. La ternura y buen juicio de sus hermanos, reemplazaron dignamente los cuidados paternos, y Leandro se encargó de su educacion, desempeñando á un tiempo mismo las funciones de tutor y de maestro.

Dedicóse con ahinco á su enseñanza, estimulado tambien por los prodigiosos anuncios que pronosticaron desde su infancia el venturoso porvenir del niño. En tiempo todavía de su padre, vió santa Florentina á quien tenian encomendado el cuidado de Isidoro, que una multitud de abejas entraban y salian por la boca del niño, que se hallaba en la cuna, forman-

do un dulcísimo panal. Avisó á su padre y sus hermanos para que presenciasen esta maravilla: y siendo todos testigos de que las abejas, sin causar el menor daño, entraban y salian en su boca, remontándose tan altas que parecian descender del cielo, comprendieron sin dificultad, de que aquel prodigio anunciaba que Isidoro se veria lleno de sabiduría, y de dulzura celestial.

Sin embargo, se manifestó Isidoro en los primeros años de sus lecciones tan rudo y tan desaplicado, que su hermano se vió en la necesidad de acudir al castigo, para sacar mas fruto de sus tareas. Al mismo tiempo viendo el niño que en lugar de recoger satisfacciones de su trabajo, no le acarreaba el estudio mas que reprensiones y castigos, se acabó de tal suerte, que creyó imposible vencer su torpeza. No veia en la severidad y teson de su hermano para hacerle estudiar, mas que la dureza de sus amonestaciones, y el golpe del azote que le heria: y para huir de esta penosa sujecion, dejó la casa de sus hermanos, y la ciudad de Sevilla, encaminando su rumbo á la ventura, pues su intento no era mas que abandonar el estudio que tanto le mortificaba, y substraerse á las correcciones que su hermano le imponia.

Caminó algun tiempo, hasta que rendido de cansancio, se sentó junto á un pozo no muy distante de Sevilla. Mientras se recuperaba de



S. Ysidoro. Arz. de Sevilla.

la fatiga del camino, reparó en ciertas hendiduras que habia en las piedras, y en las hondas canales que tenia el brocal del pozo. Y no pudiendo adivinar la causa, la preguntó á una muger que habia venido á sacar agua en aquel momento. Admiróse el niño al saber que la continua caída del agua sobre las piedras, habia formado aquellas hendiduras ó agujeros, así como las canales del madero del brocal eran efecto del no interrumpido ludir de la sogá conque sacaban el agua: y reflexionando que si materias tan blandas hacen una mella tan profunda en la dureza del leño, y de la piedra, con solo la continuacion, es evidente que no hay cosa alguna que resista á la firmeza y constancia de nuestras resoluciones. Esta deducion reanimó su espíritu abatido por las dificultades, y sin detenerse un punto, regresó á casa de su hermano, con firme propósito de someterse á su direccion y voluntad.

Desde aquel día el gusto reemplazó al tedio, y guiado con pulso por los conocimientos de Leandro, logró con su aplicacion y perseverancia, hacer tan notables progresos, que muy en breve la facilidad y la mas

Todas las virtudes de un obispo celsoso, todas las cualidades de un amoroso padre, y todas las esquisitas prendas de un maestro consumado, concurrían en el nuevo prelado de Sevilla, y le elevaban á la cumbre de la perfeccion. Humilde, casto, prudente, justiciero, y perseverante, no desmintió un solo día el admirable concepto que habian formado de su rectitud, y santidad: y sobre estos dos sólidos fundamentos, se levantaba su gigantesco saber, como un sol brillante de luces instinguibles, de cu-

esacta comprension, y reemplazaron definitivamente á las anteriores dificultades y rudezas. Aprendió la lengua latina, averiguando sus propiedades, raices y derivaciones, y se dedicó á las lenguas santas, como la única llave para penetrar en el secreto de su sabiduria. Por último, adquirió tanta elocuencia, como dicen san Braulio y san Ildefonso, y supo revestir su lenguaje con tanta gracia y atractivo, que nadie podia resistir á la dulzura de su persuasion. Además, sus escritos revelan el profundo conocimiento que tenia en materias filosóficas y sagradas, y que forman aquel caudal inagotable que robustece la verdad de su doctrina.

Pasó Isidoro los años de su juventud al lado de Leandro, y participó de todas sus amarguras y persecuciones, ayudándole con todas sus fuerzas á llevar la pesada carga de la prelacia, hasta el año de 599, en que Dios se llevó para sí al santo arzobispo Leandro. Entónces por unánime consentimiento del clero y del pueblo, elevaron á aquella dignidad á su hermano san Isidoro, única persona en quien concurrían á la vez la inocencia de las costumbres, y el don celestial de una sublime sabiduria.

No se limitó su celo al colegio de Sevilla: los monasterios fueron tambien objeto de sus visitas y proteccion, y radiante foco alcanzaba á todas partes la mas pura claridad. No solo de su diócesis, sino tambien de toda España, acudían á recibir su instruccion, y admirar su portentosa sabiduria. Y como era celosísimo en la educacion de los jóvenes que habian de consagrarse al ministerio del altar, estableció un magnífico y hermoso colegio en las afueras de Sevilla, donde pudiesen dedicarse al estudio, y á los ejercicios devotos y cristianos, con todo el recogimiento y aplicacion que proporciona el retiro, y sin los graves

perjuicios que el andar vagando por las calles, introducen las costumbres de unos jóvenes que han de verse honrados con la dignidad del sacerdocio. En este establecimiento vivian encerrados los estudiantes que de toda España venian á aprovecharse de la doctrina de san Isidoro, sin que á nadie se le diese licencia para salir antes de haber cumplido el cuarto año de colegio. San Ildefonso arzobispo de Toledo, y san Braulio obispo de Zaragoza, piadosos y sapientísimos prelados de la iglesia, recibieron en este seminario toda la instruccion y ciencia, que con tanto fruto explotaron en sus ministerios pastorales.

Estos y otros discípulos semejantes, salieron de este colegio, y con sus luces desterraron la ignorancia de las sagradas escrituras, que era origen de la relajacion de costumbres del clero, y de los religiosos, y el pábulo que alimentaba los errores del arrianismo. Y como los cuidados pastorales de nuestro santo no le permitian muchas veces llenar las funciones del magisterio, ni abrazar tampoco todos los ramos de la enseñanza, empleó las mas esquisitas diligencias, y se proporcionó á costa de gastos excesivos, hombres llenos de virtud, y de sabiduría, que regentasen las cátedras de su establecimiento.

No se limitó su celo al colegio de Sevilla: los monasterios fueron tambien objeto de sus visitas y proteccion: escitaba á los prelados con santas amonestaciones, y despertaba la emulacion en los jóvenes religiosos, con las dádivas que hacia á los mas aprovechados. Velaba tambien sobre los conventos de las vírgenes, que miraba como flores preciosas del jardin del Señor. Las recomendaba el recogimiento, y observancia del instituto, y no descuidó nunca los intereses, ni la manutencion de estas santas comunidades. Fundó muchos y hermosos monasterios en varias partes de la península, y todos experimentaron los

efectos de su caridad, de su fervor y de su largueza. Era dadivoso para los pobres, y espléndido para el culto de Dios: únicamente guardaba la escasez, y la economia, para su persona. Su mesa era frugal, y los manjares de que se abastecía, iguales á los que pudieran servir para un pobre religioso. Ayunaba muy amenudo, y con estas mortificaciones se preparaba para la oracion, que era toda su delicia, y para los trabajos del espíritu á que se dedicaba con afan en beneficio de sus hermanos.

No contento con derramar sobre su grey las efusiones de su caridad, y la verdad de su doctrina, emprendió una apostólica peregrinacion, yendo de ciudad en ciudad predicando la palabra de Dios, con grande aprovechamiento de cuantos tuvieron la ventura de oirle. Las virtudes que le adornaban se vieron realizadas en esta ocasion con las acciones mas grandes y ruidosas. En el año de 610 marchó á Toledo con su hermano san Fulgencio, y otros obispos, y despues de recibir á Gundemaro que acababa de ser electo rey, fué el primero que firmó el decreto famoso en que se reconocia la iglesia de Toledo por metrópoli de toda la provincia cartaginense.

Predicó en el segundo concilio Hispalense, ó de Sevilla, tenido en el año de 619, en el que mostró su celo y su saber, disputando, y convenciendo á un siro que se decia ser obispo, y que habia llegado en aquellos dias á Sevilla. Este prelado á quien san Braulio llama Gregorio, negaba dos naturalezas en Cristo, y además creía que la divinidad era pasible. Pero fueron tantas y tan sólidas las razones que san Isidoro dedujo de las escrituras, y de los padres, que el engañado obispo confesó su error, y se adhirió á la doctrina de nuestro santo.

Tambien presidió el cuarto concilio de Toledo, tenido en el año de 633, á pesar de la debilidad en que se hallaba por su quebrantada salud, al cabo

de treinta y tres años de prelación, en que no había cesado de predicar, enseñar, y escribir. Por este motivo suplicó á san Braulio que corrigiese el libro de las Etimologías: y esta debilidad en que se hallaba ha hecho creer á alguno que san Braulio tuvo mucha parte en la formación de los cánones, y decretos de aquel concilio.

Adquirió san Isidoro tanta nombradía en la iglesia, que bastaba su nombre para dar autoridad á una asamblea. Los innumerables escritos de su fecunda pluma le habían conquistado la opinion de un hombre consumado en las ciencias sagradas y profanas. A su estudio y laboriosidad se debe la coleccion de cánones antiguos y legitimos, el prefacio que le precede, el tratado de varones ilustres, y otras obras cuyo catálogo se encuentra en el libro quinto de la biblioteca de don Nicolas Antonio. Tambien compuso y reformó el oficio eclesiástico de la misa, para que en toda España se rezase con uniformidad: é hizo misal y breviario, que por su nombre se llamó de san Isidoro, y despues toledano, por haber sido aprobado en un concilio de Toledo, y ultimamente sellamó oficio muzárabe, porque le siguieron los cristianos que vivian entre los moros, y eran conocidos con este nombre ó con el de misti-árabes.

El mismo sauto conoció que llegaba el fin de sus dias, y se dispuso para aquella hora, doblando sus egercicios piadosos, y las cuantiosas limosnas que hacia á los pobres, entre quienes repartió cuanto tenia, perdonando al mismo tiempo á todos sus deudores. A los seis meses de esta vida preparatoria, se le agravó la calentura que le iba destruyendo, y haciendo llamar á Juan y Epacio, obispos sufragáneos suyos, dispuso que lo conduxesen á la basilica de san Vicente mártir, para hacer la ceremonia de la penitencia, segun costumbre de aquel tiempo.

Inmensa multitud llenaba la catedral, cuyos ecos repetian los gemidos, y sollozos del pueblo y del clero, que lloraban la próxima pérdida de su pastor. Este dispuso que lo colocasen junto al cancel del altar, y que separasen á las mugeres, para recibir la penitencia solo delante de los hombres, á fin de no despertar los escrúpulos de su honestidad y delicadeza. En seguida recibió el cilicio de manos de uno de los dos prelados, mientras que el otro á su petición le cubria de ceniza: y levantando las manos al cielo hizo una confesion pública, terminada por una ferviente y patética oracion, que conmovió á todos los circunstantes. Acto continuo recibió de manos de los obispos el cuerpo y sangre de Jesucristo nuestro señor, y pidiendo perdon á los que se hallaban presentes, les rogó elevasen al cielo sus oraciones, para que le oitorgase el perdon que reclamaba su arrepentimiento, de la misericordia divina. El pueblo todo elevó al cielo las veras todas de su corazon, manifestando con sus gemidos y lágrimas la sinceridad de su pena.

Concluida la ceremonia lleváronle á su habitacion, donde á los cuatro dias se verificó su tránsito, siendo el 4 de abril del año de 636, y habiendo durado cerca de cuarenta su prelación.

Los padres del concilio octavo de Toledo, celebrado diez y siete años despues de su muerte, le proclamaron con los nombres mas distinguidos: y en los siglos posteriores los imitaron Isidoro Pacense, Elipando, el papa Leon cuarto, y todos cuantos conocieron su santidad, y lo sublime de su doctrina.

Su cuerpo fué sepultado en Sevilla, hasta que Fernando primero el Grande, deseoso de poseer el de la virgen y mártir santa Justa, envió al obispo de Leon Alvito, acompañado de Ordoño obispo de Astorga, y del conde Murio, para pedir las sa-

gradas reliquias á Ben-Avetque, rey moro de Sevilla. Pero ignorando el sitio donde descansaban los restos de la santamártir, recurrieron á la oracion: en ella se apareció san Isidoro al ve-

nerable Alvito indicándole el lugar donde se hallaba su cuerpo, para que se hiciese su traslacion, que tuvo lugar en el año de 1063, con grande pompa y magnificencia.

SAN PLATON ABAD.

Platon hijo de Sergio y de Eufemia, nobles, y virtuosos ciudadanos de Constantinopla, nació por el año de 734, heredando de su familia el fervor y pureza de doctrina, que siempre le habian distinguido. Tuvo dos hermanas que como él brillaron en el mundo, mas que por su ilustre nacimiento y relevantes prendas, por el recogimiento de su vida: en una palabra, los tres hermanos fueron modelo de sencillez, de candor, y de santas inclinaciones.

El impío Constantino Copronimo, enemigo declarado de Jesucristo, y de sus santos, habia escitado la cólera del cielo con sus sacrilegas profanaciones y el imperio se veia afligido por un azote terrible. Consistia este en una peste misteriosa que sembraba la muerte en el seno de las familias, llenándolas de espanto y de dolor. Una cruz azulada, de la mayor perfeccion, aparecia inopinadamente sobre los vestidos, y era la señal de que el contagio heria de muerte en pocas horas aquella victima. Constantinopla sufrió la mayor parte del azote, y mas de las dos terceras partes de su poblacion perecieron con muerte repentina.

La azulada cruz apareció en los vestidos de Sergio y de Eufemia, y Platon quedó huerfano de su cari-

I. ño, y de su virtuosa enseñanza; pero las puras máximas que habian grabado en su corazon, quedaron indelébles, y fueron la norma de su vida. Platon quedó bajo la tutela de un tio suyo, que dirigió sus inclinaciones por la senda del verdadero saber, y el niño correspondió tan dignamente á su solicitud, que muy en breve se halló en estado, por su penetracion é ingenio, de manejar los negocios mas importantes. Colocóle el tio, que era tesorero general, en la misma oficina, y su rectitud y extraordinarios talentos llamaron la atencion de toda la corte. Pero la madurez de su juicio, y la circunspeccion de sus virtudes, le hicieron conocer los lazos que el mundo arma á la inocencia, y el riesgo que corre la virtud en las pruebas por que la hace pasar. Entónces desechó los partidos mas ventajosos, y los empleos mas elevados: y aunque jóven y rico, vivia en medio de los halagos de la corte con mas arreglo y devocion, que pudiera hacerlo un solitario. Lecturas espirituales y oracion continua eran sus favoritas ocupaciones: y sin embargo de esta vida ejemplar, bullia en su corazon un santo deseo que le incitaba á renunciar al mundo, y ocuparse esclusivamente en su porvenir.

Y Dios que veia su sinceridad, le

animó en su propósito para que llevase á cabo su resolución. Repartió los inmensos bienes que poseía entre sus hermanos y los pobres, y cubierto de un negro ropon, y cortado su hermoso cabello, salió de Cons-

Hijo mio, le dijo el abad después de haber escuchado su pretension, la delicadeza en que te han criado, y la endeblez de tu temperamento, no son para los rigores de esta vida.

—¿Y qué importa la flaqueza del cuerpo, cuando es inmensa la voluntad? respondió el generoso mancebo. Dios me dará su fortaleza y su gracia, y mi ciega obediencia á vuestras lecciones, los hará ver que todo es fácil á la sinceridad de la vocacion.

Abrazóle el prelado al escuchar esta respuesta, y admitióle bajo su disciplina, y su promesa fué escedida por sus procederer. Probóle apropiado, y acrisoló su virtud con sensibles humillaciones; pero siempre encontró la misma paciencia, la misma exactitud, y el mismo rendimiento. Sus progresos fueron rápidos y asombrosos, y su vida tan egemplar, que á la muerte de Teoctisto le aclamaron los monjes unánimemente por su superior. A pesar de su humildad tuvo que hacerse cargo de la abadia, pero no varió en nada los rigores que se habia impuesto: no se conocía que era el superior, sino porque daba ejemplo á sus subordinados, pues decia que el prelado debia mandar mas con las obras, que con las palabras, haciendo estas mudas exortaciones mas efecto, que los discursos mas elocuentes. Las horas que le dejaban libres

tantinopla á los 24 años de su edad, dirigiéndose al monasterio del monte Olimpo en el sitio llamado los Simbolos, para ponerse bajo la direccion de Teoctisto su esclarecido abad.

II.

las atenciones de su gobierno, las dedicaba á la oracion, á la lectura de los santos padres, y de la sagrada escritura, que era su delicia. Teodoro Studita su sobrino, que escribió la vida de nuestro santo, dice que fueron innumerables los extractos que hizo de los lugares mas escogidos de los santos padres, y que muchos libros espirituales que habia en aquel monasterio, eran debidos á su incansable y piadoso trabajo.

Entre tanto que en el desierto florecia la observancia religiosa por los desvelos de san Platon, el emperador Constantino Coprónino asolaba la iglesia de Jesucristo con la guerra que habia declarado á los santos, y á sus defensores. La persecucion era terrible; prisiones, destierros, suplicios, y hasta la misma muerte amenazaban á los defensores de la verdad católica. Los monasterios fueron arrasados, y los monjes perseguidos: todo era abandono y desolacion para los cristianos verdaderos. Pero el Señor no se olvida nunca del que sufre resignado la tribulacion, y para consuelo de los perseverantes, conservó á nuestro santo en lo interior del desierto, á fin de que concluida la tempestad viniese á reanimar la combatida fé, y á encender con nuevos fuegos el fervor de los perseguidos.

III.

Platon dejó su soledad, y apareció

en Constantinopla como un án-

gel del cielo. Sus palabras combatieron la heregia de los iconoclastas, vencieron sus errores, y convirtieron á sus engañados secuaces. Restableció la antigua disciplina religiosa de los conventos, reformó las costumbres, y la religion volvió á florecer de tal manera, que cambió de aspecto toda la corte.

Sin embargo, estas tareas no disminuyeron sus penitencias ordinarias, ni alteraron su humildad. Esta virtud, que era uno de los principales dotes de su carácter, le obligó á no admitir el obispado de Nicomedia, á pesar de las instancias del patriarca de Constantinopla, pues su único anhelo era volverse á su retiro, como lo verificó así que hubo terminado los negocios que le llevaron á la corte. Pero volvieron á buscarle á su retiro, pues siendo tan necesarios sus consejos, deseaban tenerle mas prócsimo; por cuya razon le obligaron á aceptar el gobierno del monasterio de Sacudion ó Sacudion cerca de Constantinopla.

Entónces restituyó á su rigor y pureza la regla de san Basilio; y haciendo salir del recinto del monasterio á todos los criados seglares que dormian dentro de las cercas, aunque fuera de la clausura, volvió á la casa el espíritu de soledad, y el monástico silencio. Muchas pesadumbres y persecuciones le ocasionó esta reforma, pero su paciencia, su perseverancia, y su ejemplo, pudieron mas que las rebeldes pertinacias de los discolos.

Asistió al sínodo de Constantinopla celebrado el año de 786, en la iglesia de los santos Apóstoles, y defendió el culto de las imágenes con tanto celo, elocuencia ó intrepidez, que desconcertó los artificios de la heregia. Tambien concurrió al año siguiente al segundo concilio Niseno general, al que subscribió como abad de Sacudion, y donde unido á san Tarasio y los demás padres,

trabajó en restablecer el culto de las santas imágenes que habian abolido los iconoclastas. Despues, se restituyó á su monasterio que gobernó siete años mas, dedicado á la abstraccion, al retiro y á la penitencia; pero al cabo de este tiempo la enfermedad minó su salud, y aprovechándose de este suceso renunció la abadía, en la cual le substituyó su sobrino Teodoro.

Sin embargo de su flaqueza, alzó la voz ayudado de este mismo Teodoro para clamar contra el emperador para clamar contra el emperador Constantino, hijo de Irene, por haber repudiado á la princesa Maria su legítima muger, para casarse con escándalo de toda la iglesia, con Teodora dama de la misma emperatriz. Y alzó la voz con religiosa entereza, á pesar de que Teodora era su parienta cercana, y á pesar de que el emperador trató de ganarle con ruegos, con promesas, y hasta con amenazas. Perseguido como todos sus religiosos, se vió encerrado en una estrecha prision, bajo la custodia del mismo clérigo que habia asistido al ilegítimo matrimonio; y sin embargo no se alteró un solo instante la serenidad y penitente vida de su monástica celda.

La emperatriz Irene le volvió á la libertad, despues de la desgraciada muerte del emperador, y le envió colmado de honras á su monasterio de Sacudion. Una irrupcion de los bárbaros, le obligó á refugiarse al de Studio, cuyos monges quisieron nombrarle por su abad; pero supo resistirse á sus instancias, viviendo en cierta manera como un pobre recluso.

Y tambien se mantuvo inflexible en no admitir á comunion al clérigo que habia asistido al escandaloso matrimonio del emperador difunto, teniendo que sufrir las persecuciones por esa conducta, pues sus enemigos escitaron el ánimo de Nicéforo que ocupaba la silla imperial,

el cual le desterrò á una de las islas del Bósforo.

El emperador Miguel, príncipe piadoso que sucedió á Nicéforo, levantò el destierro á nuestro santo. Pero su grande ancianidad, los trabajos que había padecido, y las grandes penitencias con que afligia su cuerpo diariamente, aceleraron el fin de su vida.

Entónces llamó á todos sus monjes que pasaban de novecientos, y dándoles su bendicion, pidió que le condujeran á la sepultura que le habían destinado. Así que la vió, es-

clamó lleno de alegría: aquí descansaré hasta el fin de los siglos, pues el Señor cumple los deseos de los que le temen y los liberta de los males. En seguida oró y pidió en voz alta á Dios por todos sus hermanos, por la santa iglesia, y hasta por los que le habían perseguido, y concluida su prece, entregó blandamente su espíritu al Criador: era el sábado de Ramos, dia 4 de abril del año de 813. Su peregrinacion en la tierra había durado 79 años, de los que había pasado 55 en el monasterio.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Tesalónica, de SAN AGATHOPHILIO DIACONO, y TEODULO LECTOR, que fueron sentenciados por el presidente Faustino, reinando el emperador Maximiano, á ser arrojados á la mar, con una piedra atada al cuello.

En Milán, de SAN AMBROSIO OBIS-

PO y CONFESOR, que con su persuasion y milagros, convirtió á casi toda la Italia á la fé de Jesucristo en tiempo del arrianismo.

En Palestina, de SAN ZOSIMO ANACORETA, que dió sepultura á santa Maria Egipcíaca.

LA MISA ES EN HONOR DE SAN ISIDORO, Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Dios, que para la salud de tu pueblo le diste por ministro al bienaventurado Isidoro, te suplicamos nos concedas por intercesor en los cie-

los, al que tuvimos en la tierra por doctor de la vida. Por nuestro Señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DE LA SEGUNDA DE SAN PABLO A TIMOTEO, CAPITULO CUARTO.

Carísimo: Protesto delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar

vivos y muertos, en su venida, y en su reino: que prediques la pa-

labra, que instes á tiempo y fuera de tiempo: reprende, ruega, amonesta, con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo, en que no sufrirán la sana doctrina, antes amontonarán maestros conforme á sus deseos teniendo comezon en las orejas. Y apartarán los oídos de la verdad, y los aplicarán á las fábulas. Mas tú, vela, trabaja en todas las cosas, haz la obra de evangelista,

cumple tu ministerio. Sé sóbrio. Por que yo ya estoy á punto de ser sacrificado, y cerca está el tiempo de mi muerte. Yo he peleado buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fé. Por lo demas me está reservada la corona de la justicia, que el Señor justo juez, me dará en aquel dia; y no solo á mi, sino tambien á aquellos que aman su venida.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO QUINTO DE SAN MATEO.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se desvaneciere, con qué será salada? no vale ya para nada, sino para ser echada fuera, y pisada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad, que está puesta sobre un monte no se puede esconder. Ni encienden una antorcha, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en la casa. A este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres; para que vean vuestras buenas obras, y den gloria á vues-

tro Padre, que está en los cielos. No penseis que he venido á abrogar la ley, ó los profetas; no he venido á abrogarlos, sino á darles cumplimiento. Porque en verdad os digo, que hasta que pasc el cielo y la tierra, no pasará de la ley ni un punto, ni un tilde, sin que todo sea cumplido. Por lo cual quien quebrantare uno de estos mandamientos muy pequeños, y enseñare así á los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas quien hiciere y enseñare, este será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

DE CUAN BREVE ES LA FELICIDAD DEL MUNDO.

La felicidad y suavidad del mundo, cualquiera que ella sea, á lo menos es breve. Porque la felicidad del hombre no puede ser mas larga que su vida. Y lo largo de esta vida,

ya lo hemos declarado en otra parte; pues la mas dilatada de los hombres, apenas llega á cien años. ¿Mas cuantos son los que llegan hasta aqui? Yo he visto obispos de dos meses,

y sumos pontífices de uno, y recién casados de una semana, y de estos ejemplos leemos muchos en los tiempos pasados, y vemos cada día muchos en los presentes. Mas concedámoste ahora que sea muy larga tu vida. Demos, dice san Crisóstomo, cien años á los pasatiempos del mundo, y añáde á estos otros cien años, y aun otras dos veces ciento: qué tiene que ver todo esto con la eternidad? Si muchos, años dice Salomon, viviere el hombre, y en todos ellos le sucedieren las cosas á su voluntad, debería acordarse del tiempo tenebroso y de los días de la eternidad, los cuales cuando vinieren, verá claramente como todo lo pasado fué vanidad. Porque en presencia de una eternidad, toda felicidad por grandísima que haya sido vanidad parece, y así lo es. Ésto confiesan aun los mismos malos en el libro de la sabiduría, diciendo: que acabando de nacer luego dejan de ser. Mira pues cuan breve parecerá entónces á los malos todo el tiempo de esta vida: pues realmente allí se les figura, que apenas vivieron un día, sino que luego fueron trasladados del vientre á la sepultura. De donde se sigue, que todos los placeres y contentos de este mundo, les parecerán allí unos placeres soñados, que parecían placeres, y no lo eran. Lo cual maravillosamente significó el profeta Isaias por estas palabras. Así como el que tiene hambre y sueña que come, despues que despierta se halla burlado y hambriento, y así como el que tiene sed y sueña que bebe, cuando despierta, tiene todavía la misma sed, y conoce que fué vano su contento, cuando pensaba que bebía; así acaecerá á to-

das las gentes que pelearon contra el monte Sion, cuya prosperidad será tan breve, que despues que abrieren los ojos, y se pasare aquel poquito de tiempo, verán como todos sus gozos fueron soñados. Sino dime ahora. ¿Qué mas que esto fué la gloria de todos cuantos principes y emperadores ha habido en el mundo? Dónde están, dice el profeta, los principes de las gentes, que tuvieron señorío sobre las bestias de la tierra, que buscaron sus pasatiempos en cazas y cetrerías, lidiando con las aves del aire? los que atesoraron montones de oro y plata, en que confían los hombres, sin dar fin á sus tesoros? los que labraron tantas y tan ricas bajillas de plata y oro, que no hay quien acabe de contar las invenciones de sus obras? ¿Qué se hicieron todos estos? en qué pararon? Ya están fuera de sus palacios, y á los infiernos descendieron, y otros sucedieron en su lugar. Qué es del sabio? qué es del letrado? dónde está el escudriñador de los secretos de la naturaleza? Qué se hizo la gloria de Salomon? dónde está el poderoso Alejandro, y el glorioso Asuero? dónde están los famosos césares de los romanos? dónde los otros principes y reyes de la tierra? Qué les aprovechó su vanagloria? el poder del mundo? los muchos servidores? las falsas riquezas? las huestes de sus ejércitos? la muchedumbre de sus trubanes? y la compañía de mentirosos, y lisonjeros que andaban á su alrededor? Todo esto fué sombra, todo sueño, todo felicidad, que pasó un momento. Medita en esto, cristiano, y considera cuan breve sea esta felicidad del mundo.

luchador y así la copia parecibi-
sino el original. Y cuando hubo he-
cho su profesión, fué tan grande su

El novicio fué muy en breve modo-
lo de toda la comunidad religiosa.
Propósito imitar la vida de su santo

DIA CINCO.

SAN VICENTE FERRER CONFESOR.

San Vicente Ferrer nació en la ciudad de Valencia en España, el año de 1357, de una familia tan ilustre por la antigüedad de su nobleza, como por las ejemplares virtudes que le dictaban las máximas de la sacrosanta religion que seguia.

Vicente fué el menor de tres hijos que tuvieron Guillermo Ferrer, y Constancia Miguel, sus padres. El mayor se llamó Pedro, y habiéndose casado, pasó su vida virtuosamente en el seno de su familia. Bonifacio fué el segundo, y estudió la jurisprudencia: tomó estado en el siglo, pero habiendo enviudado despues, vistió el hábito de la Cartuja, y llegó á ser con el tiempo prior general de la órden.

Pero nuestro santo no quiso seguir el mismo rumbo: su noble natural estaba adornado de las mas bellas inclinaciones, que hicieron conocer desde su infancia la eminente santidad, que habia de ser el carácter de toda su vida. El mayor gusto que podian dar al niño, era encomendarle la reparticion de la limosna; pues en aquellos actos en que socorria la in-

I.

felicidad de sus semejantes, sentía dilatársele el corazon henchido de las mas dulces sensaciones.

A los doce años comenzó la filosofia, y dos años despues la sagrada teologia, en la que hizo tan rápidos progresos, que á los diez y siete aventajó á sus propios maestros.

Entónces declaró á su padre el intento que habia concebido mucho tiempo antes de dejar el mundo, y abrazar el estado religioso á que su vocacion le llamaba, entrando en el instituto de santo Domingo, donde florecian las ciencias, el celo, y el fervor mas acendrado. El padre quedó complacido al escucharle, y comprendió entónces un sueño que habia tenido poco antes del nacimiento de Vicente, en el cual le habia predicho un religioso en la iglesia de los padres predicadores, que tendria un hijo, que luciría como uno de los mas brillantes astros de la órden.

Pocos dias despues Vicente fué conducido por su padre al convento de santo Domingo de la ciudad de Valencia, cuyo prior y comunidad le recibieron como un don inapreciable.

II.

El novicio fué muy en breve modelo de toda la comunidad religiosa. Propúsose imitar la vida de su santo

fundador, y salió la copia parecidísima al original. Y cuando hubo hecho su profesion, fué tan grande su



P. Vicente Ferrer

santidad, y tan sublime la doctrina que adquirió en sus estudios, que se le miraba como uno de los hombres mas eminentes de su época.

Las horas de su existencia estaban divididas en dos secciones: la oracion, y el estudio. *Pide á Dios la inteligencia de lo que lees*, dice en su tratado de la vida espiritual, *y consulta mas con el Espiritu Santo, que con los libros. Si te fatiga el estudio, descansa de tiempo en tiempo en las sagradas llagas de Jesucristo: interrumpe tu aplicacion con fervorosas jaculatorias, y que la oracion sea el principio y fin de las tareas del estudio: porque la sabiduria es don del Padre de las luces, y no, obra de nuestro ingenio y trabajo.*

Era tanto su crédito, que habiendo sido nombrado á los veinte y cuatro años para esplicar filosofia á los frailes del convento, se inscribieron inmediatamente mas de setenta seglares por discipulos suyos. Entónces le enviaron á Barcelona, y despues á Lérida, donde está la célebre universidad de Cataluña, y recibió el grado de doctor á los veinte y ocho años, por mano del cardenal Pedro de Luna, legado de la silla apostólica en España. Volvió á Valencia, donde el obispo, cabildo, y ciudad, le obligaron á esplicar en público la sagrada escritura; y habiendo empezado tambien por este tiempo sus predicaciones, fueron tan ópimos los frutos que consiguió su doctrina, y tantas las conversiones que hizo, que fué considerado como un apóstol en el mundo.

Pero su humildad crecia á la par de su reputacion, y conociendo que el principio de aquella elocuencia emanaba de lo alto, componia sus sermones al pié del crucifijo, para que fuesen concebidos bajo su divina inspiracion. Sus penitencias escedian á sus trabajos apostólicos, y no queriendo ser distinguido mas que por sus obras de caridad y de fervor, no admitió las exenciones y privilegios per-

sonales de los doctores, de los maestros, y de los predicadores.

Tanta virtud y tanta abnegacion, debian ser miradas con envidia por el que perdió para siempre la ventura suprema. El ángel de maldicion tembló de ira, tentó su perseverancia, y quiso arruinar su fortaleza. Conciétole enemigos poderosos, irresistibles: levantó en su corazon deseos atormentadores, y cercó la flaqueza humana con toda la seduccion de la malicia. Artificios, sugestiones, impulsos emanados de la misma naturaleza, ocasiones, todo se puso en juego para conseguir un triunfo ruidoso.

Pero Vicente rompió las redes tendidas en su daño, y humilló el orgullo de su astuto tentador.

En vano se valió de una muger joven, desenvuelta y hermosa, que fingiéndose enferma, pidió que la confesase nuestro santo: y hallándose á solas con él, puso en juego las seducciones y encantos de la pasion para rendirle y vencerle: pero Vicente lo conoció á tiempo, y evitó con la fuga la caida que le preparaba. Entónces la irritada muger se valió de la calumnia para denigrarle. Sin embargo, sus tiros se embotaron en la reputacion de Vicente, que quedó mas limpia y gloriosa, para confusion de sus enemigos.

Todavía no desistió la perversidad á vista de este resultado: tentó un nuevo esfuerzo, y lanzó una muger pública contra la castidad de nuestro santo. Escondióse esta en la celdilla de Vicente, y cuando hubo acabado su oracion, se le presentó de improviso llena de osadia y desenvoltura. En aquella situacion no se podia evitar el escándalo huyendo, por lo que se decidió á arrostrar el peligro, y le habló con tanta eficacia y energia, que consiguió hacerla entrar en un sincero arrepentimiento. Lloró sus faltas, pidió misericordia, y con su ejemplar vida borró los escándalos de sus pasados desórdenes.

De este modo la virtud de Vicente triunfó de la iniquidad del tentador, que conociéndose vencido, no se atre-

vió á luchar cara á cara contra quien le habia supeditado por su santidad y abnegacion.

III.

Muerto el papa Clemente séptimo, acaeció aquel gran cisma en que fué nombrado papa en Aviñon el cardenal Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto trece, mientras que Bonifacio el oncenno, sucesor de Urbano sexto, ocupaba la silla de Roma. Benedicto llamó á Aviñon á Vicente, le hizo su confesor, y le nombró por maestro de su sacro palacio.

Estaba tan obscurecido el derecho que los concurrentes pretendian tener el pontificado, que son excusables muchos y grandes santos que en aquella época se decidieron por los diferentes partidos. España y Francia reconocian á Benedicto por legitimo papa, y Vicente, creyendo oír la voz del vicario de Jesucrito, obedeció á su llamamiento. Su viaje no fué inútil, pues exhortó continuamente al desinterés y á la union, contribuyendo mucho á que se celebrase en Constancia un concilio general.

Durante los diez y ocho meses que estuvo en Aviñon, hizo muchos viajes á Cataluña, á Aragon, y á varios puntos de Francia, desempeñando diferentes legacias junto á el emperador Sigismundo, y el rei Cárlos sexto. Al cabo de este periodo se le apareció Cristo, mandándole dejar la córte de Benedicto, é ir á predicar como Apóstol por todas partes. Hallábase gravemente enfermo con una fiebre maligna, cuando formó el propósito de obedecer, así que estuviese restablecido: é inmediatamente quedó completa su curacion, cuyo milagro fué una prueba visible del divino precepto. Benedicto, para detenerle le ofreció el obispado de Va-

lencia, y el capelo de cardenal; pero todo lo rehusó, y marchó con potestad de legado apostólico, para predicar en todas partes el evangelio.

Gregorio duodécimo, y Juan vijésimo tercero renunciaron sus pretensiones, y se sometieron á la decision del concilio para poner fin al cisma; pero Benedicto no quiso imitar su ejemplo, á pesar de los esfuerzos que hizo Vicente para conseguirlo: por lo cual se separó de su comunión y le trató como á cismático.

El pontifice Martin quinto le nombró tambien misionero apostólico, y con este carácter recorrió inmensos países predicando el evangelio. En el año de 1397 dió principio á sus predicaciones por España, señalando su curso las innumerables conversiones y prodigios que obró en el pueblo y en el clero. Cataluña, Valencia, Murcia, Granada, Andalucía, Leon, Castilla, Asturias y Aragon, oyeron la palabra de vida, con tan felices resultados, que le merecieron el glorioso título de Apóstol de las Españas. En Francia fueron teatro de sus triunfos, el Lenguedoc, la Provenza, y el Delphinado, donde logró su celo una reforma general de costumbres. Pasó á Italia, y predicó con el mismo éxito en el Genovesado, el Piamonte, la Lombardía y la Saboya. Penetró en Alemania, y todo el territorio que baña el Rhim superior escuchó con fruto sus doctrinas; distinguiéndosele últimamente con el nombre de Apóstol de toda Europa.

Imposible seria referir sus dilatados viajes, ni los escesivos trabajos que padeció, ni los asombrosos fru-

tos que cogió su doctrina. Los pueblos salían de tropel á las plazas públicas, y á los campos, donde predicaba sus sermones, y la divina gracia que se los inspiraba, hacia tan eficaz su elocuencia, que los pecadores mas endurecidos sentían correr al escucharle, las lágrimas de su arrepentimiento y compuncion. Los asuntos mas comunes de sus sermones eran la muerte, el infierno, y lo tremendo del juicio final. La fuerza de sus espresiones y el colorido de las imágenes penetraban los corazones, de tal modo, que predicando en Tolosa en cierta ocasion, todo el auditorio que le escuchaba se sintió acometido de un temblor, semejante al que causa el frio que precede á una violenta calentura.

No es dudable que Dios le comunicó el don de lenguas, y el de una esquisita persuasion, pues sin este milagro no lo hubieran entendido las diferentes naciones á quienes predicó el evangelio, ni podido convertir el prodigioso número de judios, moros, sarracenos, turcos y esclavones, que sacó de la infidelidad, sin contar los millones de hereges, cismáticos, y pecadores obstinados, que convirtió en España, Francia, Italia, Alemania, Países-Bajos é Inglaterra. Solo en España convirtió á la fé á veinte y cinco mil judios, ocho mil sarracenos, y un número increíble de los demas pecadores.

Los pueblos salían á su encuentro, y le seguían de un lugar á otro, contándose algunas veces en su séquito á mas de diez mil personas. Siempre era numeroso su auditorio, pero cuando el local lo permitía, por ser la llanura espaciosa, era tanta la afluencia de gentes, que hubo dia de reunirse á su alrededor mas de ochenta mil almas, ansiosas de oírle y venerarle. Los mercaderes hacían feria de cilicios, disciplinas y capotillos de cerda, y otros instrumentos de penitencia, pues estaban seguros de un buen despacho

donde san Vicente predicaba su mision.

Vióse distinguido nuestro santo por los principes y los reyes, que veneraban su santidad. El de Inglaterra le escribió una carta que le envió con un gentil hombre, suplicándole que estendiese hasta su reino su apostólica caridad: y despachando un navio á las costas de Francia para que hiciese la travesía, le recibió con los mismos honores que hubiera hecho á un soberano. Despues de predicar en las principales ciudades, y de haber sacado un fruto copiosísimo, regresó á Francia, recorrió muchas provincias de aquel reino, y hallándose en Bourges el año de 1417, recibió cartas de Juan V, duque de Bretaña, en que le rogaba pasase á hacer mision en sus estados. Condescendió san Vicente, y en todas las ciudades le hicieron el mismo recibimiento que hubieran hecho al pontífice. El pueblo y el magistrado, formado en cuerpo de ciudad, y hasta los mismos obispos, salían á su encuentro á larga distancia, y al llegar á la capital, el duque y la duquesa, con toda la córte, se adelantaron media legua para recibirle. Su mision tuvo aquí los mismos resultados que en todas partes: las conversiones fueron numerosas, y repentina la reforma de costumbres en la nobleza, en el clero, y en el estado llano.

Pero las penosas tareas de su apostolado no le impidieron la mas exacta observancia de la regla de su instituto. Por espacio de cuarenta años ayunó todos los dias, menos el domingo; y los miércoles y los viernes, no tomaba otra cosa mas que pan y agua. Su cama eran unos sarmientos, ó una poca de paja, y antes de entregar su cuerpo al interrumpido y corto descanso que le daba, lo despedazaba todas las noches con sangrientas disciplinas, sin que mitigase el rigor de esta penitencia, ni por las fatigas de sus viages continuos, ni por la debilidad de sus dolencias y enfermedades.

El púlpito, el confesonario, y la oracion, llenaban toda su existencia, y el celo que le animaba era el sople de su vida.

Pero esta no podia menos de minarse al rigor de tantas penitencias y trabajos, cayendo enfermo de gravedad, cuando se hallaba de mision en Vannes de Bretaña. Los cinco compañeros españoles que llevaba consigo, y que nunca se apartaban de su lado, le instaron á que se dejase conducir á Valencia de España, con el pretesto de que los aires nativos y la benignidad del temperamento, podrian recuperar su salud; pero en realidad era, para que la ciudad que habia tenido la dicha de darle al mundo, tuviese tambien el consuelo de darle sepultura. Sin embargo, Dios lo tenia dis-

puesto de otro modo, pues el miércoles de la semana de pasion, dia 5 de abril del año de 1419, este gran santo que habia sido la admiracion del mundo entero, murió en Vannes, á los setenta años de edad, y cincuenta y dos de su religiosa profesion. El duque de Bretaña le hizo magnificos funerales, y la duquesa le lavó los piés con sus mismas manos. Los milagros que obró, ascienden á ochocientos y cuarenta, siendo innumerables los que ha ejecutado despues de muerto. Calisto 3.º le canonicizó el año de 1455, pero la bula fué espedita dos años despues por su sucesor Pio segundo. Su cuerpo se conserva con mucha magnificencia y veneracion, en la citada ciudad de Vannes.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Tesalónica, de SANTA IRENE, hermana de SANTA AGAPE, y SANTA CHIONIA, que recibió despues de ellas la palma del martirio.

En la isla de Lesbos, de SAN CENON MARTIR, que arrojaron al fuego despues de haberle desollado vivo, untándole todos sus miembros con pez derretida, en cuyo suplicio horroroso murió confesando la fé de Jesucristo.

En la misma, el martirio de cinco cristianos que dieron su vida por el evangelio.

En Africa, la memoria de muchos mártires, que durante la persecucion de Gensérico, rey arriano, fueron muertos el dia de pascua en la misma iglesia: entre ellos hubo un lector, que subiéndose al púlpito, y cantando alleluya, fué degollado al instante de un sablazo.

LA MISA ES EN HONRA DE SAN VICENTE FERRER, Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Dios, que te dignaste ilustrar á tu iglesia con los méritos y predicacion de tu bienaventurado Vicente, concédenos á tus siervos que imitemos

sus ejemplos, y que nos veamos libres por su proteccion de todas las calamidades. Por nuestro señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 31 DEL LIBRO DE LA SABIDURIA.

Dichoso el hombre que fué hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su esperanza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es este hombre y le alabarèmos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué pro-

bado en esto, y se le halló perfecto, tendrá la gloria eterna; el que pudo violar la ley y no la violó, hacer mal y no lo hizo, tendrá sus bienes seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 12 DE SAN LUCAS.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discipulos: tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos. Y sed vosotros semejantes á los hombres, que esperan á su Señor, cuando vuelva de las bodas: para que cuando viniese, y llamase á la puerta, luego le abran. Bienaventurados aquellos siervos, que hallase velando del Señor, cuando viniere. En verdad os digo, que se ceñirá, los

hará sentar á la mesa, y pasando los servirá. Y si viniere en la segunda vuela, y si viniere en la tercera vuela, y así los hallare, bienaventurados son los tales siervos. Mas esto sabed, que si el padre de familias supiese la hora en que vendria el ladrón, velaria sin duda, y no dejaría minar su casa. Vosotros pues, estad apercebidos: porque á la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

PENSAMIENTOS RELIGIOSOS.

DULZURA DE LA PENITENCIA.

Acércate cristiano, y haz tu ofrenda de propiciacion ante el altar sacrosanto del Dios omnipotente, á quien tu corazon reverencia: acércate con fé, y sentirás en tu pecho la fortaleza necesaria para vencer tu medrosa vacilacion.

¿Qué ecsije de tí este acto, ante el que se abrirán para tu entrada las puertas del porvenir? ¿qué

ecsije en cambio del sumo bien que te anuncia?

Desprendimiento, y penitencia.

Desprendimiento de esos afectos mundanales que abraja el corazon, y acaricia el hombre en sus sueños de mentida ventura: horas de aturdimiento y degradacion á que se entrega sojuzgado por un prestigio que no se decide á combatir: horas de

embriaguéz y seducciones que pasa adormecido en el dulce regazo de ilusiones engañosas, que batan en su derredor sus alas de esperanza y de placeres, para perfumar el ambiente de su dominio, y llenarle con las ráfagas de su brillante oropél: horas reducidas, fugaces, incompletas, constante vanguardia de la miseria y del desengaño.

Penitencia para castigar y vencer esos movimientos rebeldes que brotan del corazón del hombre, con la misma violencia que las aguas de un espumoso torrente, engrosado por la tempestad, y que como ellas no dejan en pos de sí mas que espanto, ruina, perdición y muerte.

Cristianos, cuya vida en este mundo no es mas que un momento de prueba, que ha de acrisolar al perseverante y al virtuoso, antes de abrirle las doradas puertas de la inmortalidad y de la gloria, no desecheis estos dos grandes apoyos de vuestra firmeza, que como guardianes celosos y vigilantes se colocan entre vosotros y el peligro, á fin de parar los golpes, que encarnizados enemigos asestan á cada uno de vuestros pasos.

¿Por qué vacilais acogeros en brazos de la penitencia, si bajo su sombra hallareis la mas completa salvaguardia durante vuestra peregrinacion? Os acobardan sus rigores, porque no habeis gustado la dulzura que el alma siente en la paz que proporciona: paz deliciosa, paz de vida, en que el alma triunfa de la miseria y abandono que le habia tocado en parte, y prevee las celestiales fruiciones que le esperan, cuando haya sonado la hora de su tránsito á la inmortalidad. Duro ha de ser el combate para que el triunfo sea esclarecido, y mayor será la gloria cuanto mayores las penalidades sufridas para obtenerla.

El cuerpo doliente que sucumbe á la voracidad de roedora gangrena

resiste á pesar de su estado los dolores de la amputacion: pero el que se decide á sufrirlos, goza despues de aquellos momentos de martirio y de agonía, horas bienhechoras de paz y de ventura, debidas á la decision y ánimo con que supo arrostrar los rigores de la curacion.

Así es la penitencia: amarga y desabrida para las mimadas pasiones que con sus halagos destruyen el germen de ventura y vida que brota en el corazón del hombre: germen que sofocan con sus tempestades, y que hacen infructíferas sus alientos emponzoñados.

El cristiano debe despojarse de aquellos afectos perniciosos que dominan al hombre, avasallan su libre albedrío, y aparecen convertidos en vergozosas pasiones, que condenan al alma á la horfandad y al desconsuelo. Y para combatir su formidable poder, y anonadarlas en sus mismas exageradas pretensiones, la religion pone en su mano para el triunfo la penitencia, con cuyo decidido socorro ha de sacar su alma del penoso cautiverio en que vive sojuzgada.

Si; porque la abstinencia vence la arrogancia de la carne: la humillacion destruye el amor de sí mismo, aquella satisfaccion de las propias acciones que seca la fuente de la caridad, enerva nuestro espiritu, engendra la soberbia, y nos precipitan para siempre en la perdicion: el retiro y la contemplacion nos apartan de las miserias del mundo, y nos elevan hasta los goces de la paz y de la beatitud.

Esta es, cristianos, la penitencia que vuestras creencias sacrosantas os recomiendan constantemente. Estas son las gradas por donde habeis de subir á la region de la ventura celestial. Estos los tránsitos por donde ha de correr vuestra vida esencial de agonía y de turbacion.

Combatid y venceréis: mientras

mas reñida sea la lucha , mas crecido el galardón de la victoria.

Combatid animosos, que la recompensa escede á todas las esperanzas humanas: combatid, y esperad, que el que tiene fé, no cesa ante las tribulaciones.

Desechad las inspiraciones del mundo que se alzarán en vuestro derredor como una nube de polvo, para oscurecer é interceptar vuestro sendero. Acallad las escijencias de vuestros sentidos, que se levantarán en vuestro daño con incansable porfia.

Pero si veis prócsima á rendirse vuestra constancia , clamad al Dios Omnipotente , y pedidle con todo vuestro corazon la alegría de su salud , que es prenda de paz para el hombre que está lleno de fé: pedidle los consuelos del alma que dá su santa fortaleza, y ofreced en sus aras á par de vuestra súplica, como una ofrenda de propiciacion , vuestras mortificaciones , vuestra humildad, y vuestro retiro, que son las preciosas baeses de la penitencia cristiana.



Adopto san Celestino este nonse-
to, y tanto en Roma, en consilio,
que cuando el papa á ser depues-
to de su dignidad y honores, si en
el término de diez dias no se re-
trata, y contra á san Cirilo esta
la doctrina, para que se la remi-
ta á Constantino, mandando
que se le mande cumplimiento, á fin
de que sus espaldas de su silla,
de veritas in ecclia extracta-
don. Al mismo tiempo le confirió
sus poderes para que despus en su
representacion la presidencia del in-
ter conilio general. Entonces san
Cirilo mandó mandado de los obis-
pos, y á campaña de san Ce-
lestino mandó segunda vez á Nes-
torio, para que á Constantino que-
rria los para que le intinas en es-
tos mandatos, y los derechos
de su pontific.

de papas, é que de un cal-
to romano que se llama Euse-
bio al mundo á la vez del siglo cuar-
to, y sabia al pontificado con el
nombre de Celestino primero, el año
de 433.
Durante su pontificado, en la
que la iglesia romana, y
que negaba á Nestor, mandando
tulo de Nestor de Nestor, á fin
se el papa Celestino al exilio, y
la proposicion de Nestor de Nestor
lado de su retiro, y mandando
nes sabien á Constantino, á fin
de al que habla sido usado
poetica, para los mas
distincion á san Cirilo, mandando
Apostólica que se recibiera con
reserva, mientras que se
ma la noticia de estos sucesos
bilos papas de Nestor, á fin
Así que los papas habian
nado san Celestino, á fin
lado de Nestor, para que
guese á Nestor, á fin de
de los papas, á fin de
placemos, pues lo papas imposi-
ble que fuese practicable de un non-
bre que tanto habian rechazado los
obispos de oriente.
Eusebio Cirilo la comision de la
santa silla, y á par de los me-
ditos de conciliacion, á fin de que
Nestorio se retractase de su doctri-
na, pero viendo imposible la concilia-
cion, se retiró á su diócesis. Po-
desio con cartas para el pontifi-
co, en que manifestaba la conser-

DIA SEIS.

SAN CELESTINO PAPA.

San Celestino fué natural de la provincia de Campania en el reino de Nápoles, é hijo de un caballero romano que se llamaba Prisco. Vino al mundo á fines del siglo cuarto, y subió al pontificado con el nombre de Celestino primero, el año de 423.

Durante su pontificado tuvo lugar la ruidosa heregía de Nestorio, que negaba á María Santísima el título de Madre de Dios. Asombróse el orbe cristiano al escuchar esta proposicion de boca de un prelado de su iglesia, y mil campeones salieron á refutarla, y confundir al que habia sido osado para proponerla. Entre los mas celosos se distinguió á san Cirilo, patriarca de Alejandría, que escribió contra el herejarca, mientras que enviaban á Roma la noticia de estos sucesos, y los libros heréticos de Nestorio.

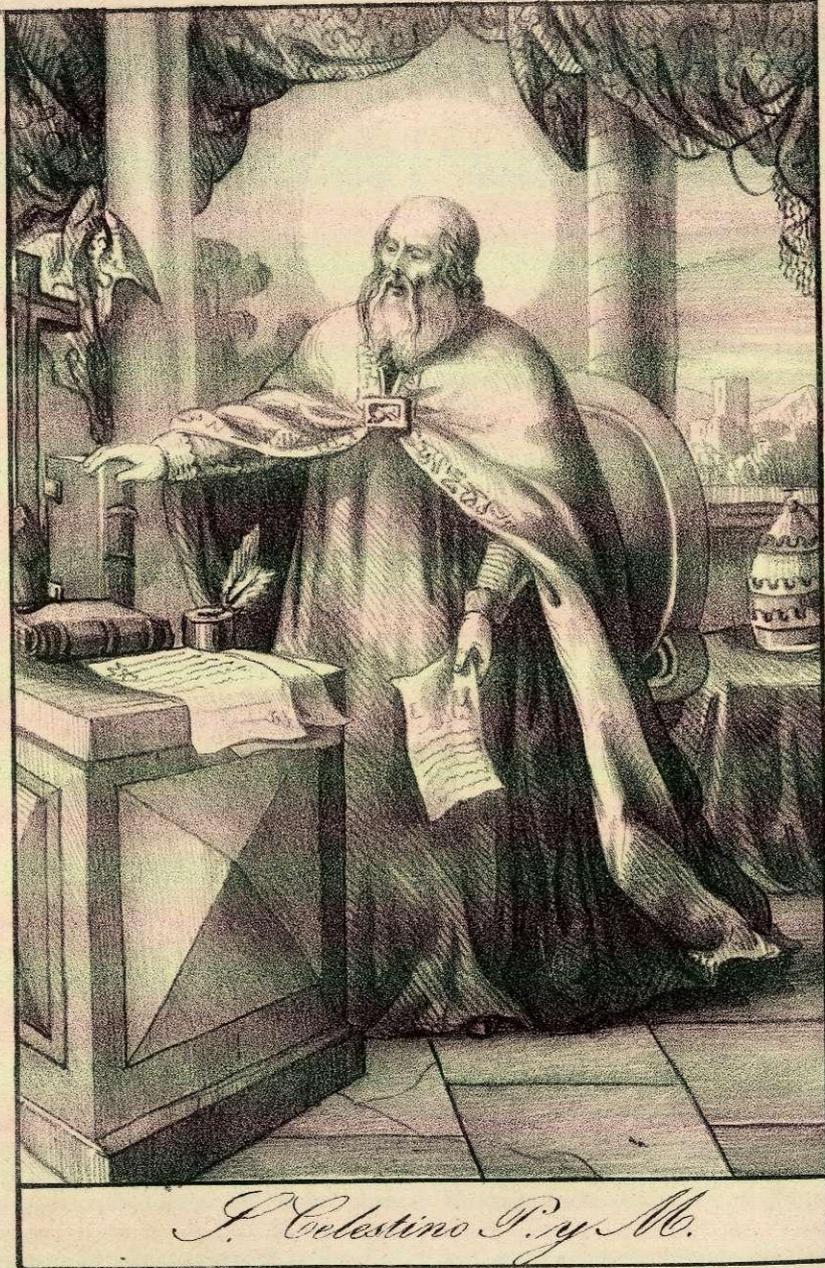
Asi que los hubo leído y ecsaminado san Celestino, escribió al prelado de Alejandría para que averiguase si Nestorio era el verdadero autor de aquellos libros impíos y blasfemos, pues le parecia imposible que fuese produccion de un hombre que tanto habían ensalzado los obispos de oriente.

Cumplió Cirilo la comision de la santa silla, y apuró todos los medios de conciliacion, á fin de que Nestorio se retractase de su doctrina; pero viendo imposible la enmienda, envió á Roma á su diácono Posidonio con cartas para el pontífice, en que manifestaba la convenien-

cia de que se juntase un concilio, para que la voz de la iglesia anatematizara la heregía.

Adoptó san Celestino este consejo, y juntó en Roma un concilio, que condenó al herege á ser depuesto de su dignidad y honores, si en el término de diez dias no se retractaba. Y envió á san Cirilo esta condenacion, para que se la remitiese á Constantinopla, encargándole el mas esacto cumplimiento, á fin de que fuese espelido de su silla, sino verificaba la exigida retractacion. Al mismo tiempo le confirió sus poderes para que ejerciese en su representacion la presidencia del futuro concilio general. Entónces san Cirilo convocó un sínodo de los obispos cercanos, y á ejemplo de san Celestino condenó segunda vez á Nestorio, y envió á Constantinopla cuatro legados para que le intimasen estas condenaciones, y los decretos del sumo pontífice.

Por acuerdo de san Celestino y del emperador Teodosio, quedó señalado el año de 431 para el concilio general que se verificó en la ciudad de Efeso, en la pascua de Pentecostés: al que concurrieron mas de doscientos obispos, y muchos archimandritas, y monges, presidiéndole san Cirilo como vicario del sumo pontífice, para cuyo efecto y señal de su autoridad, le envió san Celestino la mitra y el palio. Túvose la primera sesion el dia 22 de junio, declarándose por unanimidad, como artículo de fé, la encarnacion del hi-



S. Celestino P. y M.

jo de Dios, hecha en las purísimas entrañas de la Virgen María, en el mismo instante de su concepcion, en union hipostática de las dos naturalezas divina y humana, en sola una persona, que era la de Cristo nuestro Señor, Dios y Hombre verdadero: y que por esta concepcion, la Virgen María se debía llamar verdadera Madre de Dios. Al mismo tiempo, condenaron y anatematizaron la heregia de Nestorio, que no habiendo querido comparecer á retractarse de sus doctrinas, fué depuesto de la dignidad episcopal, arrojado de su silla, y escluido de la comunicacion de la iglesia.

Mientras que por los esfuerzos de san Celestino se ahogaba en el oriente tan perniciosa heregia, su atencion se dedicaba tambien á las otras provincias del orbe cristiano puestas bajo su vigilancia. La Inglaterra estaba subyugada por la heregia de Pelagio y para combatirla y aniquilarla envió á san German, obispo de Auxerre, que con sus predicaciones redujo á los extraviados ingleses á la verdadera creencia. Tambien envió á Escocia á Paladio, y le ordenó de obispo para que trabajase en la viña del Señor, logrando con sus es-

fuerzos, que un crecido número de aquellos naturales abrazasen la fé de Jesucristo.

Redujo á un pequeño volúmen la historia y decretos del concilio Efesino, y los repartió por todas las iglesias de la cristiandad, para que en todas se proclamase Madre de Dios á la virgen María.

Ordenó que al principio de la misa se dijese el salmo: *judica me Deus*: y algunos añaden que compuso el Gradual. Engrandeció los templos del Señor con ricos presentes, y consagró la iglesia Julia, dándole grandes dones y vasos de plata. Por último, hizo tres veces órdenes en el mes de diciembre, ordenando treinta y dos sacerdotes, doce diáconos, y sesenta y dos obispos. Lleno de celo y de santidad por la verdadera doctrina, no perdonó desvelo ni trabajo, á fin de sacarla ilesa de los ataques encarnizados de la heregia: y agotada su ecistencia con los trabajos de su ministerio, descansó en el Señor despues de haber regido su iglesia ocho años, diez meses y diez y ocho dias, el 6 de abril de 432, dándole sepultura en el cementerio de Priscila, en la via Salaria.

SAN GUILLERMO CANONIGO REGULAR DE SANTA GENOVEVA

DEL MONTE EN PARIS, DESPUES ABAD DE ESCHIL EN DINAMARCA.

Nació san Guillermo en Paris el año de 1105, y sus padres que eran de noble gerarquía, le pusieron bajo la disciplina de su tio Hugo, abad de san Germán de los Prados, para que le educase en el santo temor de Dios. El hermoso natural del niño coadyuvó las intenciones de sus parientes, y muy en breve fué ejem-

plo de toda la comunidad. Su recogimiento y su vocacion movieron al prelado á aconsejarle que abrazase el estado eclesiástico, y Guillermo condescendió siguiendo sus virtuosas inclinaciones. Luego que recibió el diaconado, se le proveyó una canongía en la iglesia colegial de santa Genovéva del Monte, algun tiem-

po antes que tuviese lugar su reforma. El nuevo canónigo no alteró la inocencia de sus costumbres, ni la observancia que había aprendido en el convento: esacto y religioso, cumplía con sus deberes con la misma asiduidad, y con la misma vocación. Sus compañeros que observaban una vida de licencia y estravío, trataron de separarle del coro, á fin de librarse de la constante censura, que sus virtuosos procederes daban todos los dias á sus escándalos y desórdenes.

Uno de ellos fingió que queria ser religioso, y trató de persuadirle á que siguiera su ejemplo: pero conoció su astucia, y se quedó en su cabildo.

Esteban, obispo de Paris, conociendo sus virtudes y su vida ejemplar, le ordenó de diácono á pesar de la oposición de sus enemigos. Mas rabiosos estos por la nueva dignidad que le había sido conferida, aprovecharon la ocasión que se les ofrecia de alejarle del coro, dándole el curato ó prebostía de Espinay, á cinco leguas de Paris, cuya provision pertenecía á los canónigos de santa Genoveva. Aceptóla el santo reteniendo su prebenda, pues era costumbre que aquel curato fuese servido por uno del mismo cabildo.

No lograron mucho tiempo la libertad que se habían proporcionado con la separación de Guillermo, pues habiendo llegado á Paris en el año de 1147 el papa Eugenio tercero, é informado de la licencia en que vivian aquellos canónigos, determinó con anuencia del rei Luis el Joven, hacerlos regulares. Comisionóse para esto á Ludgerio abad de san Dionisio, que introdujo en santa Genoveva del Monte, á los canónigos reglares de san Victor, dejando á los seculares el disfruto de las rentas durante su vida.

Asi que lo supo Guillermo, renunció su curato, y abrazó el nuevo instituto, haciéndose canónigo reglar. Su observancia, su devoción, y el

fervor con que llenaba su ministerio, le hicieron conocer bien pronto como el mas digno de toda la casa; y por unánime consentimiento fué elevado á la dignidad de superior.

Por aquellos dias divulgóse la voz en Paris de que habían robado la cabeza de santa Genoveva, y para demostrar su falsedad, hizo abrir públicamente la caja que contenía aquellas reliquias que aparecieron completas é intactas. Pero habiendo dicho algunos que aquella cabeza pudiera no ser la suya, se ofreció á entrar en un horno encendido, llevándola en la mano, para probar que era la verdadera.

La fama de su santidad salvó los límites de Francia, y penetró en Dinamarca, donde Absalon, obispo de Roschild, deseoso de restablecer la antigua disciplina en un monasterio que habia en la isla de Eschil, juzgó que nadie seria mas á propósito para conseguirlo, que el superior de los canónigos reglares de santa Genoveva. Despachó cartas á este efecto al preboste de su iglesia, que se cree haber sido el célebre Sajon, el Gramático, que compuso la historia de Dinamarca, el cual obtuvo el consentimiento de Guillermo, á pesar de lo sensible que le era dejar aquella santa casa.

Waldemar, hijo del mártir san Canuto, recibió con extraordinaria voluntad á san Guillermo, y á los tres canónigos que le acompañaban, para auxiliarse en la reforma: y el obispo Absalon los colmó de obsequios y distinciones, nombrando á nuestro santo por abad de Eschil.

Increibles fueron los trabajos que padeció en esta prelacia: hallóse solo, pues lo riguroso del temperamento y las incomidades de aquel país, obligaron á sus compañeros á regresar á Francia, y dejarle con todo el peso de la empresa. Esta se hacia cada vez mas difícil, pues los religiosos, acostumbrados á la relajacion de la disciplina, no podian sufrir la reforma, re-

volviéndose contra los preceptos del prelado.

Este no oponía á las contrariedades y lazos que el enemigo le armaba, mas que una paciencia, una resignacion, y una perseverancia tan grandes, que al fin venció el genio indómito de sus subordinados, atrayéndolos por la suavidad á la debida observancia del instituto. La fama de sus virtudes y de su verdadera santidad, convirtió no solo á los pecadores endurecidos, sino tambien á los gentiles que habia en las costas del Báltico.

Guillermo era incansable en la oracion, á que dedicaba todas las horas que le dejaban libre los deberes de su ministerio. Mortificaba su cuerpo con un cilicio de que nunca se desnudaba; jamás usó lienzo alguno para su vestido, ni comió manjares delicados, pues su ayuno era tan continuo y riguroso, como escaso el sueño con que recuperaba las fuerzas agotadas por sus continuos trabajos. Siete años antes de morir, tuvo revelacion del dia en que habia de verificarse, y redobló todavia mas su fervor y su celo, y mul-

tiplicó hasta lo infinito sus mortificaciones y penitencias.

Asi llegó hasta la última cuaresma de su vida, cuyo juéves santo celebró misa con la mayor devocion y ternura, dió la comunión á los religiosos, y lavó los piés á los pobres. Despues de la comida se preparaba á lavarlos á sus hermanos, cuando le asaltó un dolor de costado tan violento, que tuvo que recogerse á su pobre camilla, donde pasó hasta el dia de pascua con una calentura lenta que le sobrevino. Despues de media noche, oyendo cantar en maitines aquellas palabras: *ut venientes úngerent Jesum*, pidió que le administrasen la santa uncion, y recibido este sacramento con los mas tiernos afectos de amor de Dios, y de confianza en su misericordia, entregó su espíritu el dia 6 de abril del año de 1203, á los noventa y ocho de su edad, de los que pasó mas de cuarenta en Dinamarca. El papa Honorio tercero le canonizó veinte y un año despues de su muerte, en el de 1224.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Roma, de SAN SIXTO PAPA Y MARTIR, que gobernó la iglesia universal en tiempo de Adriano, y se espuso á la muerte por la fé de Jesucristo para hacerse digno de su gloria eterna.

En Macedonia, de SAN TIMOTEO Y SAN DIOGENES MARTIRES.

En Persia la conmemoracion de veinte y seis cristianos que dieron su vida por el evangelio.

En Ascalon el tránsito del bienaventurado PLATON, y de dos compañeros mas, mártires por la fé.

En Cartago, de SAN MARCELINO MARTIR, que murió á manos de los hereges defendiendo la fé católica.

En Irlanda, de SAN CELSO OBISPO, predecesor de SAN MALACHIAS, ilustre por sus virtudes, y venerado por su santidad.

LA MISA ES DE LA DOMINICA PRECEDENTE Y LA ORACION DE SAN GUILLERMO
LA QUE SIGUE.

Señor, te suplicamos que nos reco- }
miende á ti la intercesion del biena- }
venturado abad Guillermo, para que }
consigamos con su proteccion, lo que }
no valemos por nuestros méritos. Por }
Jesucristo nuestro señor.

LA EPISTOLA ES DE LA PRIMERA DEL APOSTOL SAN PABLO A LOS CORINTIOS
CAPITULO 13.

Hermanos: la caridad es paciente, es }
benigna: la caridad no es envidiosa, }
no obra precipitadamente, no se en- }
soberbece, no es ambiciosa, no busca }
sus provechos, no se mueve á ira, no }
piensa mal, no se goza de la iniquidad, }
mas se goza de la verdad: todo lo so- }
brelleva, todo lo cree, todo lo espe- }
ra, todo lo soporta.

NOTA.—Esta epistola dogmática y
moral fué escrita por san Pablo en
Efeso segun dice Tirino, al saber las
divisiones que entre los corintios ha-
bian estallado.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 7 DE SAN MATEO.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus dis- }
cípulos: entrad por la puerta estre- }
cha: porque ancha es la puerta, y es- }
pacioso el camino, que lleva á la per- }
dicion, y muchos son los que entran }
por él. ¡Qué angosta es la puerta, y }
qué estrecho el camino, que lleva }
á la vida: y pocos son los que atinan }
con él.

MEDITACION.

DE LA MUERTE DE LOS JUSTOS.

Cuán agena está de todos los males }
la muerte de los justos! Porque asi }
como el malo recibe aqui el castigo }
de sus maldades, asi el bueno el ga- }
lardon de sus merecimientos, segun }
aquello del Eclesiástico, que dice.

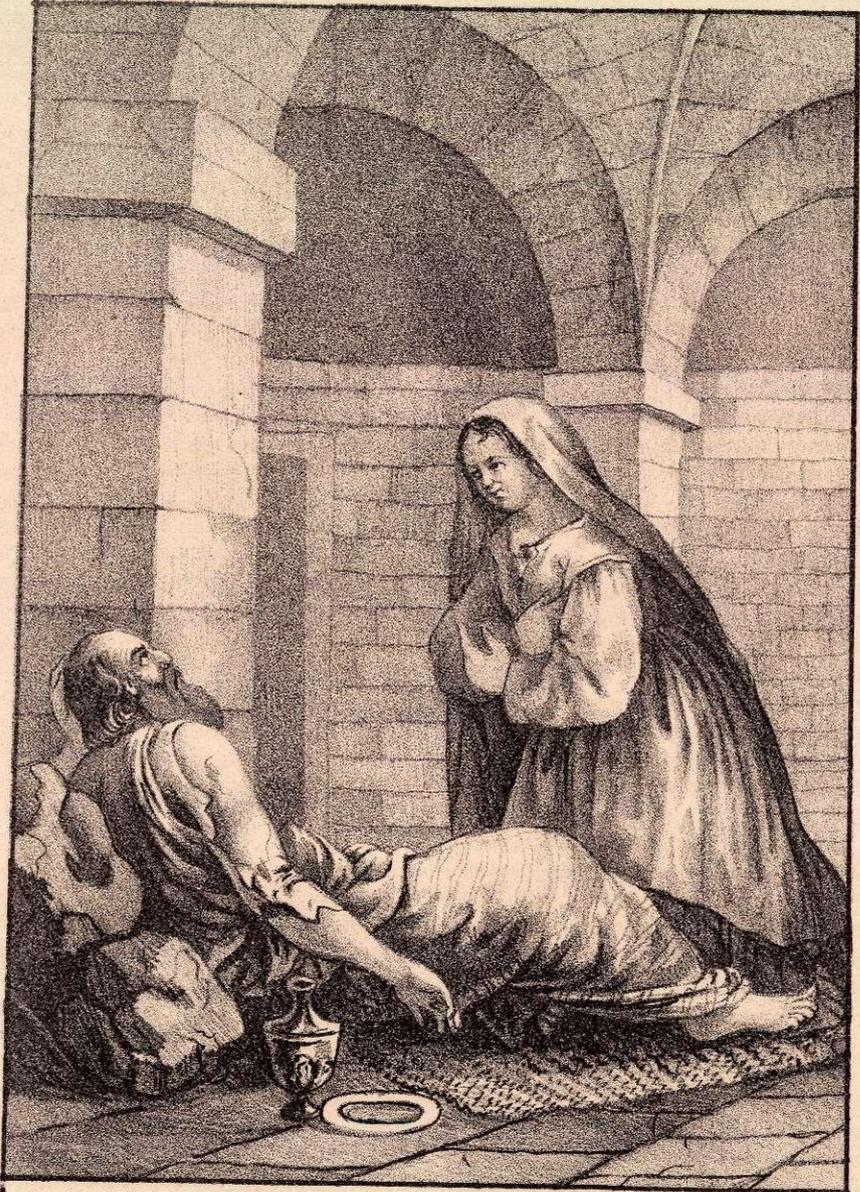
El que teme á Dios irá bien en sus postrimerías, y en la hora de la muerte será bendito, esto es, será enriquecido, y galardonado por sus trabajos. Y esto es lo que mas claramente significó el evangelista san Juan en el Apocalypsi. El cual dice, que oyó una voz del cielo, que le dijo, que escribiese, y las palabras que le mandó escribir eran estas. Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Porque luego les dice el Espiritu Santo, que descansen ya de sus trabajos: porque sus buenas obras van en seguimiento de ellos. Pues el justo que esta palabra tiene de Dios, ¿cómo desmayará en esta hora, viendo que vá á recibir lo que procuró toda la vida? Pues por esto se escribe en el libro de Job hablando del justo: que á la hora de la tarde, le saldrá el resplandor del medio día, y cuando le pareciere que estaba consumido, resplandecerá como un lucero. Sobre las cuales palabras dice san Gregorio. Que por esto amanece este resplandor al justo, en la hora de la tarde, porque á la hora de su muerte reconoce la claridad y gloria que le está aparejada, y así en el tiempo que los otros se entristecen y desmayan, está él en Dios consolado y confiado. Así lo rectifica Salomon en sus Proverbios diciendo. Por su malicia será desechado el malo, mas el justo en la hora de su muerte estará confiado. Sino dime ¿qué mayor confianza que la que el bienaventurado san Martin tenia á la hora de su muerte? el cuál viendo ante sí al demonio, dijo estas palabras: ¿qué haces aquí, bestia sangrienta? No hallarás en mí cosa muerta, en que te puedas cebar, y por esto el seno de Abraham me recibirá en paz. Que mayor confianza que la que en este mismo paso tenia nuestro padre santo Domingo, el cual viendo á sus frailes llorar por su partida, y por la falta que les hacia, los consoló y esforzó, diciendo: no os desconsoléis hijos míos, porque en el lu-

gar donde voi os seré mas provechoso. Pues ¿cómo podia en aquel trance desconsolarse, ni temer la muerte, quien tenia la gloria por tan suya, que no solo esperaba alcanzarla para sí, sino tambien para sus hijos? Por esta causa los justos no tienen por que temer la muerte, antes mueren alabando y dando gracias á Dios por su acabamiento: pues en él acaban sus trabajos, y comienza su felicidad. Y así dice san Agustin sobre la epístola de san Juan. El que desea ser desatado y verse con Cristo, no se ha de decir de él que muere con paciencia, sino que vive con paciencia, y muere con alegría. Así que el justo no tiene por que entristecerse, ni temer la muerte, antes con mucha razon se dice de él, que muere cantando como cisne, dando gloria á Dios por su llamamiento. No teme la muerte, porque temió á Dios, y quien á este Señor teme, no tiene mas que temer. No teme la muerte, porque temió la vida: porque los temores de la muerte son efectos de mala vida. No teme la muerte, porque toda la vida gastó en aprender á morir, y en aparejarse para sufrir, y el hombre bien apercebido no tiene por que temer á su enemigo. No teme la muerte, porque ninguna otra cosa hizo en la vida, sino buscar ayudadores, y valedores para esta hora, que son las virtudes y buenas obras. No teme la muerte, porque tiene al juez grangeado y propicio para este tiempo, con muchos servicios que le ha hecho. Finalmente, no teme la muerte, porque al justo la muerte no es muerte, sino sueño: no muerte, sino mudanza: no muerte, sino último día de trabajos: no muerte, sino camino para la vida, y escalon para la inmortalidad: por que entiende que despues que la muerte pasó por el venero de la vida, perdió los resabios que tenia de muerte, y cobró dulzura de vida. Ni tampoco desmaya por todos los otros accidentes, y compañeros de este paso, porque sa-

be que estos son dolores de parto con que nace para la eternidad, por cuyo amor tuvo siempre la muerte en deseo, y la vida en paciencia. No desmaya con la memoria de los pecados, porque tiene á Cristo por redentor, á quien siempre agradó, no por rigor del juicio divino, porque le tiene por abogado: no por la presencia de los demonios, porque le tiene por capitán: no por el horror de la sepultura, porque sabe que allí siembra el cuerpo animal, para que despues nazca espiritual. Pues si al fin se canta la gloria, y el postrer dia, como dice muy bien Séneca, juzga de todos los otros dias, y dá sentencia sobre toda la vida pasada, porque él es el que justifica, ó condena todos los pasos de ella, y tan pacífico y quieto es el fin de los buenos, y tan congojoso y peligroso el de los malos, ¿qué mas era menester que esta sola diferencia, para escupir la mala vida, y abrazar la buena? ¿Qué montan todos los placeres, toda la prosperidad, y todas las riquezas, y todos los regalos y señoríos

del mundo, si en el fin vengo á ser despeñado en el infierno? Y ¿qué me pueden dañar todas las miserias de esta vida, acabando en paz y tranquilidad, y llevando prendas de la gloria advenidera? Sea el malo cuan sabio quisiere en saber vivir: ¿para qué presta este saber, sino para saber adquirir cosas con que te hagas mas soberbio, mas vano, mas regalado, mas poderoso para el mal, mas inhábil para el bien, y para que te sea tanto mas amarga la muerte, cuanto era mas dulce la vida? Si seso hay en la tierra, no hay otro mayor que saber bien ordenar la vida para este fin: pues el principal oficio del sabio es saber ordenar convenientemente los medios para su fin. Por donde si es sabio médico el que sabe ordenar la medicina para la salud, que es el fin de esta medicina, aquel será perfecto y absolutamente sabio, que supiere ordenar su vida para la muerte, esto es, para la cuenta que se ha de dar en ella, á la cual se debe ordenar toda la vida.





S. Calixto M.

DIA SIETE.

SAN CALIOPIO MARTIR.

Theoclia era una virtuosísima señora, que estaba casada con un senador de la ciudad de Perga, y habiendo pasado muchos años en el matrimonio sin tener hijo alguno, murió su marido dejándola en cinta de algunos meses. Al poco tiempo dió á luz un hijo, á quien puso por nombre Caliopio, criándole con todo el esmero y cariño de madre, y dándole una educacion brillante y esmerada, cual correspondía á su rango y á sus riquezas. Pero el principal cuidado de Theoclia, fué instruirle en la religion de Jesucristo, cuyas santas máximas seguía con la mas escrupulosa exactitud.

Y Caliopio, digno heredero de las virtudes de su madre, aprovechó tanto las lecciones de la esperiencia y del ejemplo, que á pesar de su juventud, se vió elevado á la dignidad de patriarca de la ciudad de Perga en Panfilia. Sugerarquía, su instruccion, la inocencia de sus costumbres, y la perfeccion de su vida, le atrajeron el

Caliopio llegó á Pompeyópolis de Ciliacia, donde determinó fijar su residencia. Allí cumplía con los deberes de cristiano, con el mismo fervor y ahinco que en la ciudad de Perga, edificando á los que vivian en torno suyo con la sinceridad de su devocion.

Pero llegó un dia en que se celebraban grandes fiestas en honor de los

respeto y veneracion general, citándose por todos como un modelo de la virtud evangélica que predicaba.

En aquella época los ídolos recibian una pública adoracion, y los cristianos eran perseguidos con encarnizamiento. La fama de Caliopio despertó la envidia de muchos, que denunciaron sus mortificaciones, y los piadosos ejercicios de su existencia, como un ultrage que hacia á las falsas divinidades. Temerosa Theoclia de que la persecucion le robase un hijo que tanto queria, determinó alejarle de un pais que no le prestaba seguridad, y dándole grandes tesoros y muchos esclavos que le acompañasen, le suplicó encarecidamente saliera de aquella provincia, donde sin fruto alguno iba á esponer su vida preciosa.

Caliopio abrazó á su madre, y accedió á su deseo; pero con el firme propósito de predicar las doctrinas de su creencia en cualquier pais donde llegara. Llegó á mi padre antes de nacer, pero el cielo me ha conservado una madre cristiana, que ha depositado en mí todo el germen de las máximas sublimes de esta religion sacrosanta. Y como dioses del gentilismo, y Caliopio fué convidado para asistir al sacrificio con lo principal de la ciudad. Y cuando llegó el caso de comer las victimas sacrificadas, no solo rehusó hacerlo y contaminarse con aquellas carnes impuras, sino que levantándose en medio de los circunstantes, manifestó que no lo hacia porque era cristiano.



Divulgóse el suceso por la ciudad, y al día siguiente llegó á oídos del prefecto Máximo, que le hizo comparecer á su presencia.

Caliopio obedeció el mandato del juez, y acudió á su tribunal sin tardanza.

—Quién eres? le dijo Máximo así que le vió entrar, y qué profanaciones son esas que refieren por todas partes, que han escandalizado la ciudad, y llegado hasta mí, para que como juez las reprima y castigue?

—No te hubiera asombrado la relación del suceso ocurrido ayer, si al mismo tiempo te hubieran advertido que era cristiano, y que como tal, me era imposible tributar á esos objetos, que vuestro error venera, la adoración que debo al Dios único, dueño absoluto de toda la creación.

—Tu ceguedad es tan grande, repuso el prefecto, que olvidas el sitio donde te hallas, y el tribunal que te escucha. Solo el desvarío y la inesperienza de la juventud, pueden escusar en algo tu proceder, aunque no preveo para tí del resultado de este juicio, mas que dolores y tormentos.

—Así sea, respondió el cristiano con resignación.

—Responde terminantemente, insistió el juez: dime tu nombre, tu familia, tu calidad, de donde has venido, y el objeto de tu viage.

—Me llamo Caliopio, y soy natural de Panfilia, y de linage patricio. Perdí á mi padre antes de nacer, pero el cielo me ha conservado una madre cristiana, que ha depositado en mi pecho el gérmen de las máximas sublimes de esta religion sacrosanta. Yo heredé de mi padre cuantiosas riquezas, é innumerables esclavos: la prosperidad y la abundancia rodeaban mi vida; pero esta felicidad terrena no satisfacía á mi corazón. La religion de mi madre y la mia se vió perseguida en nuestra patria y partí buscando un lugar donde pudiera tributar á mi Dios el culto que le era debido.

—Loco, exclamó el magistrado ¿no ves que el mundo entero anatematiza esas visiones del estravío, y que no hallarás descanso ni seguridad en parte alguna? No irrites á los dioses que te han legado la felicidad sobre la tierra, y renuncia un culto que en ninguna parte podrás tributar.

—Os equivocais, añadió Caliopio: el Dios á quien adoro tiene un santuario vivo, donde se le tributa á toda hora el culto que se le debe: y este templo es inmenso é indestructible, porque reside en el corazón de cada cristiano.

—Esas fantásticas y extravagantes ideas no tienen cabida en el mundo positivo: renúncialas, Caliopio, y recobrarás la felicidad que te han robado. No te hablo como juez, sino como un amigo que se duele de la tribulación que te cerca, y que te quiere arrancar de su dominio á toda costa. No me es desconocida tu familia, ni el rango que ocupas en tu patria, rango que se te escapa por tu locura, y que yo quiero volverte con nueva brillantez, y nuevas esperanzas. Para conseguirlo, te doy mi amistad, mi protección, mi cariño, mi hija única, que enlazaré á tu suerte para abrirte las sendas de los honores y del poder.

—No mas, interrumpió Caliopio, no mas promesas que ni puedo admitir, ni quiero escuchar.

—¿Cómo! exclamó el presidente admirado con la repulsa.

—¿Para qué sirven esas engañosas palabras? ¿para qué esas brillantes promesas, ilusiones del estravío, que llegan vanas y sin lustre al corazón de un cristiano, cuyas miras son mas positivas y mas grandes? Renúnciad vuestro propósito, continuó el joven, mi fé es sincera, y mi resolución invariable.

—¿Así desprecias el halagüeño porvenir que te presento, y las dádivas de mi generosidad? insistió el prefecto algo cortado, pues no esperaba



que Caliopio resistiera á la seducción de sus proposiciones.

—Soy cristiano, volvió á repetir este.

—Pues bien, contestó el magistrado con cólera, el cristiano recibirá la pena merecida, como premio de su pertinacia y obstinacion.

III.

Caliopio fué trasladado por orden del prefecto á la terrible sala, donde era conducida la inocencia para probar su fortaleza y su virtud, en los crueles dolores del tormento. El fúnebre aspecto de aquella sala infundía pavor al pecho mas esforzado: pálidas antorchas iluminaban aquel recinto de padecer y de muerte, y á su sombrío reflejo se distinguía vagar de una parte á otra á los satélites de la tiranía, como sombras evocadas del averno para oprimir al hombre con su nefanda tiranía.

Los instrumentos del martirio proyectaban sus gigantescas formas sobre las paredes, y pavimento de aquel tenebroso lugar, apareciendo mas deformes, y mas horrorosos todavía. En medio de la estancia habian colocado una enorme y pesada rueda, cuyas llantas estaban cubiertas de navajas afiladas. En el suelo, precisamente bajo el lugar que ocupaba esta rueda, se veía arder un fuego de resinoso combustible, por cuya bien cebada llama pasaba continuamente la ferrea rueda en su rotacion.

El tirano Máximo quiso presenciar hasta donde llegaba la fortaleza del que habia resistido sus halagüeñas proposiciones: y animado por la venganza, quiso multiplicar los tormentos, á fin de halagar á su amor propio, arrancándole á lo menos una muestra de flaqueza.

Dió la orden de principiar el tormento, y los verdugos despojaron á Caliopio de sus vestiduras: y cogiendo en sus manos largas correas con balas de plomo en las estremidades,

comenzaron á azotarle tan cruelmente, que todos sus huesos quedaron quebrantados.

Entónces dijo el juez.

—Estos son Caliopio, los dones de tu creencia.

—Bendito sea mi señor Jesucristo, exclamó el mártir alzando los ojos al cielo, que me hace padecer por su amor.

—Aun es tiempo todavía, añadió Máximo: si aceptas mis promesas, cesarán tus dolores y comenzará tu felicidad.

—Nada quiero mas que morir por mi Dios, contestó tranquilamente el cristiano.

—Lo lograrás, repuso el juez colérico: y dirigiéndose á los verdugos, gritó: á la rueda, á la muerte.

Caliopio fué atado sobre las afiladas navajas que cubrian la superficie de las llantas de las ruedas, y su sangre brotando de mil partes á la vez, enrojecia el hierro de que estaba formada, y hacia chirrear la hoguera con las multiplicadas gotas que caian.

—Dios mio, exclamó el santo así que le dejaron sujeto en aquel potro de dolor, dadme vuestra santa fortaleza, para que no deje de alabaros y bendeciros hasta el último suspiro de mi vida.

Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando á una señal del magistrado, comenzó la rueda á girar con horrisono estruendo. El movimiento multiplicó los tormentos del mártir, pues las afiladas navajas despedaban sus carnes con intolerable dolor. Y continuando su curso la rueda pa-

só con lentitud el dolorido cuerpo por la abrasadora llama que ardía en el pavimento. Sus cabellos se chamuscaron, y sus carnes chirrearon tan espantosamente, que los mismos verdugos temblaron á vista de la atrocidad del suplicio. Una vez y otra, y otra tercera ademas, hizo pasar la rueda á Caliopio entre la voraz llama: y cuando ya iba á comenzar por cuarta vez el martirio, quedóse inmóvil sin que bastasen

fuerzas humanas para hacerla girar.

Entónces Caliopio vió una prueba de la asistencia de su Dios, pues un ángel de su gloria visible solo para él, habia venido á confortarle, y era el que detenía la rueda, de tal modo que era imposible hacerla mover.

Entonces Máximo mandó desatar al mártir, ordenando que fuese conducido á un calabozo, ínterin resolvía sobre su ulterior destino.

VI.

Llegó á Perga la noticia de lo que habia sucedido á Caliopio en Pompeyópolis, y así que lo supo Theoclia, vió que era llegado ya el momento de ofrecerse tambien en sacrificio con el hijo de su corazón. Y llena de abnegacion y fortaleza reunió á sus esclavos, que llegaban al número de doscientos y cincuenta, les dió la libertad y hacienda suficiente para establecerse, repartió entre los pobres el oro y joyas que poseía, y cedió á la iglesia de Jesucristo sus cuantiosas heredades, para que sus productos sirviesen de socorro al huérfano y al necesitado. En seguida marchó á Pompeyópolis, y habiendo logrado entrar en la cárcel donde custodiaban á su hijo, se arrojó á los piés de Caliopio, lavó la sangre de sus llagas, y las besó llena de ternura, y de fervor. En seguida se arrodilló en medio de la estancia, y elevó á Dios una sentida prece, porque la habia dejado llegar á tiempo de ver y abrazar aquel hijo, que se ofrecía como victima en las aras de la inmortalidad. Caliopio no podía levantarse, porque la hinchazon de sus miembros y sus profundas heridas se lo impedían enteramente, pero desde el sitio donde yacia tendido, unió su voz á la de su madre para dar gracias al Altísimo.

Y una luz vivísima rodeó la cárcel,

circuyendo á los dos bienaventurados con una aureola de beatitud: y una voz celestial los fortaleció con la inefable promesa de eterna felicidad.

Al dia siguiente fué conducido Caliopio á la presencia de Máximo, y el capitán Demetrio le rogó que obedeciese á los emperadores, y que adorase á los idolos para alejar la muerte á que iba á ser condenado: pero el santo mártir se mantuvo firme en su propósito, por lo que el prefecto mandó que fuese inmediatamente crucificado. Así que lo supo Theoclia, llena de regocijo, porque le tocaba el mismo suplicio que al Redentor, regaló cinco monedas á los verdugos para que lo hiciesen con la cabeza hacia abajo, por no ser digno de estar en la misma postura que Jesucristo nuestro señor. Los satélites lo hicieron como deseaba, y habiendo sido crucificado el juéves santo, entregó su espíritu á Dios al dia siguiente, que era viénes 7 de abril.

Theoclia se abrazó al cuerpo de su hijo, y en aquella postura alcanzó tambien una dichosa muerte, y un lugar en la gloria, que habia conquistado su desprendimiento y santidad. Los cristianos recogieron sus cuerpos, y les dieron sepultura en lugar sagrado.

EL BEATO HERMAN LLAMADO JOSEPH DEL ORDEN PREMONSTRATENSE.

El bienaventurado Herman Joseph nació en Colonia á fines del siglo duodécimo, de una familia honrada, que el transcurso del tiempo habia hecho descender de su antigua opulencia á una escasa medianía. Esta situacion deplorable influyó mucho en su educacion que fué abandonada; pero la bendición del cielo habia bajado sobre el niño desde su aparicion en el mundo, y le libró de todos sus peligros.

Herman tenía un genio apacible, un natural dócil, y una grande propension á la virtud. Y sobre todos sus sentimientos sobresalía la piedad y devocion á María Santísima, ante cuya imagen postrado, pasaba las candorosas horas de la infancia en la santa sencillez que Dios inspiró á las almas inocentes.

Aun no tenía doce años, cuando entró como alumno en el monasterio de Steinfeldt, del orden premonstratense, y no teniendo edad para tomar el hábito, le enviaron á estudiar á una casa de la orden en Francia. A su regreso le dieron el cargo del refectorio, y estaba muy disgustado, porque las obligaciones de este oficio le dejaban poco lugar para sus devociones. Entónces se le apareció la Virgen, y le reprendió por su descontento, manifestándole que la obediencia es la primera obligacion del hombre, y el servicio mas aceptable á los ojos de Dios, pues la caridad que manda ayudar al prójimo, encierra en sí todas las demas virtudes. Desde este momento Herman fué el mas obediente de todos los hermanos, y anteponia á todas las obligaciones de este precepto.

Muchos fueron los singulares favores que hizo la Santísima Virgen á su fidelísimo siervo; pero tambien es cierto

que no puede haber habido devoto de esta Señora que la haya amado con mayor ternura, ni venerado con mayor celo, y respeto mas profundo. Solo con ver su imagen se quedaba arrobado en dulcísima fruicion; y al pronunciar su nombre, se humillaba hasta el suelo, asegurando que experimentaba una sensacion espiritual, y tan dulce en aquel momento, que era superior á toda esplicacion, y á toda idea.

Los religiosos empezaron á darle el nombre de Joseph, por la inocencia de su vida, por su amor á la Reina de los Angeles, y por su castidad estremada. Resistióse á admitirle porque no juzgándose con ninguna de las virtudes del santo Patriarca, creia se profanaba la santidad de un nombre tan respetable; pero la Virgen le dió á entender que le convenia, y desde entónces lo usó hasta la muerte.

El cielo dotó á nuestro santo de singulares gracias, que contribuyeron á su santificacion. La humildad fué el distintivo de su carácter, como la penitencia el regalo de su vida. Su alimento se limitaba por lo regular á pan y agua, y sus vigiliass eran sin interrupcion, pues apenas tomaba un poco de descanso sobre un lecho de sarmientos, teniendo una dura piedra por almohada.

Sin embargo, para templar la satisfaccion que pudieran causarle los favores que recibía del cielo, permitió Dios que se viese atormentado y humillado con prolijas tentaciones, y enfermedades corporales, que le redujeron á un estado tan lastimoso, que solo podía sobrellevarle su perfecta resignacion á los decretos del cielo.

Las visperas de las grandes festividades se aumentaban sus dolencias, disponiéndole Dios de este modo,

para que recibiese las gracias con que en aquellas acostumbraba á favorecer su alma inocente. En vigilia de Natividad se vió tan agoviado de sus males, que creyó era llegada su última hora; mas por un milagro de la Providencia, á la media noche se halló repentinamente sano, y pudo asistir á maitines y á misa.

Así que se vió elevado á la dignidad de sacerdote, no se ocupó mas que de la magestad del divino sacrificio, manifestando en el fuego que despedía su semblante durante esta augusta ceremonia, el que inflamaba su corazón. A su vista se avivaba la fé de los circunstantes, y las dulces lágrimas que vertía, indicaban la ternura y la dulce fruición de su alma. Estos éstasis se multiplicaban diariamente, y hubo alguno que duró tres dias consecutivos.

Sin embargo de estas singulares gracias, su vida se consumía por las penas interiores; y dolores corporales, pareciendo que se dilataba solo por milagro; mas no estaba muy distante la hora en que el Señor le había de dar la recompensa de tanta tribulación.

Las religiosas bernardas de un monasterio no muy distante del de Steinfeldt desearon ver, á fines de una cuaresma, al bienaventurado Herman Jo-

SAN AIBERTO

San Aiberto nació en Espeon, aldea inmediata á Tournay, en los Países-Bajos. Su padre se llamaba Albaldo, y su madre Elvidia, los cuales le criaron en el santo temor de Dios, por cuyo sendero camina el hombre siempre á la felicidad. Aiberto correspondió á la cariñosa beatitud de sus padres, y su caridad ardiente y su amor

seph, y no pudiendo negarse á sus instancias, le dió licencia el abad, aunque muy contra su gusto. Así que nuestro santo llegó al convento, conoció que le quedaban pocos dias de existencia, y trazó con su báculo el lugar en que había de dársele sepultura. Entónces redobló mas sus austerísimas penitencias, y sintiéndose al tercer dia de pascua muy debilitado, se dispuso para la muerte, no pensando mas que en Dios y en Maria Santísima, en cuya contemplación se quedaba como estasiado. Finalmente, el siguiente juéves 7 de abril del año de 1233, voló su inocente alma al seno del Padre de las misericordias, para recibir el premio debido á su amor y fidelidad. Enteróse su cuerpo en el sitio que había marcado, pero el abad y religiosos de Steinfeldt obtuvieron licencia del obispo de Colonia para trasladarlo á su monasterio, cuya ceremonia se verificó siete semanas despues, hallándose el cuerpo como si acabase de morir. Al poco tiempo se comenzó á celebrar su memoria con fiesta y oficio eclesiástico en la orden premonstratense, y en el año de 1628 á instancias del emperador Fernando segundo, y del arzobispo elector de Colonia Fernando de Baviera, se entablaron nuevos procesos para su canonización.

RELIGIOSO.

Al retiro y á la oración, pronosticaron lo que había de llegar á ser un dia. Al escuchar en cierta ocasión unas estrofas en que se narraban la conversión de san Tebaldo, sus austeridades, virtudes, y dichosa muerte, sintió un deseo vehementísimo de emprender aquella vida de penitencia y de cruz; y confirmado en su propósi-

to por un peregrino que se albergó en su casa, pasó por consejo suyo á vivir bajo la disciplina de un santo varon, sacerdote del monasterio de Crispin, que vivía con permiso de su prelado en una celdilla en el desierto. Allí pasó muchos años espuesto á las intemperies de tan rigoroso clima, á el hambre, y á todas las mortificaciones que se pueden imaginar. Acompañó á el abad de Crispin para que el papa confirmase los privilegios de su abadía, y á su regreso, habiendo comprendido por un sueño misterioso, que era la voluntad de Dios que tomase el hábito de la religion, adoptó las reglas de la orden, y entró en el monasterio donde desempeñó los cargos y oficios que le designaron. Despues con permiso de

su prelado volvió á su antigua soledad, sobrepasando las austeridades y penitencias que habian señalado aquel primer periodo de su vida. La fama de su santidad atraía á su celda un crecido número de personas, que deseaban verle y admirarle: y el obispo de Cambrai le ordenó de sacerdote, con facultad de administrar los sacramentos de la Penitencia, y Eucaristia. Los años de su existencia corrieron en el desempeño de su ministerio sacrosanto, y habiendo proclamado su beatitud los innumerables milagros que hizo en vida, descansó en el Señor el dia de pascua 7 de abril del año de 1140. Su cuerpo fué enterrado en su misma ermita, con la asistencia de los priores de san Crispin y de san Amado.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Africa, de SAN EPIFANIO OBISPO, SAN DONATO, SAN RUFINO, y hasta trece compañeros mas, mártires por la fé de Jesucristo.

En Sinope, en el Ponto, la memoria de doscientos bienaventurados mártires.

En Nicomedia, de SAN CIRIACO, y diez compañeros mártires, que fueron sacrificados por confesar las doctrinas del sacrosanto Evangelio.

En Alejandria, de SAN PELEUSIO SACERDOTE Y MARTIR.

En Roma, de SAN HEGESIPO, que vivió casi en el tiempo de los apóstoles, y se presentó en Roma para estar

al lado del papa Aniceto, y vivió hasta el pontificado de Eleuterio, y escribió durante este periodo la historia eclesiástica de Jesucristo hasta sus dias, sirviéndose de un estilo sencillo, que espresa perfectamente la manera de vivir de los que le habian servido de guia en el camino de la santidad.

En Verona, de SAN SATURNINO OBISPO Y CONFESOR.

En Siria, de SAN APHRAATIO ANACORETA, que en tiempo del emperador Valente, defendió con sus milagros y virtudes la fé católica contra los arrianos.

LA MISA ES DE LA DOMINICA PRECEDENTE Y LA ORACION DEL BEATO HERMAN JOSE QUE SE REZA EN STEINFELDT, LA QUE SIGUE.

Dios que previniste al bienaventurado Herman José, tu confesor, con

bendiciones de tal dulzura, que desde la primera infancia mereció ser obse-

quiado con frecuentes visitas y conversaciones de la Virgen Maria, te suplicámos nos concedas seguir los pasos de su inocente y santa vida, para que

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 5.º DE LA DEL APOSTOL SAN PABLO A LOS GALATAS.

Hermanos, el fruto del espíritu es caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fé, modestia, continencia, castidad. Contra estas cosas no hay ley. Y los que son de Cristo, crucifi-

lleguemos seguros á la patria celestial, donde resplandece glorioso. Por nuestro señor Jesucristo.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 13 DE SAN LUCAS.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: porfiad á entrar por la puerta angosta: porque os digo, que muchos procurarán entrar, y no podrán. Y cuando el padre de familias hubie-

re entrado, y cerrado la puerta, vosotros estareis fuera, y comenzareis á llamar á la puerta, diciendo: Señor, ábrenos; y él os responderá diciendo: no sé, de dónde sois vosotros.

PENSAMIENTOS RELIGIOSOS.

FELICIDAD EN EL ARREPENTIMIENTO.

Qué corta es la vida del hombre sobre la tierra! qué fugaces los momentos que componen su duracion! qué agitadas sus horas! qué pesarosos sus dias! qué llenos de amargura sus años! Uno tras otro desaparecen fugaces, y cuando se vá á contar su número, ha pasado la primavera con su verdor y su lozania: la vejez se adelanta

impávida señalando con una mano el sepulcro, y con otra la eternidad.

¿Cuál es la mision del hombre sobre la tierra? ¿el tiempo pasa su inesorable segur por cima de la humanidad sin objeto ni resultado? ¿límitase la vida acaso á los goces ficticios que proporciona la existencia, á las amargas que llenan su perio-

do, y á los dolores de la carne, que prueban lo corruptible y frágil de su materia?

Durante los floridos años de la vida, en que el vigor de la juventud llena el pecho del hombre, brotan de su corazon mil emanaciones de fuego, que le abrasan con su ardoroso combustible. Entónces guiado por las ilusiones en que se complace su fantasia, se lanza alegre al torrente de dissipacion con que el mundo le brinda obsequioso, y sigue precipitado y ciego el rumbo de martirio y padecer, que constituyen aquellas horas privilegiadas del extravio.

Y si abre los ojos cuando rueda por el abismo, su cabeza se desvanece al ver su insondable profundidad, y vuelve á cerrarlos poseido del vértigo que le domina.

Torrentes de amargura inundan el periodo que sigue á la caida; torrentes de amargura que es imposible endulzar en la deplorable situacion á que el hombre queda reducido.

Entónces presta oidos á una voz, que antes se levantaba débil, y pasaba desapercibida; pero que ahora llena su pecho, y despierta las adormecidas y estraviadas sensaciones de su corazon.

El letargo se disipa con aquel intimo llamamiento, y el pasado y el porvenir giran en torno suyo, presentándole alternativamente sus fases tan variadas.

Con despecho profundo gime el imprudente al ver que ha consumido sus dias en la inutilidad y en el vacío; aquellos dias cuyo rescate no tiene precio, y que como flores marchitas caen podridas y deshojadas para que el tiempo las huelle y pulverize.

Pero el llanto que vierte no es remedio para lo pasado: las horas perdidas no vuelven á reaparecer, sino para alzarse como acusadoras en el gran dia, si antes no se ha redimido su periodo con una justa y debida espiacion.

El hombre yerra, porque la flaqueza constituye su ser; pero el cristiano llora su extravio, y borra su falta con la humillacion y el arrepentimiento. Sus lágrimas y su vencimiento tejen nuevamente la corona de su vida, y las flores de que se compone suelen ser mas brillantes y mas llenas de perfume.

Si la atmósfera del mundo aja los delicados capullos de rosa que forman las guirnaldas de la inocencia, el arrepentimiento, el amor y la perseverancia saben reemplazarlos con la brillante aureola de siemprevivas, que resplandece como signo de beatitud.

Y Dios, que todo es justicia y bondad, acoje en sus misericordiosos y paternales brazos, lo mismo al que llega á las gradas de su trono con el albo vestido de la inocencia, que al que reclama su benignidad purificado por su arrepentimiento.

Rescrido Dionisio de esta dignidad, se dedicó con mas ardor á la propagacion de la fe, haciendo partícipes de su doctrina, no solo á los que la Providencia habia en-

El letargo se disipa con aquel intimo llamamiento, y el pasado y el porvenir giran en torno suyo, presentándole alternativamente sus fases tan variadas.

Rescrido Dionisio de esta dignidad, se dedicó con mas ardor á la propagacion de la fe, haciendo partícipes de su doctrina, no solo á los que la Providencia habia en-

DIA OCHO.

SAN DIONISIO OBISPO DE CORINTO.

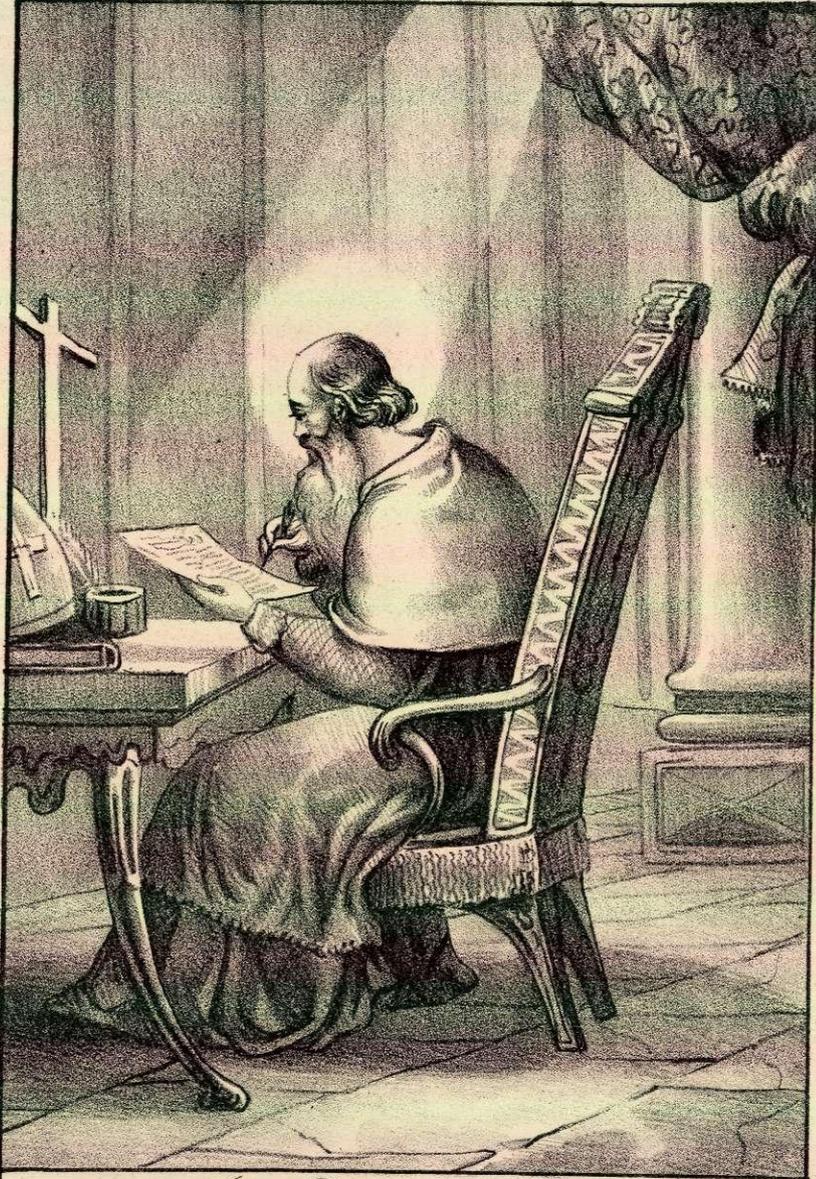
Vino al mundo san Dionisio para ser una de las principales antorchas de Dios, á fin de que los fieles alcanzasen á ver con sus radiantes luces el rumbo de perfeccion que les trazara la Providencia, al través de las negras sombras que envolvían al mundo en aquellos siglos de error y de extravío. La sencillez de su vida, la pureza de sus costumbres, la santidad en que corria su existencia, y otras mil virtudes que constituían los dotes de su generoso y caritativo corazón, le hicieron esclarecido en aquellos tiempos en que era necesaria una fortaleza superior á la del hombre, para luchar contra las tribulaciones de la persecucion, que se alzaba sangrienta y potente, contra los indefensos hijos de la fé. El espíritu de Dios vivificaba ciertas almas privilegiadas y robustas, que sostenian con su firmeza la debilidad de sus hermanos, inspirándoles el valor que necesitaban, á vista de la santa decision con que arrostraban á su frente los mas grandes peligros. Dionisio se distinguió en Corinto por uno de estos hombres señalados por el dedo de Dios, para ser el apoyo de su pueblo. Este que ya le conocia por las pruebas que habia dado de celo, de fervor y de perseverancia, le aclamó por su prelado, y le elevó á la silla episcopal.

Revestido Dionisio de esta dignidad, se dedicó con mas abinco á la propagacion de la fé, haciendo partícipes de su doctrina, no solo á los que la Providencia habia en-

comendado á su cuidado en la demarcacion de su diócesis, sino tambien á los que se hallaban en las mas distantes regiones, inculcándoles las máximas del evangelio, ya que no podia de palabra, por epístolas generales, en que su erudicion y santidad vertían en beneficio de los fieles, las máximas mas preciosas y saludables.

La propagacion de la fé de Jesucristo era el mas vehemente deseo de su corazón, pues queria abrir para todos las puertas del cielo, destruyendo la ignorancia y el error, causas principales de la perdicion de muchos.

Entre las innumerables epístolas con que su celo difundía las luces de la verdad, y las amonestaciones paternales de su ministerio, se cuenta una que escribió á los lacedemonios, á manera de instruccion de la verdadera y católica doctrina, que tituló: *de la paz y unidad*. Tambien escribió á los atenienses otra, exortándolos para que abrazasen la fé sinceramente, y reprendiendo á los que despues del martirio de su obispo Publio, se habian apartado de la doctrina y vida evangélica que debían observar. A la iglesia de Nicomedia escribió contra las heregias de Marcion. Dirigió tambien sus escritos á la iglesia de Gortina, y á las demas de la isla de Candia; en ellos alaba mucho á su obispo Felipe, y amonesta á todos los fieles á que sigan su ejemplo. La epístola que dirigió á Amastrides y á las iglesias del Ponto, están llenas de



S. Dionicio O.

testimonios de la sagrada escritura, y de encomios de la virtud, de la castidad, y del santo sacramento del matrimonio.

Escribió otra epístola á los gnósticos, amonestando al obispo Piño para que no haga guardar á todos castidad, sino que en consideracion á la flaqueza de la carne, permita casarse á los que no estuviesen dotados de suficiente fortaleza, para poder guardar el don precioso de la virginidad. Tambien envió otra epístola á san Sotero, sumo pontifice romano, en la que hace mencion de una carta dirigida por el papa Clemente á la iglesia de Corinto, y de las limosnas que acostumbraba á enviar la iglesia de Roma para so-

correr en sus aflicciones á las demas iglesias de la cristiandad. Finalmente, escribió otra epístola á Cristófora, devotísima hermana de los siervos del Señor, llena de exortaciones, y piadosas máximas de perseverancia y caridad.

Rendido por las fatigas y trabajos que le proporcionó su ministerio pastoral, y su constante anhelo por defender á la iglesia de la contaminacion de la heregía, y mantener á los fieles en la perseverancia de la pura doctrina recibida de Jesucristo, vió llegar el fin de una eclesiencia transcurrida en la paz del corazon, y en el ejercicio de todas las virtudes. Su glorioso tránsito se verificó el 8 de abril del año 142.

SAN BADEMIO MARTIR.

Nació Bademio en la ciudad de Bepthapat en Persia, á fines del tercer siglo, y sus padres le dejaron heredero de bienes considerables. Pero las inclinaciones de nuestro santo le alejaban del torbellino del mundo, y de sus mentidas esperanzas. La caridad evangélica habia echado profundas raices en su corazon, y solo pensaba en el amor de Jesucristo, y en el amor de sus hermanos, único fundamento de nuestra sacrosanta religion. Y cumpliendo con esta máxima, repartió entre los pobres sus riquezas, reservándose únicamente lo necesario para edificar un monasterio, á dónde se retiró con algunos cristianos, que vinieron á aprender bajo su disciplina.

Sapor, enemigo declarado de la doctrina de Jesus, gobernaba entonces la Persia, y decretó una cruelesísima persecucion para acabar con los hijos del evangelio. Una de las

victimas de estas rigorosas órdenes, fué el bienaventurado Bademio, que arrancado de su retiro con otros siete religiosos, trocaron las dulces horas de su religiosa eclesiencia, por los dolores y tormentos de una rigorosa prision. Tambien se hallaba encarcelado al mismo tiempo Narsan, señor de la ciudad de Aria, porque habiendo abrazado el cristianismo, rehusaba adorar al sol. Este príncipe resistió en un principio con la mas santa fortaleza, los ultrajes, privaciones, y tormentos que le impusieron sus verdugos; pero le faltó la perseverancia, y cayó desde la altura á que le habian elevado sus méritos. Vaciló ante los horrores de que iba á ser víctima, y prometió renunciar su religion, si le volvian la libertad y los bienes que le habian confiscado. Sapor aceptó su promesa; pero quiso probar la sinceridad con que obra-

ba, y buscó la prueba en la perversidad de su mismo corazón. Concedió indulto á Nersan, pero con la condición indispensable de que había de sellar su apostasia, siendo el verdugo de Bademio. El desgraciado príncipe aceptó el perdón como se lo ofrecían, y empuñó la cuchilla fratricida para comprar con un doble crimen los perecederos bienes temporales. Llévaronle al lugar donde se hallaba el inocente mártir de Jesucristo, y á su vista sintió un estremecimiento involuntario, que anonadó el vigor ficticio que le inspiráran la avaricia, y el deseo de los goces terrenales. Aprovechando esta feliz circunstancia, Bademio lleno de compasión, le hizo ver su ceguedad, y trató de despertar sus remordimientos, á fin de preser-

varle de la perdición en que se precipitaba. Pero el demonio lo inspiraba su espíritu maléfico, y las palabras del santo fueron inútiles: antes al contrario, encendieron la rabia en su corazón, y cobrando nuevos bríos alzó la cuchilla, y descargó sobre el santo repetidos golpes. El temor era más fuerte que el deseo de la venganza, y no pudiendo su débil mano asegurar los golpes, hacía padecer al mártir un suplicio horroroso. Los mismos jueces que presenciaban la flaqueza y crueldad del apóstata verdugo, y el heroico sufrimiento de la víctima, mandaron suspender el acto, disponiendo que Bademio fuese trasladado á la prisión, donde murió de sus heridas el día 8 de abril del año 343 según unos, y de 376 según otros.

SAN BADEMIO MARTIR

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Alejandria, de SAN EDESÓ, hermano de san Anfon, que habiendo reprendido públicamente á un juez impío, porque prostituía á las virgenes consagradas á Dios, fué condenado á los más horrorosos suplicios, y últimamente arrojado á la mar como cristiano, en tiempo del emperador Maximiano Galerio.

En Africa, de SAN ENERO Y SANTA MÁXIMA Y MACARIA, mártires por la fé de Jesucristo.

En Cartago, de SANTA CONCESIA MARTIR.

En el mismo dia, de SAN HERODION, SAN ASINCRITO Y SAN PHLEGON, de quien habla san Pablo en su epistola á los romanos.

En Tours, de SAN PERPETUO OBISPO, prelado distinguido por los trabajos de su ministerio y por la perfeccion y santidad de su vida.

En Ferentino en Toscana, de SAN REDENTO OBISPO, de quien hace mencion el papa Gregorio.

En Conté, de SAN AMANCIO OBISPO Y CONFESOR.

En el mismo dia, de SAN HERODION, SAN ASINCRITO Y SAN PHLEGON, de quien habla san Pablo en su epistola á los romanos.

En Tours, de SAN PERPETUO OBISPO, prelado distinguido por los trabajos de su ministerio y por la perfeccion y santidad de su vida.

En Ferentino en Toscana, de SAN REDENTO OBISPO, de quien hace mencion el papa Gregorio.

En Conté, de SAN AMANCIO OBISPO Y CONFESOR.

En el mismo dia, de SAN HERODION, SAN ASINCRITO Y SAN PHLEGON, de quien habla san Pablo en su epistola á los romanos.

En Tours, de SAN PERPETUO OBISPO, prelado distinguido por los trabajos de su ministerio y por la perfeccion y santidad de su vida.

En Ferentino en Toscana, de SAN REDENTO OBISPO, de quien hace mencion el papa Gregorio.

En Conté, de SAN AMANCIO OBISPO Y CONFESOR.

Omnipotente Dios, te suplicamos nos concedas que la venerada solemnidad de tu bienaventurado confesor y pon-

tífice Gregorio, aumente en nosotros el fervor y el deseo de nuestra salvacion. Por Jesucristo nuestro Señor.

LA EPISTOLA ES DEL LIBRO DE LA SABIDURIA CAPITULO 44.

Hé aquí un sacerdote grande, que en sus días agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliación. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le engrandeció en su pueblo. Le dió la bendición de todas las gentes, y confirmó en su cabeza el testamento. Le reconoció en sus bendi-

ciones, le conservó su misericordia, y halló gracia ante los ojos del Señor. Le engrandeció en presencia de los reyes, y le dió la corona de gloria. Hizo con él eterna alianza, y le dió el sumo sacerdocio, y le colmó de gloria. Le invistió el sacerdocio para que alabara su nombre, y le ofreciese incienso digno, en olor de suavidad.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 25 DE SAN MATEO.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Un hombre que debía ir muy lejos de su país, llamó á su siervos, y les entregó sus bienes: y dió al uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro dió uno, y se partió luego. El que había recibido los cinco talentos, se fué á negociar con ellos, y ganó otros cinco. Asimismo el que había recibido dos ganó otros dos: mas el que había recibido uno, fué y cavó en la tierra, y escondió allí el dinero de su Señor. Despues de largo tiempo vino el Señor de aquellos siervos, y los llamó á cuentas. Y llegando el que había re-

cibido los cinco talentos, presentó otros cinco talentos diciendo. Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que he ganado de mas. Su Señor le dijo: muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor. Y se llegó el que había recibido los dos talentos y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, aquí tienes otros dos que he ganado. Su Señor le dijo: bien está siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor.

MEDITACION.

PAR QUE LA MUERTE DEL JUSTO ES APACIBLE, LA DEL PECADOR ENDURECIDO ES TRISTE Y TEMEROSA.

Preciosa es, como dice el salmo, la muerte de los santos en el acatamiento del Señor: mas la muerte de los pe-

cadores, dice, que es pésima, que quiere decir muy mala en superlativo grado. Porque así para el cuerpo como

para el alma, es el último de todos los males. Y así dice san Bernardo, sobre ello estas palabras. La muerte de los pecadores es pésima; porque ella es primeramente mala por razón del apartamiento del mundo, y peor por el apartamiento del cuerpo: y pésima por los dos eternos tormentos del fuego y del gusano inmortal que se siguen después de ella. Porque mucho duele dejar el mundo, y mucho mas salir de la carne, pero mucho mas el tormento del infierno. Pues todas estas cosas juntas, con otras anejas á ellas, atormentan al malo en aquel tiempo. Porque allí primeramente le fatigan los accidentes de la enfermedad, los dolores del cuerpo, los temores del alma, las congojas de lo que queda, los cuidados de lo que será, la memoria de los pecados pasados, el recelo de la cuenta venidera, el temor de la sentencia, el horror de la sepultura, el apartamiento de todo lo que desordenadamente ama; esto es, de la hacienda, de los amigos, de la muger, de los hijos, y de esta luz y aire comun, y de la misma vida. Cada cosa de estas por su parte tanto mas le lastima, cuanto era mas amada. Porque como dice muy bien san Agustín: no se pierden sin dolor, las cosas que se poseen con amor. Por donde dijo un filósofo, que aquel temia ménos la muerte, que ménos deleites tenia en la vida.

Pero sobre todo esto fatiga en aquella hora el tormento de la mala conciencia, y la consideracion y temor de lo que le está guardado. Porque entónces despertando el hombre con la presencia de la muerte, abre los ojos y mira lo que nunca habia mirado en la vida. La razón de lo cual señala muy bien Eusebio Emisseno en una homilia, diciendo; que porque en aquel tiempo cesan todos los cuidados de llegar, y de buscar lo necesario para la vida, y cesa tambien la ambicion de la honra y de la hacienda, y ninguna ocupacion hay entónces, ni de trabajar, ni de militar, ni de hacer otra cosa al-

guna: de aquí es, que sola la consideracion de la cuenta ocupa el ánima vacía de todos los otros cuidados, y solo el peso del divino juicio toma todos los sentidos. Estando pues así el hombre miserable con la vida puesta á las espaldas, y la muerte ante los ojos, olvídase de todo lo presente que deja, y comienza á pensar en lo venidero, que le aguarda. Allí vé como yase acabaron los deleites: y solo los pecados que se hicieron cometiéndolos, quedan para el divino juicio. Y prosiguiendo el mismo doctor esta materia en otra homilia dice así: pensemos ¿qué llanto será aquel del ánima negligente cuando salga de esta vida, qué angustias, qué oscuridad, qué tinieblas, cuando vea, que entre los adversarios que le han de cercar, le salga primero al encuentro su misma conciencia acompañada de diversos pecados? Porque ella sola sin mas probanza, se ha de ofrecer á nuestros ojos, para que nos convenza su testimonio, y nos confunda su conocimiento. No será posible encubrirse aquí nada, ni negarse: pues no de léjos, ni de otra parte, sino de dentro de nosotros mismos ha de salir el acusador, y el testigo. Hasta aquí son palabras de Eusebio.

Pero mas á la larga, y mas divinamente prosigue Pedro Damiano cardenal esta materia, diciendo así: pensemos con mucha atencion cuando el alma de un pecador comienza á salir de la prision de esta carne, con cuán recios temores se ve combatida, y con cuántos estímulos de la conciencia acusadora se halla pungida. Acuérdate de las culpas que cometió, vé los mandamientos divinos que menospreció, duelese por haber vanamente gastado el tiempo de la penitencia, y afligese viendo que está presente el artículo inevitable de la cuenta, y de la divina venganza. Querria quedarse, y es compelida á partirse, querria recobrar lo perdido, y no se le dá espacio para ello. Volviendo los ojos atrás, mira todo el curso de la vida pasada, y parécele un brevisimo pun-

to. Echalos adelante, y vé un espacio de infinita perpetuidad que la está esperando. Lloro viendo que perdió la alegría de todos los siglos (la cual en este brevísimo espacio pudiera ganar) y aflígese porque perdió aquella inefable dulzura de perpetua suavidad, por un breve deleite de la carne sensual: y avergüenzase considerando que por aquella sustancia que habia de ser comida de gusanos, despreció aquella que habia de ser colocada entre los coros de los ángeles. Y contemplando la gloria de aquellas riquezas inmortales, confúndese de ver como las perdió por la pobreza de estos bienes temporales. Mas cuando baja los ojos de lo alto á mirar al valle tenebroso de este mundo, y vé sobre sí la claridad de aquella luz eterna, conoce claramente que era noche y tinieblas lo que en este mundo amaba. O si pudiese entónces merecer espacio de penitencia, cuán áspera vida abrazaría, cuán grandes cosas prometería, y á cuántos votos y oraciones se obligaría. Mas entre tanto que estas cosas revuelve en su corazon, comienzan á venir los mensageros y precursores de la muerte, que son oscurecer y hundirse los ojos, levantarse el pecho, enronquecerse la voz, helarse los miembros, ponerse los dientes negros, henchirse la boca de sarro, y mudarse la color del rostro. Pues mientras estas cosas pasan como oficios que sirven á la muerte vecina, representán á la miserable alma, todas las obras, y palabras, y pensamientos de la mala vida pasada, dando triste testimonio contra su autor: y aunque él las quiera dejar de mirar es forzado que las vea.

Con esto se junta por una parte la horrible compañía de los demonios, y por otra la virtud, y compañía de los ángeles. Y luego se comienza á barruntar á cual de las dos partes ha de pertenecer aquella presa. Porque si en él hay obras de piedad y virtud, luego es consolado con el regalo, y convite de los ángeles. Mas si la fealdad de sus deméritos y mala vida piden otra cosa, luego se estremece con intolerable temor, y desconfianza: y así es despeñado y acometido, y arrancado de su miserable carne, y llevado á los tormentos eternos. Todo lo susodicho es de Pedro Damiano. Dime pues ahora, si esto es verdad, y si esto así ha de pasar, ¿qué mas era menester, si los hombres tuviesen seso, para ver cuán miserable es, y para huir la suerte de los malos, pues les está guardado tan triste y tan desastrado fin?

Y si para aquel tiempo pudiesen ayudar en algo las cosas de esta vida, ménos malo seria por lo ménos; pero allí ninguna de estas ayuda, pues ni aprovechan las honras, ni defienden las riquezas, ni valen los amigos, ni acompañan los criados, ni ayuda el linage, ni socorre la hacienda, ni sirve otra cosa, sino sola la virtud é inocencia de la vida. Porque como dice el sabio, no aprovecharán las riquezas en el día de la venganza, mas la justicia sola (que es la virtud,) librará de la muerte. Pues ¿y el malo que se halla tan pobre y tan desnudo de este socorro, cómo podra dejar de temblar y congojarse, viéndose tan solo y desfavorecido en el juicio divino?

DIA NUEVE.

SANTA CASILDA VIRGEN.

Reinaba á principios del undécimo siglo en la ciudad de Toledo el rey moro Aldemon, y educaba en los errores de su creencia á su hija Casilda, cuya alma suspiraba por conocer las verdades de una religion, que aunque no era la suya, presentía que la habian de dirigir por la verdadera senda de la felicidad. Sus hermosas inclinaciones, y su natural compasivo y tierno le hacian condolerse de la desventura de los cristianos, que gemian en las mazmorras de su padre, víctimas de la mas cruel tiranía, y del mas duro cautiverio. La caridad, aquella virtud tan recomendada por el Salvador del mundo, hablaba en su corazon con tanta eficacia, que acallando sus preocupaciones, se presentaba en los calabozos contraviendo las órdenes rigurosas de su padre, y repartía entre los pobres cautivos con dadivosa mano, algunos socorros que mitigaban el intolerable padecer de su misera situacion.

La repeticion de estas visitas le hicieron reparar en la paciencia y resignacion, con que aquellos desgraciados sobrellevaban las privaciones de su vida, y la grandiosa idea que concibió de la religion santa que les daba consuelo en sus tribulaciones, avivó el deseo que desde pequeña existia en su corazon, de conocer sus verdades sacrosantas. Con este objeto, no perdonaba ocasion alguna para enterarse de

sus divinos misterios, y Dios, que vió la sinceridad de los esfuerzos que hacia, la libró por un rasgo de su infinito poder, de la ceguiedad en que se hallaba, haciéndola abrir los ojos á la verdadera luz del evangelio.

El rey que sospechaba las visitas de Casilda, trató de sorprenderla por sí mismo, y castigarla por su desobediencia. A este efecto averiguó la hora de sus visitas, y un dia en que la jóven llevaba las provisiones para los cautivos recogidas y ocultas en un paño de su falda, se interpuso el rey de improviso á su paso, mandándola que le manifestase lo que llevaba. Asustóse Casilda porque su padre iba á descubrir todo el secreto, y no temió tanto por el castigo que le impusiera, como por la imposibilidad en que iba á verse de continuar socorriendo á los necesitados. Indecisa entre la precision de obedecer, y el temor de perjudicar á los cautivos, titubea ante la airada visita de su padre, que repitió la orden con nuevas amenazas. Entónces la niña desplegó sus faldas ante la mirada ansiosa del rey, y con grande asombro suyo vió convertidos los alimentos que llevaba, en hermosos ramilletes de rosas y de flores.

Dejóla el padre, convencido de que no eran ciertas las noticias que le habian dado, y Casilda dominada aun por la impresion que le habia causado aquel milagro repentino, se presentó



J. de Casilla V. y. M.

en le mazmorra conduciendo en su falda las recién convertidas flores. Pero al descubrirlas, las halló trocadas de nuevo en los mismos alimentos que había preparado para los cautivos.

Ya no pudo resistir á la convicción que producía en su pecho este nuevo milagro, y cediendo al impulso que la dominaba, cayó de rodillas ensalzando al Dios cuyo poder obraba tales portentos.

II

Casilda estaba ya instruida en los misterios y verdades de la religion de Jesucristo, y suspiraba por el día en que el agua regeneradora del bautismo la incorporase al privilegiado gremio de la iglesia. El temor que le inspiraba su padre, y la vigilancia que con ella tenía, iban retardando aquella ceremonia á pesar del veheméntísimo deseo su su corazón. Pero el cielo, testigo de su ansiedad, abrevió este plazo con un suceso imprevisto, reservado únicamente al poder de Dios, en cuya mano reside la facultad de obrar contra lo imposible.

Acometió á Casilda un violento flujo de sangre, que en breves días la llevó á las puertas del sepulcro. Habíanse consultado los más famosos médicos, y la ciencia había apurado todos sus recursos: la enfermedad había sido declarada incurable, y el rey lloraba la próxima muerte de su querida hija.

Esta se hallaba entregada á las agonías de su padecer, y conociendo su próximo fin, se encomendaba al Dios de los cristianos, en quien su corazón creía. Y mientras elevaba hasta su trono una prece de su sinceridad, oyó una voz en su interior que le decía, «que Dios había acogido sus votos, y que prolongaría suficientemente su vida, para que pudiera ingresar en el gremio de su iglesia.» Anuncióle también que recobraría la salud, luego que se bañase en el lago de san Vicente, en las inmediaciones de Briviesca.

Casilda dió gracias á Dios por aquel favor tan singular, y ofreció reconocida su adhesión á los preceptos so-

beranos que ya conocía, prometiendo su vida entera al servicio de Jesucristo nuestro Señor.

Entonces manifestó á su padre el presentimiento que tenía, de que los baños del lago de san Vicente habían de ser provechosos para su salud, y el rey Aldemon deseoso de complacerla, la envió con suficiente acompañamiento de criados y guardias de honor, agregando un número considerable de cautivos cristianos que devolvió libres al rey don Fernando primero que á la sazón reinaba en Castilla, para obligarle á que atendiese á la princesa como merecía su rango.

El rey de Castilla la recibió con mucho agasajo y grandes honras, haciéndole preparar cuanto necesitaba en las inmediaciones del lago.

Casilda llena de fé en la revelación que había tenido durante su enfermedad, se bañó en las aguas, y por un milagro del poder de Dios, logró desde el primer baño la salud, que según el entender de los hombres, era imposible que volviese á recuperar.

Entonces la joven princesa pidió con instancias el bautismo, pues no quería retardar por más tiempo ser contada en el número de los hijos de un Dios, que tantas maravillas obra en favor de sus criaturas.

Y para dedicarse exclusivamente á su servicio, como lo había prometido durante su enfermedad, hizo fabricar en aquel mismo sitio una ermita con algunas habitaciones adherentes, donde pasó sus días entregada á las prácticas de una vida religiosa, que le abrió

las puertas de la bienaventuranza. Jamás se desmintió la perseverancia con que caminaba diariamente á la perfeccion, y cuando llegó el dia del premio, que no puede faltar al justo y al ino-

cente, el Señor la recibió en su gloria, donde brilla como uno de sus mas bellos ornamentos. Su glorioso tránsito se verificó el dia 9 de abril del año de 1047.

SANTA VAUTRUDIS PATRONA DE MONS EN HAINAUT.

Nació Vautrudis el año de 626, en aquella parte de la Austria inferior, que se llamó despues Hainaut. Fué hermana de santa Aldegundis, hija del conde Walberto y de la princesa Bertila, y sobrina de Guadelano, maire ó mayordomo del palacio. Sus padres eran virtuosos y cristianos, y la educacion de la niña no solo fué correspondiente al rango que ocupaban, sino tambien á las piadosas intenciones de su santa madre Bertila, que no perdonó diligencia alguna á fin de cultivar para el Señor aquella alma que habia sido bendita desde la cuna.

Vautrudis llegó á ser hermosa por sus prendas corporales, como lo habia sido por los dotes de su alma privilegiada, y entónces la casaron con el conde Madelgario, uno de los mas principales señores de la corte del rey Dagoberto. La esperiencia acreditó que Dios habia presidido en este matrimonio, pues pocos habrá habido en el mundo mas felices.

Vautrudis era hija de dos santos, y hermana de otro: era necesario que su esposo y sus hijos llegaran á serlo tambien, para que su ventura fuese completa. El cielo le concedió este gusto, pues Madelgario, despues de algunos años de matrimonio, del que tuvo cuatro hijos, hizo voto de perpetua continencia, y con el consentimiento de su muger y dictámen de Auberto, obispo de Cambray, se retiró al monasterio de Haumont á orillas del río Sambre, don-

de tomó el hábito, y murió con tan heroica santidad, que la iglesia celebra su memoria el 20 de setiembre. Los cuatro hijos de santa Vautrudis, fueron Landry obispo de Metz ó de Meaux, Aldetrudis y Madelberta religiosas en Mauveuge, y todos tres murieron con fama de santidad. El cuarto se llamó Dentlin, y murió poco despues de haber recibido el agua del bautismo.

Tres años se mantuvo santa Vautrudis en el siglo despues que su marido se hizo religioso, y empleó este tiempo en obras de caridad y de misericordia, y en la enseñanza y perfeccion de sus hijos. Pero como la dissolution encuentra siempre complacencia en representar con hipocresia la virtud de los buenos, se desencadenó la maledicencia del mundo contra la sierva de Dios, dándole los epítetos mas injuriosos, y apellidando artificiosas esterioridades, los ejercicios de piedad y buenas obras en que se ocupaba. La jóven y virtuosa señora sufrió con paciencia la pérvida murmuracion de sus enemigos, y conociendo que esta persecucion era no solo para acrisolar su virtud, sino para que acelerase la resolucion que anteriormente habia concebido de retirarse del mundo, determinó por consejo de su confesor san Guisiano, edificar una celdilla en el monte Castrioloc, para pasar el resto de sus dias en la oracion y en el silencio.

Comisionó á un pariente suyo llamado Hidulfo, que tambien es venerado como santo, para que comprase el sitio, é hiciese edificar la celdilla; pero este mandó labrar una magnífica casa contra la espesa órden que habia recibido. Santa Vautrudis se negó á ocuparla, y el cielo autorizó su delicadeza, pues un violento huracan la echó por tierra á los pocos dias. Entónces Hidulfo, siguiendo el plan que se le habia dado, fabricó una celda con su capilla, que pasó á ocupar santa Vautrudis, despues de haber tomado el velo de manos de san Auberto obispo de Cambray.

Léjos del mundo se entregó al ejercicio de las mas heróicas virtudes: su ayuno y su oracion eran continuos: su sueño escaso: sus penitencias excesivas, y abundantes las lágrimas que derramaba su tierno y ardiente amor de Dios. En la pobreza á que se habia condenado voluntariamente, aun encontraba recursos para socorrer la necesidad agena, empleando en el trabajo todo el tiempo que le dejaba libre la oracion.

Tan eminente virtud despertó la envidia del tentador, que trató de rendir la fortaleza de nuestra reclusa. Inspiròle tedio al retiro, llenando su corazon de fastidio y de amargura. La soledad, el silencio y la estrechez de su pobre celda, le parecian insoportables; la memoria de lo que habia sido, el pretexto de las buenas obras que podia hacer en el mundo, la esperanza de una cristiana libertad, su delicada salud, y otros mil motivos, se agolpaban para combatir su resolucion; pero el cielo vino en su ayuda; combatió con valentia, y guardó fidelidad á su propósito.

La fama estendió por todas partes

la nombradía de su acrisolada virtud, y acudieron muchas santas doncellas á ponerse bajo su direccion. Entónces cedió á la caridad el amor que profesaba al retiro, y muy en breve su celdilla se vió transformada en un convento, donde con el ejemplo de Vautrudis florecieron la devocion, la observancia y el espiritu de penitencia mas ferviente. Y este monasterio tan reducido y pobre en un principio, llegó á ser un célebre cabildo de canonesas ó canónigas, y se vió cercano de una ciudad tan considerable, que con el tiempo fué capital del Hainaut. Su hermana santa Aldegundis, abadesa del monasterio de Mauveuge, pasó en cierta ocasion á visitarla, y viendo su pobreza, quiso llevarla consigo; pero santa Vautrudis se resistió á dejar su casa de Mons, diciéndola: «que las privaciones que allí experimentaba, y las rigorosas penitencias del instituto, eran sus mas gratas delicias.» De este modo se iba purificando una existencia dedicada esclusivamente al servicio de Dios, y habiendo tenido el consuelo de oir de boca de un ángel, que su nombre y el de su hermana estaban escritos en el libro de la vida, multiplicó mas sus esfuerzos para merecer la ventura que le habia anunciado la revelacion. Finalmente, habiendo llegado la hora del premio, fué recibida en la bienaventuranza el día 9 de abril del año 686, teniendo sesenta de edad, y habiendo transcurrido dos desde la muerte de santa Aldegundis. Su cuerpo fué sepultado en la capilla de su monasterio, donde habia pasado treinta años de su vida, y su sepulcro se hizo célebre por los milagros que se obraron por su intercesion, por lo cual la ciudad de Mous la eligió por su principal patrona y abogada.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Antioquia, de SAN PROCORO, uno de los siete primeros diáconos de la iglesia; que habiéndose hecho célebre por su fé, y sus milagros, tuvo la gloria de recibir la palma del martirio.

En Roma, de SAN DEMETRIO, CONCESIO, HILARIO, y compañeros mártires por la fé de Jesucristo.

En Sirmio, de siete bienaventuradas virgenes cristianas, que dieron su sangre por la fé de su doctrina, en el glorioso martirio que padecieron.

En Cesarea, en Capadocia, de SAN EUSQUIO, que habiendo derribado el templo de la Fortuna en tiempo de Juliano el Apóstata para impedir la adoracion de los ídolos, logró con su martirio obtener la bienaventuranza.

En Africa, de LOS SANTOS MARTIRES, MASILITANOS, en cuya festivi-

dad predicó un sermon san Agustin.

En Amid, en Mesopotamia, de SAN ACACIO OBISPO, que vendió hasta los vasos sagrados de la iglesia para rescatar á los cautivos.

En Rouen, de SAN HUGO, OBISPO Y CONFESOR.

En la ciudad de Die, de SAN MARCELO OBISPO, esclarecido por su virtud y santidad.

En Judea, de SANTA MARIA CLEOFE, apellidada hermana de Maria Santísima, Madre de Dios.

En Roma, la traslacion del cuerpo de SANTA MONICA madre de san Agustin obispo, que fué conducida á la ciudad desde el puerto de Ostia, siendo papa Martin quinto, y depositado reverentemente en la iglesia del mismo san Agustin.

LA MISA ES DE LA DOMINICA PRECEDENTE, Y LA ORACION DE SANTA VAUTRUDIS LA QUE SIGUE.

Dios, que eres nuestra salud, escúchanos propicio para que así como celebramos la festividad de la bienaven-

turada Vautrudis, recibamos tambien el afecto de una piadosa devocion. Por nuestro señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 3 DEL APOSTOL SAN PABLO A LOS COLOSENSES.

Hermanos. Cualquier cosa que hagais sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en el nombre de nuestro señor Je-

sucristo dando gracias por él á Dios y Padre. Casadas, estad sujetas á vuestros maridos, como conviene, en el

Señor. Maridos, amad á vuestras mu-
geres, y no seais desabridos con ellas.
Hijos, obedeced á vuestros padres en
todo: porque esto es agradable al
Señor. Padres, no provoqueis á ira
á vuestros hijos, para que no se ha-
gan de ánimo apocado. Siervos, obe-

deced en todas cosas á vuestros seño-
res temporales, no sirviendo al ojo,
como por agradar á hombres, sino
con sencillez de corazon, temiendo á
Dios. Todo lo que hagais, hacedlo de
corazon como por el Señor, y no por
los hombres.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 10 DE SAN MATEO.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus dis-
cípulos: el que ama á padre ó á madre
mas que á mí, no es digno de mí. Y
el que ama á hijo, ó á hija mas que á

mí, no es digno de mí. Y el que no
toma su cruz, y me sigue, no es dig-
no de mí.

MEDITACION.

PAZ DEL ALMA.

Mucha paz tendríamos, si no quisié-
ramos ocuparnos en los dichos y he-
chos agenos. ¿Cómo puede estar en
paz mucho tiempo el que se entreme-
te en cuidados agenos, y busca oca-
siones exteriores, y tarde ó nunca se
recoge? Bienaventurados los sencillos,
porque tendrán mucha paz. ¿Qué fue
la causa, porque muchos de los san-
tos fueron tan perfectos, y contem-
plativos? Cierto, porque estudiaron
en mortificarse del todo, en todo deseo
terreno, y por eso pudieron con lo
intimo del corazon juntarse á Dios,
y ocuparse libremente en sí mismos.
A la verdad, nosotros nos ocupámos
mucho con nuestras pasiones, y tene-
mos mucho cuidado de lo que se pa-
sa, y tambien pocas veces vencemos
un vicio perfectamente, ni nos aviva-
mos para aprovechar en un dia, y por

eso nos quedamos tibios y frios. Si
fuésemos muertos á nosotros mismos,
y de dentro desocupados, entónces
podríamos gustar las cosas divinas, y
esperimentar algo en la contempla-
cion celestial, El mayor impedimen-
to, y el todo es, que no somos libres
de nuestras inclinaciones, y deseos,
ni trabajamos de entrar por el cami-
no perfecto de los santos. Y tambien
cuando alguna adversidad se nos ofre-
ce, muy presto nos caemos, y nos vol-
vemos á las consolaciones humanas.

Si nos esforzásemos en la batallá á
estar como fuertes varones, ciertamente
veríamos el favor del Señor
sobre nosotros. Porque aparejado es-
tá á socorrer á los que pelean, y es-
peran en su gracia. El cual nos pro-
cura ocasiones de pelear para que ten-
gamos victoria. Si solamente en la

observancia de fuera ponemos el aprovechamiento de la religion, presto se acabará nuestra devocion. Mas pongamos la segur á la raiz, para que libres de las promisiones, poseamos nuestras ánimas pacíficas. Si cada año desarraigásemos un vicio, presto seriamos perfectos. Mas al contrario lo experimentamos, que nos hallamos mas faltos despues de muchos años, que al empezar. Nuestro fervor, y aprovechamiento cada dia debe crecer, mas ahora en mucho se estima perseverar en alguna parte del primer fervor. Si al principio hiciésemos

alguna resistencia, podriamos despues hacer las cosas con ligereza, y gozo. Grave cosa es dejar la costumbre, pero mas grave es ir contra la propia voluntad. Mas si no vences las cosas pequeñas, y livianas, ¿cómo vencerás las dificultosas? Resiste en los principios á tu inclinacion, y deja la mala costumbre, porque no te lleve poco á poco á mayor dificultad. Oh si mirases, cuanta paz á ti, y cuanta alegría darias á los otros, rigiéndote bien, yo creo que serias mas solícito en el aprovechamiento espiritual.





S. Macario Arz. de Alejandria.

DIA DIEZ.

SAN MACARIO ARZOBISPO DE ANTIOQUIA.

Nació Macario á fines del décimo siglo, de una de las familias mas ilustres del oriente, tanto por su alcurnia como por los empleos que desempeñaba. Su padre se llamó Miguel y su madre María, y deseosos ambos de que el niño tuviese una religiosa educacion, le pusieron bajo la vigilancia de Macario arzobispo de Antioquia, que era pariente cercano y su padrino de bautismo, por cuyos respetos se le había puesto el mismo nombre. No se sabe de positivo si era prelado de Antioquia de Pisidia, que es un simple arzobispado dependiente del patriarcado de Constantinopla, ó si lo era de Antioquia de Siria, que es uno de los tres grandes patriarcados del oriente.

El niño Macario correspondió á los desvelos de su anciano padrino, y fueron asombrosos los progresos que hizo en los estudios, principalmente en los que habían de dirigirle por la senda de la salvacion. Persuadióse desde luego el santo prelado que su jóven discipulo había de ser uno de los mas grandes ornamentos de la iglesia, por lo que le confirió las órdenes sagradas, elevándole á la dignidad sacerdotal.

Y en este estado fué modelo de perfeccion de toda la clerecia, por su grande instruccion, por su amor al retiro, por su modestia, y por la sencillez de sus costumbres. Desempeñó negocios árdulos con tanta prudencia y acierto, que todos le designaban como el mas digno sucesor de su ejemplar arzobispo.

El mismo prelado que lo conocía

asi, recomendó antes de morir con mucha instancia su eleccion, pues la notoria virtud y los méritos de su recomendado, le hacian esperar el mejor desempeño de los cargos pastorales. Apenas manifestó el prelado su deseo, aclamaron á Macario por su sucesor; pero este se resistió á recibir aquella dignidad, de que se consideraba indigno, y no la aceptó hasta que se hubo convencido que el cielo exigía su entera sumision.

Elevado á tan alta dignidad, fué modelo de prelados, como lo había sido anteriormente de sacerdotes. Su celo era vivo y prudente: su caridad universal: su desvelo por la salvacion de todos vehementísimo. Predicaba todos los dias, visitaba personalmente á los enfermos, y mantenía á los pobres á sus espensas. Dádivoso y caritativo para el necesitado, era escaso para su persona, y mezquino en el adorno y ajuar de su morada. Fervoroso y tierno, derramaba durante su oracion tantas lágrimas, que siempre tenía en su oratorio un pañuelo ó toalla á prevencion para enjugarse los ojos. Cierta leproso pudo hacerse de uno de estos paños regados con el llanto del mas puro y tierno amor espiritual, y habiéndoselo aplicado con la fé que tenía en la santidad de su dueño, quedó sano y limpio de su envejecida enfermedad. A este milagro se siguieron otros muchos, y creció tanto la veneracion que profesaban á nuestro santo, que su humildad no pudo resistir las honras que le tributaban. Y encomendando á un

eclesiástico de conocido mérito y saber, llamado Eleuterio, la guarda de su rebaño, dejó secretamente la ciudad, despues de haber repartido entre los pobres y las iglesias, los bienes que le habían quedado. Cuatro de sus discípulos no quisieron dejarle, y partieron en su compañía á visitar la tierra santa. La mayor parte de la Palestina estaba ocupada ya por los sarracenos, que ocasionaron á nuestro santo muchisimas penalidades. Macario predicaba en su viaje por todas las poblaciones que encontraba al paso, é hizo muchas conversiones por la eficacia de su palabra y de su celo.

Estas conquistas le concitaron una persecucion horrorosa. Ultrajes, malos tratamientos, prisiones y martirios, fueron empleados alternativamente por aquellos bárbaros infieles, á fin de ahogar la voz de su doctrina; pero Macario sufría y predicaba. Su paciencia, su resignacion y su santa fortaleza, ayudaban á la eficacia de su persuasion, y triunfaban á pesar del encarnizamiento de sus perseguidores.

Entónces le encerraron en un calabozo, le tendieron en el suelo en forma de cruz, ataron sus pies y manos á unos clavos fijos en el suelo, y cargaron sobre su débil estómago una enorme piedra hecha ascua, para que sucumbiese á los dolores de tan inaudito martirio.

Sin embargo, Dios no le quería mártir, y le libró de sus verdugos y de la muerte. Un ángel de la gloria se dejó ver resplandeciente como una luz celestial, y rompió sus prisiones, y le sacó incólume del poder de sus enemigos.

Poco despues de este milagro supo por una diputacion que le envió la ciudad de Antioquia, que sus parientes y el pueblo estaban decididos á obligarle á volver á su silla arzobispal, y para evitarlo se embarcó al instante para occidente. Atravesó el

Epiro, la Dalmacia y Baviera, pasando por Maguncia, Colonia y otras ciudades, dejando en su tránsito pruebas irrefragables de su caridad, con los repetidos prodigios que obraba. En Colonia libró á su huésped de una epilepsia: en Malinas apagó un incendio: en Tornay sofocó una sedicion; en Cambray le abrió un ángel las puertas de la iglesia, y en Maubeuge obró otros muchos milagros. Finalmente, en el año de 1011 llegó á Gante, y se retiró al monasterio de Bavon, donde le recibió el abad Etemboldo como á un hombre extraordinario. Al cabo de algun tiempo quiso volverse á levante: pero hallándose en el puerto le acometió una calentura tan violenta, que le obligó á retirarse de nuevo al monasterio de san Bavon.

Estendióse por este tiempo una cruel peste por todo el territorio de los Países-Bajos, cuya enfermedad comenzaba sus estragos por la boca, y hacia solo en Gante mas de seiscientas victimas diarias. Pronosticó Macario que sería atacado del mal, y que su muerte aplacaría la cólera del cielo. El suceso justificó la profecia: á los primeros síntomas perdió Macario el uso de la palabra; pero se hizo conducir á la iglesia de nuestra Señora, donde con su báculo marcó el sitio de su sepultura, delante del altar de san Pablo: en seguida dió la bendicion al pueblo, y pidió le volviesen á su celda, donde murió el 10 de abril del año de 1012. En el mismo instante, cesó el contagio en la ciudad y en todo el país.

En el año de 1067 fué elevado su cuerpo de la tierra, á instancias de Sigerio abad de san Bavon, en presencia de Felipe primero rey de Francia, de los obispos de Noyon y de Cambray, y de un inmenso concurso. En 1617 se llevaron en procesion sus sagradas reliquias á la ciudad de Mons, para librarla de la horrorosa epidemia que la afligía, y a-

gradecidos los moradores de esta ciudad, las devolvieron á la de Gante al año siguiente, en una riquísima ca-

ja de plata, donde se conservan religiosamente en su iglesia catedral.

SAN TERCICIO Y COMPAÑEROS MARTIRES.

Gobernaba el Africa en nombre del emperador Decio, el prefecto Fortuniano, y cumplia con rigorosa crueldad los decretos de sangre y exterminio, que fulminaba contra los cristianos la ceguedad de los palacios. La persecucion diseminó á los hijos de la fé, que buscaban en la fuga la libertad de seguir sus sacrosantas creencias. En la última indagacion que habia hecho el prefecto, no quedaban en su demarcacion mas que cuarenta cristianos, que sin temer la tiranía de sus opresores seguian publicamente su doctrina, y condenaban los errores del paganismo. Su constancia y su decision llegaron á oídos del presidente, que haciéndoles comparecer ante su tribunal, no escaseó para rendirlos ni lisonjas ni promesas. Pero los esforzados campeones de Jesucristo supieron resistir los halagos de su perfidia, y la fé triunfó de los artificios de su contrario.

Entónces el prefecto los mandó llevar al templo de Hércules para que sacrificasen á los dioses; pero sus esfuerzos fueron inútiles, porque declararon unánimemente, que antes consentirian en morir, padeciendo los mas horrorosos martirios, que negar una sola vez al Dios verdadero á quien adoraban.

Juzgando el presidente que el ánimo de tres ó cuatro mas esforzados sostenia la debilidad de los otros campeones, determinó separarlos, y atacar á los mas pusilánimes, sin que los sostuviese el apoyo de los es-

forzados. Con este objeto dispuso que Terencio Africano, Máximo y Pompeyo, fuesen encerrados en una estrecha y obscura cárcel, dejando en el templo á Cenon, Alejandrino, Teodoro y demas compañeros.

Sin embargo, su astucia no le dió resultado alguno, pues los que habia conceptualo mas flacos y fáciles de reducir, se mostraron á su vez mas enérgicos y decididos, cuando se hallaron de frente con el peligro que les amenazaba. Iracundo al ver frustradas sus esperanzas, descargó toda la hiel de su corazon multiplicando tormentos á porfia, creyendo que humillaria sus fuerzas corporales, ya que no podía luchar sin desventaja con el vigoroso temple de su espíritu. Los santos mártires fueron azotados rigorosamente, alternando los sayones en el suplicio cuando sus fuerzas se agotaban; firmes en su fé, alzaban sus ojos y manos al cielo, y le ofrecian sus dolores como un holocausto de propiciacion.

Sus fervorosas preces irritaban al prefecto, que hacia multiplicar el suplicio mientras mas fortaleza encontraba: y mandando traer planchas de metal encendidas al fuego, dispuso que se las aplicasen á las espaldas, despues de haberlas sajado y rociado con sal y vinagre, para que fuesen cruellísimos los dolores. Estos no acobardaron á los hijos de la fé; los sufrieron con heroicidad, y rindieron nuevas gracias al Todopoderoso.

En seguida los pusieron en el po-

tro, y despedazaron sus carnes con garfios de hierro, y no pudiendo obtener obediencia á las órdenes del emperador, ordenó que les cortasen la cabeza, con cuyo suplicio volaron sus almas á recibir la corona de inmortalidad, que habian conquistado con su heroica constancia.

En el ínterin, se custodiaban en la cárcel á Terencio y sus compañeros: pesadas cadenas pendían de sus hombros: sujetaban sus manos duras esposas, é incómodos grillos rodeaban sus pies. Y para que los momentos de descanso les sirviese de nuevo suplicio, sembraron el suelo de abrojos y puntas aceradas, que punzaban sus carnes con increíble dolor. Encerrados en aquellas mazmorras se dió orden para que no los visitase persona alguna, y que no les llevasen de comer.

Pero Dios no abandona nunca á sus fieles servidores, y en la tribulacion los socorre con un rasgo de su misericordia.

Era media noche, y la oscuridad fué reemplazada por un súbito resplandor: y un ángel de la gloria apareció entre ellos, y tocando sus cadenas quedaron libres de su peso enorme. Y un man-

jar delicioso de gloria satisfizo sus necesidades, y confortó sus fuerzas, á par de su espíritu. Entónces los santos, llenos de un gozo inefable, ensalzaron á su Dios con himnos de esperanza y de gratitud.

La luz vivisima despertó la curiosidad de los guardas, y viéndolos tan llenos de regocijo, dieron cuenta al prefecto.

Este los hizo comparecer ante su tribunal, donde se repitió la misma escena que habia tenido lugar con sus compañeros. Fortuniano quiso entónces apurar toda la crueldad de su corazón, y los mandó llevar á la cárcel, y que los encerraran con bestias feroces, y con víboras y serpientes, para que los devorasen; pero un ángel se interpuso, y las fieras se postraron en el suelo. Y cuando fueron á sacarlas descargaron su rabia y su ferocidad en los mismos que las cuidaban.

Entónces el prefecto decretó que fuesen degollados, y se verificó su sentencia el día 10 de abril del año de 253. Sus almas subieron á la gloria, y sus cuerpos fueron sepultados en lugar conveniente, hasta que se trasladaron á Constantinopla, en tiempo de Teodosio el menor.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

De SAN EZEQUIEL PROFETA, condenado á morir por el juez del pueblo de Israel, porque en Babilonia le amonestaba acerca de su idolatría: su cuerpo fué enterrado en el sepulcro de Sem y de Arphaxad, antepasados de Abraham, á donde acuden los devotos de todo el mundo cristiano.

En Roma, la memoria de muchos santos mártires que el papa Alejandro bautizó durante su encarcelamiento:

era entónces prefecto de la ciudad Aureliano, y haciéndolos meter en un buque, ordenó que los precipitasen en el abismo, así que estuviesen en alta mar, atando una gran piedra al cuello de cada uno.

En Alejandria, de SAN APOLONIO PRESBITERO, y cinco compañeros mas, que fueron ahogados del mismo modo en la persecucion de Maximiano.

LA MISA ES DEL COMUN DE CONFESOR Y PONTIFICE, Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Señor, te suplicamos oigas las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice Macario, para que nos absuelvas de nuestros pecados, por los méritos é intercesion del que mereció servirte tan dignamente. Por nuestro señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 2.º DE SAN PABLO A LOS FILIPENSES.

Hermanos: si hay alguna consolacion en Cristo: si algun refrigerio de caridad: si alguna comunicacion de espíritu, si algunas entrañas de compasion: haced cumplido mi gozo, sintiendo una misma cosa, teniendo una misma caridad, un mismo ánimo, unos mismos pensamientos. Nada hagais por porfia, ni por gloria: sino con humildad, teniendo cada uno por superiores á los otros. No atendiendo uno á las cosas que son tuyas propias, sino á las de los otros.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 11 DE SAN MATEO.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: venid á mi todos los que estais trabajados, y cargados, y yo os aliviaré. Traed mi yugo sobre vosotros, y aprended de mi, que manso soy, y humilde de corazon: y hallareis reposo para vuestras almas. Porque mi yugo suave es, y mi carga ligera.

MEDITACION.

DE LAS MISERIAS GRANDES CON QUE ESTA MEZCLADA LA FELICIDAD DEL MUNDO.

Entre los muchos males que rodean á tan breve, no es el menor andar acompañada con mil maneras de miserias

que no se pueden excusar en esta vida ó por mejor decir, en este valle de lágrimas, en este lugar de destierro, y en esta mar de tantos movimientos. Porque verdaderamente mas son las miserias del hombre que los días, y aun que las horas de su vida; porque cada día amanece con su cuidado, y á cada hora está amenazando su miseria. ¿Mas qué lengua bastará para explicar todas estas miserias? Quién podrá contar todas las enfermedades de nuestros cuerpos, y todas las pasiones de nuestras almas, y todos los agravios de nuestros prógimos, y todos los desastres de nuestras vidas? Uno os pone pleito en la hacienda, otro os persigue en la vida, otro os pone mácula en la honra: unos con odios, otros con envidias, otros con engaños, otros con deseos de venganza, otros con falsos testimonios, otros con armas, y otros con sus propias lenguas, peores que las mismas armas, os hacen guerra mortal. Y sobre todas estas miserias, hay otras infinitas que no tienen nombre, porque son acaecimientos no esperados. A uno le quebrantaron un ojo, á otro un brazo, otro cayó de una ventana, otro del caballo, otro se ahogó en un rio, otro se perdió en unas rentas, y otro en una fianza. Y si quieres saber aun mas males, pide cuenta á los hombres del mundo, de los ratos de placeres y pesares que han llevado en él; porque si los unos y los otros se pesaren en dos balanzas, veras claramente cuanto es mayor una carga que la otra, y como para un solo rato de placer hay cien horas de pesar. Pues si la vida en sí es tan corta, como está ya declarado, y tanta parte de ella ocupan tantas miserias, ruégote me digas, ¿qué tanto es lo que queda de verdadera y pura felicidad?

Mas estas miserias que aquí he contado, son comunes á buenos y malos: los cuales así como navegan en un mismo mar, así estan sugetos á unas mismas tormentas. Otras miserias hay mucho mas para sentir, que son propias

de los malos, porque son hijas de sus maldades, cuyo conocimiento hace mas á nuestro caso, porque hace mas aborrecible la vida de los tales, pues á tales miserias está sujeta. Mas cuántas y cuán grandes sean estas, los mismos malos lo confiesan en el libro de la sabiduria, diciendo: aperreados anduvimos por el camino de la maldad y perdicion, y nuestros caminos fueron ásperos y dificultosos, y el camino del Señor tan llano, nunca supimos atinarlo. De suerte, que así como los buenos tienen en esta vida un paraíso, y esperan otro, y den un sábado van á otro sábado (que es de una holganza á otra holganza) así tienen los malos en esta vida un infierno, y esperan otro, porque del infierno de la mala conciencia, van al infierno de la pena eterna.

Estos trabajos vienen á los malos de muchas maneras: porque á unos les vienen de mano de Dios, que como justo juez no consiente que pase el mal de la culpa, sin el castigo de la pena: el cual aunque generalmente se guarde para la otra vida, muchas veces se comienza en esta. Porque cierto es, que así como tiene Dios universal providencia del mundo, así tambien la tiene particular de cada uno: y pues vemos que cuando hay mayores pecados, hay tambien mayores castigos de hambres, de guerras, de pestilencias, de heregias y de otras semejantes calamidades; así tambien muchas veces conforme á los pecados del hombre, se envian los castigos al hombre. Por lo cual dijo Dios á Cain: Si hicieres bien, recibirás el galardón: y si mal, luego á la puerta hallarás tu pecado, que es la pena y castigo de él. Y en el Deuteronomio, dijo Moises al pueblo de Israel. Has de saber que tu Señor Dios es fuerte y fiel, y que mantiene su palabra, y usa de misericordia con los que le aman, y guardan sus mandamientos, hasta la milésima generacion, y castiga luego á los que le aborrecen, de tal manera que luego los destruye, sin dilatar mas el

castigo, dándoles luego lo que merecen. Mira cuantas veces repite aquí esta palabra luego; por donde se entiende, que además del castigo que á los malos se debe en la otra vida, también son muchas veces castigados en esta, pues tantas veces repite aquí la Escritura, que luego sin mas dilacion serán castigados en ella. Pues de aquí proceden muchas maneras de calamidades, y azotes que padecen: los cuales andan en una rueda viva de cuidados, fatigas, necesidades y trabajos: puesto caso que aunque los sientan, no conocen de donde les vienen: y así mas los tienen por condiciones de naturaleza, que por castigos de su culpa. Porque así como los bienes de naturaleza no reconocen por beneficios de Dios, ni le dan gracias por ellos, así los azotes de su ira no conocen por castigos, ni se enmiendan por ellos.

Otros trabajos les vienen por mano de los vicarios de Dios, que son los ministros de su justicia, que muchas veces encuentran con los malhechores, y así los persiguen y aprietan

con cárceles, con destierros, con gastos, con persecuciones, con infamias y perdimiento de bienes, y con otras mil maneras de penas: con las cuales hacen que les amargue la golosina de su culpa, y la paguen con las setenas aun en esta vida.

Otros trabajos y miserias les vienen por parte de los apetitos y pasiones desordenadas de su corazón, porque qué se puede esperar de la afición demasiada y del vano temor, y de la esperanza dudosa, y del deseo desordenado, y de la tristeza congojosa, sino enjambres de sobresaltos y cuidados? los cuales roban la paz y libertad del corazón (de que ya tratamos) inquietan la vida, solicitan al pecado, impiden la oración, quitan el sueño de la noche, y hacen tristes y miserables los días de la vida. Todas estas maneras de miserias nacen en el hombre de sí mismo, esto es, del desorden de sus pasiones: para que veas qué puede esperar de otra parte, quien esto tiene de su cosecha, y con quien podrá tener paz, quien consigo tiene tanta guerra.



DIA ONCE.

SAN LEON PAPA LLAMADO EL MAGNO.

San Leon, grande por las virtudes con que le dotó el cielo, y mas grande aun por su eminente santidad, hizo tanto en beneficio de la iglesia, y fueron de tal consecuencia los actos de su pontificado, que con justicia mereció el epíteto de magno. Nació en Roma á fines del cuarto siglo, reinando el gran Teodosio, y su padre que se llamó Quinciano, era oriundo de Toscana. La cortesania de su carácter y la delicadeza de su ingenio, hacen creer que su familia fué distinguida, aunque nada se sabe de positivo acerca de su procedencia. Crióse en el seminario del pueblo romano, y desde luego se distinguió por la pureza de sus costumbres, por su aplicacion al estudio, y por sus adelantos en las bellas letras y en los cánones.

Todavía era acólito cuando fué elegido para llevar á los obispos de Africa las letras apostólicas del papa Zosimo, condenando á los heresiárcas Pelagio, y Celestino, y en este viaje conoció y trabó estrecha amistad con san Agustin. A su regreso fué ordenado de diácono de la iglesia romana, y el papa san Celestino, prendado de su ingenio, elocuencia, y virtud, le hizo su secretario, en cuyo empleo dió á conocer la estension de su talento, hasta en las provincias mas remotas de la cristiandad. San Cirilo, patriarca de Alejandria, acudió á él como ministro de la santa sede, para informar al papa de los ambiciosos pasos de Juvenal, patriarca de Jerusalem. Tambien intervino su celo en la defensa de la madre de Dios, con motivo de la heregía de Nestorio, y fué

obra suya la mayor parte de lo que trabajó el papa Celestino en este negocio, como tambien las cartas que escribió á san Cirilo, y á los padres del concilio general de Efeso.

Sisto tercero subió á la silla de san Pedro el año 432 por muerte de san Celestino, y nuestro santo pudo hacer mayores servicios á la iglesia, por la absoluta confianza que debió al nuevo pontífice, cuya inocencia vindicó en presencia del emperador Valentiniano tercero, desbaratando con sagacidad los malignos artificios de Julian, obispo de Eclama, principal apoyo y protector de los pelagianos.

Poco despues le envió el papa Sisto á las Galias, á fin de arreglar las diferencias que existian entre Aecio y Alvino, generales romanos, y cuya division amenazaba arruinar el imperio por la inmediata irrupcion de los bárbaros. Su habilidad y su prudencia ganaron el corazon de los dos generales, que desde entónces velaron acordes por los intereses de la religion y del estado.

Mientras desempeñaba esta importante legacia, murió Sisto en Roma, y necesitando la iglesia un hombre grande que la salvara de la relajacion de sus propios hijos, del furor de los hereges, y de la irrupcion de los bárbaros que amagaban todas las provincias del imperio, no se halló mas que á Leon capaz de hacer frente á tantas calamidades. Y aunque se hallaba ausente, fué elegido papa por unánime consentimiento, y con aplauso general, el 28 de Julio de 440. En vano se resistió nuestro santo, y di-



lató su regreso: tuvo que obedecer, y entró en la cabeza del mundo en medio de las aclamaciones del pueblo, y fué consagrado el domingo 8 de setiembre, seis semanas despues de su eleccion.

Aplicóse desde un principio á remediar las necesidades de la iglesia, pues conocía perfectamente su estado: reformó las costumbres del clero para que fuese modelo de los fieles: predicaba casi todos los dias, y los escitaba á la virtud con su ejemplo: resucitó la disciplina eclesiástica: dió reglas á los seglares que les sirviesen de norma en todos estados y condiciones, é hizo florecer con nuevo esplendor la primitiva piedad cristiana.

Nunca tuvo la iglesia mas numerosos enemigos, ni nunca fueron mas multiplicados los triunfos que consiguió por las luces, vigilancia, y celo de este incansable pontífice. Los maniqueos, donatistas, arrianos, y priscilianistas, infestaban la iglesia del Señor, ademas de las reliquias que habian quedado en el oriente de la heregia de Nestorio, de Eutiques y Dioscoro, que con nuevos errores procuraban obscurecer la fé católica. Los maniqueos huyendo de la dominacion de los vándalos en Africa, habian penetrado en Italia, pero al tercer año del pontificado de Leon, no solo los arrojó de este suelo, sino de todo el orbe cristiano.

Conociendo tambien el veneno del pelagianismo, hizo venir á Roma á san Pedro de Aquitania, para que le ayudase á combatir á aquellos hereges, que estaban insolentes por la prosperidad, y formidables por el número. Escribió epístolas; compuso libros; celebró concilios; y no cesó de hacerles mortal guerra, hasta que vió estirpado el error, y triunfante la verdad católica. El obstinado Juliano, cabeza de aquel partido, fué privado de su silla episcopal, y condenado como herege, murió en pais distante y

extrangero. Tambien combatió la doctrina de los presbíteros de Marsella ó semipelagianos, escribiendo al clero de Provenza que no perdonasen diligencia alguna para conseguir, que hasta el nombre de esta heregia fuese borrada de la memoria. Tocante á la pureza de la religion, no guardaba consideracion alguna; y á pesar de la amistad que profesaba á Casiano, hizo que san Próspero escribiese contra su décima tercera conferencia.

Apenas supo que se renovaba en España la heregia de los priscilianistas, cuando escribió á santo Toribio obispo de Astorga, y otros prelados, varias epístolas en que refutaba con la mayor energía los principales puntos de aquella secta, ordenando á los metropolitanos que convocasen concilios provinciales, con cuyas providencias quedó aniquilado el error á poco de haber aparecido.

Al mismo tiempo Eutiques, abad de un monasterio de Constantinopla, aprovechándose del horror con que se miraba la blasfema impiedad de Nestorio, se precipitó en el extremo contrario, confundiendo en Cristo las dos naturalezas. San Flaviano, patriarca de Constantinopla, condenó en un concilio á la heregia y á su autor; pero este no se sujetó á su decision, sino que valiéndose de artificios, se anticipó á escribir al sumo pontífice, manifestándole, que habiendo vuelto á levantar la cabeza el nestorianismo, se habia presentado á combatirle, pero con tan poca suerte, que habia sido condenado por un conciliábulo nestoriano, de cuya sentencia apelaba á su suprema autoridad. Conociendo san Leon el artificio, despachó inmediatamente á sus legados, y escribió á Flaviano aquella admirable epístola sobre la Encarnacion del Verbo, que despues sirvió de regla á los padres del concilio de Calcedonia para explicar este divino misterio. Por último, informado de las perniciosas opiniones de Eutiques, de la pureza de

la fé de san Flaviano, y de cuanto habia pasado en el que se denominó despues el *latrocino público de Efeso*, aplicó toda su solicitud para extinguir este nuevo incendio. Convocó un concilio en Roma: escribió á los emperadores Teodosio y Valentiniano, y á las emperatrices Placidia y Eudogia, para interesarlos en la causa de la religion: y despues de muerto el emperador Teodosio, se aprovechó de la piedad de la emperatriz Pulcheria y del emperador Marciano, para que se juntase el célebre concilio general calcedonense, en que presidió por medio de sus legados, y donde triunfó la verdad, y fué condenado Eutiques; concluyéndose el concilio con las públicas aclamaciones que tributaron al muy grande y santísimo pontífice Leon.

Mientras la fé triunfaba en oriente, la iglesia de occidente lloraba por la irrupcion de los bárbaros. Atila, rey de los hunos, atravesó la Panonia, y penetró hasta el corazon del imperio, quemando las iglesias y entrando á sangre y fuego en las poblaciones. Aquileya, Pavia, Milan, habian experimentado los furores del conquistador, que tomando el sobrenombre de azote de Dios, amenazaba, despues de haber pasado el rio Pó, apoderarse de la casi desarmada capital del imperio. Y sus consternados habitantes volvieron sus ojos á su amantísimo pastor, y confiando solo en su eminente santidad, le pedian con gritos y lágrimas, que saliera al encuentro de aquel formidable conquistador.

La vista de aquel pueblo desconsolado decidió al santo pontífice, que lleno de fé en aquel Señor que tiene en su mano los corazones de los reyes, se presentó á Atila cuando acampaba con su ejército en las riberas del Mincio, inmediato á la ciudad de Mantua. Su arrojo, su majestad y su elocuencia, pudieron tanto en aquel bárbaro rey, que deponiendo su fiereza, se humilló ante el siervo de Dios,

ajustó la paz, y volviéndose por donde habia venido, repasó el caudaloso Danubio. Todos reconocieron el prodigio, y Leon atribuyó toda la gloria al Dios de los ejércitos. En seguida se restituyó á Roma, y ordenó públicas procesiones en accion de gracia; desterró los espectáculos profanos; reformó las costumbres en todas las clases de la sociedad; renovó la piedad, resucitando la devocion á la reina de los ángeles, y á las reliquias de los mártires, á cuya intercesion atribuía la milagrosa libertad de Roma.

Comenzaba á verse el santo padre libre de tantos sobresaltos, cuando el orgullo de Anatolio, patriarca de Constantinopla, vino á proporcionar á la iglesia nuevas inquietudes. Opúsose san Leon á la usurpacion que queria hacer de la primacia del oriente, é irritado Anatolio, trató de malquistarle con el emperador; por lo que el pontífice nombró á Juliano, obispo de Cos, para que residiese en aquella córte en calidad de apocrisario ó nuncio suyo, cuya costumbre ha conservado despues la silla apostólica en las córtes de los príncipes. Tambien escribió al emperador y á la emperatriz, que repitieron sus instancias en favor de Anatolio; pero nuestro santo se mantuvo inflexible, y triunfó con la fuerza de sus razones.

Acudiendo siempre á las necesidades de la iglesia, escribió á los monges de Palestina sobre los artículos de fé, decididos ya en los cuatro concilios ecumenicos: dispuso una regla ó ciclo pascual, á fin de que los latinos no tuviesen que recurrir á los griegos ni á los orientales para la celebracion de la pascua, y escribió á Doro obispo de Benevento, á Teodoro obispo de Frejui, y otra tercera epístola á todos los obispos de Campania y de las dos provincias vecinas. Y como están todas llenas de instrucciones prácticas por lo que respecta á la disciplina eclesiástica, y á la

administracion de los sacramentos, se incluyeron en el derecho romano con el nombre de *decretales*.

En los últimos años de su pontificado sufrió Roma una calamidad, que á no haber sido por los consuelos y donativos de su virtuoso pastor, quizá hubiera acabado con su existencia. Descando la emperatriz Eudogia vengar la muerte de Valentiniano su marido, llamó á Italia en el año de 455 contra el tirano Máximo, á Gensericó rey de los vándalos, que entrando en Roma sin resistencia, la entregó al saqueo por espacio de catorce dias. Las lágrimas y ruegos del pontífice conmovieron al bárbaro rey, que iba á arrasar la ciudad: y á instancias suya se perdonó la vida á sus ciudadanos, y se libertaron del saqueo las iglesias principales. Y como este castigo del cielo era merecido por la impenitencia, profanacion y licenciosas costumbres del pueblo romano, nuestro santo les aconsejó la resignacion y el arrepentimiento, para obtener del Dios de la misericordia una mirada de compasion.

Llevóse Gensericó un número de cautivos considerable, y como les había quitado sus riquezas, les privó al mismo tiempo de los medios de rescatar su libertad. Las epístolas del santo pontífice fueron su consuelo y su fortaleza en aquellas horas de tribulacion, y con las limos-

nas que les hacia con dadivosa mano, mitigó la crudeza de su padecer: y convirtiéndolos en celosos misioneros de la religion, redujeron á tantos bárbaros al gremio de la iglesia, que san Leon tuvo que enviar pastores que gobernasen aquel nuevo rebaño de Jesucristo.

Nuestro santo fué el primer pontífice que dejó á la iglesia un cuerpo de obras, compuesto de ciento noventa y seis sermones sobre las principales fiestas del año, y de ciento cuarenta y una cartas, en que se esplican con elocuencia y claridad, los misterios de la religion.

En fin, despues de haberse mostrado verdaderamente grande en los veinte y un años que gobernó la iglesia de Jesucristo, siendo azote de la herejía, padre benéfico del necesitado, antorcha de la cristiandad, objeto de admiracion del mundo entero, y ornato magnífico de la silla apostólica, pasó á recibir del padre de misericordia y de bondad, el galardón de gloria que estaba reservado á su eminente virtud, el 11 de abril del año de 461, á los sesenta de su edad. Su cuerpo fué enterrado en la basilica de san Pedro, que había hecho reparar y proveer de toda la plata necesaria, como á otras muchas iglesias, despues del saqueo de los vándalos. La iglesia universal comenzó á celebrar su culto desde el sexto siglo.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Pérgamo en Asia, de SAN ANTIPIO, testigo fiel de que hace mencion san Juan en su Apocalipsi. Fué encerrado durante el imperio de Domiciano en un buey de bronce ardiendo, donde concluyó su vida como mártir.

En Salona en la Esclavonia, de SAN DOMNION OBISPO y de ocho soldados, que fueron sus compañeros en el martirio por la fé.

En Gortina en la isla de Candia, de SAN FELIPE OBISPO esclarecido por su doctrina y por su santidad: gobernó

esta iglesia imperando Marco Antonio Vero, y Lucio Aurelio Commodo, y la sacó ileso de los gentiles, y de las acechanzas de los hereges.

En Nicomedia, de SAN EUSTORGIO PRESBITERO.

En Spoleto, de SAN ISAAC MONGE Y CONFESOR, de cuyas virtudes

LA MISA ES EN HONOR DE SAN LEON, Y LA ORACIÓN LA QUE SIGUE.

Señor, te suplicamos que escuches las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Leon tu confesor y pontifice, para que nos

hace relacion san Gregorio papa. En Gaza de Palestina, de SAN BARSANUFO ANACORETA, que vivió en tiempo del emperador Juliano, y fué esclarecido por las austeridades con que mortificó su cuerpo en este mundo, y por la santidad de su vida penitente.

absuevas de todos nuestros pecados por la intercesion y méritos del que mereció servirte tan dignamente. Por Jesucristo nuestro Señor.

LA EPISTOLA ES DEL CAPÍTULO 44 Y 45 DEL LIBRO DE LA SABIDURIA, Y LA MISMA QUE EL DIA 8 FOLIO 73.

EL EVANGELIO ES DEL CAPÍTULO 16 DE SAN MATEO.

En aquel tiempo vino Jesus á las partes de Cesarea de Filipo; y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres, que es el Hijo del hombre? Y ellos respondieron: Los unos, que Juan el Bautista, los otros que Elias, y los otros que Jeremias, ó uno de los profetas. Y Jesus les dice: Y vosotros ¿quién decís que soy yo? Respondió Simon Pedro, y dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Y respondiendo Jesus, le dijo: Bienaven-

turado eres Simon, hijo de Juan: por que no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á ti daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos: y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.

MEDITACION.

REMEDIO CONTRA LA GULA.

Gula es apetito desordenado de comer y beber. De este vicio nos aparta Cristo diciendo. «Mirad no se hagan pesados vuestros corazones con demasiado comer y beber, y con los cuidados de este mundo.» Pues cuando este feo vicio tentare tu corazón, podrás resistirle con las consideraciones siguientes: primeramente considera que por un pecado de gula, vino la muerte á todo el género humano. Y de aquí viene á ser esta la primera batalla que te conviene vencer, porque cuanto ménos la vencieres, tanto mas terribles seran las otras y tú mas flaco para ellas. Por esto comienza por la gula, si quieres alcanzar victoria: porque sino vences esta primero, de balde trabajarás en las otras. Porque podrás sojuzgar los enemigos que vienen de fuera, cuando tuvieres muertos los que nacen de dentro. Y con poco fruto hace guerra á los estraños, quien dentro de su casa tiene los enemigos. Por esto el diablo tentó á nuestro Salvador primero de gula, queriendo luego apoderarse de la puerta de todos los otros vicios.

Pon tambien los ojos en aquella abstinencia singular de Cristo nuestro Salvador, el cual no solo despues del ayuno del desierto, mas tambien otras muchas veces, trató muy ásperamente su carne santísima, y padeció hambre no solo para nuestro remedio, sino tambien para nuestro ejemplo. Pues si aquel que con su vista mantiene á los ángeles, y dá de comer á las aves del aire, padeció hambre por tí, ¿cuánta razon será que tú tambien por tí la padezcas? Con qué título te

precias de siervo de Cristo, si sufriendo él hambre tú gastas la vida en comer y beber? y padeciendo él trabajos por tu salvacion, tú no los quieres padecer por la tuya? Y si te es pesada la cruz de la abstinencia, pon los ojos en la hiel y vinagre que el Señor probó en la cruz, porque (como dice san Bernardo) no hay manjar tan desabrido que no se haga sabroso si fuere templado con la hiel y vinagre de Cristo. Considera tambien la abstinencia de todos aquellos santos padres del yermo, los cuales apartándose á los desiertos, crucificaron con Cristo su carne con todos sus apetitos, y pudieron con el favor de este Señor sustentarse muchos años con raices de yerbas, y hacer tan grandes abstinencias que parecen á los hombres increíbles. Pues si estos así imitaron á Cristo, y por este camino fueron al cielo, ¿cómo quieres tú ir adonde ellos fueron, caminando por deleites y regalos?

Mira tú tambien cuántos pobres hay en el mundo, que tendrian por gran felicidad hartarse de pan y agua, y por aquí entenderás cuán liberal fué contigo el Señor, que por ventura te proveyó mas largamente que á ellos: por lo cual no es razon que la liberalidad de su gracia conviertas en instrumento de tu gula. Considera tambien, cuántas veces has recibido con tu boca aquella hostia consagrada, y no consientas que por la misma puerta por donde entra la vida entre la muerte, y el nutrimento y cebo de los otros pecados. Mira además que el deleite de la gula apenas se estiende por dos dedos de espacio, y por dos

puntos de tiempo, y que es muy fuera de razon, que á tan pequeña parte del hombre, y á tan breve deleite no basten la tierra, la mar y el aire. Por esta causa muchas veces se roban los pobres, por esto se hacen los insultos para que la hambre de los pequeños se convierta en deleite de los poderosos. Miserable cosa es por cierto, que el deleite de una tan pequeña parte del hombre lo eche todo él en el infierno, y que todos los miembros y sentidos del cuerpo padezcan perpetuamente por la golosina de uno! No miras cuán ciegamente yerras, pues al cuerpo que de aquí á muy poco han de comer los gusanos, erias con manjares delicados, y dejas de curar el alma, que será luego presentada ante el tribunal de Dios, y si se hallare esenta de virtudes (aunque el vientre esté lleno de preciosos manjares) será condenada á los tormentos eternos. Y siendo ella castigada, no quedará el cuerpo sin castigo, porque así como para ella fué criado, así juntamente con ella será castigado. Así que despreciando lo que en tí es mas principal, y regalando lo que es de ménos estima, pierdes lo uno y lo otro, y con tu misma espada te degüellas. Porque la carne que te fué dada por ayudadora, haces que sea lazo de tu vida, la cual te acompañará en los tormentos como aquí te siguió en los vicios.

Acuèrdate de la hambre y pobreza de Lázaro, el cual deseaba comer de las migajuelas que caian de la mesa del rico, y no habia quien se las diese, y con todo esto muriendo fué llevado al seno de Abraham por mano de los ángeles: mas por el contrario, el rico gloton, vestido de púrpura y holanda, fué sepultado en los infiernos. Porque no pueden tener una misma despedida la hambre y la hartura, el deleite y la continencia: en la muerte sucede la miseria á los deleites, y los deleites á las miserias. Abundantemente comiste y bebiste los años pasados, ¿qué es ahora lo que ganaste

con tantos regalos? Por cierto nada, sino remordimiento de conciencia que por ventura perpetuamente te atormentarán. De manera, que todo cuanto desordenadamente comiste, perdiste, y lo que no quisiste para tí, antes bien lo partiste con los pobres, eso es lo que tienes guardado y depositado en la ciudad celestial.

Mas para que no te enredes con este vicio, debes primeramente considerar, que muchas veces cuando la necesidad busca la satisfaccion de si misma, el deleite que debajo de este manto está escondido, pretende cumplir su deseo, y tanto mas fácilmente engaña, quanto con color de mas honesta necesidad encubre su apetito. Por esto es necesaria grande cautela, y prudencia para refrenar el apetito del deleite, y poner la sensualidad debajo del imperio de la razon. Pues si quieres que tu carne sirva y se sujete al alma, haz que tu alma se sujete á Dios, porque necesario es, que el alma sea regida por Dios, para que pueda regir su carne: y por este orden somos maravillosamente reformados: conviene saber, que Dios enseñoree la razon, y la razon al alma, y el alma al cuerpo, porque así queda todo el hombre reformado. Pero el cuerpo resiste el imperio del ánima si ella no se somete al imperio de la razon, y si la razon no se conforma con la voluntad de Dios.

Quando fueres tentado de la gula, imagina que ya gozaste de ese breve deleite, y que pasó ya aquella hora, pues el deleite del gusto es como el sueño de la noche pasada, si se agrega que este deleite acabado deja triste la conciencia: mas vencido la deja contenta y alegre. Conforme á esto con mucha razon es celebrada aquella noble sentencia de un sabio que dice. Si hicieres alguna obra virtuosa con trabajo, el trabajo pasa, y la virtud persevera; mas si hicieres alguna cosa torpe con deleite, el deleite pasa y la torpeza permanece.

DIA DOCE.

SAN SABAS MARTIR.

En la provincia de Gotia, vecina á la Scitia, y que hoy dia forma una de las provincias de Suecia, nació en el año de 334 Sabas, de una familia noble y principal, que le enseñó las doctrinas puras del cristianismo, pues aun no habia penetrado en aquellas regiones la heregía de Arrio, que tantos prosélitos hizo despues.

Desde su mas tierna edad manifestó Sabas un carácter apacible, unas inclinaciones virtuosas, y una docilidad á toda prueba. Con los años se consolidó su virtud en la particular devocion que tenia á la Reina de los ángeles, y afirmó la pureza de sus costumbres con las mortificaciones y la oracion, llegando á ser modesto, piadoso, y resignado. Oficioso con todo el mundo, fué observante de los preceptos de su doctrina, asistente á los oficios divinos, celoso de la honra de la religion, y amigo de cooperar á los deseos de la iglesia; y sin escederse en su condicion y estado, aparecía como un nuevo apóstol, sin ejercer las funciones de la predicacion.

Atanarico, rey de los godos, se hallaba en guerra con Fritigernes, príncipe vecino á sus estados. Pidió este auxilio á Valente, y para obligarle se hizo cristiano, aunque adoptó el arrianismo, que era la secta del emperador.

Atanarico fué derrotado por el ejército imperial, é irritado por este desastre descargó su venganza en aquellos vasallos suyos, que llamaba roma-

nos, entendiéndose por este nombre á los que profesaban la fé de Jesucristo.

El año 370 comenzó este príncipe la mas horrorosa persecucion contra los hijos del evangelio. Los tribunales se vieron llenos de victimas, que al confesar sus creencias, eran sentenciados sin compasion. Y no bastando los jueces para condenar á tantos, se decretó que se colocara un idolo sobre un carro, y que le pasearan por los lugares en que se sospechaba que habia cristianos, mandando que fuesen pasados á cuchillo todos los que no doblasen la rodilla inmediatamente. El hierro y el fuego se empleó para su esterminio, pues habiéndose refugiado muchos á las iglesias, fueron estas entregadas á las llamas, y reducidas á ceniza con la multitud que se habia amparado en su recinto, sin conmiseracion por el sexo, por la ancianidad, ni por la infancia.

El tiempo mitigó la crueldad de los verdugos, que se contentaron con mandar que todos comiesen de las viandas ofrecidas á los idolos, dejando á la tolerancia de los jueces inferiores la observancia de este decreto. Pero habiendo continuado poco despues las pesquisas de los comisarios, algunos paganos, vecinos del pueblo en que residia Sabas, aseguraron con juramento que en aquella poblacion no habia cristiano alguno. Nuestro santo no pudo tolerar aquel oficioso perjurio, y presentándose en el acto de ir á prestar el juramento, se declaró por cris-

tiano en presencia del comisario gentil. Entónces los vecinos, viendo que les habia frustrado el proyecto que tenian de salvarle, se contentaron con jurar que no habia en el pueblo mas cristiano que él. En vista de esta declaracion, fue la única persona citada ante el tribunal, y habiéndose informado el juez de que no tenia mas bienes que el miserable vestido que traia puesto, porque todo lo habia dado anteriormente á los pobres, se contentó con desterrarle del pueblo, como á un mendigo importuno.

Retiróse Sabas á una aldea algo distante, donde permaneciò un año dedicado enteramente á su Dios. Al cabo de este tiempo se renovó la persecucion contra el cristianismo, y cuando llegó la pascua, despues de haberla celebrado con Salsalo, cura del pueblo, fueron arrestados en la noche del mártes por Atarido, hijo de Roberto, uno de los principales señores de la provincia. El jóven oficial tuvo con Salsalo algunas consideraciones, permitiéndole vestirse, y darle un carro para el camino; pero trató á Sabas con la mayor inhumanidad. Y no contento con verle caminar descalzo y desnudo, herido por las espinas, por las piedras, y por las zarzas, mandó que le avivasen con repetidos azotes y palos. Su paciencia superó la crueldad de sus verdugos, y el Señor la premió con un milagro; pues á la mañana siguiente se halló enteramente curado de sus heridas, sin contusion ni lesion alguna. Entónces los soldados irritados por su serenidad, le amarraron los brazos al eje de un carro, y los pies á otro, dejándole por muchas horas en este horrible tormento. Pero la posadera lo libró de el mientras dormian los satélites, descansando de las fatigas del camino. Sabas en lugar de aprovecharse de la libertad que le habian dado, se quedó dando gracias á Dios, y ofreciéndose resignado á su voluntad.

Quando despertó Atarido, mandó que le atasen las manos y le colgasen de una viga del portal. Estando en esta dolorosa posicion, oyó que los soldados querian obligar á Salsalo á comer de las viandas consagradas á los ídolos, diciéndole que así lo mandaba el señor Atarido. ¿Y quién es ese señor Atarido, preguntó el santo desde la viga? ¿cómo tiene atrevimiento para mandar lo que Dios prohíbe? Decidle que los hijos de la fé no comen ese manjar de muerte, que es propio para sustentar á los ciegos esclavos de la profanacion y de la mentira.

Estas palabras llenaron de cólera á un criado de Atarido, que cojiendo un chuzo atravesó á nuestro santo con tal violencia por el vientre, que rompiéndose el cordel, cayó tendido en tierra. ¡Pero cuán grande fué el asombro del bárbaro cuando vió que el que creia muerto le dijo levantándose!

Mirame bueno y salvo, por la gracia de nuestro señor Jesucristo.

Irritóse Atarido al saber todas estas circunstancias, y mandó que dejando en libertad á Salsalo condujesen á Sabas al rio Musova, y le ahogasen en su corriente.

Obedecieron los satélites de Atarido; pero así que llegaron á la orilla, se sintieron movidos por la inocencia y resignacion de nuestro santo, y trataron de darle libertad sin que lo supiera su gefe. Pero Sabas combatió su propósito, y les pidió encarecidamente que ejecutasen la orden que habia de conducirle á la suprema felicidad.

Sus palabras decidieron á los soldados, que le precipitaron inmediatamente en el rio, donde halló el fin de su martirio el juéves de Pascua 12 de abril del año 372, á los treinta y ocho de su edad. Habiéndole arrojado con un grueso madero al cuello, fué fácil sacarlo á la orilla, donde le dejaron sus verdugos espuesto á las aves de rapina y á las fieras; pero los fieles lo recojieron y lo entregaron á Julio Sorano, general romano de la frontera,



J. Fabas. M.

que lo envió á Capadocia su país, á donde llegaron las reliquias á la par

de las actas de su martirio, escritas por la iglesia goda.

SAN ZENON OBISPO DE VERONA.

San Zenon nació en Verona de Italia, y siguiendo sus piadosas inclinaciones, se retiró del bullicio del mundo á la soledad del claustro, donde pedía á Dios incensantemente gracia para ayudar á la conversión de la idolatría. Entónces fué elegido obispo, en cuyo ministerio libró á muchos de las tinieblas de la idolatría y del pecado; pero la mas brillante de sus victorias fué la milagrosa curacion que hizo en la persona de la hija del emperador Galieno, que estaba poseida del espíritu maligno. Agotados todos los recursos del poder y de las ciencias, acudió el emperador, aunque pagano, á la virtud de san Zenon, que la libró de su cautiverio por la gracia que habia recibido de lo alto. Entónces Galieno, movido por un prodigio tan evidente, puso sobre la cabeza del santo su corona imperial como prenda de gratitud y de adhesion. El prelado aceptó la ofrenda como hecha al Dios en cuya virtud obraba, y acto continuo distribuyó entre los pobres el precio de aquel magnífico presente. El pueblo, que llenaba las avenidas del pala-

cio imperial, le aclamó con entusiasmo, y creyó en un Dios cuyos ministros obraban tales maravillas.

Tambien consiguió nuestro santo no solo que el principe le concediera permiso para edificar iglesias públicas en honor del verdadero Dios, sino que se promulgara un decreto en favor de los cristianos, en que se mandaba devolver todos los terrenos que les pertenecian; en cuya virtud entraron desde luego en su posesion, y en el goce de sus cementerios.

En seguida volvió san Zenon á su diócesis, donde usando del permiso que le habia dado el emperador, edificó iglesias, convirtió infieles á la religion cristiana, y continuó cumpliendo con todos los deberes de su ministerio episcopal, hasta el dia 12 de abril del año de 260, en que rico de virtudes y de méritos pasó á gozar de la bienaventuranza. Los autores discrepan acerca de su muerte, que segun unos fué natural, y segun otros violenta: los primeros le llaman confesor, y los segundos le apellidan mártir.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Braga de Portugal, de SAN VICTOR MARTIR, que siendo todavia ca-

tecúmeno, fué denunciado ante el tribunal, porque se negaba á adorar los í-

dolos; y habiendo confesado en presencia de los jueces con santa fortaleza la doctrina de Jesucristo, fué decapitado despues de haberle hecho padecer mil tormentos atroces, y tuvo la dicha de verse bautizado con su propia sangre.

En Fermio de la Marca de Ancona, de SANTA VISIA, VIRGEN Y MARTIR por la confesion de la fé.

En Roma en el camino de Aurelio,

el tránsito de SAN JULIO PAPA, que despues de haber hecho cosas memorables en favor de la iglesia, pasó al seno del Señor, esclarecido en virtudes y santidad.

En la ciudad de Gap, de SAN CONSTANTINO OBISPO Y CONFESOR.

En Pavia, de SAN DAMIAN OBISPO; prelado insigne por los trabajos apostólicos de su ministerio.

LA MISA ES DE LA DOMINICA ANTECEDENTE, Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Te suplicamos, omnipotente Dios, que nos fortalezcas en el amor de tu nombre por la intercesion de tu bien-

venturado mártir Sabas, cuyo tránsito á la gloria celebramos. Por Jesucristo nuestro Señor.

LA EPISTOLA ES DEL APOSTOL SAN PABLO A LOS TRSALONICENSSES, CAPITULO 1.º

Hermanos: como que sabemos, amados hermanos, que vuestra eleccion es de Dios: por cuanto nuestro evangelio no fué á vosotros tan solamente en palabra, mas tambien en virtud, y Espíritu Santo, y en grande plenitud, como sabeis cuales fuimos entre vosotros por vosotros. Y vosotros os hicisteis imitadores nuestros, y del Se-

ñor, recibiendo la palabra con mucha tribulacion, con gozo del Espíritu Santo: de modo que os habeis hecho modelo á todos los que han creido en Macedonia, y en Achaya. Porque por vosotros fué divulgada la palabra del Señor, no solo en la Macedonia, y en la Achaya, sino que se propagó por todas partes la fé que teneis en Dios.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 14 DE SAN JUAN.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: quien tiene mis mandamien-

tos, y los guarda, aquel es el que me ama. Y el que me ama, será amado

de mi Padre: y yo le amaré, y me le manifestaré á mi mismo. Le dice entonces Judas, no aquel Iscariote: ¿Señor, qué es la causa, que te has de manifestar á nosotros, y no al mundo? Je-

sus respondió, y le dijo. Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amaré, y vendrémos á él, y harémos morada en él. El que no me ama, no guarda mis palabras.

MEDITACION.

AVARICIA.

Avaricia es desordenado deseo de hacienda. Por lo cual con razon es tenido por avariento no solo el que roba, sino tambien el que desordenadamente codicia las cosas ajenas, ó desordenadamente guarda las suyas. Este vicio condena el apóstol cuando dice. Los que desean ser ricos caen en tentaciones y lazos del demonio, y en muchos deseos inútiles y dañosos, que llevan á los hombres á la perdicion. Porque la raiz de todos los males es la codicia. No se podia mas encarecer la malicia de este vicio, que con esta palabra, pues por ella se dá á entender, que quien á este vicio está sujeto, de todos los otros es esclavo.

Pues cuando este vicio tentare tu corazon, puedes armarte contra él con las consideraciones siguientes. Primeramente considera, oh avariento, que tu Señor y tu Dios cuando descendió del cielo á este mundo, no quiso poseer estas riquezas, que tú deseas; antes de tal manera amó la pobreza, que quiso tomar carne de una Virgen pobre y humilde, y no de una reina muy alta y poderosa.

Y cuando nació, no quiso ser aposentado en grandes palacios; ni echado en blanda cama; ni mecido en cunas delicadas; sino en un vil y pobre pesebre, sobre unas pajas. Después de esto, en cuanto en esta vida vivió, siempre amó la pobreza,

✠ y despreció las riquezas; pues para ser embajadores y apóstoles, escogió, no príncipes y grandes señores, sino unos pobres pescadores. ¿Pues qué mayor abusion que querer ser rico el gusano, siendo por él tan pobre el Señor de todo lo criado.

Considera tambien, cuanta sea la vileza de tu corazon, pues siendo tu ánima criada á imájen de Dios, y redimida por su sangre (en cuya comparacion es nada todo el mundo) la quieres perder por un poco de interes. No diera Dios su vida por todo el mundo, y dióla por el ánima del hombre: luego de mayor valor es un ánima que todo el mundo. Las verdaderas riquezas no son oro, ni plata, ni piedras preciosas, sino las virtudes que consigo trae la buena conciencia.

✠ Pon aparte la falsa opinion de los hombres, y verás que no es otra cosa, oro ni plata, sino tierra blanca y amarilla, que el engaño de los hombres hizo preciosa. Lo que todos los filósofos del mundo despreciaron, tú discípulo de Cristo, llamado para mayores bienes, tienes por cosa tan grande, que te hagas esclavo de ella. Porque como dice san Gerónimo, aquel es siervo de las riquezas que las guarda como siervo, mas quien de si sacudió este yugo, repártelas como Señor.

Mira tambien, que como el Salvador dice, nadie puede servir á dos señores, que son, Dios y las riquezas, y que no puede el ánima del hombre libremente contemplar á Dios, si anda la boca abierta tras las riquezas del mundo.

Los deleites espirituales huyen del corazon ocupado en los temporales, y no se podrán juntar en uno las cosas vanas con las verdaderas, las altas con las bajas, las eternas con las temporales, y las espirituales con las carnales, para que puedas juntamente gozar de las unas y de las otras. Considera tambien que cuanto mas prosperamente te suceden las cosas terrenas, tanto por ventura eres mas miserable, por el motivo que aqui te se dá, de fiarte de esa falsa felicidad, que te se ofrece ¡oh si supieses cuanta desventura trae consigo esa pequeña prosperidad! El amor de las riquezas mas atormenta con su deseo, que deleita con su uso, porque enlaza al alma con diversas tentaciones, enredala con muchos cuidados, convidala con vanos deleites, provócala á pecar, ó impide su quietud y reposo. Y sobre todo esto, nunca las riquezas se adquieren sin trabajo, ni se poseen sin cuidado, ni se pierden sin dolor; mas lo peor es, que pocas veces se alcanzan sin ofensas de Dios, porque, como dice el proverbio, el rico, ó es malo, ó heredero de malo.

Considera tambien cuan gran desatino sea desear continuamente aquellas cosas, que aunque todas se junten en uno, es cierto que no pueden hartar tu apetito; antes lo avivan y acrecentan, asi como al beber el hidrópico la sed, porque por mucho que tengas, siempre codicias lo que te falta, y siempre estás suspirando por mas. De suerte que discuriendo el triste corazon por las cosas del mundo, cánsase, y no se harta; bebe, y no apaga la sed; porque no hace caso de lo que tiene,

sino de lo que podría mas y haber, no menos molestia tiene por lo que no alcanza, que contentamiento por lo que posee; ni se harta mas de oro, que su corazon de aire. De lo cual con mucha razon se maravilla san Agustin, diciendo. ¿Qué codicia es esta tan insaciable de los hombres, pues aun los brutos animales tienen medida en sus deseos? Porque entónces cazan, cuando padecen hambres, mas cuando están hartos, luego dejan de cazar. Sola la avaricia de los ricos no pone tasa en sus deseos, porque siempre roba y nunca se harta.

Considera ademas que donde hay muchas riquezas, tambien hay muchos que las consuman: muchos que las gasten: muchos que las desperdicien, y las hurten. ¿Qué tiene el mas rico del mundo de sus riquezas que lo necesario para la vida? Pues de esto te podrias descuidar si pusieses tu esperanza en Dios, y te encomendases á su providencia, porque nunca desampara á los que esperan en él; porque quien hizo al hombre con necesidad de comer, no consentirá que perezca de hambre. ¿Cómo puede ser que manteniendo Dios á los pajarillos, y vistiendo los lirios, desampare al hombre? Mayormente siendo tan poco lo que basta para remedio de la necesidad! La vida es breve, y la muerte se apresura á mas andar; ¿qué necesidad tienes de tanta provision para tan corto camino? ¿para qué quieres tantas riquezas, pues cuantas menos tuvieres, tanto mas libre, y desembarazado caminarás? y cuando llegares al fin de la jornada, no te irá menos bien si llegares pobre, que á los ricos que llegarán mas cargados: pues que acabado el camino, te quedará menos que sentir lo que dejas, y menos de que dar cuenta á Dios: como quiera que los muy ricos al fin de la jornada, no sin grande angustia dejarán los montones de oro, que mucho amaron, y no sin mucho peli-

gro, darán cuenta de lo mucho que poseyeron.

Considera tambien, oh avariento, para quien amontonas tantas riquezas, pues es cierto que asi como viniste á este mundo desnudo, así tambien has de salir de él. Pobre naciste en esta vida, y pobre la dejarás. Esto deberias pensar muchas veces: porque, como dice san Gerónimo, fácilmente desprecia todas las cosas quien se acuerda que ha de morir. En el artículo de la muerte dejarás todos los bienes temporales, y llevarás contigo solamente las obras que hiciste, buenas ó malas: donde perderás todos los bienes celestiales, si teniéndolos en poco en cuanto viviste, todo tu trabajo empleaste en los temporales. Porque tus cosas serán entonces divididas en tres partes: el cuerpo se entregará á los gusanos, el alma á los demonios, y los bienes temporales á los herederos, que por ventura serán desagradecidos, ó pródigos, ó malos. Pues luego, mejor será, segun el consejo del Salvador, distribuirlos á pobres, que te los lleven delante, como hacen los grandes señores cuando caminan, que envian delante sus tesoros. Porque ¿qué mayor desatino, que dejar tus bienes á donde nunca jamás volverás, y no enviarlos á donde para siempre vivirás?

Considera tambien que aquel soberano gobernador del mundo, como un prudente padre de familia, repartió los cargos, y los bienes de tal manera, que unos ordenó para que rigiesen, y otros para que fuesen regidos: unos para que distribuyesen lo necesario, y otros para que lo recibiesen. Y pues tú eres uno de los que están puestos para despenseros de la hacienda que te sobra, ¿parécete que te será licito, guardar para tí muchos? Porque, como dice san Basilio, de los pobres es el pan que tú encierras, y de los desnudos el vestido que tú escondes, y de los miserables el dinero que tú entierras.

Pues sabe de cierto que á tantos hurtaste sus bienes, á cuantos pudieras aprovechar con lo que á ti te sobraba y no aprovechaste. Por tanto, mira que los bienes que de Dios recibiste, son remedios de la miseria humana, y no instrumentos de la mala vida. Mira pues que sucediéndote todas las cosas prósperamente, no te olvides de quien te las dá: ni de los remedios de la miseria agena, hagas materia de vanagloria. No quieras, oh hermano, amar el destierro mas que la patria: ni de los aparejos y provisiones para caminar, hagas estorvos del camino: ni amando mucho la claridad de la luna, desprecies la luz del medio dia: ni conviertas los socorros de la vida presente, en materia de muerte perpetua. Vive contento con la suerte que tienes, acordándote de lo que dice el Apóstol. Teniendo suficiente mantenimiento, y ropa con que nos cubramos, con esto estamos contentos. Porque, como dice san Crisóstomo el siervo de Dios no se ha de vestir, ni para parecer bien, ni para regalo de su carne: sino para cumplir con su necesidad. Busca primero el reino de Dios y su justicia, y todas las otras cosas te serán concedidas: porque Dios que te quiere dar las cosas grandes, no te negará las pequeñas. Acuérdate que no es la pobreza virtud, sino el amor de la pobreza.

Los pobres que voluntariamente son pobres, son semejantes á Cristo, que siendo rico, por nosotros se hizo pobre. Mas los que viven en pobreza necesaria, y la sufren con paciencia, y desprecian las riquezas que no tienen, de esa pobreza necesaria hacen virtud. Y así como los pobres con su pobreza se conforman con Cristo, así los ricos con sus limosnas se reforman para Cristo: porque no solamente los pobres pastores hallaron á Cristo, mas tambien los sabios y poderosos cuando le ofrecieron sus tesoros. Pues tú que tienes bastante hacienda, dá limosna á los

pobres: por que dándola á ellos, la recibe Cristo. Y ten por cierto que en el cielo, donde ha de ser tu perpetua morada, te está guardado lo que ahora les dieres: mas si en esta tierra escondieres tus tesoros, no esperes hallar nada, donde nada pusiste. ¿Pues cómo se llamarán bienes del

hombre, los que no puede llevar consigo, antes los pierdes contra su voluntad? Mas por el contrario, los bienes espirituales son verdaderamente bienes, pues no desamparan á su dueño, ni aun en su muerte, ni nadie se los puede quitar, si él no quisiere.



prosperamente, no te olvides de darme
te las ha: ni de los remedios de la mi-
seria alguna, pagas materia de van-
gloria. No quieras, oh hermano, amar
el destierro mas que la patria: ni de los
aparajos y provisiones para cáminas,
pagas estorvos del camino: ni amarg-
do mucho la claridad de la luna, des-
toca del medio día: ni
en poco entuando viv
trabajo empiezas en
Porque las cosas ser
vididas en tres parti
entregan á los ausan
demonios, y los bica
los barbaños, que p
desagradados, ó pa
Pues luego mejor ser
sojo del salvador, dista
pres, que te los lleven delat
no hacen los grandes señores cuando
campan, que evitan delante sus de-
sotos. Porque qué mayor desatido
que dejar las riquezas donde nunca
jamas volveras, y no cavallas á don-
de pas siempres vivas.
Cosiétera también que aquel sobe-
rano gobernador del mundo, como un
prudente padre de familia, repartió
los cargos, y los bienes de tal mane-
ra, que unos ordenó para que riques-
sen, y otros para que fuesen recibidos:
unos para que distribuyesen lo neces-
rio, y otros para que lo recibiesen. Y
pues tú eres uno de los que están pue-
tos para desampareros de la hacienda que
te sobra, ¿parece que te será hecho
guardar para ti solo, lo que recibiste
para muchos? Porque, como dice san
Basilio de los pobres es el pan que tú
encierras, y de los desnudos el ves-
tido que tu escondes, y de los mise-
rables el dinero que tú encierras.

en estas vidas, y pobre te dejas. Esto
deberias pensar muchas veces por-
que, como dice san Jerónimo, di-
cilmente desprecias todas las cosas
quién se acuerda que ha de morir. En
el artículo de la muerte dejas todos
los bienes temporales, y llevas con-
tigo solamente las obras que hiciste.
huenas ó malas: donde perdieras todos
los bienes celestiales, si no
en poco entuando viv
trabajo empiezas en
Porque las cosas ser
vididas en tres parti
entregan á los ausan
demonios, y los bica
los barbaños, que p
desagradados, ó pa
Pues luego mejor ser
sojo del salvador, dista
pres, que te los lleven delat
no hacen los grandes señores cuando
campan, que evitan delante sus de-
sotos. Porque qué mayor desatido
que dejar las riquezas donde nunca
jamas volveras, y no cavallas á don-
de pas siempres vivas.
Cosiétera también que aquel sobe-
rano gobernador del mundo, como un
prudente padre de familia, repartió
los cargos, y los bienes de tal mane-
ra, que unos ordenó para que riques-
sen, y otros para que fuesen recibidos:
unos para que distribuyesen lo neces-
rio, y otros para que lo recibiesen. Y
pues tú eres uno de los que están pue-
tos para desampareros de la hacienda que
te sobra, ¿parece que te será hecho
guardar para ti solo, lo que recibiste
para muchos? Porque, como dice san
Basilio de los pobres es el pan que tú
encierras, y de los desnudos el ves-
tido que tu escondes, y de los mise-
rables el dinero que tú encierras.



A. Hermenegildo Rey de Sevilla

DIA TRECE.

SAN HERMENEGILDO MARTIR.

Habiendo muerto Liuva, rey de los visigodos, quedó dueño de casi toda España su hermano Leovigildo, en el año de 571; el cual resolvió hacer hereditaria en su familia la corona, que hasta entónces habia sido electiva. Con este objeto, hizo reconocer por sucesores suyos á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo, dando al primero el gobierno de Andalucía, y al segundo el de Aragon, y el de las provincias celtiberas.

Hermenegildo era el principe mas completo de su época; gallardo en su persona y noble en sus modales, perspicaz, prudente y valeroso, cautivaba los corazones de cuantos le rodeaban. Sin embargo, estas prendas carecían de la brillantez con que hubiesen lucido, si el principe hubiera sido educado en la verdadera religion; pero tuvo la desgracia de ser arriano, como todos los de la casa real, á pesar de ser sobrino de san Leandro y san Isidoro, arzobispos de Sevilla, que eran primos hermanos de su madre la reina Teodosia. Al fallecimiento de esta, contrajo el rey Leovigildo segundas nupcias con Gosvinda, viuda de su predecesor Atanagildo, princesa contrahecha de entendimiento como de persona, de carácter duro, colérico y maligno, y acérrima defensora de la heregía de Arrio.

Deseando el rey asegurar la paz que acababa de dar á su pueblo con la der-

rotacion de la corona, y se reclamaba su completa sumision. Rindióse Hermenegildo á

I. las razones de su hermano, y se arrojó á los pies de su padre. Alzóse este

los brazos y le prodigó las mas cari-

rosas de los griegos, á quienes habia echado de las plazas que ocupaban en la costa, contrató el enlace del principe Hermenegildo con Ingunda hija de Sigisberto, rey de Austrasia en Francia, y de Brunequilde, y nieta por su madre de Atanagildo y de Gosvinda. Dios habia adornado á esta princesa con los dotes mas esclarecidos de virtud y de hermosura: ademas era católica, y esta circunstancia hubiera bastado para romper la alianza entablada, si Gosvinda no hubiese esperado decidir á su nieta á que abrazase el arrianismo.

Verificóse el enlace el año de 579, y apareció Ingunda en la corte como una estrella refulgente, que hace opacas con su brillantez las luces de sus compañeras. Gosvinda tuvo envidia de su nieta; pero disimuló con la esperanza de reducirla á que renunciara su fé. Luego que se hubo frustrado esta, apeló á las injurias y á los malos tratamientos para hacerle reconocer el odio que le profesaba. Golpeaba sus carnes delicadas, llegando algunas veces hasta bañarlas en sangre; y en cierta ocasion la arrojó de un empellon en un estanque, donde faltó poco para que se ahogara. Ingunda sufría con la paciencia que su religion le encomendaba esta encarnizada persecucion; pero el pálido color de su rostro, y sus carnes magulladas, revelaron todo á Hermenegildo, que to-

mó la resolución de retirarse con ella á Sevilla, que era la capital de su gobierno. Entónces Ingunda aprovechó esta feliz circunstancia para convertir á su marido, y trabajó con tan buen éxito en esta obra auxiliada de su tío san Leandro, que tuvo muy en breve el consuelo de verla termi-

nada. El corazón del príncipe recibió aquellas doctrinas con ansiedad, y prontamente quedó instruido en las verdades católicas, recibiendo el bautismo y el crisma de la confirmación, que le inspiraron aquel ánimo por la fé, de que supo dar en lo sucesivo pruebas tan relevantes.

II.

No tardó mucho Leovigildo en saber que su hijo había cambiado de religion, cuya nueva encendió en su pecho tan terrible cólera, que exasperado por los insidiosos consejos de Gosvinda, resolvió despojarle del título de rey, de los bienes que le había dado, y hasta de la misma vida si no renunciaba el catolicismo que había abrazado.

Para convencerle y reducirle, le envió á uno de los señores de la corte con una carta, en que le traía á la memoria el cariño que le tenía, las mercedes que le había hecho, y la ventura que esperaba el reino de su adhesión y fidelidad. Pintábale lo floriente del estado, victorioso de todos sus enemigos, á causa de su religion: y que en estas circunstancias había abrazado la religion romana que era la de sus contrarios, poniéndose en lucha abierta contra su patria, su bienhechor, y su rey. Y concluía pidiéndole como padre, y mandándole como soberano, que volviese á sus creencias para obtener el perdón de sus faltas; pues no haciéndolo así, recurriría á las armas para conseguirlo, y en este caso no habría lugar á la misericordia.

El príncipe respondió respetuosamente, que no ignoraba lo que debía á su padre y á su rey; pero que no podía echar en olvido sus deberes para con Dios: que esperaba poder her-

manar estos sentimientos, conservando la religion que había abrazado, pero que si se obstinaba en considerarle delincuente, se tendría por dicho so sellando con su sangre la verdad de sus creencias, no quedándole mas deseo que la conversión de su familia y de sus súbditos.

La magnanimidad del príncipe irritó al monarca, que decretó inmediatamente una persecución horrorosa contra la iglesia. Entónces Hermenegildo hizo pasar á Africa á su esposa Ingunda con su hijo, que tenía pocos meses de edad, para librarlos de las asechanzas de sus enemigos, quedándose él en Sevilla, donde se consideraba con suficiente seguridad.

Leovigildo se puso en campaña para buscarle, mas no queriendo dejar todo á la suerte de las armas, corrompió con dádivas y promesas á muchos de los que servían á las órdenes del príncipe: entónces decidió ir á sitiarse en la misma ciudad de Sevilla. El carácter generoso de Hermenegildo no quiso esponer á sus vasallos á los horrores y penurias que proporciona un sitio dilatado. Salióse de la ciudad, é ignorando que la traición había minado las fuerzas de sus parciales, se retiró al campo de los romanos donde esperaba la victoria de su causa. Así que llegó conoció que estaba vendido, y no le quedó otro partido que tomar, sino refugiarse en Cordoba.

Pero aun allí no estaba seguro, por lo cual escujo trescientos hombres, y se encerró con ellos en la ciudad de

Oseto, plaza fuerte, é iglesia muy venerada en aquella época, donde esperó resignado la voluntad del cielo.

III.

Leovigildo confiado en la poca fidelidad de los parciales del príncipe, seguía su huella con encarnizamiento, decidido á quitarle su religion ó la vida. Sitióle en Oseto, y ganó palmo á palmo sus fortines, obligando á Hermenegildo á refugiarse á la iglesia. Y no queriendo perseguirle en el santuario, envió á su hermano Recaredo para que le ofreciese el perdón si se entregaba á su rey.

El príncipe amaba á su hermano, y se encargó gustoso de la mision, porque deseaba salvarle. Abrazóle así que le vió, y persuadióle de la buena voluntad de su padre, asegurándole que no se violentaria su conciencia,

pues solo se reclamaba su completa sumision. Rindióse Hermenegildo á las razones de su hermano, y se arrojó á las pies de su padre. Alzóle este á sus brazos, y le prodigó las mas cariñosas demostraciones; sedujóle su benevolencia, y confiado, se dejó conducir insensiblemente al campamento. Entónces cambió la escena: la severidad substituyó á los halagos, y el rigor á la dulzura. Despojáronle de sus insignias reales, y cargándole de cadenas, le condujeron prisionero á el Alcázar de Sevilla, donde debía esperar las órdenes que emanaran de la absoluta voluntad del rey.

IV.

Triste y lóbrego calabozo ha reemplazado al brillante trono en que se sentaba Hermenegildo en mas venturosos dias; pero estos padecimientos le llenan de regocijo y de gloria, porque prueban la firmeza de su fé, y la invencible constancia de su doctrina. Agotadas las promesas y amenazas para rendirle, acudió Leovigildo á los horrores de su enojo, para hacerle abrazar la doctrina del arrianismo. Y sin embargo, el príncipe cobraba nuevo vigor, á medida que el rey aumentaba las crueldades á que le precipitaba su deseo.

El príncipe conoció que no tenia que esperar en este mundo, ni del ca-

riño paternal, ni de la justicia de los hombres: y dirigiendo su vista únicamente al Dios que le esperaba en su gloria, quiso prepararse para este tránsito de ventura. Vistióse un áspero cilicio, y se dedicó esclusivamente al ayuno y la oracion, durmiendo en el duro suelo las pocas horas que destinaba al descanso.

Leovigildo quiso tentar el último medio de reducir al príncipe á su creencia, y habiendo llegado la festividad de la pascua, envió á un obispo arriano para que le diera la comunión. Horrorizóse Hermenegildo al escuchar la propuesta del insolente herege, y no solo le reprendió por su a-

trevimiento, y le declaró que viviría y moriría en la religion católica, sino que le arrojó de su presencia como merecía su descaro y su impiedad.

Este acto convenció á Leovigildo que era imposible vencer su constancia, y este convencimiento le irritó tanto, que ordenó le quitaran la vida inmediatamente.

Hermenegildo oraba de rodillas en su calabozo, ofreciendo á Dios los puros afectos que sentia en aquellas horas de tribulacion, cuando los verdugos entraron á cumplir la sentencia. Y descargando sobre su real cabeza un hachazo furioso, la dividieron por mitad, dejándole tendido en el suelo, y bañado en su propia sangre.

Una música melodiosa y celestial llenó el aire de dulces y angelicales sonidos, y mil luces resplandecientes iluminaron la lobreguez de aquella infecta mazmorra; porque Dios qui-

so atestiguar con estos prodigios la santidad y gloria de su mártir.

San Gregorio el Grande que escribió este triunfo, atribuye á la intercesion y méritos de san Hermenegildo, la conversion de Recaredo y de toda la nacion goda, que tuvo lugar poco despues; y añade que el arrepentimiento obró igual milagro en el corazon de Leovigildo, que si no cedió á sus inspiraciones, fué por temor de perder el trono.

El martirio de san Hermenegildo tuvo lugar la noche del sábado santo 13 de abril del año de 586. Su cuerpo está en Sevilla, menos la cabeza que fué llevada á Zaragoza cuando los moros se apoderaron de Andalucía. El Escorial, el colegio de la compañía de Sevilla, la ciudad de Avila en Castilla, y Plasencia en Estremadura conservan parte de sus preciosas reliquias.

SAN JUSTINO FILOSOFO MARTIR.

Nació san Justino, segun dice san Gerónimo, en Nápoles Flavia, ciudad de Palestina, y su padre que se llamó Prisco Bachio, de nacimiento ilustre, y gentil de religion, le aplicó desde niño al estudio de las ciencias profanas. Dedicóse Justino á la filosofia, y despues de haberse instruido en todas las sectas de los filósofos, las dejó para seguir á la de Platon, por considerarla mas grave y segura para obtener la sabiduría, y alcanzar la verdad que era su objeto. Sepultóse en la soledad á fin de dedicarse á la investigacion de las cosas invisibles y divinas, y paseándose cierto dia á la orilla del mar,

ocupado en esta contemplacion, se le apareció un anciano venerable, que le hizo ver la inutilidad de sus fatigas, manifestándole que no encontraría lo que buscaba, sino en los libros de los profetas y de los santos, que habian sido iluminados con espíritu superior.

Desapareció el anciano; pero Justino siguió su consejo, y al ver la resignacion y sufrimientos de los mártires, y la abnegacion y constancia de los santos en la tierra, la fé con que daban su vida, y la esperanza que henchía de regocijo su corazon, convirtiendo en goces los dolores mas acerbos de la carne, no pudo mé-

nos de convencerse, que la religion que tenia tales discípulos, y obraba tales maravillas, habia de ser la única verdadera, y la doctrina que predicaba, el objeto de sus continuas investigaciones.

Entónces abjuró los errores de su filosofia, y abrazó con sinceridad la doctrina de Jesus, como el áncora de su esperanza y de su salvacion. Defensor celoso de sus divinas creencias, escribió en tiempo de Antonino Pio, sucesor de Adriano, una apologia de los hijos de la fé, justificándolos de las calumnias con que procuraban ennegrecerlos, manifestando que las únicas máximas de sus creencias eran resignacion en las tribulaciones, templanza en los procederés, fortaleza en la doctrina, y amor y caridad para sus hermanos y enemigos.

Persuadieron al emperador las razones del filósofo cristiano, y se mandó suspender la persecucion suscitada contra los que llevasen este nombre, mientras no cometiesen otro delito contra el imperio.

Sin embargo, la tempestad volvió á tronar despues de este periodo de bonanza. Murió Antonino Pio, y ocuparon el trono Marco Aurelio An-

tonino, llamado el filósofo, y Lucio Vero, que decretaron continuar la persecucion suspendida. Justino volvió á escribir á los emperadores otro libro ó apologia en favor de los cristianos, con objeto de aplacarles; mas á pesar del tino, elocuencia y sabiduria con que estaba redactada, fué causa de su prision y de su martirio.

Existia entre los magistrados de Roma uno llamado Crescente, filósofo cínico, hombre ignorante y vicioso, que habia sido convencido de impostura y de maldad contra los cristianos por san Justino, y aprovechando aquella circunstancia favorable para su odio, le acusó y le persiguió con encarnizamiento ante el tribunal de Rustico, prefecto de Roma, que firmó su sentencia de muerte. El dia 13 de abril del año 175 fué degollado, juntamente con seis compañeros de su doctrina, que se llamaban Cariton, Caritina, Evelpisto, Hierax, Peon y Liberiano. Los autores difieren en el dia de su martirio: el martirologio romano y los autores latinos lo colocan el 13 de abril, y los griegos, unos en 1.º de junio y otros en el 12 del mismo mes.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Pergamo en Asia, de **SAN CARPIO** OBISPO de Thiatira, de **SAN PAPILO** DIACONO, de **SANTA AGATONICIA** su hermana, piadosísima muger de **SAN AGATODORO**, su criado, y de otros muchos que despues de haber sido atormentados cruelisimamente, recibieron la palma del martirio en la persecucion de Marco Antonino Vero,

y de **Lucio Aurelio Conmodo**, por haber confesado la fé de Jesucristo.

En la misma ciudad, de los **SANTOS MAXIMO, QUINTILIANO, y DADIO**, martirizados en la persecucion de Diocleciano por no querer abjurar las doctrinas del cristianismo.

En Ravena, de **SAN URSIO** OBISPO Y CONFESOR.

LA MISA ES EN HONOR DE SAN HERMENEGILDO, Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Dios, que enseñaste á tu bienaventurado mártir Hermenegildo, á posponer el reino de la tierra al del cielo, te suplicamos que á su ejemplo nos

concedas gracia para despreciar las cosas caducas, y aspirar á las eternas. Por Jesucristo nuestro Señor.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 10 DE LA SABIDURIA.

El Señor condujo al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios, y le dió la ciencia de los santos: le recompensó en sus trabajos y le colmó de bienes. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores. Y le empenó en duro combate para que venciera, y conociese que la sabidu-

ria es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fué vendido, sino le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna: y no le desamparó en la prision hasta que le dió el cetro del reino, y poder sobre los que le oprimian. Convenció de mentirosos á los que le deshonoraban, y el Señor nuestro Dios le dió la claridad eterna.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 14 DE SAN LUCAS.

En aquel tiempo, dijo Jesus á las turbas. Si alguno viene á mi, y no aborrece á su padre, y madre, y muger é hijos, y hermanos, y hermanas, y aun tambien su vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz acuestas, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. ¿Por que quièn de vosotros queriendo edificar una torre, no cuenta primero de asiento los gastos que son necesarios, viendo si tiene para acabarla? No sea que despues que hubiere puesto el cimiento; y no la pudiere acabar, todos

los que lo vean, comiencen á hacer burla de él, diciendo. Este hombre comenzó á edificar, y no ha podido acabar? ¿O qué rey queriendo salir á pelear contra otro rey, no considera antes de asiento, si podrá salir con diez mil hombres á hacer frente al que viene contra él, con veinte mil? De otra manera, aun cuando el otro está léjos envia su embajada, pidiéndole tratados de paz. Pues asi cualquiera de vosotros, que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

PENSAMIENTOS RELIGIOSOS.

LA ETERNIDAD.

El hombre ha de morir! Unos caminan al sepulcro con todo el vigor y lozania de la juventud, y otros con el tardío paso de la helada vejez. La insaciable fosa traga lo mismo al que está lleno de vida y de robustéz, que el que arrastra sus días cadavéricos sobre la tierra.

¡El hombre ha de morir! en polvo y podredumbre han de tornarse esas carnes tan muelles, tan delicadas, esos rostros perfectos y seductores, ese conjunto lleno de encanto y de atractivo, ese todo que forma nuestro orgullo, y nuestro loco contento.

¡El hombre ha de morir! Y no le libra de este término fatal, ni la opulencia que ha engalanado sus horas con las satisfacciones de su poderío, ni la gerarquía, que colocándole sobre su envidiado pedestal, le elevó sobre sus hermanos, ni las dignidades y condecoraciones que le envolvieron con sus vanos oropeles, y llenaron su fantasía de orgullo, egoísmo é incredulidad.

¡El hombre ha de morir! Pues la incesorable muerte lo mismo visita los magníficos palacios del poderoso, que la triste mansion de el abandono y la desgracia. Todos doblan la cerviz en su presencia, cuando sueña la hora de su reinado. El rico y el pobre, el noble y el plebeyo, el venturoso y el desgraciado, el dignatario y el miserable, el libre y el siervo, bajarán por la misma senda, y serán recibidos del mismo modo.

¿Y para qué son las riquezas que el avaro amontona y guarda cuidadoso? ¿Para qué los azares y fatigas del navegante, luchando continuamente con la tempestad de los

abismos, por adquirir aquel metal codiciado que ha de trocar muy en breve por la mortaja? ¿Para qué el lujoso aparato de que el orgullo se reviste? para qué los cálculos del egoísmo? las intrigas de la ambición? los crímenes del poder?

Mortales insensatos, que labrais vuestra desgracia buscando goces y satisfacciones que son imposibles sobre la tierra, leed en el libro de las generaciones, y hallareis la sentencia que ha de alcanzaros. Leed y humillad vuestras frentes que tiene erguidas la presuncion: leed y comprendereis como se debe usar de la vida.

Despues de sus tempestades y agonía, despues de este período de zozobras, ansiedades y esperanzas, despues de unas cuantas horas pasadas bajo el influjo del placer y del dolor, del regocijo y el llanto, de los goces y la miseria, ¿qué es lo que queda al hombre? El sepulcro..... y desde sus mismos bordes.... la eternidad.

La eternidad que recibe al hombre en su mansion de ventura, ó en su abismo de maldicion.

Epoca sin limites, período que no pueden medir los siglos, pues todo su conjunto comparado con los tiempos que no acaban, es un átomo imperceptible desprendido de la inmensidad. ¿Cómo puede el hombre esperarla con tanta indiferencia? cómo se acerca á sus umbrales sin el blanco túnico de pureza y sumision que es la divisa de los escogidos? cómo no está listo para cuando suene esa hora inesperada, que tan crecidos intereses encierra?

Cristianos, vosotros para quienes

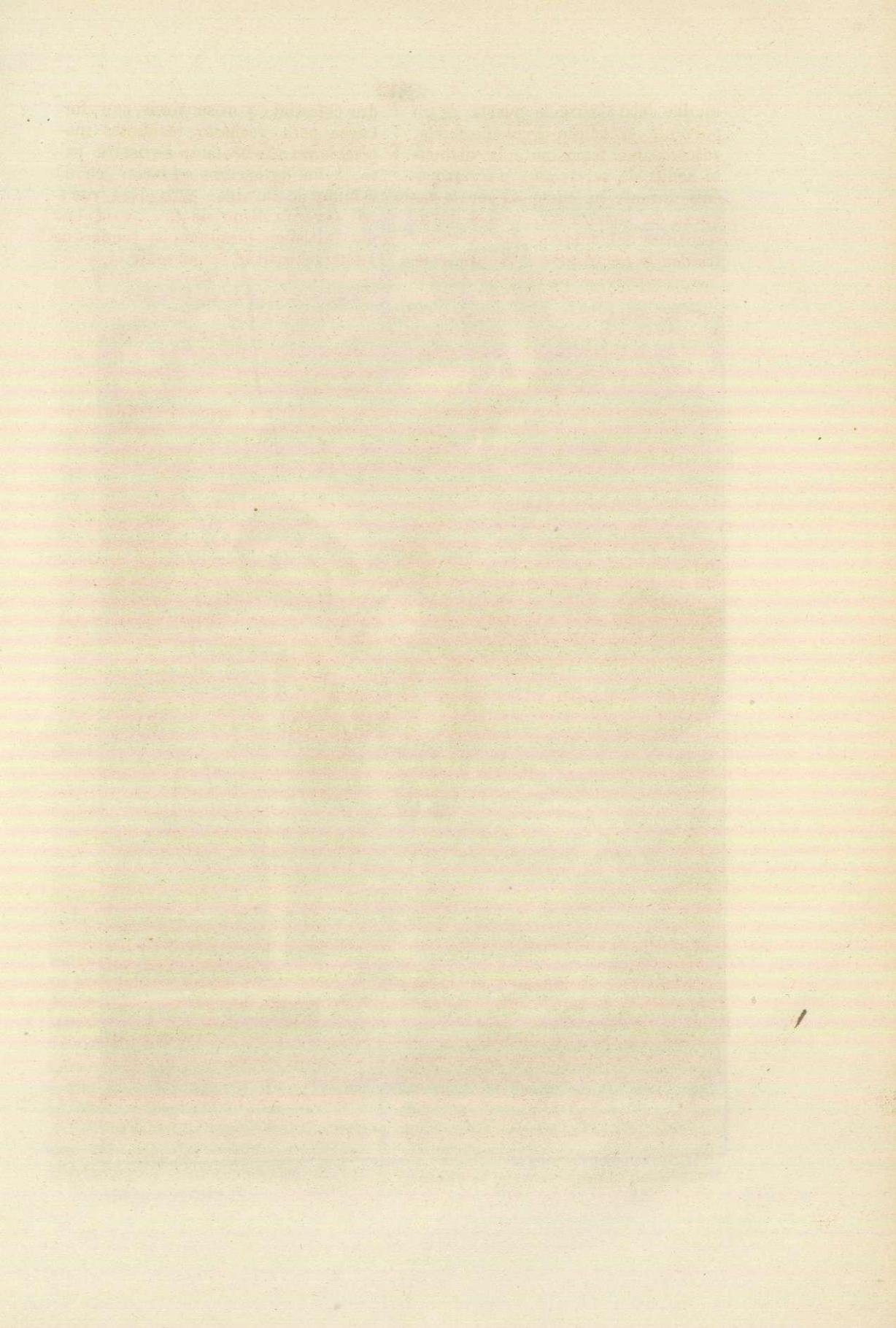
un dia debe abrirse la puerta de un porvenir grandioso è inconcebible, vosotros que teneis ante la vista esta senda de salvacion, no retrocedais durante su curso ni por la flaqueza de vuestro ser, ni por las asechanzas del mundo, que es amigo traidor y encubierto. Apoyaos en los preceptos que os dió vuestro Pa-

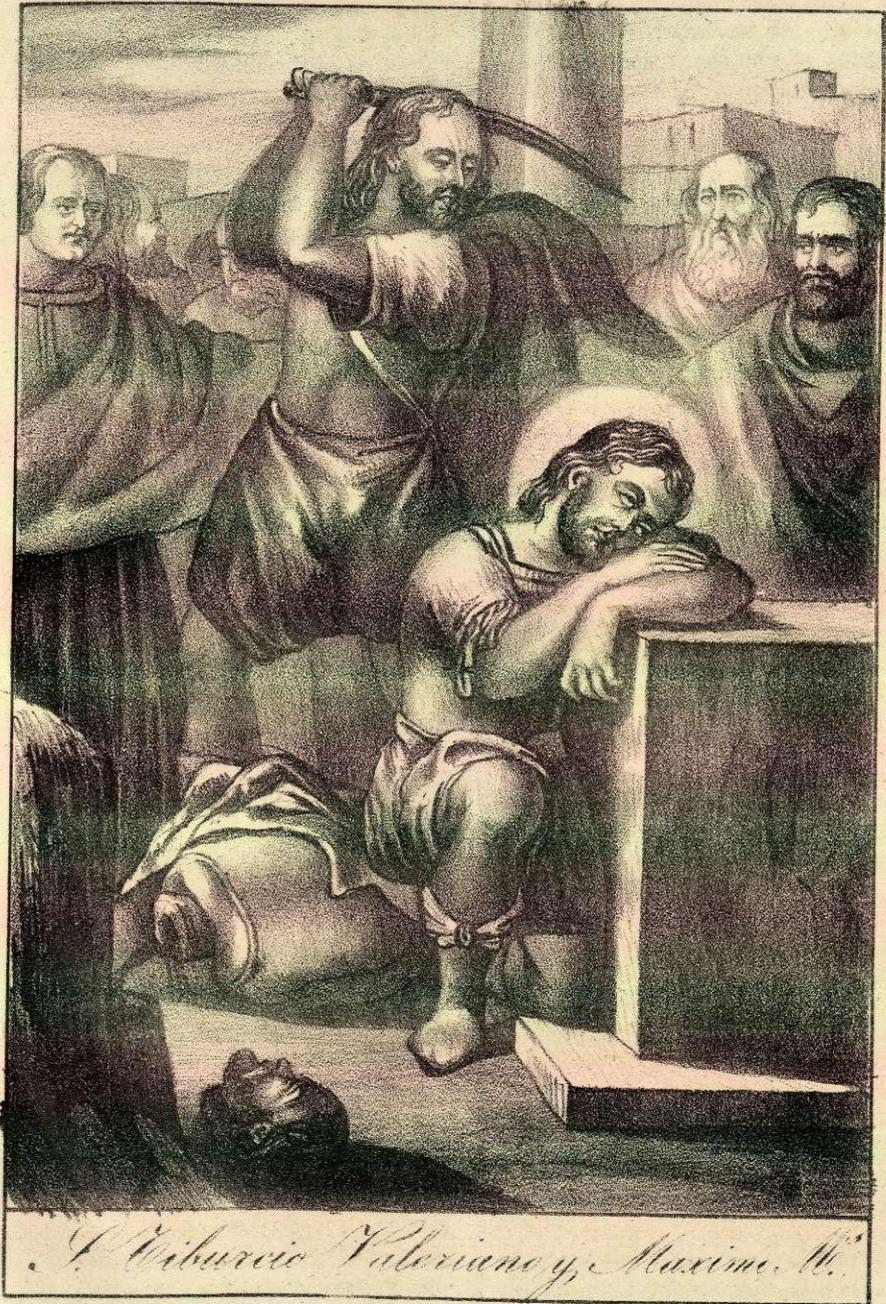
dre celestial, y os sentireis con firmeza para rechazar insidiosas inspiraciones que brotarán á vuestro paso, á fin de hacerlos estraviar en el camino de la vida: pero alzad vuestro corazon lleno de fé , y la luz del Altisimo iluminará la senda de vuestra beatitud y porvenir.



... cristianos, vosotros para quienes
... hora inesperada, que tan crecidos in-
... no está lista para cuando suene esa
... que es la divisa de los escogidos; co-
... blanco tónico de pureza y santidad
... mo se acerca á sus gradines sin el
... esperarla con tanta indiferencia; cómo
... meadidad. ¿Cómo puede el hombre
... perceptible desmenuido, de la in-
... pos que no acaban, es un globo in-
... su conjunto comparado con los tien-
... pueden medir los siglos, pues todo
... Epoca sin límites, período que no
... su mismo de maldición.
... bre en su mansion de ventura, ó en
... La eternidad que recibe al hom-

... nualmente con la tempestad de los
... gas del navegante, luchando conti-
... doros? Para que los azares y lat-
... el ayato aumenten y guarden cubi-
... Y para que son las tripulaxas que
... serán recibidos del mismo modo.
... siervo, para que por la misma senda y
... natario y el miserable, el libre y el
... venturoso y el desventurado, el dig-
... el pobre, el noble y el plebeyo, el
... na la hora de su reinado. El rico y
... cervix en su presencia, cuando sue-
... no y la desgracia. Todos doblan la
... que la triste mansion de el abandono
... los magníficos palacios del poderoso,
... incesorable muerte lo mismo visita
... El hombre ha de morir! Pues la
... koismo ó incredulidad.
... llenaron su lantata de org
... volvieron con sus vanos org
... midades y condecoraciones que
... elevó sobre sus hermanos, un
... dolo sobre su envidiado pe
... dicio en la ventura que
... tas con las satisfacciones de
... plencia que ha engañado
... libra de este término fatal, ni
... El hombre ha de morir! Y
... contento.
... nuestro orgullo y nuestro
... to y de atractivo, ese todo que los
... tores, ese conjunto lleno de encan-
... das, esos rostros perfectos y sedu-
... cans carnes tan muelles, tan delicia-
... vo y poderosamente han de tornarse
... El hombre ha de morir! en por-
... sobre la tierra.





S. Valeriano y Maximiano.

DI A CATORCE.

SAN TIBURCIO, VALERIANO Y MAXIMO MARTIRES.

I.

Valeriano había nacido en Roma de familia patricia, y disfrutaba de los cuantiosos bienes que había heredado de sus padres, sosteniendo el lustre de su gerarquía con el brillo que reclamaba aquella corte fastuosa, y exigente: jóven, gallardo, rico, noble, era Valeriano el partido mas ventajoso de la ciudad, y las principales familias, hubieran ambicionado el honor de su enlace. Pero su corazón había ya elegido: cautivóle la hermosura de una jóven romana, é impulsado por su pasión, la pidió por esposa á sus padres.

Cecilia que era el nombre del objeto de su cariño, se estremeció al saber las pretensiones de Valeriano. Una inmensa barrera existía entre los dos; pues la jóven era cristiana, y había consagrado á Dios su virginidad desde pequeña. Sin embargo, el tratado se concluyó, y quedó fijado el día de la boda. Cecilia no tenía mas esperanzas que en el cielo, é invocó su protección con oraciones, ayunos, penitencias y lágrimas de agonía, que brotaban de su corazón desconsolado. Sintióse confortada despues de estos ejercicios piadosos, y llena de confianza en la voluntad de su Dios, se sometió resignada á su suerte.

Entónces se efectuó el deseado enlace, y la boda fué celebrada con toda lo pompa y ostentación que recla-

maba su gerarquía. Pero así que hubieron pasado aquellas horas de tumultoso regocijo, y que los dos esposos se hallaron solos en el silencio de su habitación, sintióse Cecilia inspirada repentinamente, y dirigiéndose á Valeriano le dijo.

—Tengo que comunicarte un secreto de tal importancia, que necesito tu juramento de que no lo has de revelar á nadie.

—Yo te lo doy, respondió el jóven al instante.

—Con esa seguridad, continuó Cecilia, puedo decirte que tengo en mi compañía á un ángel del Señor, que es el custodio de mi virginidad: mi cariño me obliga á prevenirte que si tu amor no es tan casto y tan puro como el mio, serás funesto despojo de su celosa vigilancia, y que podrá costarte la vida cualquiera libertad que usases conmigo.

Valeriano enmudeció al escuchar estas palabras; mas recobrado de su primera sorpresa, y predispuesto sin duda para una milagrosa conversion, dijo.

—Si me hicieses ver á ese ángel te creeré, Cecilia; pero si no fuese así, tus palabras despertarían en mi pecho una sospecha mortal para los dos.

—Lo verás, contestó la santa; pero antes es preciso que te purifiques

en un baño sagrado de donde saldrás resplandeciente y digno para optar á las visiones celestiales.

—Pronto estoy, insistió Valeriano, á quien el deseo de ver el ángel animaba cada vez mas: indicame el lugar de ese baño misterioso, y volveré digno de mi Cecilia y de su fé.

Entónces la santa doncella contentó llena de regocijo.

—Sigue la via Apia, y encontrarás unos pobres á quienes tengo costumbre de socorrer: lléales de mi parte esta limosna, y pídeles que te conduzcan á la presencia de Urbano, anciano venerable, y poseedor del secreto del baño misterioso, el cual te instrui-

rás, y te pondrá en estado de que llegues á ver á mi ángel.

Obedeció Valeriano, y habiendo llegado á la presencia del papa Urbano, supo de su boca que Cecilia era cristiana, y que el sagrado baño que le haría ver á su ángel era el sacramento del bautismo. Este descubrimiento no admiró á nuestro jóven, pues su corazon estaba ya inundado de la gracia! y pidiendo con ahinco el baño saludable que le habia de incorporar al gremio de los escogidos, se lo administró el santo pontífice, despues de haberle detenido siete dias para instruirle en los misterios de la religion.

II.

Lleno de dulce esperanza regresó á su casa Valeriano, y apenas entró en el aposento de Cecilia, cuando la vió arrodillada y embebida en su oracion, mientras que un ángel resplandeciente tenia en sus manos dos guirnaldas de rosas y azucenas, de tanta hermosura y fragancia, que el aposento se hallaba embalsamado con sus aromas celestiales. Entónces el jóven neófito cayó de rodillas al lado de la virgen pura que habia redimido su porvenir. Y el ángel colocó sobre sus cabezas las dos guirnaldas, como prenda de la eterna corona que les aguardaba en el cielo.

En el exceso de su felicidad, exclamó Valeriano.

—Dios mio! Dios mio! pues me habeis tan venturoso, os suplico que alcancen vuestros beneficios á Tiburcio, el hermano querido de mi corazon.

—Tu prece es digna y aceptable, pronunció el ángel de la gloria con dulcísimo sonido; Dios ha escuchado tu voto, y su conversion está decretada.

Al decir esto el querube desapareció, y la estancia quedó llena de los mas deliciosos perfumes.

Un instante despues se presentó Tiburcio, y admirado de aquel suavísimo olor de rosas y azucenas, de que no era tiempo todavía, preguntó el motivo de aquella fragancia. Entónces Valeriano rebosando alegría, le echó los brazos al cuello.

—Ahora sientes el olor, hermano mio, le dice mientras le apretaba contra su pecho: pero dia llegará en que te veas adornado como yo con una guirnalda de inmortalidad. Tiburcio, soy cristiano, y mi único deseo, mi única esperanza, es de que llegues á serlo tambien.

Tiburcio era un jóven de prendas relevantes, y felices disposiciones: las palabras de su hermano despertaron en su corazon un sentimiento que hasta entónces habia estado como adormecido. Conoció que tenia necesidad de esperar y de creer, y que su existencia habia corrido en el vacío y el abandono. Las palabras de su hermano le hicieron sentir un consuelo di-

vino, pues fijaban aquella idea que se había presentado siempre fugitiva á su imaginacion. Escuchó ansioso aquellas máximas de esperanza y beatitud, que le revelaban lo que hasta aquel día le había sido imposible comprender: y sabiendo por la relacion

de los sucesos acaecidos, que el pontífice Urbano podia dirigirle por la misma senda de felicidad, marchó á su encuentro, aprendió su doctrina, y recibió de su mano el bautismo que le incorporaba al gremio de los fieles.

III.

Los pobres sintieron inmediatamente los efectos de la conversion de Valeriano y Tiburcio: las cuantiosas limosnas que repartian ahuyentaban la miseria de sus hermanos, y su misericordia les movia á dar sepultura á los mártires que inmolvaba la persecucion, y alentar á los encarcelados para que no sucumbieran á los halagos y tormentos de sus opresores.

Tan relevantes virtudes no podian quedar ocultas en una ciudad, donde tanto brillaban por sus riquezas y gerarquía. Almaquio, prefecto de Roma, encarnizado perseguidor del cristianismo, los hizo comparecer ante su tribunal, y trató de convencerlos, manifestándoles su estrañeza de que se hubiesen dejado seducir por aquellos hombres visionarios, que el pueblo despreciaba y aborrecia, invitándoles á que distribuyesen sus limosnas entre pobres honrados que las mereciesen.

Entónces Tiburcio no pudiendo escuchar aquel lenguaje que calumniaba á sus hermanos de religion, le presentó las máximas de su doctrina que recomienda el desprecio de las cosas terrenas, para no poner los ojos mas que en las inmortales, en que reside toda la grandeza y sublimidad. El mundo es perecedero, y la eternidad no tiene límites: ¿qué valen las caducas honras de la tierra comparadas con el porvenir de ventura que ha de coronar la peregrinacion del cristiano?

Iracundo el prefecto porque no había podido seducir á Tiburcio, le mandó á una estrecha prision, y volviéndose á Valeriano quiso que escarmantara en el ejemplo de su hermano; pero sus persuasiones se estrellaron en la santa fortaleza que llenaba su espíritu, y conoció la imposibilidad de vencerle. Entónces, sin respetar la gerarquía y condicion de los acusados, los mandó apalear tan encarnizadamente, que faltó poco para que sucumbieran á la crueldad de aquel suplicio. Durante este martirio horroroso no se oian mas que los cánticos de alabanza y de fervor que dirigian al Dios por cuya gloria hacian sacrificio de su vida.

Despues los volvieron á encerrar en la cárcel; pero habiendo manifestado Tarquiniano, asesor de la prefectura, que si les dejaban tiempo suficiente repartirian entre los pobres sus ricos bienes, sin que el fisco pudiese aprovecharse de cosa alguna, pronunció Almaquio sentencia de muerte contra los dos hermanos, comisionando á Máximo para que los condujese al suplicio.

Admirado este de la alegría con que marchaban á la muerte, les preguntó el motivo de aquel estraordinario contento. Entónces los dos fervorosos hermanos le esplicaron los dogmas de su doctrina, la misericordia de Dios, y la vida eterna que les aguardaba en la gloria. Convencido

Máximo de la verdad de sus palabras, y obrando la gracia en su corazón, les manifestó un vivísimo deseo de hacerse cristiano, y renunciar voluntariamente esta perecedera vida, para obtener la eterna y bienaventurada. Y habiendo condescendido con la petición que le hicieron, de que suspendiese hasta el otro día la ejecución de la sentencia, emplearon la noche en instruirle en los misterios de la doctrina cristiana, y en suministrarle el sacramento del bautismo, á cuya ceremonia acudió secretamente santa Cecilia, infundiendo con sus exhortaciones un vehemente deseo de martirio en el neófito, y en su recien convertida familia.

Al día siguiente Valeriano y Tiburcio fueron degollados según la sentencia del prefecto, y Máximo vió sus almas, que como dos astros luminosos, iban derechas á la gloria conducidas por los ángeles. Entónces no pudo menos de exclamar ¡Dios mio! ¿cuánto gozaré esa gloria que estoy viendo

con mis propios ojos? Cuando lograré igual suerte que esos siervos del verdadero Dios, ya que tengo la dicha de ser cristiano como ellos?

No tardó mucho en que el prefecto supiese la conversión de Máximo, que era uno de sus principales ministros, é irritado con aquel suceso, le mandó apalear con tan rigurosa porfía, que espiró en la ejecución de este martirio. Su glorioso tránsito se verificó el día 14 de abril del año de 232, imperando Alejandro Severo. Sus cuerpos fueron enterrados á cuatro millas de la ciudad, y desde el cuarto siglo se les dió culto público en toda la iglesia. El año de 740 el papa Gregorio tercero renovó su sepulcro, y á fines del mismo siglo, Adriano primero mandó edificar una iglesia en honra suya. En el año 821 se trasladaron sus cuerpos á Roma, juntamente con el de santa Cecilia por el papa Pascual, que los mandó colocar en una iglesia dedicada á esta santa virgen.

SAN PEDRO GONZALEZ TELMO CONFESOR.

En la villa de Fromista, cabeza de Marquesado, situada á cinco leguas de Palencia, nació san Pedro Gonzalez llamado comunmente san Telmo, en el año de 1185 reinando en Castilla el católico monarca Fernando tercero. Sus padres eran nobles y ricos, y anhelando que la educación de Pedro fuese correspondiente á su cuna y cristianos deseos, le enviaron al lado de su tío don Tello, que era á la sazón canónigo, y despues se vió elevado á la silla episcopal de Palencia. Las felices disposiciones del jóven correspondieron á los desvelos del tío,

que prendado de los progresos que hacía en las ciencias divinas y humanas, le premió con una canongia de su misma catedral. Colocado ya en el coro á pesar de sus pocos años, fué promovido por breve del papa á la dignidad de dean; pero el cielo que le tenia reservado para que resplandeciera por sí sola su virtud sin las pompas y gerarquías del mundo, dispuso los acontecimientos de manera, que Pedro conoció las vanidades del siglo, y trocó por sus oropeles la humildad y la pobreza que recomienda el evangelio.

Pedro era jóven, gallardo y afable; su corta edad, unida al trato continuo que mantenía con otros jóvenes compañeros suyos, que vivían en la molicie y disipacion, fomentaron en su pecho un deseo ardiente de hacer alarde de los favores con que la suerte le halagaba. Y engreído al recibir el nombramiento de la nueva dignidad, determinó celebrar el día de pascua de navidad, en que había de tomar posesion de su destino, saliendo á caballo por la ciudad con un cortejo numeroso de lo mas escogido y brillante de la nobleza.

Sobre un soberbio corcel, ricamente enjaezado, atravesó el nuevo dean las calles de Palencia, haciendo alarde de su gentileza y gallardía, y recreando su vanidad con unos actos tan poco correspondientes al carácter de su ministerio. Brillante comitiva de jóvenes nobles, elegantes, y ricamente ataviados, rodeaba á Pedro; y un numeroso tropel llenaba el tránsito, poblado el aire de vivas y aclamaciones. El bello sexo se asomaba á los balcones y ventanas para verle pasar, aumentando con su presencia y aprobacion el regocijo que henchía el corazón de Pedro.

Todo era satisfaccion, todo gloria

II.

Llegó la noche, y Pedro encerrado en su casa continuaba sumido en el mayor abatimiento. Era tan doloroso para aquel corazón henchido de vanagloria el sonrojo padecido, que hubiera deseado en aquel momento de oprobio y de vergüenza, que la tierra se hubiese abierto ante sus pies, y le hubiese sepultado en sus abismos. El recuerdo de aquella hora funesta le martirizaba con tanta porfia, que no había treguas para su padecer.

para el nuevo dean, que queriendo hacer alarde de su destreza y gentil apostura, metió espuelas á su caballo, y salió á escape por la calle principal, en medio de los vitores del innumerable pueblo, que le aclamaba con entusiasmo.

Pedro estaba en el colmo de su felicidad: embriagado de gozo escuchaba aquel clamor repetido que hacía latir su corazón, y le incitaba á nuevas locuras. Pero cuando mas engreído estaba en su entusiasmo, cuando mas se afanaba por lucir su destreza y habilidad, tropieza su caballo, y le arroja violentamente en un parage inundo y pantanoso. Revolcóse Pedro para salir de aquel fangar, pero la naturaleza resbalosa del terreno le hizo bregar mucho para conseguirlo. Por fin salió: pero era tan irrisible su figura, y estaba tan embadurnado de cieno y porquería, que todo el pueblo prorumpió en gritos de hefa y de desprecio. Avergonzado Pedro por su caída y por los insultos con que había sido acogida su desgracia, se retiró lleno de vergüenza y confusion, por entre los silvidos y risas de los que algunos momentos antes le habían llevado casi en triunfo.

Sin embargo, cuando mas estrema era su desesperacion, vinieron á detener su torrente los acentos dulces y melodiosos de un cántico. Estremeciéndose Pedro, y prestó atencion á aquella armonía.

Eran los maitines de noche-buena que cantaban en la Catedral, y cuyos compasados y sonoros ecos llegaban, con el silencio de la noche, hasta su habitacion, que no estaba muy distante.

La impresion de Pedro fué estraordinaria: aquel cántico que le revelaba el nacimiento del niño Dios, pobre, abandonado, y escarnecido por un mundo ingrato, á quien venia á salvar y redimir con su propia sangre, pudo tanto en su alma al recordar las circunstancias de la escena que en aquel dia habia pasado, que cayendo de rodillas por un impulso de intimo convencimiento, exclamó.» Mundo, mundo, cuyos locos secuaces me han escarnecido y burlado cuando ofreci ante sus aras el mayor sacrificio que

puede hacer el hombre, yo tambien me burlo de tus fantásticos embelesos, y abandono tus falsias por el Dios á quien debo mi existencia, y de quien espero mi porvenir.»

La noche pasó rápida en este santo propósito, y á la mañana siguiente, cumpliendo la promesa que habia hecho á la faz del cielo, renunció su deanato, sus riquezas, su gerarquía y sus ambiciones, y acogióse al retiro como puerto de salvacion, vistió la cogulla en el convento de santo Domingo de Palencia.

III.

Pedro, humilde, retirado y perseverante, cumplió el año de prueba que la religion impone á los que desean abrazar el instituto. Y cuando llegó la hora de la profesion, prometió al Todopoderoso vivir en perpetua obediencia, en castidad pura, y en pobreza voluntaria. Este acto sublime le separó del siglo, y le unió irrevocablemente á su Dios. El estudio, la oracion, los ayunos y mortificaciones, ocupaban las horas de su vida, pues conocia muy bien que para ganar almas para el cielo, no es bastante la propia penitencia é integridad de costumbres, sino que es necesario un profundo conocimiento de los dogmas y misterios de la religion. Con este objeto se aplicó al estudio de la sagrada teología con tanta eficacia, y tan buen éxito, que adquirió un rico depósito de ciencia y de doctrina para sus fructíferas predicaciones. Informóse tambien de la vida y costumbres de su padre santo Domingo, á fin de tomarle por ejemplo: y en este estudio aprendió á hermanar la ciencia y el saber con la humildad, á emplear su celo en beneficio de sus hermanos, á mortificar sus sentidos, á

macerar su carnes, y á implorar la proteccion del cielo en una oracion continua, y á derramar con libertad la palabra de Dios, cumpliendo con aquel precepto que dice. «Dad de valde lo que habeis recibido de valde.»

Conociendo los superiores las ventajosas disposiciones de Pedro, le ordenaron de presbitero, y le dieron las licencias necesarias para confesar y predicar. Nuestro santo recibió con sumision este sagrado carácter, y desde luego comenzó á esparcir las luces de su doctrina. No solo enseñaba con sus palabras el camino de la virtud, sino que él mismo daba ejemplo con sus obras. Siempre estaba dispuesto para oír al penitente: ni la noche, ni la distancia, eran obstáculos á su fervoroso anhelo: dejaba la mesa ó el descanso de su pobre lecho, ó atravesaba caminos largos y dificiles, si era preciso salvar á un alma oyéndola en penitencia. Cuando se hospedaba fuera del convento exhortaba al dueño y á su familia á que se confesasen, y les hacia discursos tan patéticos sobre la fealdad del pecado mortal, la atrocidad de las penas del infierno, y el

estado pacífico y venturoso del que está en gracia de Dios, que nunca salió de casa alguna, sin purificar el alma de todos sus individuos con el sacramento de la penitencia.

La fama de tanta virtud, sabiduría y convicción, corrió bien pronto por todas partes, y llegó al palacio de san Fernando, que admirado de sus maravillas quiso que sus consejos y oraciones fuesen el apoyo de su corona. Hallábase entonces ocupado en echar de España á los moros, y considerando como un auxilio poderoso la presencia de Pedro en los reales, le mandó venir al campo cristiano. Obedeció el religioso, y su voz de trueno severa y amonestadora, se levantó con-

tra la licenciosa vida del soldado, y contra los vicios de la relajacion. Sus amorosas y persuasivas predicaciones mejoraron las costumbres del campamento, y reanimaron el valor y el esfuerzo, por la confianza que infundió en el Dios de las batallas, de tal modo, que la victoria siguió las banderas de Fernando, que se hizo dueño de Córdoba, capital de uno de los reinos que en España tenían los moros.

Sin embargo, el vicio que se veía supeditado por este eminente hijo del patriarca santo Domingo, le declaró una persecucion tan horrorosa, que solo el poder del cielo, y su acrisolada virtud hubieran podido salvarle de sus pérfidas é impuras asechanzas.

IV.

Descansaba Pedro Gonzalez en su habitacion de las fatigas de un día afanoso, en que habia hecho oír la palabra de Dios á todo el ejército, agrupado en torno suyo. Comenzaba á anochecer cuando entró un criado á anunciarle, que una muger esperaba su permiso para comunicarle un secreto de importancia. Imaginando que se trataría de ejercer alguna obra de caridad en beneficio de su prójimo, mandó que la introdujesen en el aposento en que se hallaba. Al llegar la desconocida á la presencia del religioso, se arrojó al suelo, y abrazando sus rodillas le pidió con encarecimiento que la confesase. Lágrimas de dolor inundaban su rostro, y los suspiros que exhalaba conmovieron á nuestro santo; pero temiendo á la malicia y á lo avanzado de la hora, la rogó que volviera al día siguiente.

—Padre mio, exclamó la muger con afligido acento, no deis plazo á mis súplicas, y escuchad solo á vuestra caridad, para la conversion del arrepentido:

en nombre de Dios oidme ahora, pues en el intervalo de la noche puede ocurrir una desgracia, y entonces sereis responsable de mi perdicion, pues habrá sucedido por culpa vuestra.

Horrorizòse Pedro al escuchar estas palabras, y dando oídos solo á su ardiente caridad le respondió.

—No, hija mia, no quiera Dios que por mi causa os suceda el mas leve perjuicio: venid á sitio mas conveniente, y os oiré en confesion.

Llevóla entonces á un aposento mas retirado, y cuando el santo religioso se disponia á cumplir con su ministerio, vió con espanto que aquella muger cambió repentinamente de postura y de lenguaje.

—Pedro, mi querido Pedro, exclamó fuera de sí, ya es imposible ocultar el sentimiento que has despertado en mi corazon; te amo y no puedo vivir sin tu correspondencia. Soy jóven y hermosa, y debe satisfacerme mi cariño, porque nadie mas que tú ha sabido conquistar-

lo: nada mas que tu amor me hubiera movido á este paso de locura y de extravío.

El religioso no podia creer lo que escuchaba: se le imaginaba un sueño doloroso y terrible, que le oprimía con un peso intolerable. La sorpresa le habia quitado la accion, y no hizo mas movimiento que cerrar sus ojos, y llevar las manos á la cabeza para tapar sus oidos.

Esta precaucion instintiva fué de mucha eficacia, pues la sirena habia puesto en juego todas las seducciones de la hermosura, y todos los halagos de la pasion. Las circunstancias tambien le favorecian: la soledad, la noche, lo retirado del aposento, todo parecia calculado para el buen éxito de sus depravadas intenciones. E imaginando segura la victoria, osó la infame poner su sacrilega mano sobre aquel siervo de Dios para vencer su indecision; pero su contacto le arrancó de su aturdimiento, volviéndole en sí para rechazar la tentacion. Conoció la astucia y el lazo que le habian tendido, y armándose de santa fortaleza para evitarlo, quiso hacer ver al enemigo de su salvacion el temple de su virtud y de su fortaleza. Y respondiendo con dulzura á las repetidas instancias de aquella muger, que le perseguia sin descanso, le dijo.

—Hija mia, mitiga tu ansiedad que yo satisfaré tus deseos: espera un poco, y presentaré ante tus ojos el lecho de amor y de esperanza á donde podré conducirte.

Desapareció al decir estas palabras; pero no tardó mucho sin que la muger oyese su voz que la llamaba. Acudió presurosa creyendo llegada ya la hora de su triunfo; pero retrocedió espantada, viendo la horrorosa escena que se presentó á sus ojos.

Una hoguera terrible habia en me-

dio de la estancia: el religioso estaba á su lado atizándola cuidadosamente. Asi que vió á su tentadora enemiga, colocó su manto sobre las llamas, y le dijo.

—Ven á satisfacer ese amor infinito que me ponderabas: el lecho está preparado para los dos, y el fuego material purificará la torpeza del que te abrasa. Ven, hija mia.

Al concluir estas palabras, el santo religioso se arrojó al fuego con la mas increíble serenidad.

Al verle, tembló aquella muger desalmada, y cayendo de rodillas, confesó su culpa, y pidió perdon por su delito.

Entónces se abrieron las puertas y entraron varios señores de la corte de Fernando, que habian querido probar la fortaleza de Pedro, y la sinceridad de su virtud. Y reconociéndola sublime, lloraron contritos á los pies del santo su incredulidad. Pedro se levantó de la hoguera sin lesion alguna; ni siquiera se habian chamuscado sus ropas, pues Dios quiso manifestar con este prodigio la eminente santidad de su siervo. Perdonó á sus detractores, y los exhortó á el arrepentimiento y á la penitencia: y volviéndose en seguida á la que habia sido instrumento de su maldad, le ordenó que saliera inmediatamente de aquella casa que habia profanado con su presencia. Pero la situacion de aquella muger habia cambiado: el espiritu de Dios habia iluminado su alma, y lágrimas de sincera compuncion brotaban abundantes de sus ojos. El religioso no se pudo negar á la palabra de perdon, y la que habia querido seducir su inocencia invocando una confesion fingida, se purificó de sus pecados en una verdadera, y ganó el cielo con su arrepentimiento y su llanto.

Entonces la santa virgen derramó un torrente de lágrimas de caridad y de esperanza, que se conservaron en el espacio de quince días, quedando tan llena de santa fortaleza, que ya no pedía á Dios que conquistada Córdoba volvió el rey á Castilla con nuestro santo; pero disgustado este de los azares de la corte, donde el vicio y la corrupción no cesaban de tender asechanzas á su virtud, se retiró á Galicia, donde continuó su predicacion ganando para el cielo muchas almas. Solicito siempre por la felicidad temporal y eterna de su prójimo, obró en su obsequio repetidos milagros, uno de los cuales fué la construccion de un puente sobre el Miño, cerca de Ribadavia, cuya obra llevó adelante con tanta perseverancia, que se le vió muchas veces trabajar en ella como un simple peon. Esta obra que tan útil era á todo el territorio, y que no habia podido constuirse por falta de medios, se vió terminada milagrosamente por la eficacia de la palabra de Pedro, que con solo la proteccion divina la emprendió y llevó á cabo con la mas heroica decision.

Consumida su existencia por los actos de penitencia y caridad que llenaban sus horas, vió que se acercaba el fin glorioso que habia de ser la recompensa de sus trabajos. Manifestó así el domingo de Ramos, predicando un sermón en Persecario, en el cual se despedía de los fieles, y reclamaba sus sufragios para que Dios le juzgase con misericordia. Despues marchó á Tuy, donde predicó los restantes dias de semana santa, y en la vispera de pascua cayó postrado de una grave enfermedad. Sin embargo, creyéndose mejorado, y queriendo morir entre los religiosos sus hermanos, se puso en camino para Santiago de donde era conventual; pe-

V.

ro á poco trecho se agravó de tal manera, que tuvo que volver á Tuy á la casa donde tenia costumbre de hospedarse. Antes de morir llamó á su huésped, y despues de haberle agradecido la caridad que con él habia usado siempre, le entregó su correa y báculo, únicos dones que poseia, como memoria de su reconocimiento. Estas reliquias se conservan en la iglesia catedral, donde fueron depositadas.

En seguida recibió los santos sacramentos, y descansó como el justo en el seno del Señor, poco despues del dia de Resurreccion del año de 1246. El obispo Lucas de Tuy celebró sus exequias, y colocó su cadáver en un sepulcro junto al en que dejó mandado en su testamento que le enterrasen. En 22 de enero de 1529 el prelado de aquella iglesia hizo trasladar sus reliquias con grande pompa á la capilla de los señores obispos. Y últimamente don Diego de Torrequemada hizo edificar una suntuosa capilla, donde fué trasladado el cuerpo de san Pedro, el dia 27 de abril de 1579, entre las devotas aclamaciones del pueblo de Tuy, que celebraba la santidad de su patrón, y las honras que le tributaba su venerable obispo.

Muchos milagros ha hecho Dios por la intercesion de su siervo, volviendo la sanidad y la salud á los enfermos y estropeados que le invocaban con fé; pero los que han experimentado mas decididamente su patrocinio, han sido los marineros, que le han hallado siempre propicio en todas las borrascas y naufragios; los cuales le invocan con el nombre de san Telmo.

SANTA LIDUVINA VIRGEN.

En el año de 1380 nació Liduvina en el condado de Holanda, de padres poco acomodados, pero virtuosos y amigos de Dios. Pedro y Petronila, como se llamaban los padres de nuestra santa, la criaron con todo el esmero que le permitian sus facultades, pues era la única hija que les había dado el cielo, aunque habían tenido antes que ella ocho hijos varones. Cuando cumplió doce años quisieron casarla sus padres; pero se opuso con firmeza á esta determinacion, manifestándoles que había resuelto consagrar á Dios su virginidad. Sin embargo como el cielo la quería purificada, la probó en la tierra con toda clase de aflicciones y padecimientos, para que en su día ocupase en la gloria, inocente é inmaculada, el sitio que le estaba reservado.

Quince años había cumplido, y se hallaba un día viendo correr patines, por un río helado, á unas amigas suyas. Una de ellas cayó, y la arrastró en su caída con violencia, de cuya resulta se le rompió una costilla, que fué el origen de todos sus males. Los médicos agotaron su ciencia, y los padres los pocos bienes que tenían: la enfermedad no cedía á los remedios, antes bien se multiplicaba con nuevos y dolorosos síntomas todos los días.

La mano del Señor probó á su sierva con toda la amargura de la tribulacion, que soportó resignada y conforme á pesar de la intensidad de su martirio, y de los dolores de su prolongada agonía. Casi imposible del uso de sus miembros, se arrastraba con las manos y rodillas por tierra, sin hallar descanso en el lecho, ni provecho en lo poco que

comía. Además de estas incomodidades, se le formó una apostéma en las entrañas, que la hacía arrojar por la boca muchos y enormes gusanos, aunque sin mal olor. En seguida le dió el fuego de san Anton, que le consumió el brazo derecho, dejándole la espalda desencajada y podrida. Padecía continuamente un dolor tan fuerte de cabeza, como si se la traspasasen con clavos, comunicando su intensidad á los ojos, á la boca y á la garganta. De los oídos, de la nariz, de la boca, y aun de los ojos, echaba sangre en tanta abundancia, que parecía imposible pudiera salir aquella cantidad de un cuerpo tan consumido. Tenía dañado el pulmón y el hígado; sufría dolores agudísimos del mal de piedra, y las tripas se le salían continuamente. Por último, una calentura fija é incurable destruyó su existencia con los ardores é incomodidades de su duracion.

Así pasó treinta y ocho años de martirio, sola, pobre y desamparada, sin tener á quien volver los ojos mas que al Señor que la afligía, y único que la podía consolar. Los cuatro primeros años padeció, como flaca mujer, increíbles congojas y aflicciones; pero Dios le envió un venerable sacerdote, llamado Juan Por, que la exhortó á que se ocupase únicamente en la meditacion de los dolores de Jesucristo, en el desinteresado amor que tuvo por el hombre, en los martirios de los mártires, y en la gloria que había sido su recompensa. En seguida le trajo el sacramento de la eucaristía, diciéndole: hasta ahora te he exhortado en nombre de Jesucristo; ahora viene á visitarte en persona, y á darte paz y consuelo.

Entonces la santa virgen derramó un torrente de lágrimas de gratitud y de esperanza, que no pudo contenerse en el espacio de quince dias, quedando tan llena de santa fortaleza, que ya no pedía á Dios que mitigase su padecer, sino que aumentase sus dolores.

Liduvina vió con ánimo sereno la muerte de los suyos, y el abandono en que quedaba sobre la tierra: alzó los ojos al cielo, esperó en el Padre de las misericordias, y quedó contento su corazón.

Llena de caridad y de cariño, hizo donacion á su madre en la hora de su muerte de todos los trabajos y padecimientos soportados por amor de Dios, para que se los tuviese en cuenta á la hora del premio. Desde este momento exarcebó sus dolores, ciñendo su flaco cuerpo con una faja ó silicio de cerdas de caballo, que conservó constantemente todo el resto de su vida. Los pobres fueron tambien objeto de su caridad: repartió entre ellos cuantas limosnas le daban, privándose hasta de lo necesario por el placer de dar por el amor de Jesucristo.

Margarita, condesa de Holanda,

Juan, duque de Baviera, y otros muchos personajes y nobles caballeros, vinieron á visitarla en su pobre camilla, pues á pesar de la oscuridad que la rodeaba, se habia estendido por todas partes la fama de su virtud y santidad.

Liduvina humilde, paciente y resignada, mereció de Jesucristo favores especiales, apareciéndosele algunas veces, é imprimiéndole sus divinas llagas, para que su alma sintiese los dolores que en su santísima pasion habia sufrido su divino esposo. Finalmente, habiendo llegado la noche de pascua de Resurreccion, y sabiendo por revelacion que se acercaba la hora de su muerte, pidió perdon á todos los que se hallaban en su compañía, y habiéndose preparado para aquella hora suprema, dejó la tierra por el cielo, el tercer dia de pascua 14 de abril de 1433. Su cuerpo que estaba en vida tan contrahecho y desfigurado, quedó hermosísimo, resplandeciente, y lleno de perfume celestial, manifestando de este modo la gloria de que estaba gozando su alma purificada é inocente.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Terní, de SAN PROCULO OBISPO Y MARTIR.

En la misma ciudad, de SANTA DOMNINA, que recibió la corona del martirio en union de otras vírgenes compañeras suyas.

En Alejandría, de SANTA THOMAS MARTIR por la fé de Jesucristo.

En la misma ciudad, de SAN ADALION BARQUERO, que ejecutando en el teatro las ceremonias de los cristianos, sintió súbitamente cambiado su modo de pensar, y defendió la santidad de aquella doctrina, no solo con sus palabras sino tambien con el testimonio de su sangre, que ver-

tió por la confesion del evangelio.

En Leon, de SAN LAMBERTO OBISPO Y CONFESOR.

En Alejandria, de SAN FRONTON ABAD, cuya vida fué esclarecida por

sus muchas virtudes, y por los grandes milagros que obró.

En Roma, de SAN ABUNDIO, servidor de la iglesia de san Pedro.

LA MISA ES EN HONOR DE SAN PEDRO GONZALEZ, Y LA ORACION

LA QUE SIGUE.

Dios, que manifiestas el singular patrocinio del bienaventurado Pedro, para los que se encuentran en los peligros del mar, concédenos por su intercesion que nos alumbre constan-

tamente la luz de tu gracia en las tormentas de esta vida, para que logremos encontrar el puerto de la eterna salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DE LA 1.^a DE SAN PABLO A LOS TESALONICENSES, CAPITULO 2.^o

Hermanos: tuvimos libertad en nuestro Dios para predicaros el evangelio de Dios con mucha solicitud. Por que nuestra exhortacion no fué de error, ni de inmundicia, ni por engaño. Mas así como fuimos aprobados de Dios, para que se nos confiase el evangelio: así hablamos, no como para agradar á hombres, sino á Dios, que prueba nuestros corazones. Porque nuestro lenguaje nunca fué de adulacion, como sabeis:

ni un pretesto de avaricia: Dios es testigo. Ni buscando gloria de los hombres, ni de vosotros, ni de otros. Pudiendo como apóstoles de Cristo seros gravosos: mas nos hicimos párvulos en medio de vosotros, como una nodriza que acaricia á sus hijos. Y así amándoos mucho, deseábamos con ansia daros no solo el evangelio de Dios, mas aun nuestras propias vidas: porque nos fuisteis muy amados.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 10 DE SAN MATEO

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos; Id, y predicad, diciendo: que se acercó el reino de los cielos. Sanad enfermos, resuscitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios; graciosamente recibisteis, dad gra-

ciosamente. No poseais oro ni plata, ni dinero en vuestras fajas: no alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston; porque digno es el trabajador de su alimento.

PENSAMIENTOS RELIGIOSOS.

GLORIA A DIOS QUE ES GRANDE Y MISERICORDIOSO.

Oh tú, que resides en un centro de gloria y eternidad, grande por excelencia, magnífico por tus dones, poderoso por tu justicia, escucha el cantar de tu criatura. Suban hasta tu trono de esplendor y de inmortalidad las fervorosas preces de un corazón que se consume en el inextinguible fuego del sacrosanto amor que le inspiras.

Gloria á tí, omnipotente Dios, cuya estable diestra rige esos mil mundos de oro y luz, que se mecen en el inmenso océano del vacío, gradas refulgentes del trono de la inmortalidad: antorchas sin número que centellean en el espacio inconmensurable que está lleno de vida por el soplo del Eterno: soles de límpida y penetrante luz: magnífico bordado del manto regio, que envuelve á toda la creación: gloria á tí, Señor, que escodes en magestad y poderío á todas las grandezas y maravillas de tu mano.

Cánticos sublimes de tiernísima melodía, acentos de fuego, de amor, y de respetuoso entusiasmo, vuelan sobre sus discos brillantes, que se agrupan centelleando en el azulado firmamento: sus ecos repiten la armonía, y de unos á otros cruzan las alabanzas en loor de su Criador.

Gloria á Dios, entonan los arcángeles y querubens: gloria á Dios, repite el beatífico coro, postrándose en presencia del Altísimo: gloria á Dios, proclaman esos soles, focos de luz y vida, en que arde el espíritu vivificador de su dueño: gloria á Dios, retumba en todos los ángeles de la tierra: gloria á Dios es la palabra que vuelve al cielo desde el mas recóndito lugar del universo, desde su mas lejano confin.

Gloria á Dios es también el grito de mi alma humillada en la presencia de su Señor, y absorta en la contemplación de su grandeza y misericordia.

Dios mío! tu vista paternal descende bondadosa desde el sòlio de la Omnipotencia, hasta la miseria y desnudez de tu criatura, que en los ímpetus de su regocijo clama con todo el fervor de su gratitud, gloria á Dios, gloria á Dios.

Gloria á Dios, de cuya mano divina he recibido el ser: mi vida toda le pertenece, porque es un don de su munificencia, y de su inagotable generosidad.

Gloria á Dios, que deja correr mis días por un sendero de flores y de perfume: su mano previsora ha alejado las espinas de mi tránsito..... Mas le debo todavía, pues si el extravío y la desgracia me apartasen de la tranquila senda que me ha designado, tiene prontos en mi socorro á la resignación, á el arrepentimiento, y á la perseverancia, para volver la paz del corazón, y la esperanza de la ventura, que hubiese perdido el alma en sus tribulaciones.

Gloria á Dios, que formó la tierra para habitación del hombre, y que hace brotar bajo sus pasos la abundancia, la prosperidad y la satisfacción.

Gloria á Dios, que hace la luz para nuestra alegría, y la paz del alma para el que no se deja seducir por las pasiones, que fomenta un mundo de engaños y de martirio.

Gloria á Dios, que nos abre su paternal seno cuando llega la hora mas grande de la vida. Un grito de arrepentimiento y de pesar despierta su misericordia: una palabra del hijo su-



S. Benito C.

DIA QUINCE.

SAN BENITO EL MOZO, LLAMADO COMUNMENTE SAN BENITO CONFESOR.

I.

En la aldea de Almilat ó Alvilar, diócesis de Viviers, á tres jornadas de la ciudad de Aviñon, vino al mundo en el año de 1165 Benito, llamado comunmente Benitico, tanto por los pocos años que duró su vida, como por su pequeña estatura. Perdió á su padre cuando era muy niño, y su madre se esmeró en que no echase menos el cuidadoso cariño de su padre. Humilde de condicion, y pobre de bienes, no pudo hacer por su hijo mas que criarle en el santo temor de Dios, y entregarle así que cumplió diez años un hato de ovejas, que constituian toda su fortuna. Benito quedó hecho pastor, y en el retiro del campo se mantuvieron sus costumbres simples é inocentes.

El dia 13 de setiembre de 1177 se hallaba ocupado Benito en la guarda de sus ovejas, cuando vió que de improviso reemplazaron las tinieblas á la luz del dia, quedándose todo en una completa oscuridad: era un eclipse de sol. Benito acababa de cumplir doce años, y quedó admirado con aquella novedad: pero su admiracion llegó á ser sorpresa al oír una voz que le llamaba diciendo.

—Benito, hijo mio, oye la voz de Jesucristo.

Repitióse esto por tres veces, y Benito miró en torno suyo, y no viendo á nadie, respondió:

—¿Quién sois, Señor, que así me habláis? ¿quién sois, que no os veo aunque os oigo?

—No temas, escucha y obedece. Yo soy Jesucristo tu Dios, que crié todas las cosas de la nada, dejándolas sujetas á mi voluntad.

—Y qué me ordenais, Señor?

—Que dejes las ovejas, y marches inmediatamente á construir un puente sobre el Ródano.

—Eso no puede ser, contestó el inocente niño, ni yo se lo que es Ródano, ni me atrevo á dejar solas las ovejas de mi madre.

—Calla, y obedece: volvió á decir el Salvador: no faltará quien cuide las ovejas, ni quien te guie al Ródano.

—Pero, Señor, insistió el niño, un puente cuesta mucho, y yo no tengo mas que tres monedas pequeñas de cobre.

—Sumision y confianza, volvió á decir la voz, lo demas corresponde á la Providencia.

Entonces Benito se humilló, dejó el ganado sin vacilar, y se puso en marcha inmediatamente. A los pocos pasos encontró á un gallardo mancebo vestido de caminante, que se le manifestó, segun decia, para conducirle hasta el Ródano: siguióle el niño obedeciendo el precepto de lo alto, y en menos de tres horas hicieron un camino que contaba tres jornadas. Al

llegar en frente de Aviñon, quedóse admirado Benito de la rapidez, profundidad y anchura del rio, y exclamó.

—¡Es imposible que aqui se pueda hacer un puente!

—No vaciles, hijo mio, contestó el guia, obedece lo que Dios te manda,

pues nunca sus órdenes son imposibles. Pasa la barca, presentate al obispo, y hazle saber la comision de que estas encargado.

Desapareció el guia; Benito pasó la barca satisfaciendo sus tres monedas por el tránsito, y entró en la ciudad de Aviñon.

II.

Hallábase el obispo Poncio predicando al pueblo en la catedral de Aviñon, cuando vió interrumpido su discurso por las voces de un niño, que sin mas preámbulo exclamó gritando.

—Vengo de parte de Dios para construir un puente sobre el Ródano.

Alborotóse el auditorio que prorumpió en risas al escucharle, y el mismo obispo imaginando que seria algun pobre simple, le hizo echar de la iglesia, diciéndole como por burla, que presentase su proposicion al preboste de la ciudad.

No se detuvo Benito un instante, y presentándose al preboste, le dijo con extraordinaria sencillez.

—Dios me envia para construir un puente sobre el Ródano, y necesito vuestra cooperacion y vuestros auxilios.

El preboste era hombre severo y ceñudo: sin embargo le causó risa la proposicion de Benito, y le contestó señalando á una piedra que en su patio habia, tan enorme y pesada, que apenas podrian mover treinta hombres reunidos.

—No me parece mal tu proposicion, pero será preciso que tú mismo lleves esa piedra, que hemos de colocar por cimiento de la obra.

Benitico se dirijió al instante á

donde estaba la piedra, y haciendo la señal de la cruz la colocó sobre su cabeza con una facilidad extraordinaria.

Atónito quedó el preboste á vista de aquel prodigio, y habiendo circulado la noticia por toda la ciudad, acudió el obispo y todo el pueblo para presenciarle.

Benito lleno de espiritu de Dios caminaba sereno, sustentando aquel peso enorme; y el obispo, el magistrado, la nobleza, y el pueblo entero, le seguian bendiciendo á Dios por aquel milagro de su omnipotencia. Al llegar á la orilla del Ródano, sentó nuestro santo la piedra en el parage en que comienza el puente, en medio de las aclamaciones y vitores de la multitud, dando principio por un milagro á esa grandiosa obra, que puede llamarse una continuada maravilla.

El preboste se arrojó á los pies del santo que besó con humildad, entregándole para su santa mision trescientas monedas de plata. El obispo, el clero, la nobleza y el pueblo todo, le tributaron á porfia las mismas honras, y contribuyeron tan liberalmente á la empresa, que en menos de dos horas se reunieron cinco mil monedas de plata, cantidad enorme para aquellos tiempos.

Diez y ocho fueron los milagros con que Dios patentizó en el primer día, que habia elegido á Benito para la conclusion de aquella grande obra: y prueba su asistencia divina en que un niño de doce años, desamparado y sin recursos, acometió una obra, que los emperadores romanos, y los mas poderosos reyes de Francia, ó no tuvieron aliento para emprender, ó desecharan por imposible.

Benito formó bajo su gobierno una congregacion religiosa, con el titulo de hermanos del puente, que tenia á su cargo la superintendencia de la obra, y el cuidado de los trabajos. Al mismo tiempo fundó un hospital para peregrinos, donde fué renovado el fervor y caridad de los primitivos tiempos del cristianismo.

Siete años duró esta maravillosa obra, en los cuales la perseverancia, el celo, y una confianza ilimitada en la providencia divina, pudieron vencer los obstáculos, no solo de la naturaleza, sino del enemigo comun de lo bueno, y de lo santo. Benito superó todas estas dificultades, y dejó concluidos todos los pilares, y perfeccionados casi todos los arcos, á pesar de la profundidad y violencia de uno de los mas rápidos y caudalosos rios del mundo.

Diez y nueve años tenia Benito cuando el Señor le reveló el dia de su muerte, y habiendo recibido los santos sacramentos con extraordinaria devocion, y encomendándose á María Santísima, á quien llamaba su querida madre, murió pronunciando los nombres de Jesus y de María el dia 14 de abril del año de 1184, dejando desconsoladísima á toda la ciudad y su comarca.

III.

Su entierro fué como un triunfo, pues se agolpaban todos á porfia por besar su cadáver, y por lograr alguna reliquia suya de los objetos que habian servido para su uso. Hubo una piadosa competencia entre el obispo, el preboste, y los cabildos, sobre quien habia de poseer el santo cuerpo, pero tuvieron que rendirse todos á su voluntad, porque habia dejado dispuesto antes de morir, que se le diese sepultura en la capillita que habia labrado sobre el tercer pilar del puente, y donde acostumbraba pasar horas enteras en oracion. Depositáronle en un sepulcro de piedra, sobre cuya losa se veia cincelada una cruz con su nombre.

Hallándose el papa Inocencio cuarto en Aviñon el año de 1245, le canonicizó solemnemente, declarando en su bula que la construccion del puente habia sido una serie continua de milagros, y que el Señor honró al santo pastorcillo, despues de su muerte, con infinitas maravillas.

Habiéndose arruinado parte del puente en 1669 por falta de reparos, la ciudad de Aviñon se vió obligada á retirar de allí el cuerpo del santo. Abrióse el sepulcro en presencia del provisor y vicario general del arzobispado, el dia 18 de marzo de 1670, delante de notarios públicos, y de innumerable pueblo, y se encontró el cuerpo entero, fresco, y flexible, sin la menor señal de corrupcion: las entrañas se conservaban ilesas, y los ojos con la misma viveza y animacion que si estuviese vivo. Las barras de hierro que atravesaban el sepulcro estaban corroidas de orin; pero las vestiduras y el lienzo que envolvían el santo cuerpo, nuevos como el dia en que

lo enterraron. No tenía mas que cuatro piés y medio de largo, y el semblante parecía ser de un jovencito de pocos años. Colocáronle con mucha solemnidad en la capilla del hospital de san Benitico, de donde fué trasladado en el año de 1674 á la iglesia

real de los padres Celestinos, sobre cuyo magnífico sepulcro se vé en relieve la imagen de nuestro santo, en figura de un pastorcillo, al que acompaña otro medio relieve representando las principales escenas de su vida.

SAN OLIMPIAS Y MAXIMO MARTIRES.

Acababan de ser conquistadas las provincias de Persia por el emperador romano Decio, y sabiendo que existían en aquellos países muchos discípulos de la doctrina de Jesus, ordenó á todos sus ministros y lugartenientes, que cumpliesen con todo rigor los decretos que habia promulgado para su esterminio.

Hallábase en la ciudad de Cordula ó Corduena, cuando le fueron presentados dos jóvenes señores, nobles y gallardos, que habian rehusado generosamente dádivas y promesas por conservar la fé de Jesucristo. Olimpias y Máximo eran los nombres de estos dos esforzados campeones del evangelio, que teniendo en menos su posicion y esperanzas de la tierra, habian fijado sus ojos en el cielo, única mansion de eternidad y de ventura.

Irritado Decio de que aquellos jóvenes despreciasen sus mandatos, y sus promesas, mandó que fuesen azotados con nudosos bastones, á fin de vencer su fortaleza por el dolor del tormento: pero nuestros santos soportaron su martirio con resignacion, y ensalzaron la misericordia del Dios que confesaban.

Entónces Decio los hizo comparecer á su presencia, y codicioso de sus riquezas trató de averiguar donde las

ocultaban; pero Olimpias y Máximo respondieron con cristiana libertad, que todo su oro y su plata eran el conocimiento de su Dios. Esta respuesta les valió nuevos tormentos, porque volvieron á azotar sus magulladas carnes, poniendo á los extremos de los látigos bolas de plomo, que las despedazaban cruelmente. Despues los tendieron sobre lechos de hierro hechos ascua, de donde los sacaron para ponerlos en el potro, á fin de descoyuntar todos sus miembros.

Sin embargo, en medio de los crueles dolores de tan inaudito martirio, Olimpias y Máximo no dejaron de entonar cánticos en alabanza de su Dios.

Conociendo el emperador que no le era posible vencer su constancia, comisionó á Vitelio Anisio para que los redujese á la obediencia, ó los condenase á perecer en los mas horrendos suplicios.

Presentóse el delegado del feroz emperador, ofreciéndoles mercedes si sacrificaban á los ídolos, pero que si se mantenian pertinaces en su obstinacion, serian tratados con todo el rigor á que se habian hecho acreedores. Olimpias y Máximo despreciaron sus promesas, y no temblaron al escuchar sus amenazas. Convencióse Vi-

telio de que su porfia era inútil, pues la fé se hallaba muy arraigada en aquellos esforzados corazones: y haciendo una seña á los verdugos que tenía preparados, descargaron tantos golpes sobre las cabezas de los mártires con enormes hachas de armas, que muy en breve sucumbió la vida mortal, para dar principio á la eterna que les aguardaba. Su glorioso tránsito tuvo lugar el día 15 de abril del

año de 252 ó 254. Por espacio de cinco dias quedaron los cuerpos sin sepultura, para que fuesen comidos por los perros, y aves de rapiña; pero Dios los conservó intactos, hasta que dos nobles caballeros, celosos cristianos, llamados Abdon y Senen, los recogieron y llevaron á su casa, desde donde con el tiempo pasaron algunas de sus reliquias á varias iglesias, principalmente á la de san Maló y Lieja.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Roma, de SANTA BASILISA Y SANTA ANASTASIA, VIRGENES Y NOBLES españolas, naturales de Játiva, que fueron convertidas por san Pablo, y le siguieron á Roma, donde persistiendo constantemente en la confesion de la fé, les cortaron los pies y la lengua durante el reinado de Nerón, y últimamente habiendo sido degolladas, vieron ceñidas sus frentes con la inmarcesible corona del martirio.

En la misma ciudad, de SAN MARON, EUTIQUES y VICTORINO, que fueron desterrados á la isla Poncia con santa

Flavia Domitila, por confesar la fé de Jesucristo: despues fueron puestos en libertad en el reinado de Nerva; pero siendo numerosísimas las conversiones que practicaban, y habiendo sobrevenido la persecucion de Trajano, perecieron por sentencia del juez Valeriano, en los mas atroces suplicios.

En Ferentino en Toscana, de SAN EUTIQUIO MARTIR.

En Mira en Licia, de SAN CRESCENCIO, que fué quemado vivo, y de SAN TEODORO y PANSILIPO, que dieron su vida por la fé, reinando Adriano.

LA MISA ES DE LA DOMINICA PRECEDENTE, Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Atended, Señor, á las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Benito, para que seamos ayudados por sus ruegos

que te son aceptables, ya que no tenemos confianza en nuestros méritos. Por nuestro Señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 1.º DE LA PRIMERA QUE ESCRIBIO SAN PABLO A LOS CORINTIOS.

Hermanos: ved vuestra vocacion, que no sois muchos sabios segun la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles: mas las cosas locas del mundo escogió Dios, para confundir á los sabios; y las cosas flacas del mundo escogió Dios, para confundir las fuertes: y las cosas viles, y despreciables del mundo escogió Dios, y aquellas

que no son: para destruir las que son: para que ningun hombre se jacte delante de él. Y por él mismo sois vosotros en Jesucristo, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, y justificacion, y santificacion, y redencion: para que como está escrito: el que se gloria, gloriase en el Señor.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 18 DE SAN MATEO.

En aquel tiempo: llamando Jesus á un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: en verdad os digo, que sino os volviereis, é hiciereis como niños, no

entrareis en el reino de los cielos. Cualquiera pues que se humillare: como este niño, este es el mayor en el reino de los cielos.

MEDITACION

REMEDIO CONTRA LA IRA, Y CONTRA LOS ODIOS Y ENEMISTADES QUE NACEN DE ELLA.

Lira es apetito desordenado de venganza contra quien pensamos que nos ofendió. Contra esta pestilencia nos provee de medicina el apóstol diciéndolo. «Toda amargura de corazon, toda ira, é indignacion, y clamor y blasfemia, sea quitada de vosotros, con toda malicia. Y sed entre vosotros benignos y misericordiosos, perdo-

nándoos unos á otros, como Dios nos perdonó por Cristo.» De este vicio dice el Señor por san Mateo. El que se airare contra su hermano, quedará obligado á dar cuenta en el juicio: y quien le dijere necio, ó alguna palabra injuriosa, será condenado á las penas del infierno.

Pues cuando este furioso vicio ten-

tare tu corazón, acuérdate de salirle al encuentro con las consideraciones siguientes. Primeramente considera, que aun los animales brutos por la mayor parte, viven en paz con los de su especie. Los elefantes andan juntos con los elefantes, las vacas y las ovejas viven juntas en sus rebaños, los pájaros vuelan en bandos, las grullas se revezan para velar de noche, y andan en compañía; lo mismo hacen las cigüeñas, los ciervos, los delfines, y otros muchos animales. Pues la unidad y concierto de las hormigas y de las abejas, á todos es manifiesta. Y entre las mismas fieras, por crudelísimas que sean, hay comun paz. La fiera de los leones cesa con los de su género; el puerco montés no acomete á otro puerco; un lince no pelca con otro lince; un dragon, no se ensaña con otro dragon; finalmente, los mismos espíritus malignos, que son los primeros autores de toda nuestra discordia, entre sí tienen su liga, y de comun consentimiento conservan su tiranía. Solamente los hombres (á quien mas convenia la humildad y la paz, y á quien fuera mas necesaria) tienen entre sí entrañables odios y discordias, que debemos sentir extraordinariamente. Y tambien hemos de notar que la misma naturaleza dió armas á todos los animales para pelear: al caballo pies, al toro cuernos, al jabalí dientes, á las abejas aguijon, á las aves picos y uñas, tanto que hasta á las pulgas y mosquitos dió habilidad para morder y sacar sangre: pero á tí hombre (que te crió para paz y concordia) te crió desarmado y desnudo, porque no tuvieses con que hacer mal. Mira pues, que contra tu naturaleza es vengarte de otro, y hacer mal á quien mal te hace, mayormente con armas buscadas fuera de tí, las cuales te negó naturaleza.

Considera tambien que la ira y apetito de venganza, es vicio propio

de bestias fieras (de cuya ira dice el sabio que le habia dado Dios conocimiento) y por consiguiente que bastardeas y tuerces mucho de la generosidad y nobleza de tu condicion, imitando la de los leones y serpientes, y de los otros fieros animales. De un leon, escribe Eliano, que habiendo recibido una lanzada en cierta montería, al cabo de un año, pasando el que le hirió por aquel mismo lugar en compañía del rey Liuba, y de otra mucha gente que le seguía, el leon lo reconoció, y rompiendo por toda la gente, sin poder ser resistido, no paró hasta llegar al que le habia herido, y hacerle pedazos. Lo mismo vemos tambien cada dia que hacen los toros con los que los traen acosados por tomar venganza de ellos. Y de estos son imitadores los hombres feroces y airados, los cuales pudiendo amansar la ira con la razon y discrecion de hombres, quieren antes seguir el impetu y furor de bestias, preciándose y usando mas de la parte mas vil que tienen comun con ellas, que de la mas divina, que es propia de ángeles. Y si dices que es cosa muy dura amansar el corazón embravecido: ¿cómo no miras cuanto mas duro fué lo que el hijo de Dios padeció por tí? Quién eras tú cuando él por tí derramó su sangre? Por ventura no eras su enemigo? ¿No consideras tambien con cuanta mansedumbre te sufre él, pecando tú á cada hora, y cuan misericordiosamente te recibe cuando á él te vuelves? Dirás que tu enemigo no merece perdon. ¿Por ventura mereces tú que Dios te perdone? Que Dios use contigo de misericordia, y tú quieras usar con tu prójimo de justicia? Mira que si tu enemigo no es digno de perdon, tú eres indigno para haber de perdonar, y Cristo dignísimo por quien le perdones.

Considera tambien, que todo el tiempo que estas en odio, no puedes ofrecerle á Dios sacrificio que le sea

agradable. Por lo cual dice el Salvador. «Si ofreces tu ofrenda en el altar, y allí te se acordare que tu prójimo está ofendido de tí, ve primero y reconcíliate con él, y entonces vuelve á ofrecer tu don» Donde puedes claramente conocer, cuan grande sea la culpa de la discordia entre los hermanos: pues en cuanto ella dura, estás en discordia con Dios, y no le agrada cosa que hagas. Conforme á lo cual dice san Gregorio. Ninguna cosa valen los bienes que hacemos, sino sufrimos mansamente los males que padecemos.

Considera ademas quien sea ese que tienes por enemigo: porque forzosamente ha de ser justo, ó injusto: si es justo, será por cierto muy sensible, que quieras mal á un justo, y que seas enemigo de quien Dios se tiene por amigo. Mas si es injusto, no menos es cosa miserable, que quieras vengar la maldad agena con tu maldad propia, y que queriendo tú ser juez en tu causa, castigues la injusticia agena con la tuya. Mayormente que si tú quieres vengar tus injurias, y el otro las suyas,

nunca tendrán fin las discordias. Mas gloriosa manera de vencer es aquella que el apóstol nos enseña, diciendo. «Vengamos los males con los bienes, esto es, los vicios agenos con las virtudes propias.» Porque muchas veces tratando de tornar mal por mal, y no queriendo ser en nada vencido, eres mas feamente vencido, pues eres acosado de la ira, y vencido de la pasion, la cual si vencieses serias mas fuerte que el que por armas tomase una ciudad, porque menor victoria es sojuzgar las ciudades que están fuera de tí, que las pasiones que están dentro de tí, y ponerte á tí mismo leyes, y refrenar y domar la bravísima fiera de la ira, que dentro de tí está encerrada. La cual si no quieres reprimir, se levantará contra tí, y te incitará á hacer cosas de las que despues te arrepentirás. Y lo que es peor, que apenas podrás entender el mal que haces, porque al airado cualquier venganza parece justa, y las mas veces se engaña, creyendo que el estímulo de la ira es celo de justicia, y de esta manera se encubre el vicio con color de virtud.





Pro Combio O. y C.

PIA DIEZ Y SEIS.

SAN TORIBIO OBISPO DE ASTORGA.

I.

Pocas noticias han llegado hasta nuestros días de santo Toribio, uno de los más ilustres prelados de la iglesia de Astorga. La turbulencia de aquella época en que los españoles se hallaban ocupados en defender sus hogares de la invasión de los bárbaros, ha destruido los pergaminos donde constaban los principales hechos de su laboriosa vida, dejándonos limitados así á algunos de ellos sacados de sus mismos escritos, de la epístola de san Leon el grande, y de un antiguo leccionario de la ciudad de Astorga.

Nació santo Toribio en la ciudad de Palencia, comprendida entonces en la provincia de Galicia, de una familia poderosa y noble, que le instruyó en los principios de la religion católica, preservándole de la herejía de Prisciliano, que había cundido extraordinariamente por aquella provincia. Aplicóse Toribio á saciar el ardiente deseo que le dominaba de dilatar sus conocimientos, adquiriendo por sí mismo noticias auténticas del dogma y disciplina de otras iglesias, ocupándose en el estudio de las humanidades y elocuencia, como lo dan á entender la pureza de su lenguaje, y la solidez de sus escritos.

Aun era bastante joven cuando murieron sus padres, dejándole dueño de un inmenso patrimonio; pero no eran las riquezas las que podían satisfacer á un hombre como Toribio. Conside-

rólas como carga pesada y de arriesgada conservacion, y empleólas en socorrer á los necesitados, á fin de que su desprendimiento le alcanzara la ventura que ellas no le podian proporcionar.

Libre de esta inquietud, emprendió el viaje á tierra santa, ofreciendo á Dios los trabajos y sinsabores que padeció en esta peregrinacion, y que refiere en la carta que escribió á los obispos Idacio, y Ceponio. Estudió las costumbres de los pueblos, y se informó como sabio y entendido de la disciplina de sus iglesias, hallando en todas un mismo modo de sentir acerca del dogma, y de la exclusion de los contumaces en la herejía.

Así que llegó á Jerusalem se presentó al obispo, que penetrado de su saber y de su virtud, le hizo custodio en aquella iglesia de las cosas sagradas, y de las preciosas reliquias que poseia, pertenecientes á la pasion de Jesucristo.

Cinco años permaneció en aquellos santos lugares, exaltando su fervor con misteriosos y divinos recuerdos; pero habiéndosele revelado por un ángel que muy en breve los bárbaros profanarían aquella ciudad y sus templos, recogió una parte de las preciosidades que guardaba, para librarlas de los insultos á que podian quedar expuestas, y regresó á su patria cargado con tan preciosas reliquias.

II.

Muchos fueron los prodigios que obró despues de su regreso, lo cual le granjeó entre los fieles tal reputacion de santidad, que edificó con las copiosas limosnas que le ofrecian un templo en honra del Salvador, donde depositó para la veneracion pública las reliquias que habia traido de Jerusalem: y habiendo vacado al poco tiempo el obispado de Astorga, no por muerte de Ditinio como vulgarmente se asegura, sino de otro cuyo nombre no ha llegado á nuestros dias, fué elevado á la prelacia de aquella iglesia catedral, venciendo su resistencia las instancias del pueblo y del clero, y el espíritu de Dios que interiormente le prevenia no abandonase el cuidado de su grei por su propia conveniencia.

Así que se vió elevado á la dignidad episcopal, comenzó á morigerar las costumbres, á amonestar á los estraviados, y á perseguir la heregia que minaba todas las clases. Este santo celo le suscitó enemigos, de que no fueron bastantes á librarle su inocencia y su reputacion.

Rogato era un diácono de la iglesia de Astorga, hombre ambicioso, turbulento é intrigante, que codiciando para sí la silla episcopal, habia puesto en juego artificios y promesas, para obtener los sufragios del pueblo; pero este desatendió sus pretensiones, y prefirió la santidad y virtudes del Toribio. Iracundo Rogato descargó toda la hiel que henchía su pecho contra el inocente prelado, persiguiéndole con alevosia, y procurando deshonorarle atrozmente. Desprecios é injurias fueron las primeras emanaciones de su odio contra el ino-

cente pastor; pero despues echó mano de la calumnia, figurándose que con ella lograría la perdicion de Toribio, y la realizacion de sus ambiciones. Acusóle de adulterio, crimen atroz y abominable, principalmente en un eclesiástico condecorado con la dignidad episcopal. Herido nuestro santo en lo íntimo de su corazon, se humilló en la presencia del Señor que leia en su alma, y esperó de su misericordia la vindicacion de su inocencia. Fortalecido con esta esperanza, quiso hacer una prueba pública, á fin de que quedase confundida la calumnia del inicuo diácono.

Señalóse para este juicio de Dios un día en que el concurso de la catedral era inmenso, y habiéndose presentado en medio de su pueblo querido, le manifestó con lágrimas de sinceridad la mançilla que habia empañado su pureza por aquella injusta acusacion, y que no hallando mas modo de purificarla que los altos juicios divinos, que son superiores á la malicia de los hombres, apelaba para su defensa al juicio de Dios, que iba á tener lugar en aquel instante.

Toribio se hallaba con sus vestiduras pontificales delante del altar del Señor, á donde hizo conducir un brasero bien provisto y encendido: y presentando su roquete que era de delgado y finisimo cendal, y de guarniciones delicadísimas, fué cogiendo con las manos las ascuas encendidas, y colocándolas unas junto á otras en aquella frágil vestidura: en seguida las envolvió muy bien, y dió vuelta á la iglesia cantando el salmo de David que principia: *Levántese Dios, y disipense sus enemigos.*

Cuando se hubo concluido la procesion, descubrió el roquete á vista del admirado pueblo, sin que las manos del prelado hubiesen sufrido la menor lesion, ni el delicado roquete la mas leve quemadura ó mancha que pudiese atestiguar la voraz accion del fuego.

Triunfante de sus enemigos particulares, dedicó Toribio todo su celo para estirpar la heregia de Prisciliano, que minaba la iglesia. Este heresiarca daba autoridad á sus errores por su gerarquía, sus riquezas, su persuasion y su travesura; y aunque algunos concilios anteriores habian cortado de raíz estas doctrinas, todavia se conservaban sus semillas en muchas personas nobles, y en algunos pastores de la iglesia. Para sostenerlas y darles autoridad, hacia circular libros apócrifos, pasándolos como divinos, á fin de que los fieles se empapasen de sus blasfemias y errores. De esta naturaleza eran las actas de santo Tomé, de san Andres, de san Juan, y el libro titulado memoria de los apóstoles; sin contar otros muchos, que por contener doctrinas vergonzosas, se conservaban mas ocultos. Nuestro santo, deseoso de arrancar toda la cizaña que el enemigo habia sembrado en el campo del Señor, se preparó á combatir estos errores; y reuniéndolos todos por capítulos en un commonitorio, los impugnó con su celestial sabiduria, respondiendo á sus capciosos argumentos. Envióle á dos de los obispos mas sábios y virtuosos de Galicia, avisándoles de las medidas que habia tomado para precaver á los fieles de aquella perniciosa doctrina. Montano, obispo de Toledo, y san Ildonso, hacen mencion de este commonitorio, prodigándole los honro-

Entónces, un grito universal proclamó la inocencia de santo Toribio, y la perfidia de su calumniador. Este confesó públicamente su delito, y el cielo le castigó en su justicia con una muerte lastimosa.

III.

Los títulos de beatísimo y religiosísimo. En aquel tiempo eran comunes en España los escritos de santo Toribio; pero hoy dia no nos queda mas que lo que san Leon insertó en su admirable epístola.

No creyendo Toribio suficiente este trabajo para estirpar enteramente la heregia, acudió á la autoridad de Leon el Grande, que gobernaba la iglesia desde el año de 440. Envióle á un diácono de su iglesia llamado Pervinco, portador del commonitorio, y de una carta para el santo padre. Contestóle este en 21 de julio del año de 447 elogiando su celo por la verdad católica, el método y diligencia con que habia reducido á diez y seis capítulos los errores del heresiarca, y el tino y solidéz con que los impugnaba. Tambien el sumo pontífice los rebatió uno á uno, terminando su carta con mandar la celebracion de un concilio nacional, para lo cual escribió á los prelados de las demas provincias, encargando á santo Toribio que notificase á todos el decreto pontificio. *Pero si, lo que Dios no quiera, se ofreciesen impedimentos insuperables para el concilio general, (añade el santo pontífice,) téngase uno en la provincia de Galicia, y cuiden de su congregacion los obispos, uniéndose con ellos vuestra solicitud, para de este modo poner cuanto antes remedio á tantos males.* Las espressiones del sumo pontífice, y el encargo es-

pecial que hace á nuestro santo, prueban que el pastor universal conocia sus virtudes episcopales, tanto por sus escritos é informes del diácono Pervinco, como por el trato personal que tuvo con él cuando pasó por Italia regresando de Jerusalem.

Notificadas las letras pontificias, se juntaron en Toledo los padres de las provincias Cartaginense, Bética, Lusitania y Tarraconense, no pudiendo asistir los de Galicia, porque hallándose dominada por los suevos, no les fué posible obedecer el decreto pontificio, sin peligro de sus vidas, y detrimento de los privilegios de sus iglesias. En este concilio se reprodujo la regla de fé establecida en el anterior del año de 400, considerándola suficiente remedio, como lo habia sido en aquella época, contra la heregia de Prisciliano. Tambien los de Galicia tuvieron su concilio provincial, en Braga, por no haber podido asistir al nacional, sin embargo que santo Toribio y los buenos católicos tuvieron el sentimiento de ver que no habia correspondido á sus intenciones, ni á las del sumo pontífice que le habia mandado juntar, pues habia en aquellas provincias muchos hereges priscilianistas, que conservaban oculto el veneno de sus errores.

Pero no fué suficiente este suceso para debilitar el ánimo de Toribio, que persiguió incansable á aquellos

sectarios peligrosos, para poner en salvo las ovejas que le habian encomendado, y mantener el esplendor de la iglesia católica.

Incansable en estos trabajos, vió consumirse su vida en las asiduas tareas de su ministerio, hasta que lleno de méritos y de virtudes, el Señor le recibió en su seno el 16 de abril del año de 460, habiendo ocupado veinte la silla de Astorga.

Es sabido que Teodorico, rey godo, vino á España contra el rey suevo Reciaro, y que el día 5 de octubre del año de 456, se trabó una sangrienta batalla á tres leguas de Astorga; y que al año siguiente al volverse el rey godo á Francia, saqueó la ciudad, y los templos, quitó la vida á muchos nobles y eclesiásticos, descargó su furor en las mugeres, ancianos, y niños, y tomó en rehenes muchos cautivos, entre los que se contaban dos obispos cuyos nombres no cita Idacio. Es creible que uno de ellos fuese santo Toribio, que llorando el cautiverio de su iglesia, pediria á Dios como san Agustín, que le sacase de esta vida. Su cadáver debió sepultarse en la iglesia de Astorga, pero á causa de la invasion de los moros en el octavo siglo, fué trasladado con las reliquias que trajo de Jerusalem al monasterio de san Martin de Liébana, que con el tiempo perdió esta advocacion, y se llamó de santo Toribio.

SAN FRUCTUOSO OBISPO DE DUMIO Y ARZOBISPO DE BRAGA CONFESOR.

Nació Fructuoso en el Vierzo en España, donde su padre, que era de la sangre real goda, poseia estenso

territorio y jurisdiccion. Crióronle en el santo temor de Dios, y como era de entendimiento despejado, de

corazon recto y bellisimas inclinaciones, se adhirió tan fuertemente á las verdades de la religion, que muy pronto conoció que en el mundo no se logra la vida que ambicionaba. Pocos años tenia cuando le llevó su padre á ver las tierras y ganados que constituian su riqueza; pero Fructuoso no vió mas que la hermosura de la situacion para edificar un monasterio, donde poderse entregar al retiro y recogimiento que anhelaba.

Este deseo se vió cumplido muy en breve: Fructuoso edificó un monasterio con bienes de su patrimonio, no muy léjos de Astorga, en la inmediacion del lugar de Compluto, dedicándole á los gloriosos mártires san Justo y Pastor. El rey Chindasvinto movido por el desprendimiento y fervor de Fructuoso, acrecentó el monasterio con privilegios y grandes dones debidos á su liberalidad.

Fructuoso aprendió las sagradas letras con Tonancio, obispo de Palencia, é inmediatamente vistió el hábito de religioso, siendo ejemplo y admiracion de su comunidad, que se aumentaba diariamente por el crecido número de personas que venian á ponerse bajo su direccion.

Vióse precisado á edificar un nuevo monasterio, porque el primero no podia contener tan crecido número de discipulos: fabricóle con la advocacion de san Pedro, en un sitio rodeado de montes y de hermosas arboledas. Tambien fundó otro convento en la isla de Cádiz, y otro cuarto á nueve leguas tierra á dentro de aquella costa, sin contar otros muchos, tanto de religiosos como de religiosas, que se debieron á su infatigable celo y piedad.

Habiendo vacado la iglesia de Dumio, el pueblo y clero le eligieron

por su pastor, y como tal asistió al décimo concilio toledano, que habiendo depuesto á Potamio, arzobispo de Braga, por cierta flaqueza cometida, dió al obispo de Dumio la vacante, con el gobierno de todas las iglesias de Galicia.

Entónces brillaron con nuevos resplandores la capacidad y virtudes de nuestro santo, siendo el mas humilde, el mas penitente, y el mas fervoroso de toda su diócesis. Sus bienes eran del pobre, porque su caridad era tan grande como su celo por engrandecer su religion, así es que fundó monasterios y otras obras pías, que hicieron célebre su memoria en la posteridad. Y conociendo que se aproximaba el dia de su muerte, hizo labrar un monasterio entre las diócesis de Braga y de Dumio que estaban á su cuidado. Concluido esto, cayó enfermo de calenturas, é inmediatamente señaló el dia en que habia de morir. Cumplido este plazo se hizo llevar á la iglesia, y así que hubo recibido los santos sacramentos, alzó las manos al cielo, y entregó su espíritu blandamente á su Dios, que le recibió en la bienaventuranza. Era el 16 de abril del año de 660.

Su cuerpo fué sepultado, conforme á su voluntad, en el monasterio que hizo labrar para este efecto, y que despues fué de padres descalzos de san Francisco. Consérvase allí su sepulcro, un hueso y una parte del palió arzobispal con que fué enterrado, pues sus reliquias fueron trasladadas quinientos años despues á Santiago, en tiempo de su primer arzobispo don Diego, y colocadas en una capilla del crucero al lado de la epístola, en una arca antigua, ricamente labrada de esmaltes.

SANTA ENGRACIA, Y DIEZ OCHO COMPAÑEROS MARTIRES.

Engracia, á quien Prudencio llama Cratis, era hija de un rico y poderoso señor de Portugal. Era la niña hermosa, pero brillaba mas por las virtudes que adornaban su existencia, que por las galas con que la ensalzó la naturaleza, y por los ricos bienes de fortuna que debió á su nacimiento. Su padre que anhelaba proporcionarle una suerte digna de su belleza y gerarquía, concertó su enlace con un duque del Rosellon, capitán de la frontera de Francia. Y para que la boda se celebrase con toda la pompa y aparato que su nacimiento requería, envió á Engracia con un lucido cortejo de nobles, y gentiles caballeros de su familia. Diez y ocho gallardos mancebos, jóvenes y distinguidos, formaban el séquito con que Engracia debia presentarse á su futuro esposo. Lupercio, Optato, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Fronton, Feliz, Ceciliano, Evencio, Primitivo, Apodemio, Maturino, Casiano, Fausto, y Enero, apellidándose estos cuatro últimos por sobrenombre Saturnino, eran los diez y ocho nobles que entre las muchas prendas que los realzaban, miraban como la principal ser cristianos como su señora.

Esta brillante comitiva llegó á Zaragoza de tránsito para el Rosellon, cuando el presidente Daciano, encarnizado enemigo del evangelio, la habia hecho teatro de las inauditas crueldades, de que ya habia dado una muestra en Barcelona con el martirio de Eulalia y de otros esforzados é ilustres mártires del Señor. Horrorizóse Engracia al saber las atrocidades del presidente, y estimulada por su ardiente celo, se presentó con su

brillante comitiva para abogar por los cristianos, y detener aquel torrente devastador de ira y de venganza que amenazaba con un total esterminio.

Exaltada la santa virgen en su generosa decision, reprendió aquella inhumana conducta, vituperó la saña de los emperadores como indigna de la magestad, y apellidando de mentirosos y de horrendos á las dioses del gentilismo, ensalzó como era debido al Dios omnipotente en quien creia.

La belleza y calidad de la virgen, su decision llena de gravedad, el aparato que le rodeaba, y otras mil circunstancias mas que la engrandecian á los ojos del presidente, le mantuvieron por algunos instantes atónito é indeciso. Pero recuperando de pronto su natural ferocidad, creció terriblemente su ira, viendo que aquella misma nobleza y gerarquía se tornaban enemigas declaradas de las instituciones y del poder. Y queriendo humillar y anonadar á la que se aprovechaba de estas armas para combatirle, mandó prender á Engracia y á sus compañeros, y que fuesen azotados cruelmente, como rebeldes al emperador y á sus mandatos.

Engracia soportó aquel martirio con resignacion y serenidad, reproduciendo constantemente la misma confesion, y las mismas amonestaciones. Entónces la sentenció á ser arrastrada por la ciudad, atada á la cola de un caballo: y no contento con los dolores de este horroroso suplicio, mandó el dia siguiente añadir otros mayores. Surcaron su cuerpo con uñas acerdadas, y por sus despedazadas carnes no solo se veian las entrañas, sino que le arrancaron una parte del hígado, que vió con sus propios ojos Pruden-

cio. Despues le cortaron el pecho izquierdo tan hondamente, que casi se le descubria el corazon. Terminado este suplicio, le pusieron una vestidura, que al momento quedó impregnada de su sangre preciosa, cuya túnica se guardó como reliquia, segun dice san Eugenio tercero, arzobispo de Toledo, que la vió como testimonio de los padecimientos de nuestra santa.

El tirano no creyó suficiente tantas crueldades para rendir la fortaleza de una niña tan delicada, y á fin de prolongar su padecer y sus dolores, mandó que la dejasen morir de sus heridas sin alivio ni curacion alguna. Pero viendo que la muerte se dilataba, y temiendo que algun prodigio viniese á inutilizar sus esfuerzos, mandó que le introdujeran un clavo por la frente, que completó la corona de su martirio, y la palma de su victoria.

Al mismo tiempo hizo sacar fuera de la ciudad á los diez y ocho compañeros de su comitiva, y entregó sus cabezas á la cuchilla del verdugo. El triunfo de estos bienaventurados mártires se verificó el dia 16 de abril del año de 304, siendo emperadores Diocleciano y Maximiano.

Sus cuerpos fueron sepultados por un obispo llamado Prudencio ó Prudente: y en el año de 1389, labrándose en aquel sitio la iglesia de santa Engracia, se hallaron en dos arcas de mármol, abiertas y con inscripciones, el cuerpo de santa Engracia y el de sus diez y ocho compañeros. Con este motivo se edificó una iglesia subterránea donde se hallaban los sepulcros, y despues el rey don Fernando el Católico edificó un monasterio suntuoso, que se dió á la órden de san Gerónimo.

SAN PATERNO OBISPO DE AVRANCHES.

Paterno llamado tambien Pair nació en Poitiers, de familia ilustre por la nobleza de su origen, y por los empleos que regentaba. Desengañado del mundo vistió el hábito de religioso, y asociándose por compañero á Escubilion, recibieron la bendicion de su prelado llamado Generonio, y se internaron por la Normandía en un pais llamado Constantino. En aquellas soledades vivieron como eremitas, encerrados en una caverna, haciendo una vida austera y penitente. Asi pasaron tres años en las mayores privaciones y austeridades, pero habiendo ido á hacerles una visita su prelado, quedó lleno de asombro por los rigores que se habian impues-

to. Entónces envió al monasterio á Escubilion, y recomendó á Paterno eficazmente á Leontiano, obispo de Constantia. No tardó mucho este prelado en conocer el talento que Dios le habia dado para la predicacion, y habiéndole ordenado de sacerdote, le envió á abolir los restos del paganismo que aun existian en Constantino, Bessin, Mans, Avranches, Rennes y otros paises de Bretaña, donde edificó muchos monasterios, que lo nombraron por superior.

Hízose conocer por el tino, prudencia, y sabiduría, con que ejerció este cargo, y creciendo diariamente la fama de su santidad, le eligieron para la iglesia de Avranches, que habia que-

dado vacante por muerte de su obispo Perpetuo. Setenta años tenía cuando fué elevado á la dignidad episcopal, pero su celo y su fervor fueron tan vigorosos y tan constantes, que no se desmintió en un solo dia los trece años que duró su episcopado. Asistió al décimo tercero concilio de Paris, celebrado el año de 557, y de regreso á Avranches cayó peligrosamente enfermo, el dia después de pascua. Entónces mandó llamar á su antiguo compañero Escubilion, para que le asistiése en aquella hora, pero el men-

sajero se encontró en el camino á otro que venia de parte de aquel digno abad, para hacerle la misma peticion. Los dos habian vivido juntos en este mundo, y los dos partieron el mismo dia para hallarse á la misma hora en el tribunal del Señor. Verificóse su tránsito el 16 de abril del año de 560, á los 83 de su edad. Sus reliquias fueron trasladadas después á la ciudad de Issoudum, en el ducado de Berry donde se erigió una iglesia con su advocacion.

EL BEATO JOAQUIN, CONFESOR, DEL ORDEN DE LOS SERVITAS.

En el año de 1258, nació en Siena de Toscana el beato Joaquin de la distinguida familia de los Pelicanis. Sus virtuosos padres, mas ilustres por la santidad de su hijo que por su alcurnia, imbuyeron en su tierno corazon las mas sanas doctrinas: y la vivacidad de su ingenio, su candor y su natural dócil y apacible, le hicieron aprovechar aquellas sanas máximas, en que se cimentó la piedad y el fervor que fueron su distintivo. La devocion á la Virgen Santísima, y la caridad con los pobres eran dos de sus mas brillantes cualidades. Así que aprendió de memoria la salutación angélica, no tenia mas gusto que estarla repitiendo todo el dia con la mayor devocion y ternura. A la oracion unia la mortificacion y el ayuno, no tomando en los miércoles y sábados mas que pan y agua. Al mismo tiempo su liberalidad con los pobres era tan estremada, que su padre le manifestó un dia que continuando de aquella manera, se veria muy pronto reducido á

pedir limosna. El santo mancebo, lleno de espíritu de Dios, respondió, que la limosna dada por Jesucristo, no solo conquistaba el cielo, sino tambien toda clase de bienes temporales. Lleno de regocijo le abrazó el venturoso padre, y de sus ojos brotaron lágrimas de imponderable fruicion.

Con los años crecieron los celestiales dones que el Señor derramaba sobre su siervo, y la fama de su santidad circuló muy pronto por todas partes. Pero el mundo no era acreedor á conservar una joya de tan inestimable precio: parecióle ver en sueños á la Virgen Santísima, que le señalaba el claustro y su regla, como puerto seguro contra las tempestades del siglo. Entónces el devoto mancebo siguió aquellos preceptos divinos, que eran adecuados á sus santas inclinaciones: y á pesar de la oposicion de sus parientes, se decidió á tomar el hábito de la religion de los servitas, ó siervos de María, que aun hallándose en la cuna, resplandecía en

toda Europa por sus enminentes virtudes.

Presentóse á san Felipe Benicio, general de la orden, y este le recibió atendiendo mas á sus instancias, que á la empeñada oposicion de su familia. Catorce años tenia entónces, y sin embargo rivalizaba en fervor y austeridades, con los mas ancianos religiosos. Rígido y penitente, llegó á ser con el tiempo modelo de perfeccion, y su humildad era tanta, que nunca pudieron vencerle á que se ordenase. Sin embargo, lucian tanto los resplandores de sus virtudes, que todo el mundo acudia á visitarle, oírle y pedirle consejo. Su modestia no pudo resistir tanta honra y veneracion, y consiguió del general, que le enviase secretamente á Arezo, á fin de vivir desconocido; pero fué tanta la tristeza y desconsuelo del pueblo todo, tantas las instancias de la nobleza, del clero, y de los mismos magistrados, que le hicieron volver al instante. Su presencia restituyó la alegría y la esperanza á los habitantes de Siena, que le recibieron en triunfo, á pesar de la resistencia que opuso su humildad.

Dios quiso probar la paciente resignacion de nuestro santo enviando enfermedades á su acrisolada vida. Sintióse acometido de un ataque de epilepsia, que muy á menudo le priva-

ba del conocimiento, y hacia dolorosa su existencia; pero Joaquin no desmintió nunca aquella quietud de ánimo, aquella dulce paciencia con que sobrellevaba las amarguras de la vida. Mientras mas multiplicados eran sus dolores, mas crecidas eran tambien sus penitencias, y mas íntimas y fervorosas sus alabanzas á Dios. Pedia incansablemente que satisficese el vehemente deseo que le animaba de padecer por su amor, y por su gloria. El Señor oyó su plegaria, y le envió una penosa enfermedad que llenó su cuerpo de gusanos. Una alegría celestial iluminó su semblante cuando supo que se acercaba su fin. Oró toda la noche del juéves santo, en que Dios le reveló que habia llegado su hora: y despidiéndose de sus hermanos, espiró abrasado en el fuego del divino amor que habia consumido su alma, el viérnes santo, despues de cantada la pasion, 16 de abril del año 1305, teniendo cuarenta y siete de edad.

El cardenal Belarmino, de la sagrada congregacion de ritos, examinó los procesos que se hicieron para su beatificacion, y el papa Paulo quinto permitió que se rezase de él en toda su orden, lo cual confirmó despues Urbano octavo.

MEDITACION

DE LO QUE EL HOMBRE DEBE HACER PARA CON EL PROPIO

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Corinto, de SAN CALISTO y CARISA, que con siete compañeros mas, fueron ahogados por la confesion de la fé.

En Zaragoza, de los SANTOS CAYO y CREMENCIO, naturales de aquella ciudad, que fueron citados dos veces

ante el tribunal del prefecto, y perseverando constantes en la fé de Jesucristo, fueron decapitados como mártires de su doctrina.

En la misma ciudad de Zaragoza, de SAN LAMBERTO LABRADOR, que con su constancia y fortaleza supo labrar-

se en la gloria la bienaventurada corona de mártir.

En Valennciène en Francia, de SAN

DRUON CONFESOR, ilustre por la virtud y santidad que adornaron los días de su existencia.

LA MISA ES EN HONOR DE SANTO TORIBIO, Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Te suplicamos Señor, que escuches las súplicas que te hacemos en la solemnidad del bienaventurado Toribio, tu confesor y pontífice, y perdónanos

nuestros pecados por los méritos é intercesión del que mereció servirte tan dignamente. Por nuestro Señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 44 Y 45 DEL LIBRO DE LA SABIDURIA Y LA MISMA QUE EL DIA 11 FOLIO 73.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 25 DE SAN MATEO Y EL MISMO QUE EL DIA 1.º FOLIO 10.

MEDITACION.

DE LO QUE EL HOMBRE DEBE HACER PARA CON EL PROXIMO.

El hombre debe de justicia á sus prójimos la caridad y misericordia que Dios nos manda. Es tan principal esta parte, y nos está encomendada en las escrituras divinas (que son los maestros y adalides de nuestra vida) con tanto empeño, que solo lo podrá creer quien las hubiere leído. Lee los profetas, lee los evangelios, lee las epístolas sagradas, y verás tan enca-

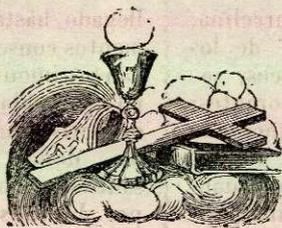
miracion. En Isaias pone Dios una muy principal parte de justicia en la caridad y buen tratamiento de los prójimos. Y así cuando los judios se quejaban diciendo. ¿Por qué, Señor, ayunamos, y no miraste nuestros ayunos? afligimos nuestras almas, y no hiciste caso de ello? Respóndeles Dios. Porque en el día del ayuno vivís á vuestra voluntad, y no á la mia, y apretáis y fatigáis á todos

vuestros deudores. Ayunais, mas no de pleitos y contiendas, ni de hacer mal á vuestro prójimo. No es pues ese el ayuno que me agrada, sino este. Rompe las escrituras y contratos usurarios; quita de encima de los pobres las cargas con que los tienes oprimidos; deja en su libertad á los afligidos y necesitados, y sácalos del yugo que tienes puesto sobre ellos. De un pan que tuvieses parte el medio con el pobre: y acoge á los necesitados y peregrinos en tu casa. Y cuando esto hicieres, y abrieres tus entrañas al necesitado, y le socorrieres y dieres hartura, entónces te colmaré de bienes, y gozarás por toda la eternidad. Veas aquí, pues hermano, en que puso Dios una gran parte de la verdadera justicia, y cuan piadosamente quiso que nos hubiésemos con nuestros prójimos en esta parte.

¿Pues qué diré del apóstol san Pablo? en cual de sus epístolas no es esta la mayor de sus encomiendas? ¿Qué alabanzas predica de la caridad? cuánto la engrandece? cuan por menudo cuenta sus esclencias? cómo la an-

tepone á las otras virtudes, diciendo que ella es el mas excelente camino que hay para ir á Dios? Y no contento con esto, en un lugar dice »que la caridad es vinculo de perfeccion» en otro, que el que ama á su prójimo, tiene cumplida la ley» en otro «que es fin de todos los mandamientos» ¿Pues qué mayores alabanzas se podian esperar de una virtud que estas? Cual es el hombre deseoso de saber con qué género de obras agrada á Dios, que no quede admirado, y enamorado de esta virtud, y determinado de ordenar y enderezar todas sus obras á ella.

Pues aun queda sobre todo esto la canónica de aquel tan grande amado, y amador de Cristo, san Juan Evangelista, en la cual ninguna cosa mas repite, ni mas encarece, ni mas encomienda que esta virtud. Y lo que hizo en esta epístola, es mismo (dice su historia) que hacia toda la vida. Y preguntando por qué tantas veces repetia esta sentencia; respondió. Que porque si esta se cumpliese debidamente bastaba para nuestra salud.



DIA DIEZ Y SIETE.

SAN ANICETO PAPA Y MARTIR.

Aniceto, hijo de Juan, nació en la aldea de Omisa, en Siria, á fines del primer siglo. Dotado de un ingenio superior, de rectitud, energía, intrepidez, y de una santidad á toda prueba, adquirió la reputacion de uno de los mas ardientes defensores de la fé, y de los mas celosos y sabios presbíteros de la iglesia de Roma.

El año de 157 concluyó san Pio el pontificado con un glorioso martirio, y Aniceto fué elegido por su sucesor, siendo el duodécimo papa despues de san Pedro.

La iglesia tenia necesidad de un hombre intrépido y decidido, para luchar y destruir la heregia, que bajo diferentes formas trataba de mancillar la pureza de su fé. Habíanse juntado en Roma muchos heresiarcas: Valentino, llegado en tiempo de san Higinio papa, habia hecho muchos progresos durante el pontificado de san Pio, y acrecentaba diariamente sus conquistas: Marcelina, miserable muger de la secta de los carpocracios, ó de los gnósticos, seducía tambien á muchos ignorantes: el impío Marcion habia empezado tambien hacia algunos años á sembrar sus errores; de modo que cuando Aniceto se sentó en la silla pontificia, se vió cercado de monstruos, que en su voracidad amenazaba continuamente tragarle.

Pero el pontífice alzó su voz, y combatió lleno de confianza por el Dios que le infundia tanto celo y decision. La heregia tembló cuando con mano de-

cidida arrancó el velo hipócrita que la cubria, dejando patentes las verdaderas pretensiones de los valentianianos y marcionistas y demas inicuos hereges, que fueron conocidos y odiados de los hijos de la legitima doctrina. Instruyó á su pueblo, y Roma que era centro de la fé y de la unidad, llegó á ser por sus esfuerzos cimiento de la santidad, y teatro de la virtud cristiana, como atestigua Hegesipo que en aquel tiempo vino á Roma.

Este hombre eminente, que habia tratado con muchos obispos de occidente en su viaje, y observado la pureza de la fé y de las costumbres de los fieles de Roma, hace los mayores encomios del pastor y del rebaño. Escribió la historia eclesiástica desde la pasion de Cristo hasta su tiempo, reducida á una coleccion de tradiciones apostólicas: pero de los cinco libros que comprendia, solo han llegado hasta nosotros algunos fragmentos conservados por Eusebio, que dan testimonio de que hasta aquel tiempo no habia silla episcopal, ni ciudad cristiana, y sobre todo en Roma, donde no se observase nuestra santa ley como habia sido enseñada por Jesucristo, y predicada por los apóstoles.

Tambien vino á visitar á san Aniceto, al principio de su pontificado, san Policarpo obispo de Esmirna, y discípulo de san Juan Evangelista, que pasó á conferir con él algunos puntos de disciplina eclesiástica, en



S. Aniceto. P. y. M.

que no habian convenido aun la iglesia griega y latina. No tardaron mucho en concordarse los dos santos, y su buena inteligencia contribuyó mucho para confundir á los hereges, y mantener á los fieles en la pureza de la fé.

Tambien se halló en aquel tiempo en Roma como uno de sus mas brillantes astros, san Justino, que para disipar las calumnias de los gentiles, estableció una escuela de virtud, para todo el que quisiera instruirse.

A pesar de las turbulencias de la época, fué admirable el pontificado de san Aniceto, por el celo, prudencia y vigilancia con que mantuvo la disciplina eclesiástica en los doce años, que segun la mas comun opinion, ocupó la silla de san Pedro. Prohibió que los clérigos llevasen cabello largo, estableciendo por decreto la tonsura que hasta entonces habia sido una mera costumbre. Afirma san Gregorio Turonense, que san Pedro fué el autor de esta corona, en memoria de la de espina que pusieron al Salvador. Antiguamente no dejaban mas que un estrecho cerquillo de cabello, estan-

do lo demás raído á navaja, como han observado hasta nuestros dias algunas religiones. Este pontifice celebró cinco veces órdenes en el mes de diciembre, y ordenó diez y siete presbíteros, cuatro diáconos, y nueve obispos.

La santidad de Aniceto no podia quedar sin un premio inmarcesible, que alcanzó con la palma de su martirio el 17 de abril de uno de los años que mediaron del 167 al 175 en la persecucion de Marco Aurelio; y su cuerpo fué enterrado por los cristianos en el cementerio de Calixto.

En el año de 1590, Minucio, arzobispo de Munich, secretario de Guillermo, duque de Baviera, llevó á aquella ciudad la cabeza de nuestro santo, y en el de 1604 habiendo mandado el papa Clemente octavo, que se sacasen todos los cuerpos santos del cementerio Calixto, para darles mas honrosa sepultura, Juan, duque de Altaemps pidió y obtuvo las reliquias de san Aniceto, que depositó en un sepulcro de mármol blanco en una suntuosa capilla que para este objeto hizo edificar.

LA BEATA MARIA ANA DE JESUS, VIRGEN RELIGIOSA DEL CALZA DE LA ORDEN DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

Nació Maria Ana de Jesus en la imperial y coronada villa de Madrid, en enero del año de 1565, y fué bautizada en la parroquia de Santiago el 21 del mismo mes. Sus padres, Luis Navarro Ladrón de Guevara, y su madre Juana Romero de Villalpando, ilustres mas que por su nobleza, por la virtud que abrigaban en sus corazones, criaron al fruto de su cariño en el santo temor de Dios, que es el principio y fundamento de la perfecta felicidad. La niña, dotada por el cielo

desde su mas tierna infancia con dones sobrenaturales, bebia con ahinco estas máximas de porvenir; y en sus cortos años daba señales inequívocas de las escelentes virtudes que habian de coronar su existencia. Los pueriles juegos de la edad no ocuparon las horas de su infancia, pues solo estaba contenta en el templo del Señor, ó en la casa de los pobres, ejercitando su ferviente caridad. Y dirigida en estos dulces sentimientos por visiones celestiales, corrieron sus

primeros años en los vivos deseos que le animaban por llegar al día grande, en que habia de participar del manjar divino de la sagrada eucaristia. Once años tenia cuando llegó esta hora suspirada, y radiante como un ángel de beatitud, recibió en su seno al esposo celestial, á quien habia consagrado su existencia.

Pero no era bastante la pureza que coronaba el porvenir de la niña; Dios quiso que la tribulacion acrisolara su virtud, y que el sufrimiento y la paciencia revistiesen con toda brillantez su perfeccion. Murió su madre, y no solo tuvo que llorar la pérdida de su maestra en la piedad y en el fervor, sino que pasó por el sentimiento de que habiendo contraido su padre segundas nupcias, introdujese en su casa una continua é incansable persecucion. Entónces Luis Navarro, que ya tenia dos hijas de este nuevo matrimonio, determinó casar á Maria Ana, á fin de poner término á las disenciones domésticas; pues la madrastra impulsada por el cariño de sus hijas, le habia declarado una guerra á muerte. Pero mas dolorosas que estos tratamientos eran las continuas instancias que le hacian para reducirla á que aceptase el matrimonio: y para librarse de esta duplicada persecucion, se encerró un día en su oratorio, y postrada ante un crucifijo, le pidió con todas las veras de su alma que le hiciese conocer su voluntad, para salir de aquel atribulado periodo. Fortalecida con la esperanza de que no serian desoídas sus súplicas, esperó que la divina misericordia le deparase un guia que la sacara á salvo de tan intrincado laberinto.

Un dia predicaba en el convento de san Bernardino fray Antonio del Espiritu santo del órden de san Francisco, y su sermon versaba sobre las escelencias y prerogativas de la virginidad. Vió Maria Ana cuanto se hermanaba todo aquello con los senti-

mientos de su corazon, y consultando el caso con el religioso que fué su confesor por muchos años, hizo voto de perpetua virginidad en la parroquia de san Miguel de Madrid. No pudo mantener oculto por muchos dias este acto, pues habiéndosele presentado varias joyas que le regalaba el que su padre habia elegido para su futuro, tuvo que declararle el voto que habia hecho, y que para ella era tan irrevocable como espontaneo. Enfurecida la madrastra multiplicó sus malos tratamientos y su anterior persecucion, obligándola á que se encargase de los oficios domésticos mas bajos y penosos, como si fuese la mas infima criada. Palabras duras, golpes, y terribles privaciones, fueron empleadas sin descanso para que abandonase su resolucio, ó aceptase el matrimonio; pero la santa virgen de Jesucristo soportó con una constancia admirable su continuo padecer, y en su rostro se leía el contento que henchía su corazon, porque podia ofrecer sus tribulaciones en las aras de su divino esposo. Por último, para que comprendiesen que su propósito era cada vez mas irrevocable, se cortó su hermosa y dorada cabellera, que tanto realizaba la perfeccion de su lindo y encantador semblante. La cólera se apoderó de su padre y de su madrastra cuando la vieron de aquel modo, y no solo la acabaron con injurias y dieterios, sino que la abofetearon con apasionada crueldad. Maria Ana opuso como siempre la resignacion á la violencia; pero esta vez quedó victoriosa. Conmoviéronse aquellos pechos endurecidos, y Dios tocó á sus corazones, pues desde entonces dejaron tranquila en sus santos ejercicios, á la que hasta aquel día habian perseguido como una hija rebelde y contumaz.

Sin embargo, determinó poner por obra su pensamiento favorito, que era entrar en un convento como religio-

sa; mas no habiéndolo podido conseguir en Madrid por mas diligencias que se practicaron, dejó la casa de sus padres una noche, y tomó el camino de Ocaña, donde habia oido decir que sus esperanzas serian cumplidas. Pero aun no habia andado mucho, cuando se agolparon á su imaginacion los peligros á que estaba espuesta una jóven de diez y nueve años, hermosa y sola en medio de un camino. Asustóla esta consideracion, y aplazó su proyecto para cuando Dios fuese servido; y volviéndose á su casa, continuó fervorosa sus ejercicios de humildad, de caridad ardiente, de penitencia y abnegacion.

Dos años gozó en su casa de un dulce reposo, y de las delicias de aquella vida espiritual. Pero el enemigo que nunca descansa en atormentar á los santos, le suscitó otra guerra todavía mas cruel y peligrosa. Desenvolviéronse en su pecho sensaciones halagüeñas, que le arrastraban deliciosamente á quebrantar su voto sacrosanto: imágenes seductoras aparecían á su imaginacion, y turbaban con irresistible embeleso sus meditaciones, y sus ejercicios de piedad. Acongojada Maria Ana, lloraba, gemía y suplicaba á Dios con fervorosa prece, que templase el rigor de aquella lucha que le acobardaba. A su continua oracion unió la maceracion de aquella carne rebelde, y muy amenudo su sangre brotó al rigor de sus penitencias. Once años duró esta sangrienta batalla, once años en que fueron precisos los rigores de un áspero silicio, el punzante aguijon de una coraza de espinas que traía al pecho, y las acerasadas puas de un lecho de zarzas, en que descansaba su cuerpo por la noche, para conseguir la victoria; pero fué esta tan completa, que adornó su frente con una aureola inmarcesible, y aseguró la paz constante de su corazon. Sin embargo, personas mal aconsejadas infundieron en su

padre recelos de que la virtud de su hija no fuese una ilusion del enemigo, y tuviese que intervenir el tribunal de la fé. Entónces se hablaba mucho de los justos castigos impuestos por éste á Agustin de Cazalla, y á otras personas, que tenidas por virtuosas, no eran mas que unos visionarios, llenos de hipocresía y supersticion. Con estos temores se renovó de nuevo la persecucion doméstica, y Maria Ana tuvo, no solo que sufrir los malos tratamientos anteriores, sino tambien el tenaz empeño con que su padre le impedía sus ejercicios devotos y su retiro, obligándola á permanecer en el bullicio del mundo. Pero todavía tuvo que sufrir otro golpe; pues su director espiritual, no comprendiendo la alteza de aquel espíritu, la despidió un día cuando llegó á confesar. La humilde Maria Ana besó la tierra, le pidió su bendicion y sus oraciones, y se encaminó por superior instinto al convento de la Merced, donde encontró á fray Juan Bautista del Santísimo Sacramento, que algunos años despues fué fundador de los mercedarios descalzos, y que no vaciló en encargarse de la direccion de su conciencia.

Con el tiempo fuéronse disipando los temores de su padre, y Maria Ana tuvo mas libertad para entregarse á su piadoso fervor. Contemplaba á todas horas la sagrada pasion y muerte de nuestro Redentor, y en sus éxtasis veía aquellas sangrientas escenas, con todas las circunstancias de la realidad. Entónces, escaltada con aquellas visiones misteriosas, deseó los mismos padecimientos: lloró, suplicó, y la Magestad divina le otorgó con sus dolores, gracias imponderables que la llenaron de fortaleza. Desde este instante sintió por toda su vida agudisimos dolores en las sienas, en las manos y en los pies, como si llevase la corona de espinas que ambicionaba, y hubiese sido en-

clavada en la cruz, como su divino Esposo.

Maria Ana tuvo que dejar á Madrid, pues su padre como criado del rey Felipe III, siguió con su familia á la corte, que se trasladó á Valladolid; pero habiendo regresado el año de 1606, fué á vivir primeramente junto á santa Catalina de los Donados, y despues cerca del convento de santa Bárbara, que era el sitio á donde se encaminaban todos sus deseos. Por último, fabricó una pobre celda en un portal que le franquearon los religiosos, habiendo sido lanzada con improprios de la habitacion que antes tenia. El ajuar de su humilde aposento estaba reducido á dos sillas, una estera vieja, una imájen de Jesucristo sobre una mesita, un corcho con un madero que le servia de colchon y almohada, y una gran cruz en que oraba con los brazos tendidos. Però en cambio se veian con mucha profusion silicios, disciplinas, rallos, manojos de zarzas, y otros instrumentos de maceracion y penitencia, salpicados con su sangre inocente. Su vida era un continuo martirio, á que no daba treguas ni por la oracion, ni por las obras de caridad en que se ejercitaba. Levantábase á las doce de la noche y pasaba en contemplacion el tiempo que duraban los maitines de los religiosos. Despues hacia un corto sueño, y volvía á levantarse á las tres, y continuaba su meditacion hasta que amanecía. Entraba en la iglesia á esta hora, donde confesaba y comulgaba diariamente, continuando en oracion hasta las doce, que salía de ella para volver á su celdita, donde tomaba un mezquino alimento. En seguida oraba hasta las dos postrada ante una cruz que tenia en el huerto: á esta hora asistía á visperas en la iglesia; despues se ejercitaba en obras de caridad, hasta las cinco que volvía á tener una hora de oracion mental. Oía completas, y volvía á su celda, consumiéndose

en ejercicios penitenciales hasta las nueve, en que comenzaba una leccion espiritual de dos horas: y por último, se entregaba al descanso de once á doce, para continuar al dia siguiente el mismo ejercicio.

Tantas virtudes y tanta abnegacion la hicieron célebre, no solo en la corte, sino en los lugares mas lejanos. Su pobre celda se vió visitada por eminentes prelados, grandes señores y príncipes de la tierra; y habiéndole concedido Paulo V. un breve especial para que fabricase junto á su celdilla un pequeño oratorio, donde le dijeran misa y le administrasen los sacramentos, tuvo la honra de ser su capellan entre otros personajes eclesiásticos, el señor don Gabriel Trejo, Pan y Agua, cardenal de la santa iglesia de Roma, obispo de Málaga, y presidente de Castilla. Però mientras mayores eran las honras que le tributaban, mayor su humildad y el desprecio de las ilusiones del mundo: un solo deseo alimentaba su corazon, que era ser contada entre las hijas del patriarca san Pedro Nolasco, y este deseo se vió cumplido el 20 de mayo del año de 1614, tercer dia de pascua de Espíritu Santo: pues en manos del maestro general de los mercenarios hizo su solemne profesion.

Desde este momento ya se consideró desprendida de las cosas terrenales: arrobada en la dulce contemplacion de una vision continua, que llenaba sus horas de goces deliciosos, se cumplió su vida mortal como un ángel de beatitud que cruza con rápido vuelo por entre los miseros mortales para enseñarlos á vivir y llenarlos de fortaleza y esperanza. El dia 11 de abril de 1624, le acometió un dolor de costado que hizo conocer no duraria mucho su existencia. Al momento acudieron á visitarla muchos grandes y señores de la primera gerarquia, ansiosos de recibir su bendicion; y hasta la misma

reina doña Isabel de Borbon, envió á doña Juana Zapata con este objeto. Finalmente, habiendo recibido los santos sacramentos con gran devocion y ternura, se abrazó fervorosamente con un crucifijo, y entregó su espíritu al Señor, el miércoles 17 de abril del referido año, á los cincuenta y nueve de su edad. Colocóse su cadáver en la capilla mayor de la iglesia de santa Bárbara, y fué tan grande el concurso de pueblo que acudió para tocar, lleno de fè, alguna medalla ó rosario

á sus reliquias, que no solo se llenaron las plazas y las calles, sino tambien parte del campo. El papa Clemente XIII, en vista del proceso formado al efecto, declaró en 9 de agosto de 1761, que la beata Maria Ana habia tenido las virtudes teologales y cardinales, en grado heroico; el 18 de enero de 1783 Pio VI. decretó que todos los cristianos pudiesen dar culto público á la venerable sierva de Dios Maria Ana de Jesus, como bienaventurada.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Africa, de SAN MAPALICO martirizado con otros compañeros por la doctrina de Jesus, como escribe san Cipriano en su carta á los mártires y confesores.

En la misma ciudad, de SAN FORTUNATO Y SAN MARCIANO mártires por la fè.

En Antioquia, de SAN PEDRO DIACONO, Y SAN HERMOGENES su ministro, que dieron su vida por el evangelio.

En Córdoba, de SAN ELIAS PRESBITERO, SAN PABLO Y SAN ISIDORO, mônges, mártires gloriosos de la religion católica.

En Viena, de SAN PANTAGATHO obispo.

En Tortona, de SAN INOCENTE obispo y confesor.

En Citeaux ó Cister, en Francia, de SAN ESTEBAN ABAD, que fué el primero que habitó este desierto donde recibió á san Bernardo y sus compañeros, que vinieron á colocarse bajo su direccion.

Celébrase tambien en España.

En la ciudad de Andujar, la colocacion de SANTA POTENCIANA VIRGEN natural de la inmediata Villanueva y de oficio tejedora, que vivió y murió santamente, y la provincia la tiene en gran veneracion.

LA MISA ES EN HONOR DE LA BEATA MARIA ANA DE JESUS, Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Señor, haz que las súplicas que te dirigimos en la festividad de tu bienaventurada Maria Ana, rompan los lazos de nuestra depravacion, y nos alcancen los beneficios de tu misericordia. Por nuestro Señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 10 Y 11 DE LA 2.^a DE SAN PABLO A LOS CORINTIOS.

Hermanos: el que se gloria, gloríese en el Señor. Por que no el que se alaba á sí mismo, el tal es aprobado: sino aquél á quien Dios alaba. Pluguiese á Dios que sufríeseis un poco mi imprudencia: mas toleradme: porque os celo con celo de Dios. Pues os he desposado con Cristo, para presentaros como virgen pura al único Esposo.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 25 DE SAN MATEO.

En aquél tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al Esposo y á la Esposa. Mas las cinco de ellas eran fátuas, y las cinco prudentes: y las cinco fátuas, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite. Mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardándose el Esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas. Cuando á la media noche se oyó gritar. Mirad que viene el Esposo, salid á recibirle. Entónces se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Y dijeron las fátuas á las prudentes. Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes, diciendo. Porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras, id antes á los que lo venden, y comprad para vosotras. Y mientras que ellas fueron á comprarlo, vino el Esposo: y las que estaban apercebidas, entraron con él á las bodas, y fué cerrada la puerta. Al fin vinieron tambien las otras vírgenes diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Mas él respondió, y dijo. En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia, ni la hora.

PENSAMIENTOS RELIGIOSOS.

LA PENA ETERNA.

Yo he de morir! este es el término de la existencia del hombre: yo he de morir! y el sepulcro tornará en polvo las galas y esplendores de la vida: yo he de morir! y aquella hora tan cierta, tan grande, tan terrible, aquella hora que apaga con su helado soplo los ardores de nuestro

temor y de agonía, es el principio de una era de eternidad, que asigna á cada uno la pena ó galardón que ha sabido conquistar con sus acciones.

Una corona de gloria ceñirá la frente pura del que supo acallar las fermentadas inspiraciones, que el mundo hace brotar con sus halagos para nuestro daño y perdición; la ventura y la inmortalidad le recibirán en su seno, colocándole en el resplandeciente pedestal labrado por sus virtudes.

Pero el que se rindió á las dolosas sugestiones del extravío, el que mancilló su carrera contentando sensaciones cesijentes, mentidos goces que tornan en hastío y turbación la saciedad del apetito, el que prevenció por orgullo, el que vaciló por falta de perseverancia, y el que por pertinacia y ceguedad no se acogió á la misericordia infinita del que perdona por amor, recibirá el castigo á que se hizo acreedor, y la inescrutable justicia divina herirá su cabeza culpable con el rayo de la pena eterna.

Tremenda palabra que en sí sola encierra mas tormentos de los que puede idear la razón humana, mas ansiedades de las que crea una esperanza repetida y frecuentemente burlada, mas agonías y dolores de los que pueden soportar los sentidos del hombre en la mas angustiosa tribulación.

Nunca, nunca podrá haber alivio; nunca, nunca podrá haber mudanza.

⌘ Hora tras hora pasan los amargos días de la desgracia: día por día desaparecen los años de nuestro martirio y desventura, y uno tras otro se consume en breve la mas dilatada existencia de miseria y padecer.

Y mientras llega el término de esta serie de infortunios, la paciencia alivia sus pesadas horas, la resignación dulcifica sus amarguras, y la esperanza consoladora que evoca la rectitud de nuestros procederes, llena el alma de una santa fortaleza para soportar los rigores de su duración.

Pero en las penas de la eternidad no hay alivio: su intensidad no puede ser dulcificada por cosa alguna: allí no hay tregua, allí no hay esperanza.

Allí no pueden contarse los años del castigo, porque el tiempo permanece inmóvil. Lo pasado, lo presente, lo futuro, se confunden en un solo período: es un círculo que gira constantemente en un mismo eje.

Allí no hay mas que sufrir y desesperarse, porque ha de ser para siempre.... para siempre.....

Cristianos, la justicia de Dios ha medido la pena por la enormidad de los delitos: pero al mismo tiempo nos ha dictado sus leyes saludables, para que nos libremos de esta espantosa desgracia: observad con fé su doctrina, y hallareis en vez de severidad, clemencia, misericordia, y un galardón soberano por todos los siglos de los siglos.

DIA DIEZ Y OCHO.

SAN ELEUTERIO OBISPO DE ESCLAVONIA, Y SANTA ANTIA SU MADRE, MARTIRES.

I.

Eleuterio nació en Roma durante el reinado de Trajano, de una familia distinguida por su nacimiento, y por los honoríficos empleos que sus antepasados desempeñaron. Su padre Eugenio fué honrado por tres veces con la dignidad consular, y aunque su nombre no se encuentra en los fastos consulares, consiste en que fué de aquellos cónsules que los emperadores nombraban durante el curso del año, y que no entraban por consiguiente en el número de la sucesión. Su madre Antia era cristiana, y se distinguía más por su religioso fervor, que por la ilustre alcurnia de sus abuelos. Llena de ternura y de esperanza para su hijo, crió á Eleuterio en la verdadera doctrina que profesaba, y le hizo gustar los singulares consuelos de una religion que nos llena de fortaleza en el mundo, y nos salva para la eternidad. Los esfuerzos de la bienaventurada madre se vieron secundados por las felices disposiciones del hijo, que muy pronto grabó en su corazón lo que su boca repetía, y de

que eran ejemplo vivo sus acciones.

Así que tuvo edad suficiente, Antia llevó á su hijo al papa Anacleto, que conociendo sus brillantes cualidades le ordenó de diácono y de sacerdote, y le confirió el obispado de Iliria, llamada hoy Esclavonia. Algunas actas le designan como obispo de Æcania ciudad de las Pulla, llamada hoy Troye: pero aun cuando así hubiese sido, le destinaron á la Iliria para predicar la ley de Jesucristo en aquellas regiones. Obediente y celoso, se presentó Eleuterio para cumplir su mision, y sus palabras dulces y convincentes hicieron conocer los errores de la idolatría, conquistando para el cielo un número considerable de personas, que se rendían á la eficacia de sus palabras. Semejante á un astro luminoso que con los destellos de su aparición disipa las sombras que le precedían en su curso, así brilló Eleuterio en aquellos países, que conquistó para la fé con su palabra de esperanza y de vida.

II.

Llegó á Roma la fama de las conquistas que hacia Eleuterio, y el emperador Adriano instigado por el ene-

migo comun del hombre, que enviaba un porvenir á que nunca podia aspirar, despachó á uno de sus ca-



S. Hieronimo O. de Esclavonia No.

pitanes llamado Felix, para que conduxese al apóstol de Esclavonia ante su tremendo y sanguinario tribunal.

Presentóse el delegado al virtuoso pastor, que cedió obediente á la voluntad del monarca: habló á Felix, y sus palabras de unción y de esperanza pudieron tanto en el pecho del gentil, que conoció la sublime doctrina de Eleuterio, y le pidió con instancia que le hiciese participante de sus dones. ¡Portentoso efecto de la

gracia divina! El encarnizado perseguidor del evangelio se vió cambiado de improviso en uno de sus discípulos mas celosos.

A pesar de esta conquista, quiso Eleuterio obedecer el mandato del emperador, pues ansiaba por aquella hora de ventura en que el martirio del cristiano abriera para su eterno porvenir las puertas de la gloria de su Dios.

III.

Presentóse Eleuterio á Adriano, radiante de esperanza, y lleno de fortaleza en la fé de sus convicciones. Intimóle el monarca que sacrificára á los ídolos; pero el prelado le hizo ver que no cumpliría nunca aquella orden, ni por amenazas ni promesas, porque los goces y dolores del mundo son nada para el que aguarda únicamente morir por Jesucristo.

Furibundo el tirano al ver que sus conatos se estrellarian inutilmente contra aquella impasible fortaleza, quiso saciar su rábida decretando la tortura bajo las formas mas espantosas é increíbles.

Tendieron á nuestro santo en un lecho de bronce, donde trataron de quemarle á fuego lento; pero Dios le envió sus consuelos celestiales, y cuando los verdugos fatigados pusieron término al suplicio, se levantó del lecho contento é incólume, como si no hubiese estado en aquel potro de muerte.

Entonces preparó la barbarie homicida de sus crueles perseguidores otro suplicio mas violento, para que acabase su existencia con un intolérable padecer. Colocáronle en unas parrillas sobre gruesos y encendidos troncos, cuyas voraces llamas avivaban con aceite: pero la divina pro-

videncia convirtió este líquido en agua de rosas, que apagó el fuego, y refrescó las carnes del mártir, que salió ileso de esta segunda tentativa, como habia salido de la primera.

Adriano dispuso que inmediatamente fuese metido en una gran caldera llena de cera, pez, y grasa hirviendo; pero el mártir de Jesucristo conservó su serenidad y su alegría, como si hubiese estado en un baño delicioso, saliendo de este tercer suplicio sin la mas leve lesion.

Grande fué el asombro de Adriano á vista de estos prodigios, y hubiera desistido seguramente de la persecucion del mártir, si uno de sus delegados, llamado Corebo, no le hubiese aconsejado que probase la eficacia de un nuevo tormento de su invencion. Consistia este en un horno de bronce, cuyo interior estaba sembrado de agudas puntas de hierro. Encerrábase al mártir en su cavidad, y encendiendo fuego por el exterior, parecia despedazado por los garfios, y abrasado por la violenta accion de las llamas.

Eleuterio no se turbó á vista de estos horrores, y con paso firme y decidido penetró en aquella espantosa máquina, que habia de poner á prueba su perseverancia y su fé.

La protección divina velaba sobre este decidido campeón del evangelio: los garfios doblaron sus puntas á la presión de su planta, y el fuego perdió del todo su acción conforme estuvo dentro, de modo que se paseaba por aquel recinto de muerte, salvo y sin dolor, entonando himnos de gratitud en loor del Dios omnipotente, que en su favor obraba aquel prodigio. Corebo se convirtió á vista de esta maravilla, confesó á Jesucristo por un impulso de fé, y se unió al gremio de la iglesia, bautizándose en su propia sangre derramada por la doctrina que acababa de abrazar.

Todavía quiso tentar Adriano, arastrado por su amor propio ofendido, otro medio mas que le librase de la vergüenza de tener que confesar su vencimiento, en una lucha entablada entre el príncipe poderoso, y Eleuterio, cristiano desvalido, y abandona-

Satisfecho Dios de la constancia del bienaventurado Eleuterio, quiso darle el premio que habia sabido conquistar, y recibirle en su gloria con la brillante diadema de mártir decidido y esforzado. El emperador Adriano mandó á sus satélites, así que hubieron pasado algunos dias, para que se apoderasen segunda vez de nuestro santo, y le arrojasen á los leones del circo. Estos animales depониendo su fiereza, lamieron sumisos sus piés: lo cual visto por el tirano, ordenó que la cuchilla del verdugo pudiese término á su existencia. Y como habia llegado la hora decretada por el Altísimo, tuvo lugar este último acto el día 18 de abril del año de 140, en que dió principio su vida eterna en presencia de su Dios.

Apenas se habia ejecutado la sen-

do por el mundo, pero lleno de espíritu de Dios y de su santa fortaleza. Encerróle en una estrecha prisión, y prohibió bajo las penas mas severas, que le diesen alimento alguno, á fin que muriese de hambre; pero una paloma penetraba diariamente en el calabozo, y le traia lo necesario para prolongar su existencia.

Convencido de la inutilidad de esta medida, dispuso le atasen á un carro tirado por dos potros indómitos, para que fuese despedazado por las piedras y por las breñas; pero un ángel bajo del cielo, le puso sobre el carro, y domando á los animales le condujo á una montaña inmediata á la ciudad, donde le dejó sano y salvo. Entónces Eleuterio se postró en tierra, y dirigió al Todopoderoso una ferviente prece de gratitud.

IV.

tencia, cuando se arrojó sobre aquel cuerpo inanimado santa Antia, madre venturosa en aquel instante, pues bebaba las reliquias de aquella querida prenda, que ofrecida en holocausto en las aras del Señor, habia subido hasta el empíreo su alma bienaventurada, como el aromático humo del incienso que se ofrece ante los altares. Los satélites del tirano quisieron apartarla violentamente; pero ella proclamó que era cristiana, y madre dichosísima de aquel héroe de la religión. Estas palabras le alcanzaron un glorioso martirio, pues en aquel mismo sitio, y en aquella tierna y devota postura, el filo de la espada puso término á su existencia.

Sus sagradas reliquias fueron conducidas á Riete, ciudad de Umbria, ó del Ducado de Espoleto. Verificóse

su martirio en Roma, y el martirologio romano hace mencion de este santo en Mesina por ser una ciudad

SAN PERFECTO MARTIR.

Los árabes que habian conquistado á casi toda España, ocupaban la ciudad de Córdoba, que habian elegido para asiento de las califas de occidente. Los cristianos vencidos y sojuzgados por huestes numerosas, fanáticas y agueridas, ó habian abandonado sus hogares acogidos á la fragosidad de las montañas, ó habian pactado con el vencedor sujetarse á su vasallage, exigiendo en cambio libertad y respeto para su culto.

Así vivian los cristianos entre sus enemigos, cuando nació Perfecto. Sus piadosos padres comenzaron la obra de su educacion, grabando en su corazon dócil y tierno las máximas verdaderas del cristianismo. El niño Perfecto aprendió con ansia estas lecciones dictadas por el cariño mas acendrado, y muy pronto dió muestras de los aprovechamientos que habia hecho en el camino de la virtud, á la sombra de sus celosos padres.

Conociendo estos por las inclinaciones del niño que Dios le llamaba á una vida de perfeccion y de ciencia, le entregaron á los padres de la iglesia de san Aciselo, que eran canónigos reglares de san Agustin. En esta escuela de santidad aprendió Perfecto las letras sagradas, siendo consumado y perfecto, como su nombre decia, en las ciencias á que se aplicó con afan, para poder rebatir los argumentos con que los sabios de aquella época atacaban la firmeza de nuestra religion. Y como era preciso la comunicacion con los árabes, aprendió su idioma, en el cual se producía con

en que su memoria se celebra con fiesta muy solemne.

tanta propiedad y soltura, como si fuese el suyo propio.

La fama de su rigidez y de su penitente vida, le hacian respetable entre los cristianos, que acudian de todas partes á escuchar sus predicaciones, y á tomar ajemplo de su perseverancia y abnegacion. Tambien los moros le respetaban por su saber y por su ciencia, siendo muy estimado de los principales, por la dulzura de su carácter, la pureza de sus costumbres, y la rectitud de sus ideas.

Sin embargo, llegó un dia en que la venganza, pasion desenfrenada que sobrepuja á los demas sentimientos, se alzó encarnizada y furibunda contra el celo religioso de nuestro santo.

Las relaciones que mantenía con los principales moros, no fueron nunca suficientes para hacerle transigir en el mas insignificante punto de su doctrina; y cuando la veía atacada en las conversaciones familiares, la defendía con ardimiento y decision, presentando en contraste de su pureza y divinidad los errores y tinieblas de las que se habian alzado en su contra.

Estas disputas y estas públicas predicaciones, eran muy frecuentes desde el principio de la conquista, porque el celo de los sacerdotes cristianos habia intentado atraer á la verdad á sus ilusos vencedores, y fueron causa de los edictos que se publicaron por los reyes, y gobernadores moros, imponiendo las penas mas severas á los cristianos que tratasen de catequizar á los hijos del profeta. Abderramen tercero, que ocupaba el trono de Córdoba

en la época en que vivía nuestro santo, renovó estos sanguinarios decretos, ordenando que se cumpliesen con la mas rigurosa exactitud.

El inminente riesgo que corrian los cristianos hablando en materias de religion, no detuvo nunca á Perfecto para encomiar las excelencias de la suya, y hacer conocer los vicios y errores que formaban la de los secuaces del Islamismo.

Su elocuencia, su erudicion, y el insinuante y persuasivo lenguaje que le era natural, hacian que los mismos moros solicitasen oírle. En una de estas ocasiones en que era numeroso el concurso, instáronle para que hablase sobre el evangelio santo que profesaba, manifestando al mismo tiempo su opinion con respecto á la doctrina del profeta; para lo cual le garantizaban con formal promesa la inmunidad del sitio. No necesitaba Perfecto de esta garantía, porque cuando se trataba de Dios no le detenian las órdenes promulgadas, ni le arredraban los peligros. Poseido de un santo entusiasmo, alzó su voz llena y sonora, para proclamar la divinidad de Jesucristo, y las excelencias de su doctrina. Les probó que no habia salvacion ni esperanza léjos de este faro luminoso, y que el hombre que no le escoje por guia, cae en las tinieblas del error, precipitándose en la perdicion eterna, despues de haber marchitado su vida en la intemperancia, y en las mas sucias abominaciones. Entónces les enumeró las flaquezas de Mahoma con tan feo colorido, que sus mismos secuaces no pudieron resistir el horror de aquella pintura. Sin embargo, pudo en ellos mas el amor propio ofendido, que la verdad con que habia sido delineada; y aunque no pudieron saciar su enojo en aquella ocasion, porque habian prometido respetarle, guardaron en su pecho la venganza para cuando se presentase favorable coyuntura de satisfacerla.

A los pocos dias, al tiempo de salir Perfecto de su iglesia, se vió cercado por una multitud de moros, que prorumpiendo en exclamaciones y gritos, le llevaron casi en el aire á presencia del gobernador. Allí le acusaron de haber quebrantado los decretos de Abderramen, menospreciando al profeta y ensalzando su religion. El juez le interrogó inmediatamente, y Perfecto preconizó la escelsitud de su doctrina: por lo que el magistrado sin mas formas de juicio, le mandó á un encierro mientras recaía la sentencia.

Algunos meses se pasaron en el interin, pues los moros celebraban una fiesta de su religion, en que se interrumpian los negocios públicos. Este tiempo lo ocupó nuestro santo en purificarse para aquella hora grandiosa, en que habia de comparecer en la presencia divina, para recibir el galardón conquistado por sus méritos y martirio.

Por último, llegó este dia, y el pueblo de Córdoba ocupó las calles con tumultuosa algazara para presenciar su sacrificio, como si hubiese sido una fiesta. Sacáronle de la prision, y haciéndole pasar el puente del Guadalquivir, le condujeron á un sitio ocupado actualmente por un arrabal de la ciudad, que entonces estaba fuera de murallas, y se llamaba el Campo de la Verdad, por los innumerables mártires que allí dieron testimonio de ella con su martirio.

Así que llegó Perfecto á este parage, exhortó al pueblo con una breve plática, para reconocer al Dios verdadero y único, por cuya confesion daba en aquel momento su vida: y elevando al cielo una sentida prece de reconocimiento y esperanza, entregó su cabeza á la cuchilla del verdugo, que puso fin á sus dias el viernes 18 de abril del año de 850. Los cristianos recogieron su cuerpo, y le dieron honorífica sepultura en la iglesia de san Acisclo, en medio de sus lágrimas y de sus preces.

SAN APOLONIO SENADOR DE ROMA Y MARTIR.

Vivia en Roma á fines del segundo siglo un senador sabio y elocuente, llamado Apolonio, que disfrutaba de una gran consideracion por sus méritos personales, por los empleos que desempeñaba, y por la nobleza de su antigua familia. En aquel tiempo regía la silla de san Pedro el papa Eleuterio, que aprovechando la calma que disfrutaba la iglesia, reducía á su gremio á las mas ricas familias de Roma. Apolonio movido por las conversaciones del pontífice, y de san Luciano, se dedicó á la lectura de los libros sagrados, para instruirse á fondo en la religion de Jesucristo. Entónces sintiendo los efectos de la gracia, conforme adelantaba en su lectura, lloró los años que habia consumido en la esterilidad y en el error, y pidió el santo bautismo, sujetándose á la ley de Jesucristo, única verdadera.

Inmenso fué el gozo de los fieles al saber esta conversion, que les aseguraba otras muchas, pues Apolonio fué el primer senador romano que abrió los ojos á la luz del evangelio.

En esta época disfrutaban los cristianos tranquilidad, porque habiendo ganado Marco Aurelio en el año de 174 una batalla á los alemanes por la cooperacion y oraciones de los cristianos, decretó por gratitud pena de la vida al que los acusase á causa de su religion. Sin embargo, no cesó la persecucion hasta el año de 180, en que por su muerte le sucedió su hijo Cómodo, que aun cuando no anuló las leyes que condenaban á los cristianos, los dejó vivir en paz.

Durante esta calma hacia Apolonio asombrosos progresos en la virtud y perfeccion, siendo uno de los primeros apologistas del cristianis-

mo. Pero el demonio que no duerme en su encarnizada envidia por arruinar todo lo que contrasta su vil miseria, incitó á un miserable esclavo llamado Severo, para que menospreciando el decreto publicado contra los denunciadores, acusase al senador Apolonio de haber renunciado á la religion de sus padres.

El prefecto del pretorio, llamado Perenio, condenó primeramente al esclavo, como denunciador, al tormento del aspa, que se verificó en el mismo dia; pero como no estaba derogado el decreto que condenaba á los cristianos, exhortó á Apolonio á que renunciase su fé, para no perder su consideracion, su bienestar y su vida; y no pudiendo conseguirlo, dispuso que compareciese ante el senado de que era miembro, para dar cuenta de su religion, y defender en persona su causa.

Apolonio hizo tantos progresos en las ciencias divinas de la religion, que san Gerónimo no tuvo dificultad en designarle como el segundo padre de la iglesia latina. Empleó sus luces y sus grandes conocimientos en hacer una hermosa y docta apología, en que patentizaba la verdad y santidad de la religion cristiana, destruyendo las calumnias con que habian tratado de desacreditarla injustamente. La elocuencia y decision con que pronunció esta defensa en senado pleno, hizo enmudecer á los enemigos mas acérrimos del cristianismo, y la gloria de la religion hubiera triunfado en medio del senado de Roma, si el prefecto para desvanecer aquella impresion, y ahogar los aplausos con que celebraban á Apolonio, no hubiese representado, que en virtud de las leyes del imperio, no podia ser absuelto ningun acusado como per-

sistiese en la fé de Jesucristo.

Bien sabía Apolonio que esta ley de Marco Aurelio estaba en todo su vigor: sin embargo, desechó las exhortaciones del prefecto, para que mudase de religion, respondiéndole con lo que acababa de esponer en su discurso; y agregando que su gloria y su felicidad consistia en derramar su sangre por el evangelio, cuya apología acababa de hacer en presencia del senado.

Y este cuerpo sujetándose á la ley vigente á que se referia el prefecto, le sentenció á que le cortasen la cabeza públicamente. Apolonio dió

gracias al cielo porque habia hecho sonar la hora de su ventura, y agregando á los méritos ya adquiridos la corona inmarcesible de mártir, subió á la bienaventuranza el 18 de abril del año de 189.

Sus reliquias se conservan en varias partes del orbe cristiano. En Evora de Portugal está la cabeza en el convento de carmelitas: en Amberes, un gran hueso; y el resto de sus reliquias en la iglesia de san Francisco de Bolonia en Italia, á donde fueron llevadas desde Roma el año de 1622, en tiempo de Gregorio XV.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Mesina, de SAN COREBO convertido á la fé por san Eleuterio, y mártir por la confesion de su doctrina.

En Brescia, de SAN CALOCERO MARTIR, que habiendo conocido á Jesucristo por san Faustino y san Jovita, combatió y triunfó en las persecuciones que les suscitaron por su fé, y dió su vida por ella en tiempo de Adriano.

En Milán, de SAN GAUDINO OBISPO, que entregó su espíritu al Señor, acabando de predicar contra los hereges, despues de una vida modelo de virtud y de perfeccion.

En el monasterio de SAN SALVADOR de Viana la traslacion de san Nunilon y san Allodio desde la ciudad de Huesca donde se hallaban.

LA MISA ES DEL COMUN DE MARTIR, Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Tesuplicamos, Omnipotente Dios que los que celebramos el nacimiento al cielo de tu bienaventurado mártir A-

polonio, nos veamos por su intercesion fortalecidos en el amor de tu nombre. Por Jesucristo nuestro Señor.

LA EPISTOLA ES DE LA 1.^a DEL APOSTOL SAN PEDRO, CAPITULO 4.^o

Carisimos: Mas gozaos de ser participantes de la pasion de Cristo, pa-

ra que os goceis tambien con júbilo en la aparicion de su gloria. Si

sois vituperados por el nombre de Cristo, bienaventurados sereis; por que lo que es de la honra, de la gloria, y de la virtud de Dios, y lo que es de su espíritu, reposa sobre vosotros. Pero ninguno de vosotros padezca como homicida, ó ladrón, ó maldiciente, ó codiciador de lo ajeno. Mas si padeciere como cristiano, no se avergüence: antes dé loor á Dios en este nombre. Porque es tiempo que empiece el juicio por la casa de Dios. Y si primero comienza por nosotros; ¿cuál será el paradero de aquellos que no creen al evan-

gelio de Dios? Y si el justo apenas será salvo, el impío y el pecador en dónde comparecerán? Y así aquellos, que sufren segun la voluntad de Dios encomiendan sus almas á su fiel Criador haciendo bien.

Nota. Estaba san Pedro en Roma cuando escribió esta carta á los fieles que se hallaban entre los gentiles para confirmarlos en la fé; no se sabe el año en que la escribió, y se cree que lo hizo en lengua griega, por ser mas conocida en el oriente.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 12 DE SAN JUAN.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo, que cae en la tierra, no muriere, él solo queda: mas si muriere, mucho fruto lleva. Quien ama su alma, la per-

derá; y quien aborrece su alma en este mundo, para vida eterna la guarda. Si alguno me sirve, sígame: y en donde yo estoy, ahí tambien estará mi ministro. Y si alguno me sirviere, le honrará mi Padre.

PENSAMIENTOS RELIGIOSOS.

TODO ES VANIDAD.

Mira al hombre resuelto á impávido lanzarse á los peligros, despreciar los dolores, y arrostrar la muerte por entusiasmo, por bravura, por necesidad: pero toca su corazón y sentirás los latidos de la agonía, del espanto y de la nada, que constituyen sus únicos dotes, y no podrás menos de prorumpir ¡oh vanidad, vanidad! todo en este mundo es vanidad!

Mira á ese disoluto como procura ahogar sus remordimientos, y encubrir el terror que le causan haciendo alarde de nuevas flaquezas y se-

ducciones. Imagina que el número de sus víctimas y lo ruidoso de sus estravíos, disimularán á los ojos del mundo la pusilanimidad y el espanto que combaten su corazón, ¡oh vanidad, vanidad, todo en este mundo es vanidad!

Mira al impío blasfemando de lo mas sagrado, desconocer la mano benéfica á quien debe la vida de que goza: mirale iracundo y contumaz agitarse frenético en su misma impotencia, y maldecir al cielo y á la creacion en su vértigo de desvarío. ¡Imbécil! su mismo delirio hace paten-

te el terror que le domina; sus maldiciones salen por una boca temblorosa, y parten de un corazón sobreco-gido por el mismo anatema que fulmina, pues conoce que se halla mas espuesto que nadie á sufrir todo el peso de sus rigores.

¿Quién le impelo á este acto de locura espantosa? La vanidad. Alucinado y engreido, procura ocultar con este raptó de insensatez la nada y miseria en que estriba todo su orgullo. ¡Oh vanidad, vanidad, todo en este mundo es vanidad!

El hombre cruza su vida por el mundo, y sienta su pie sobre la tierra, henchido el pecho de arrogancia, porque cree pertenecerle su posesion y su dominio.

Y no contento todavía, alza los ojos ufano, y recorre la inmensidad del azulado firmamento, trazando con su dedo impotente la carrera que han de seguir esas mil luces prodigiosas que giran en una esfera, adonde su vista mezquina no puede penetrar.

La armonía de la creacion siguiendo el inmutable curso que le trazara el Omnipotente, parece sujetarse á su voz, y secundar sus deseos é intenciones.

Pero cuando en el vértigo de su presuncion se cree dueño de la naturaleza, una revolucion que no le ha sido dado preveer, un incidente pequeño, y quizás insignificante, ocurrido en esta misma naturaleza que cree sujeta á su capricho, y creada meramente para sus goces, le recuerda la nulidad de su poderío, y el vassallaje que debe á una Providencia Superior.

Entónces calla en su confusion, procurando encubrir con su silencio la vergüenza que le imprime su derrota: calla, porque todavía en estos momentos preponderan en su corazón el orgullo y el amor propio. ¡Oh vanidad, vanidad, todo en este mundo es vanidad!

Qué es el hombre para tanto engreimiento? Miseria durante la vida, polvo cuando el sepulcro recoge sus despojos mortales.

Un poco de tierra basta para recibir al que consideraba estrecho para su ambicion los límites de la tierra.

Una inscripcion ó un epitafio es lo que recuerda por algun tiempo la existencia del que imaginó ocupar á todas las generaciones del mundo, con la relacion de sus hazañas.

Una mortaja de mas ó menos valla es lo único que conserva en la tumba, para mezclarse con las cenizas de sus despojos, el que en su insensatez quiso deslumbrar al mundo con los oropeles de su magnificencia. ¡Oh vanidad, vanidad, todo en este mundo es vanidad!

Cristiano, estudia en estas palabras la correccion de tu vida: el ambiente del mundo está emponzoñado con estos miasmas, y su aspiracion es mortífera.

Huye el contagio que es fatal á todo el que se contamina, y acógete á la doctrina del evangelio que te enseña la humildad y la abnegacion, como preservativos seguros del mal.

Corto es el sacrificio, y grande el premio que aguarda al que lo ofrece con sinceridad.

Unos cuantos años que pasan fugaces como el pensamiento; algunas ilusiones y mentidas esperanzas que el mas ligero reves borra y destruye para siempre, como el torbellino del huracan troncha y aniquila las flores de un dia que brotan en la pradera: esta es nuestra ofrenda únicamente.

Y en cambio de estos mezquinos y pasajeros goces, de estos goces que el mundo acibara con la hiel que vierte á toda hora en la copa que bebemos, espera al cristiano resignado y perseverante la vida inefable é inmarcesible que es la de la beatitud é inmortalidad.



S. Leon Papa.

PIA DIEZ Y NUEVE.

SAN LEON NONO PAPA.

Hugo, pariente cercano del emperador Conrado, y vástago ilustre de la casa de Abspurg en Alsacia, casó con Eleveyda, no menos ilustre por su alcurnia, que por las virtudes que adornaron su existencia. De su enlace vino al mundo el día 29 de junio del año de 1002, Bruno, que subió á la silla de san Pedro con el nombre de Leon nono. A poco de haber nacido se descubrieron por todo su cuerpo unas crucecitas rojas, que eran pronósticos de su santidad; y esto unido á una vision extraordinaria que tuvo su madre, la decidió á criarlo á sus pechos, y no fiar á persona alguna su primera educacion.

La bellísima indole de Bruno ayudó mucho á las intenciones de su santa madre, que á los cinco años le entregó á Bertoldo obispo de Toul, para que bajo su direceion aprendiese las buenas letras, y se ejercitase en la virtud.

Escelentes maestros cultivaron el ingenio perspicaz de Bruno, y el santo prelado reservó para su vigilancia, lo que tocaba á las costumbres y á la devocion; pero sus naturales y buenas inclinaciones no tenían necesidad de mas estímulo que de su decidida y tierna propension. En todas partes se hablaba con entusiasmo de su dulzura, de su humildad, y de su vida ejemplar y religiosa. Por este tiempo se vió atacado de una enfermedad aguda, de que le libró san Benito milagrosamente: y pensaba retirarse del

mundo, cuando Heriman, sucesor de Bertoldo en el obispado de Toul, le dió una canongia. Queriendo entonces aprovecharse de sus consejos el emperador Conrado, tuvo que pasar á la córte, donde no se alteró la regularidad de su vida, conservando siempre aquella modestia y circunspeccion, que hizo estender su nombre por toda Europa.

A la muerte de Heriman ocurrida en el año de 1026, le nombraron para sucederle, y dejó la córte á pesar de la repugnancia del emperador, que no queria que se apartase de su lado, ni que aceptase un obispado tan reducido como era aquel. Sin embargo de esto, fué consagrado por el arzobispo de Treveris su metropolitano, que le ordenó al mismo tiempo de sacerdote.

La nueva dignidad encendió el fervor y celo del santo prelado, que se dedicó con escrupulosa vigilancia á el arreglo del clero y del pueblo, empezando por la reforma de los monasterios de Meyen, Moutier, y de san Mansú. La pompa en la celebracion del culto divino, y el socorro de los menesterosos, eran sus dos atenciones principales. Socorria con su propia mano un número crecido de pobres, y lleno de humildad los asistía y los lavaba los pies. Bajo su modestia se ocultaba uno de los mayores talentos de su siglo: bajo su exterior afable y risueño, una mortificacion estremada: bajo su desprendimiento y cari-

dad, un ayuno riguroso, y una economía severa en todo lo perteneciente á su persona.

Tambien se vió nuestro santo perseguido y calumniado por émulos envidiosos de sus virtudes, que trataron de hacer sospechosa su fidelidad al emperador. Y aunque sus insinuaciones no hicieron mella en el ánimo de este monarca, lograron indisponer á Bruno con un conde muy poderoso, llamado Odon, cuyas vejaciones sobrellevó el santo prelado con tanta paciencia y mansedumbre, que llenaron de asombro á cuantos tenían conocimiento de aquellas injustas demasias; pero el cielo puso término á sus violencias con una muerte repentina y desastrosa.

Durante su prelación, se concluyó por mediacion de Bruno un tratado de alianza y de paz entre Roberto, rei de Francia, y el emperador Conrado. Tambien asistió á la dieta de Wormes en el año de 1048, á donde el emperador Enrique, hijo y sucesor de Conrado, habia convocado á todos los obispos y grandes del imperio, para estinguir el cisma de Benedicto, que despues de la muerte de Damaso segundo, turbaba la iglesia. Aquella asamblea numerosa, de acuerdo con los legados de Roma, convino en que la persona mas digna para ocupar la silla de san Pedro, era el obispo de Toul. Pero este prelado se resistió con ruegos y con lágrimas, que no hicieron mas que acreditar lo acertado de la eleccion. Quedó elegido canónicamente por sumo Pontífice, é hizo su entrada en Roma con los pies descalzos, y habiendo subido al púlpito trató de persuadir á que hiciesen nueva eleccion: pero fué solemnemente colocado en la silla de san Pedro con el nombre de Leon nono, el dia 12 de febrero, primer domingo de cuaresma del año de 1049.

Así que se vió en aquella suprema dignidad, fué su primer cuidado restaurar la disciplina eclesiástica, secu-

lar y regular, y la reformation de las costumbres. Convocó un concilio en Roma, y otro en Pavia, donde depuso algunos obispos acusados de simonía. Tambien mandó pagar los diezmos á la iglesia, condenó los matrimonios incestuosos, que eran comunes en aquel tiempo, y reprimió los errores de Berenger, contra quien escribió un tratado que se halla en los tomos de los concilios de su época.

Deseando inspeccionar por sí mismo el estado de la iglesia, y atender á sus necesidades, pasó los Alpes, y se avistó en Sajonia con el emperador: despues visitó á Colonia, á Toul, y Reims, donde elevó de la tierra el cuerpo de san Remigio, le llevó con grande pompa sobre sus hombros, é hizo la dedicacion de su iglesia. Despues de celebrado en esta ciudad un concilio, pasó á Metz, donde dedicó la iglesia de san Arnoldo: en seguida marchó á Maguncia, donde celebró otro concilio; y regresó á Italia y á Roma á principios del siguiente año.

Su solicitud pastoral le hizo recorrer la Pulla y las provincias vecinas, antes que terminase aquel invierno, para corregir los abusos, y mantener intacta la disciplina. Despues convocó otro concilio en Verceli en setiembre de 1050, en que se leyó el libro de Juan Escoto, que fué condenado á ser quemado publicamente, porque estaba lleno de errores contra la Eucaristia. Berenger habia prometido hallarse en este concilio; pero no asistió; y fué condenado de nuevo: y dos clérigos que se llamaban sus apoderados, y quisieron defenderle, fueron confundidos y arrastrados.

Aun hizo otro viaje este pontífice á Francia, y Alemania, para remediar por sí las necesidades mas urgentes de la iglesia: emprendiendo otro tercero á este último punto en el año de 1052, á pesar de su quebrantada salud, y continuos achaques, para conciliar á Andres, rey de Hungría, con el emperador Enrique. Cangeó con el empe-

rador la ciudad de Bamberga, y la abadía del Fuld, que habian sido cedidas á la santa sede por la ciudad de Benevento y sus dependencias. Concluidos estos asuntos celebró dos concilios, uno en Mantua, y otro en Roma, contra el cisma de los griegos.

No pudiendo soportar los desórdenes que cometian los normandos en los estados pontificios, pidió á su regreso tropas al emperador para echarlos de la provincia de la Pulla, pero fueron derrotadas, y el mismo santo pontífice quedó prisionero de sus enemigos. Condujéronle á Benevento de orden de su príncipe ó capitán Hunfrido, y empleó las horas de su cautiverio en la oracion y la penitencia. Ayunaba rigurosamente la mayor parte de los dias, vestía un áspero silicio, y dormía en el suelo sobre un tapiz, sirviéndole una piedra de cabecera. Decía misa todos los dias, y sus lágrimas eran testimonio de la fé y ternura con que su corazón celebraba este divino misterio.

La oracion, los negocios de la iglesia, y las obras de caridad, ocupaban su tiempo, y para entregarse mas á el estudio de la sagrada escritura, aprendió el griego, á pesar de tener cincuenta años, á fin de entenderla en esta lengua.

Tantos trabajos y penitencias minaron su salud, que era muy achacosa, presentándose una gran debilidad é inapetencia, que fueron anuncios de la proximidad de su muerte. Hizose

trasladar de Benevento á Roma, y los normandos, á quienes habia ganado para Jesucristo, y que no le miraban como prisionero, sino como á su legitimo pastor, le acompañaron hasta Capua, manifestando con sus lágrimas su sentimiento y veneracion.

Así que llegó á Roma, hizo llamar á los cardenales, obispos, y demas clero, para hacerles las mas santas y piadosas recomendaciones. En seguida se hizo llevar á la iglesia de san Pedro, donde antes de morir dirigió á Dios esta tierna plegaria. «Misericoordioso Dios, redentor de todos los hombres, única esperanza mia, si aun me creceis útil para la salvacion de vuestro pueblo, sanadme por vuestro poder; si no, tened misericordia de mí, y abreviad mi peregrinacion en este mundo.»

Un momento despues oyó misa, recibió el viático, y pidió que le dejasen solo con su Dios, á cuyo seno voló el dia 19 de abril del año 1054, teniendo cerca de cincuenta y dos de edad, y siendo el sexto de su pontificado.

La campana de san Pedro avisó por sí sola á los fieles que acababa de espirar, y muchas personas piadosas aseguran que vieron á su alma subir á los cielos, en medio de coros de ángeles.

Su cuerpo descansa en la iglesia de san Pedro en el Vaticano, á escepcion de un brazo que se halla en la ciudad de Sesa, y algunos otros fragmentos que se conservan en Bolonia.

SAN VICENTE DE COLIBRE.

Acababa de llegar á Colibre ó Collioure, pueblo de Cataluña inmediato á Perpiñan, el presidente Daciano, que

venia á ejecutar en España las sangui-narias órdenes del emperador Diocle-ciano, que habia jurado el estermínio

de los hijos del evangelio, á cuya fidelidad debía en parte su reinado. Por las indagaciones que el prefecto mandaba practicar en todos los pueblos donde llegaba, supo que en aquella poblacion habia un hombre virtuoso, acomodado, y muy influente por su honradez y por la pureza de sus costumbres, y de su vida. Pero este hombre era cristiano, y esta denominacion borraba en el ánimo del presidente las mas brillantes cualidades. Vicente no era á sus ojos mas que un impio, un embaucador, un hombre perjudicial que era preciso á toda costa, ó que renunciase á su doctrina, ó que pereciese en el cadalso.

Preocupado de esta manera no escuchó mas voz que la de su pasion que la incitaba á la crueldad y á la venganza, y no queriendo retardar la hora en que se viese cumplida su voluntad, mandó que inmediatamente compareciese el cristiano á su presencia.

Acudió Vicente al llamamiento de Daciano, y animoso y sereno arrostró el ceño airado del juez. Quiso amedrentar este al cristiano, presentán-

le como en revista los atroces tormentos de que podia hacer alarde para acabar con su existencia en los mas agudos dolores. Vicente escuchó las amenazas, y se mantuvo impávido y constante. Soy cristiano, exclamó, y no adoro á otro Dios que á Jesucristo: él juzgará mis acciones, y de su misericordia espero mi juicio. Hiere, mata, la fragilidad del hombre te pertenece; pero su esencia eterna y sublime, está en las manos de su Dios.

Estas palabras pronunciadas con la serenidad y firmeza que le inspiraban la inocencia y rectitud de su vida, y una confianza á toda prueba en la bondad omnipotente de su Dios, convencieron á Daciano de que Vicente no era un hombre vulgar, sino uno de aquellos espíritus fuertes que alienta el soplo divino de Dios; y no queriendo prolongar una audiencia que hubiera proclamado su confusion y vencimiento, entregó el cuello de Vicente á la cuchilla del verdugo, el 19 de abril del año 303 en que nuestro santo subió á la gloria ornada su cabeza con la aureola brillante de su martirio.

El nombre de Vicente parece que ha sido fecundo para dar mártires á la iglesia, que cuenta muchos santos españoles de este nombre, como son: san Vicente diácono de Zaragoza, mártir insigne: san Vicente de Evora, mártir en Avila con santa Sa-

bina y Cristeta, hermanas: san Vicente mártir de Gerona, con san Oroncio y san Victor: san Vicente abad del monasterio de san Claudio mártir, célebre en tiempo de los godos, y otros muchos de que rezan los martirologios.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Corinto de SAN TIMON, uno de los siete primeros diáconos de la iglesia, que residió primeramente en Berea, donde enseñaba al pueblo: en seguida predicando por todas partes la palabra de Dios, llegó á Corinto, donde segun tradicion, fué arrojado al fuego por los griegos y judios, sin

recibir lesion alguna: y últimamente fué enclavado en una cruz donde consumó su martirio.

En Melitene, en Armenia, de los SANTOS HERMOGENES, CAYO, ESPEDITO, ARISTONICIO, RUFO Y GALATO, MARTIRES por la fé de Jesucristo.

En Sangüesa, en Navarra, de los SANTOS SOCRATES Y DIONISIO, que en tiempo del emperador Diocleciano perecieron á lanzadas por confesar el evangelio sacrosanto.

En Jerusalem, de SAN PAFNUCIO MARTIR.

En Cantórbery, en Inglaterra, de SAN EFEGIO OBISPO Y MARTIR.

En Antioquia de Pisidia, de SANJORGE OBISPO, que murió en destierro por defender el culto de las santas imágenes

En el monasterio de Lobes, de SAN URSMAR OBISPO.

En Florencia, de SAN CRESCENCIO CONFESOR, discípulo de san Zenobio obispo.

LA MISA ES DE LA DOMINICA PRECEDENTE, Y LA ORACION DEL SANTO LA QUE SIGUE.

Te suplicamos, Omnipotente Dios, que aumentes en nosotros la devocion y el deseo de nuestra salud eter-

na en la venerada festividad del bienaventurado Leon, tu confesor y pontifice. Por Jesucristo nuestro Señor.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 1.º DE LA DE SAN PABLO A LOS COLOSENSES.

Hermanos: No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seais llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría é inteligencia espiritual. Para que andeis dignos de Dios, agradándole en todo: fructificando en toda buena obra, y creciendo en la ciencia de Dios: siendo confortados en toda virtud segun el poder de su gloria, en toda pa-

ciencia y longanimidad con gozo, dando gracias á Dios Padre, que nos hizo dignos de participar la suerte de los santos en luz, que nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reyno de su Hijo muy amado, en el cual por su sangre tenemos la redencion, la remision de los pecados.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 13 DE SAN LUCAS.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: si no hicieris penitencia, todos perecereis de la misma manera.

Así como tambien aquellos diez y ocho hombres, sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató: ¿pensais,

que ellos fueron mas deudores que todos los hombres, que moraban en Jerusalem? Os digo, que no. Mas si

no hicieris penitencia, todos perecereis de la misma manera.

MEDITACION.

REMEDIO CONTRA LA LUJURIA.

Lujuria es apetito desordenado de sucios y deshonestos deleites. Este es uno de los vicios mas generales que hay, y de los mas furiosos en acometer. Porque, como dice san Bernardo, entre todas las batallas de los cristianos, las mas duras son las de la castidad, donde es muy cotidiana la pelea, y muy rara la victoria.

Pues cuando este feo y abominable vicio tentare tu corazon, puedes salirle al encuentro con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que este vicio no solo ensucia el alma, que el Hijo de Dios limpió con su sangre, sino tambien el cuerpo en quien como en un sagrado relicario es depositado el sacratísimo cuerpo de Cristo. Pues si tan grande culpa es profanar, y ensuciar el templo material de Dios, ¿qué será profanar este templo donde mora Dios? Por esto dice el apóstol, «huid hermanos del pecado de la fornicacion: porque todo otro pecado que hiciere el hombre fuera de su cuerpo es: mas el que cae en fornicacion, peca contra su mismo cuerpo, profanándolo, y ensuciándolo con el pecado carnal.» Considera tambien que este pecado no se puede poner por obra, sin escándalo y perjuicio de otros muchos que comunmente intervienen en él: que es la cosa que á la hora de la muerte mas agudamente suele herir á la conciencia. Por que si la ley de Dios manda que se

dé vida por vida, ojo por ojo, y diente por diente, ¿qué podrá dar á Dios el que tantas ánimas destruyó? y con qué pagará lo que él con su misma sangre redimió?

Considera tambien que este halagüeno vicio tiene muy dulces principios, y muy amargos fines: muy fáciles las entradas, y muy dificultosas las salidas. Por donde dijo el sabio, «que la mala muger era como una cava muy honda, y un pozo boquiangosto, donde siendo tan fácil la entrada, es dificultosísima la salida.» Porque verdaderamente no hay cosa en que mas facilmente se enreden los hombres que en este dulce vicio, mas despues de enlazados en él, y trabadas las amistades, y roto el velo de la vergüenza, ¿quién lo sacará de ahí? Por lo cual con mucha razon se compara con las nasas de los pescadores, que teniendo las entradas muy anchas, tienen las salidas muy angostas: por donde el pez que una vez entra, por maravilla sale de ahí. Y por aquí entenderás cuanta muchedumbre de pecados pare este tan prolijo pecado: pues en todo este tiempo tan largo, está claro, que así por pensamiento como por obra, como por deseo, ha de ser Dios cuasi infinitas veces ofendido.

Considera tambien sobre todo esto, como dice un doctor, cuanta muchedumbre de pecados trae consigo esta halagüena pestilencia. Primera-

mente roba la fama, que entre las cosas humanas, es la mas hermosa posesion que puedes tener, pues ningun rumor de vicio huele tan mal ni trae consigo mayor infamia que este. Y allende de esto, debilita las fuerzas, amortigua la hermosura, quita la buena disposicion, hace dañosa la salud, pare enfermedades sin cuento, y estas muy feas y sucias: desflora antes de tiempo la frescura de la juventud, y hace venir mas temprano una torpe vejez: quita la fuerza del ingenio, embota la agudeza del entendimiento, y quasi la torna brufal. Aparta al hombre de los estudios y ejercicios honestos, y asi le zambulle todo en el cieno de este deleite, que ya no huelga de pensar ni hablar, ni tratar cosa que no sea vileza y suciedad. Hace loca é infame la juventud, y la vejez aborrecible y miserable. Mas no se contenta este vicio con todo este estrago que hace en la persona del hombre, sino tambien lo hace en seis cosas. Porque ninguna hacienda hay tan gruesa, ninguna de tan gran tesoro, á quien la lujuria no gaste, y consuma en poco tiempo. Porque el estómago y los miembros vergonzosos son vecinos y compañeros, y los unos á los otros se ayudan y conforman en los vicios. De donde los hombres dados á vicios carnales comunmente son comedores y bebedores: y así en banquetes y vestidos gastan todo quanto tienen. Y ademas de esto, las mugeres deshonestas nunca se hartan de joyas, de anillos, de vestidos de Holanda, de perfumes y olores, y cosas tales: y mas aman á estos presentes, que á los mismos amadores que se los dan. Para cuya confirmacion basta el ejemplo de aquel hijo pródigo, que en esto gastó toda la legitima de su padre.

Mira tambien que quanto mas entregares tus pensamientos y tu cuerpo á deleites, tanto menos hartura ha-

llarás: pues este deleite no causa hartura sino hambre: porque el amor del hombre á la muger, ó de la muger al hombre nunca se pierde, antes apagado una vez, se torna á encender. Y mira tambien como este deleite es breve, y la pena que por él se dá perpetua, y por consiguiente que es muy desigual trueque por una brevísima y torpísima hora de placer, perder en esta vida el gozo de la buena conciencia, y despues la gloria que para siempre dura, y padecer la pena que nunca se acaba. Por lo cual dice san Gregorio, un momento dura lo que deleita, y eternamente lo que atormenta.

Considera tambien la dignidad y precio de la pureza virginal, que este vicio destruye: porque los vírgenes en esta vida comienzan á vivir vida de ángeles, y singularmente por su limpieza son semejantes á los espíritus celestiales: porque vivir en carne sin obras de carne, mas es virtud angélica que humana. Solo la virginidad es la que, como dice san Gerónimo, en este lugar y tiempo de mortalidad representa el estado de la gloria inmortal. Sola ella guarda la costumbre de aquella ciudad soberana, adonde no hay bodas, ni desposorios, y así dá á los hombres terrenos, esperiencia de aquella celestial conversacion. Por lo cual en el cielo se dá cierto y singular premio á los vírgenes, de los cuales escribe san Juan en el Apocalipsi, diciendo. Estos son los que no mancharon su carne con mugeres, mas permanecieron vírgenes: y estos siguen al Cordero por donde quiera que vá. Y porque en este mundo se aventajaron sobre los otros hombres en parecerse con Cristo en la pureza virginal, por esto en el otro se llegarán á él mas familiarmente, y singularmente se deleitarán de la limpieza de sus cuerpos.

Y no solo hace esta virtud á los que la tienen semejantes á Cristo,

mas hácelos tambien templos vivos del Espíritu Santo, porque aquel divino Espíritu amador de la limpieza, así como uno de los vicios de que mas huye es la deshonestidad, así en ninguna parte mas alegremente reposa que en las ánimas puras y limpias. Por lo qual el Hijo de Dios concebido por el Espíritu Santo, tanto amó y honró la virginidad, que por ella hizo un tan gran milagro, como fué nacer de madre virgen. Mas tú ya que perdiste la virginidad, á lo menos despues del naufragio teme los peligros que ya experimentaste. Y ya que no quisiste guardar entero el bien de naturaleza, si quiera despues de quebrado, repárale, y tornándote á Dios despues del

pecado, tanto mas diligentemente ocúpate en buenas obras, quanto por las malas que has hecho, te conoces por mas merecedor de castigo. Por que muchas veces acontece, como dice san Gregorio, que despues de la culpa se hace mas ferviente el ánimo, la cual en el estado de la inocencia, estaba mas floja y descuidada. Y pues Dios te guardó habiendo cometido tantos males, no has ahora por donde pagues lo presente y lo pasado, y sea el postrer yerro peor que el primero.

Pues con estas y otras semejantes consideraciones debe el hombre estar apercebido y armado contra este vicio, y esta sea la primera manera de remedios que damos contra él.



de pensar ni hablar, ni tratar cosa que no sea vilicia y suciedad. Hace loca e inflama la inventud, y la ve- lés aborrible y misérable. Mas no se contenta este vicio con todo esto estrago que hace en la persona del hombre, sino tambien lo hace en seis cosas. Porque ninguna ha- cienda hay tan gruesa, ninguna de tan gran tesoro, á quien la injuria, el gasto, y consume en poco tiempo. Porque el estómago y los miembros vergonzosos son vecinos y compañeros, y los unos á los otros dan y contraman en los vicios donde los hombres dados á vicia- nales comunmente son comunmente bededores: y así en bandos de vicia- tidos gastan todo quanto tienen ademas de esto, las mugeres de las nunca se hablan de joyas, de los vestidos de Holanda, de perlas y olores, y cosas tales: y mas aman á estos presentes, que á los mismos amadores que se los dan. Para cuya contramacion basta el ejemplo de aquel hijo prodigo que en esto gastó toda la legitima de su parte.

Mira tambien que cuanto mas en- tregares tus pensamientos y tu cuer- po á delicias, tanto menos habra ha-

lo vicio destruye: porque los virge- nes en esta vida comienzan á vivir vida de ángeles, y singularmente por su limpieza son semejantes á los es- pitus celestiales: porque vivir en carne sin obras de carne, mas es vir- tud angélica que humana. Solo la virginidad es la que, como dice san Jerónimo, en este lugar y tiempo de la presente talidad representa el estado de la vida eterna. Solo ella guar- da el estómago de aquella ciudad so- bre el mundo, donde no hay bodas, ni des- cas, y así dá á los hombres ter- rales esperiencia de aquella celest- conversacion. Por lo qual en el mundo se dá cierto y singular pre- sencia de los virgines, de los cuales es- ta en el Apocalipsis, di- cho que son los que no man- dan su carne con mugeres, mas permanescion virgines: y estos si- guen al Cordero por donde dice- ra que va. Y porque en este mun- do se aventajaron sobre los otros hom- bres en parecerse con Cristo en la pureza virginal, por esto en el otro mundo se llegarán á él mas familiarmente, y singularmente se deleitarán de la limpieza de sus cuerpos.

Y no solo hace esta virtud á los que la tienen semejantes á Cristo



S. Ana de monte Pelicano.

DIA VEINTE.

SANTA INES DE MONTE-POLICIANO, DEL ORDEN DE SANTO DOMINGO.

En el año de 1274 nació Inés en Monte-Policiano, ciudad de la Toscana, de padres nobles, ricos y piadosos, que se ocuparon en la cristiana educacion de la niña, persuadidos á que Dios la destinaba á una elevada santidad, como anunciaban las milagrosas luces que aparecieron en el aposento en el mismo instante en que nació.

La niña correspondió á los desvelos de sus padres, anticipándose en ella el fervor y la devocion de una manera prodigiosa. Desde muy pequeña saltaba de gozo á vista de una imágen de Jesucristo, ó de Maria Santísima: cuando era mayor, se retiraba á un lugar apartado, donde pasaba horas, enteras rezando el padre nuestro y ave maria que le estaban enseñando: y por último á la edad de seis años, decia claramente que su único deseo era entrar religiosa.

Sus padres hubieran querido tenerla á su lado, pero sus ruegos y sus lágrimas vencieron á su cariño, y á la edad de nueve años la llevaron á un monasterio conocidas vulgarmente por el nombre de las del saco, porque sus religiosas vestian un escapulario de la tela grosera de que se hacen los sacos comunmente. Una virtuosa y prudente hermana llamada Margarita, fué la maestra de Ines, que al poco tiempo asombró á la comunidad por su humildad sincera, la mortificacion de

sus sentidos, su obediencia, su exactitud, su apacibilidad y su amor á la oracion; de tal suerte que habiendo llegado á visitar el monasterio una venerable abadesa por encargo del señor obispo de Arezo, quedó tan asombrada de los privilegiados dotes de la niña, que no pudo menos de decir, que Inés honraria tanto á la religion con sus virtudes, como la otra Inés romana habia honrado á la iglesia con su martirio.

A los pocos años era tan grande su abnegacion y su prudencia, y tantas las maravillas que se referian de su santidad, que habiéndose fundado un convento en Procono, pequeña poblacion del condado de Orvieto, alcanzaron sus habitantes del papa Nicolao IV, por intermedio del obispo de Ostia, que les diese por prelada y abadesa, á sor Inés de Monte-Policiano, aunque solo contaba quince años de edad.

Condescendió Inés en hacerse cargo de este gobierno por una vision que tuvo, y desde aquel instante aumentó su humildad y sus mortificaciones, pues estaba persuadida, que la preeminencia de su cargo solo debia conocerse en la mas rigida austeridad y observancia, principal obligacion de la que debia servir de guia y modelo. Continuo ayuno á pan y agua, y muy reducido descanso sobre la tierra, eran los únicos regalos de su cuerpo. Demasiado jóven todavía, y de una complexion delicada, estra-

góse su salud por tan excesivas penitencias, y lo restante de su vida fué una continua y dolorosa enfermedad.

Pero en estos momentos amargos, Dios la consolaba con visiones celestiales, y las dulzuras inefables de aquellas horas la llenaban de alegría y de resignacion.

Grande pesadumbre tenían los vecinos de Monte-Policiano de haber perdido aquel tesoro, y siendo inútiles las instancias de los prelados para que regresase entre ellos, se acordaron de que siendo niña habia tenido un vehementísimo deseo en ver convertida en casa de penitencia, una de mugeres públicas que habia á la entrada de la ciudad, y se obligaron á ejecutar este proyecto piadoso, con tal de que viniese la misma Inés á gobernarla.

Entonces el amor á su retiro cedió al deseo de la salvacion de las almas; y obtenida la licencia para pasar á hacer la nueva fundacion, tuvo el gusto de ver muy pronto concluida aquella casa religiosa, formándose bajo sus auspicios una numerosa comunidad, pues de todas partes venian á ponerse bajo su direccion. Dióles la primitiva regla de san Agustin, segun el instituto y espíritu de santo Domingo, y conseguida la confirmacion del legado apostólico, dedicó todo su empeño en cultivar para Dios el espíritu de sus hijas.

El monasterio de Monte-Policiano comenzó á florecer bajo los auspicios de su santa y virtuosa prelada, que sostenia el religioso fervor de sus hijas, con los continuos ejemplos de su abnegacion y perseverancia. En su santa y meritoria carre-

ra se vió fortalecida y animada por las frecuentes apariciones de los ángeles, de san Francisco, de santo Domingo, de la Reina de los Cielos, y del mismo Jesucristo, que la colmaban de consuelos inefables, y dulzuras interiores. Tambien se vió favorecida con el don de milagros, contándose muchos que obró durante su vida, y despues de su muerte. Entre otros es memorable el de aquel manantial de agua viva que brotó á petición suya, y que se llama hoy el agua de santa Inés, eficazísima para curar toda clase de enfermedades.

Rendidas sus fuerzas por los trabajos y enfermedad que purificaron su vida, conoció que el Señor iba á poner término á su destierro. Y llena de alegría en medio de los dolores que afligieron sus últimos instantes, recibió con fervoroso ahinco los sacramentos de la iglesia, y entregó su espíritu en manos de su Criador rodeada de sus queridas hijas, el 20 de abril del año de 1317, á los cuarenta y tres de edad, y treinta y seis de vida religiosa.

Su muerte fué anunciada prodigiosamente por muchos niños de pecho, que desde sus cunas gritaron; «ya murió sor Inés» Los testigos de esta maravilla la publicaron en cuanto amaneció, y se supo de las religiosas, que la santa habia muerto en el mismo instante que los niños lo anunciaron.

El papa Clemente VII, permitió á los vecinos de Monte-Policiano por su bula de 28 de mayo de 1532 el culto público de nuestra santa con fiesta y oficio, y Clemente VIII á instancias de Henrique IV de Francia, lo hizo estensivo á todas las casas de la orden de santo Domingo.

SAN MARCELINO OBISPO Y CONFESOR.

A principios del cuarto siglo vino del Africa un piadoso varon llamado Marcelino, acompañado de Vicente y de Domnino para predicar en las Galias la palabra de Dios. Internóse por la fragosidad de los Alpes, y llevó á aquellos ignorantes pueblos la palabra de vida, sin cuyo conocimiento nó es posible la salvacion. Sus rústicos y sencillos habitantes, escucharon las verdades que les predicaba el apóstol del evangelio, y creyeron en Jesucristo como en su único Dios y su esperanza. Numerosas conversiones fueron el fruto de sus trabajos espirituales, y habiendo crecido considerablemente el rebaño del Señor, fijó su residencia en la ciudad de Ambrun ó Ebre-duno situada en los Alpes de las Galias.

Aquellos pueblos recién convertidos le veneraban como merecia, por sus virtudes evangélicas, y por el religioso celo con que procuraba la salvacion de su numerosa grey. Primer obispo del territorio, fundó por decirlo así aquella colonia espiritual, que engrandeció y sostuvo por su vigilancia, y por los infinitos milagros que Dios obró por su mediacion.

Habiendo san Marcelino hecho edificar un bautisterio ó pila bautismal, para administrar el santo sacramento á todos los que sacaba de los errores de la idolatria, el Señor qui-

so obrar un prodigio, que al mismo tiempo que atestiguase lo aceptó que le eran los trabajos de su siervo, hiciese conocer al mundo todo, que residia la Divinidad, donde estaba la Omnipotencia. Era costumbre entonces bautizar á los catecúmenos en los dias de pascua de Resurreccion, y para este efecto brotó milagrosamente el sábado santo en la pila bautismal el agua sagrada, con grande asombro de toda la poblacion, que rendia á Dios gracias por este prodigio. Permaneció en la pila este agua durante los siete dias de la ceremonia, al cabo de los cuales por la misma virtud volvió á desaparecer, dejando el bautisterio enjuto. El sábado santo del año siguiente volvió á repetirse la misma maravilla, la cual no cesó por la muerte de san Marcelino, pues hasta nuestros dias ha llegado este milagro perenne, debido á los méritos y oraciones de nuestro santo.

Muchos años dirigió aquella iglesia san Marcelino como su primer prelado, hasta que agoviado por la edad, fué á gozar del premio debido á sus virtudes el 20 de abril del año de 340, reinando el emperador Constancio. Sus dos compañeros Vicente y Domnino siguieron constantemente sus huellas por el canino de la virtud, hasta que descansaron en el Señor en la ciudad de Clunes, donde están sepultados sus cuerpos.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA

En Roma, de los santos SULPICIO Y SERVILIANO, que habiendo si-

do convertidos á la fe de Jesucristo por las exhortaciones y milagros

de santa Domitila virgen, y no queriendo sacrificar á los ídolos, fueron decapitados por sentencia de Aniano prefecto de la ciudad, en la persecucion de Trajano.

En Saugüesa de España, de los SANTOS VICTOR, ZOTICO, ZENON, ACINDINO, CESARIO, SEVERIANO, CTISOFORO, TEONAS Y ANTONINO, que despues de haber soportado increíbles tormentos por la fé de Jesucristo, fueron degollados en tiempo del emperador Diocleciano.

En Tomes, en Scitia, de SAN TEOTIMO, ilustre obispo que fué respetado y venerado hasta por los infieles y bárbaros, á causa de su santidad, y de los milagros con que le honró el Señor.

LA MISA ES DE LA DOMINICA PRECEDENTE, Y LA ORACION DE LA SANTA MISA QUE SIGUE.

Dios, que eres nuestra salud, escúchanos propicio, para que así como celebramos la festividad de tu virgen

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 7 DE LA 1.^a DEL APOSTOL SAN PABLO

A LOS CORINTIOS.

Hermanos: cada uno estése delante de Dios, en aquello en que fué llamado. Quanto á las virgenes, no tengo mandamiento del Señor: mas doy consejo, así como quien ha alcanzado misericordia del Señor para ser fiel. Pienso pues, que esto es bueno, á causa de la necesidad que premia, porque bueno es al hombre el estarse así. ¿Estás ligado á muger? no busques soltura. ¿Estás libre de mu-

En Auxerre, de SAN MARCIANO PRESBITERO.

En la misma ciudad, de SAN TEODORO CONFESOR apellidado Trichinate á causa del asperísimo silicio que cubria todo su cuerpo. Tuvo un poder efficacísimo contra los enemigos de la salvacion, y su cuerpo destilaba un unguento precioso para toda clase de enfermedades.

Se reza ademas en España.

En Zaragoza, de SAN WALDEREDO MONGE y prelado, que asistió á muchos concilios de España, y descansó santamente en el Señor.

En Medellin, de SAN TEODORO ANACORETA, esclarecido por la abnegacion y penitencia de su vida.

y bienaventurada Inés; consigámonos tambien los afectos de una piadosa devocion. Por nuestro Señor Jesucristo:

ger? no busques muger. Mas si tomares muger, no pecaste. Y si la virgen se casare, no pecó; pero los tales quebrantos tendrán de la carne.

Nota. Escribió san Pablo esta epistola á los de Corinto no solo por el escándalo del incestuoso, y de la division de espíritu que reinaba entre los fieles de aquella ciudad, sino tambien para responder á las consultas que algunos timoratos le hi-

cieron con respecto á la virginidad y al matrimonio. Su doctrina hace ver que cada uno en su estado puede

En aquel tiempo habló Jesus estas cosas: y alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, viene la hora, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á tí. Como le has dado poder sobre toda carne, para que todo lo que le diste á él, les dé á ellos vida eterna. Y está es la vida eterna: que te conozcan á tí solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien en-

MEDITACION.

REMEDIO CONTRA LA ENVIDIA.

Envidia es tristeza del bien ageno, y pesar de la felicidad de los otros: conviene á saber, de los mayores, por ver el envidioso que no se puede igualar con ellos: y de los menores, porque se igualan con él: y de los iguales, porque compiten con él. De esta manera tuvieron envidia Saul á David, y los Fariseos á Cristo, por lo cual le procuraron la muerte, porque tal es esta bestia fiera, que á tales personas no perdona. Este pecado de su género es mortal, porque milita derechamente contra la caridad, así como el odio. Pero muchas veces no lo será, cuando no fuere la envidia consumada, como acontece en todas las otras materias de pecados. Porque así como hay odio, y tambien rencor que no es odio formado, aunque camina para

santificar á Dios, aunque conceptúa mas perfecto y mas meritorio el de la virginidad.

viaste. Yo te he glorificado sobre la tierra: he acabado la obra, que me diste á hacer. Ahora pues, Padre, glorificame tú en tí mismo con aquella gloria, que tuve en tí, antes que fuese el mundo. He manifestado tu nombre á los hombres, que me diste del mundo: tuyos eran, y me los diste á mí, y guardaron tu palabra.

él, así hay una envidia perfecta y otra imperfecta que camina para ella.

Este es uno de los pecados mas poderosos y mas perjudiciales que hay, y que mas estendido tiene su imperio por el mundo, especialmente por las cortes, y palacios, y casas de señores y principes, aunque ni deja universidades, ni cabildos, ni religiones, por do no corra. ¿Pues quién se podrá defender de este monstruo? Quién será tan dichoso que se escape, ó de tener envidia, ó de padecerla? Porque cuando el hombre considera la envidia que hubo, no digo ya entre los primeros dos hermanos que fundaron á Roma, sino entre los dos primeros hermanos que poblaron el mundo, la cual fué tan grande, que bastó para matar el uno al otro: y la que hubo

entre sus hermanos y José, la cual les hizo venderle por esclavo: y la que hubo entre los mismos discípulos de Cristo antes que sobre ellos viniese el Espíritu Santo: y sobre todo esto la que tuvieron Aaron y Maria, hermanos y escogidos de Dios, á su hermano Moises: cuando el hombre todo esto lee, ¿qué podrá imaginar de los otros hombres del mundo, donde ni hay esta santidad, ni este vínculo de parentesco? Verdaderamente este es un vicio de los que de callada tienen grandísimo señorío sobre la tierra, y el que la tiene destruida. Porque su propio efecto es perseguir á los buenos y á los que por sus virtudes y habilidades son preciados: por que aquí señaladamente tira ella sus saetas. Por lo cual dijo Salomon, «que todos los trabajos é industrias de los hombres estaban sujetos á la envidia de sus prójimos.» Pues por esto, con todo estudio y diligencia te conviene armarte contra este enemigo, pidiendo siempre á Dios ayuda contra él, y sacudiéndole de tí con todo cuidado. Y si todavía él perseverare solicitando tu corazón, persevera tú siempre peleando contra él, porque no consintiendo con la voluntad, no hace al caso que la carne maliciosa sienta en sí el pellizco de este feo y desabrido movimiento. Y cuando vieres á tu vecino, ó amigo, más próspero y aventajado que á tí, dá gracias al Señor por ello, y piensa que tú, ó no mereciste otro tanto, ó á lo menos que no te conviene tenerlo, acordándote siempre que no socorres á tu pobreza teniendo envidia de la felicidad agena, sino antes la acrecientas.

Y si quisieres saber con qué género de armas podrás pelear con este vicio: dígoté que con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que todos los envidiosos son semejantes á los demonios, que en gran manera tienen pesar de las buenas obras que hacemos, y de los bienes eternos que alcanzamos: no porque

ellos los puedan haber aunque los hombres los perdiesen; porque ya ellos los perdieron irrevocablemente, sino porque los hombres levantados del polvo de la tierra, no gocen de lo que ellos perdieron. Por lo cual dice san Agustin en el libro de la disciplina cristiana, «aparte Dios este vicio, no solo de los corazones de todos los cristianos, mas tambien de todos los hombres, pues este es vicio diabólico, de que señaladamente se hace cargo al demonio, y por el cual sin remedio para siempre padecerá.» Porque no es reprehendido el demonio, porque cayó en adulterio, ó porque hizo algun hurto, ó porque robó la hacienda del prójimo: sino porque estando caido tuvo envidia del hombre que estaba en pié.» Pues de esta manera los envidiosos á manera de demonios suelen haber envidia de los hombres, no tanto porque pretenden alcanzar la prosperidad de ellos, cuanto porque querrian que todos fuesen miserables como ellos. Mira pues, ó envidioso, que dado caso que el otro no tuviera los bienes de que tú tienes envidia, tú tampoco los tuvieras, y pues los tiene sin tu daño, no hai por que á tí te pese por ellos. Y si por ventura tienes envidia de la virtud agena, mira que en eso eres enemigo de tí mismo, porque de todas las buenas obras de tu prójimo tú eres participante, si estuvieres en gracia con Dios, y cuanto más él aprovecha y merece, tanto mas aprovechas tú á tí mismo. Por donde sin razon tienes envidia á su virtud, antes debias holgar con ella por su provecho y por el tuyo: pues participas de sus bienes. Mira pues, cuanta miseria sea, que donde tu prójimo se mejora, tú te hagas peor, como quiera que si amases en el prójimo los bienes que tú no puedes haber, los mismos bienes serian tuyos por razon de la caridad, y así gozarias de los trabajos agenos sin trabajo tuyo.

Considera tambien que la envidia abraza el corazón, seca las carnes, fa-

tiga el entendimiento, roba la paz de la conciencia, hace tristes los días de la vida, y destierra del ánimo todo contentamiento y alegría. Porque ella es como el gusano que nace en el madero, que lo primero que roe es el mismo madero donde nace: y así la envidia, que nace del corazón, lo primero que atormenta es el mismo corazón. Y después de este corrompido, corrompe también el color del rostro, porque la amarillez que parece por defuera, declara bien cuan gravemente aflige de dentro. Porque ningún juez hay más riguroso que la misma envidia contra sí misma, la cual continuamente aflige y castiga á su propio autor. Por lo cual no sin causa llaman algunos doctores á este vicio justo, no porque él lo sea, pues es gravísimo pecado, sino porque él mismo castiga con su propio tormento al que lo tiene, y hace justicia de él.

Mira además cuan contraria cosa sea á la caridad, que es Dios, y al bien común, que él tanto procura, tener envidia de los bienes ajenos, y aborrecer á aquellos á quienes Dios crió, y redimió, y á quienes está haciendo siempre bien, porque esto es estar condenado, y deshaciendo lo que Dios hace, á lo menos con la voluntad. Y si quieres una medicina muy cierta contra este veneno, ama la humildad y aborrece la soberbia, que esta es la madre de esta pestilencia. Porque como el soberbio ni puede sufrir superior, ni tener igual, fácilmente tiene envidia de aquellos que en alguna cosa le hacen ventaja, por parecerle que queda él más bajo si ve á otros en más alto lugar. Lo cual entendió muy bien el apóstol cuando dijo: no seamos codiciosos de la gloria mundana, compitiendo unos con otros, y teniendo envidia unos á otros. En las cuales palabras pretendiendo cortar las ramas de la envidia, cortó primero la

mala raíz de la ambición, de donde ella procedió. Y por la misma razón debes apartar tu corazón del amor desordenado de los bienes del mundo, y solamente ama la heredad celestial, y los bienes espirituales, los cuales no se hacen menores por ser muchos los poseedores, antes tanto más se dilatan, cuanto más crece el número de los que los poseen. Mas por el contrario, los bienes temporales tanto más se disminuyen, cuanto entre más poseedores se reparten. Y por esto la envidia atormenta el ánimo de quien los desea, porque recibiendo otro lo que él codicia, ó del todo se lo quita, ó á lo menos se lo disminuye. Porque con dificultad puede este tal dejar de tener pena, si otro tiene lo que él desea.

Y no te debes contentar con no tener pesar de los bienes del prójimo, sino trabaja por hacerle todo el bien que pudieres, y pide á nuestro Señor le haga lo que tú no pudieres. A ningún hombre del mundo aborrezcas: tus amigos ama en Dios, y tus enemigos por amor de Dios, el cual siendo tú primero su enemigo, te amó tanto, que por rescatarte del poder de tus enemigos puso su vida por tí. Y aunque el prójimo sea malo no por eso debe ser aborrecido, antes en este caso debes imitar al médico, el cual aborrece la enfermedad, y ama la persona, que es amar lo que Dios hizo, y aborrecer lo que el hombre hizo. Nunca digas en tu corazón. ¿Qué tengo yo que ver con este, ó en qué le soy obligado? no le conozco, ni es mi pariente, nunca me aprovechó, y alguna vez me dañó. Mas acuérdate solamente, que sin ningún merecimiento tuyo, te hizo Dios grandes mercedes, por lo cual te pide que en pago de esto uses de liberalidad, no con él, porque no tiene necesidad de tus bienes, sino con el prójimo que él te encomendó!

DIA VEINTE Y UNO.

SAN ANSELMO, ARZOBISPO DE CANTORBERI.

I.

Anselmo, hijo del conde Gondulfo y de Ermerberga, familia noble y distinguida de Lombardia y del Piamonte, nació en Aosto, ciudad de este último reino, en el año de 1033. Ocupado Gondulfo con los negocios del mundo que absorbían toda su atención, quedó la educación de Anselmo al cuidado de Ermerberga, piadosísima señora, que cultivó el bello natural de su hijo, para hacerle gustar los deliciosos encantos de la virtud y de la religión. Estas santas máximas despertaron en su alma un vehemente deseo de la salvación, de manera que á los quince años quiso dejar los opeles del mundo, por el pacífico estado de religioso.

Sin embargo, no queriendo el prelado recibirle tan jóven por no disgustar á su familia, fuè tan grande la pena que este suceso le causó, que se vió acometido de una peligrosa enfermedad, de que le salvó primeramente Dios, y luego los cuidados de su madre.

Pero al recuperar la salud, empezó á entibiarse su fervor, y la muerte de su madre, que acació á poco tiem-

po, acabó de apagarle enteramente.

Gondulfo dejaba á su hijo una libertad absoluta, y Anselmo se aprovechaba de ella para entregarse sin freno á los placeres y alegrías de la tierra. Pero Dios, que desde el cielo velaba por su porvenir, envió á su encuentro la tribulación, para purificarle y atraerle á su servicio.

El cariño de Gondulfo hácia su hijo se convirtió en aversion declarada, viéndole tan distraído y disoluto. Anselmo advirtió el enojo de su padre, y quiso reconquistar su amor con su sumision y rendimiento; pero esto no sirvió mas que para acrecentar su enojo, en tales términos, que no quiso verle mas.

Entónces Anselmo, creyendo que la ausencia templaría el enojo de su padre, dejó su hogar y su patria, encaminándose á Francia, sin direccion, y sin objeto. Con esta ausencia se vió Gondulfo solo en su viudez, y abrumado por los años y por los achaques, y enemistado con el mundo de quien no había recibido mas que desengaños, se acogió al templo del Señor, en cuyo servicio pasó el resto de su vida.

II.

La fama de Lanfranco, que tambien habia pasado desde Lombardia á Francia,

decidió á Anselmo á presentarse en la abadia de Bec, en Normandia, de



S.^m Anselmo Arz. de Cantorbery.

donde era prelado. En su escuela aprendió filosofía y teología, y los progresos que hizo en estas facultades, aumentaron mas su pasión por el estudio; pero en aquel momento reflexionó que nada hacía para sí, sino trabajaba al mismo tiempo para hacerse santo: y despertando esta reflexión sus antiguos deseos de abrazar el estado religioso, tomó el hábito en la abadía de Bec, á los veinte y siete años de edad, de manos del abad Herluino, que habia sido su fundador.

A los tres años de haber cumplido su noviciado, quedó electo Lanfranco abad de san Estevan de Caen, y Anselmo fué su sucesor en el priorato de Bec.

Resintiéronse los monges antiguos de esta preferencia; pero muy pronto se convencieron de que Anselmo era el mas eminente de todos. Su humildad, su dulzura, y su abnegacion le ganaron todos los corazones, que no veian en su superior mas que eficacia para prevenir sus menores necesidades, y santidad para ser el mas perfecto modelo. El ayuno, la penitencia, el estudio, y la oracion, llenaban las horas de aquella vida perfecta, que era una enseñanza viva para todos los que estaban bajo su direccion. De modo que con la dulzura de su gobierno, la apacibilidad de su carácter, y la santa erudicion de su doctrina, convirtió en poco tiempo á la abadía de Bec en un seminario de santos. La estremada ancianidad de Herluino, le obligó á dejar todo el peso de su gobierno á la prudencia de su prior Anselmo: y sin embargo de tan extraordinarias atenciones, escribió los libros de la *verdad de la existencia de Dios: de su esencia y atributos: de la cuida de los ángeles: y del libre albedrio*. Sus cartas y tratados sobre la oracion, están llenos de tan espiritual doctrina, y tan esquisita unción, que muestran claramente que nuestro santo no fué menos eminente en teología mística, que en la escolástica.

A la muerte de Herluino, fué elegido por su sucesor, á pesar de la resistencia que opuso para subir á aquella dignidad, que desempeñó con la misma humildad y exactitud, que habia mostrado desde novicio.

Habiendo tenido que pasar á Inglaterra por negocios del monasterio, fué honrado por el rey Guillermo el Conquistador, á causa del elevado concepto que tenia de su mérito y virtud. Entónces tuvo el gusto de ver y abrazar á su maestro Lanfranco, que desde la abadía de san Estevan de Caen, habia sido elevado á la silla arzobispal de Cantórberi.

Terminados los negocios de la abadía de Bec, y el arreglo de los bienes y posesiones que tenia en Inglaterra, volvió Anselmo á Normandía al seno de sus religiosos, que echaban de menos su presencia.

En aquel pacífico santuario, entregado únicamente á la perfeccion de sus hijos, y á la contemplacion de Dios, pasaba Anselmo los venturosos días de su existencia, cuando se vió obligado á presentarse de nuevo en la córte de Inglaterra.

Habia muerto Lanfranco y el rey Guillermo segundo, hijo del Conquistador, mandó que dejando á los monjes y clérigos lo suficiente para su subsistencia, se incorporase á su corona el dominio de sus posesiones, y el goce de sus rentas. Anselmo se presentó, é hizo ver la injusticia de aquellas disposiciones con los mas sólidos y enérgicos razonamientos. El rey acogió con benevolencia sus representaciones, y le nombró arzobispo de Cantórberi. Sorprendido nuestro santo de este nombramiento, se resistió á admitirlo, pero el cielo le hizo ver por un milagro que debia aceptarle, para que su celo revestido de aquella dignidad, fuese mas eficaz y robusto para defender los intereses de la iglesia. Esta consideracion obtuvo lo que no habian podido conseguir los ruegos de los preladados, y las órdenes del

rey, y la obediencia tuvo que vencer tanto á la humildad, que durante su consagracion, celebrada el 5 de diciembre del año 1093, las co-

piosas lágrimas que derramaba, eran auténtico testimonio de lo que le costaba aquel sacrificio.

III.

Alligía á la iglesia por este tiempo un cisma, y la Inglaterra no habia reconocido aun por pontífice á Urbano segundo; pero Anselmo que no temia el enojo del rey, no solo declaró en la junta del clero convocada en Rochingham, que habia aceptado el obispado con la condicion de reconocerle, sino que se presentó al rey pidiéndole licencia para pasar á Roma, á fin de recibir de aquel pontífice el palio arzobispal. Irritóse el rey con aquella solícitud, y no solo se la negó, sino que dió principio á una persecucion contra el prelado, que hacia mas encarnizada la adulacion de los cortesanos, los cuales á porfia le insultaban y maltrataban, como medio eficaz de congraciarse con el soberano. Embargáronle sus rentas, desterraron á sus mejores amigos, y quitáronle los criados mas afectos, á fin de que el padecer y la humillacion doblegasen su espíritu lleno de santa fortaleza. Pero Anselmo soportó su tribulacion y con fé sincera, esperó su término solo de Dios.

En el interin, el rey se reconcilió con el papa Urbano, á quien envió embajadores, que á su regreso trajeron consigo como nuncio de su santidad, á Gualter, obispo de Alba, el que á pesar de las instancias del rey para

que depusiese á Anselmo, le dió el pálio en nombre de su santidad, haciéndole saber que estimaba mucho su entereza, y que desde aquel instante se declaraba como protector suyo.

Algun tiempo se vió Anselmo libre de las persecuciones de la córte; pero estas volvieron con mas fuerza, pues el objeto principal era apoderarse de las rentas de la iglesia de Cantórberi: y como la conciencia de Anselmo no podia permitir esta usurpacion, determinó pasar á Roma para prevenir la tempestad. Su delicada salud destruida por las penitencias y por las penalidades del viaje, le obligaron á detenerse en Leon, desde donde escribió al papa, á fin de que le exonerase de una dignidad que habia aceptado con estrema repugnancia: pero el pontífice le hizo venir á Roma, donde le honró como á uno de los prelados mas sabios y santos de la iglesia, dándole hospedage en su mismo palacio de san Juan de Letran. Las distinciones que recibía en Roma fueron mas penosas para su humildad, que los malos tratamientos experimentados en Inglaterra; pidió licencia á su santidad para retirarse á Telesio, ciudad de Nápoles, á la abadía de san Salvador, de que era prelado un discípulo suyo de la de Bec.

IV.

Anselmo renovó en su soledad su antigua repugnancia por todo lo que

era pompa y dignidades. La pacífica vida del claustro convenia á sus in-

clinaciones y á su espíritu, que se alimentaba en la contemplacion; pero no pudo entregarse á estos goces, porque el papa se negó resueltamente á admitir la renuncia que con repetida instancia hacia de su arzobispado. Durante su retiro tuvo órden de pasar á Bari, para asistir al concilio que allí se celebraba: y habló con tanta elocuencia y energía contra el error de los griegos, probando con solidez el dogma de la iglesia, sobre el modo con que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, que el pontífice y el concilio entero proclamaron, que el mismo Espíritu Santo habia hablado por la boca de Anselmo. En seguida volvió á Roma con el pontífice, y asistió á otro concilio en aquella ciudad, donde le oyeron con la misma veneracion que en el de Bari. Sin embargo, las honras extraordinarias que le hacian, le obligaron á pedir licencia para trasladarse á Leon de Francia, donde fué recibido con especial alegría por su arzobispo Hugo. Poco despues de haber llegado, supo la funesta muerte del rey Guillermo, acaecida el 2 de agosto del año do 1100, de resultas de un flechazo que el dia anterior habia recibido en la caza del ciervo. Su sucesor Henrique segundo le llamó á Inglaterra, donde tambien le hizo padecer mucho, pues habiendo sabido de su boca lo que habia pasado en el concilio de Roma con respecto á las investiduras por los legos, cambió su antiguo afecto en odio, y aun trató de volverle á desterrar de su iglesia. Sin embargo, se suspendió esta medida, conviniendo en que pasara á Roma con el obispo de Excester, para tratar un acomodamiento con el pontífice, sin embargo que san Anselmo protestó que no propondria nada que fuese contrario á lo acordado en el concilio. Vióse el negocio en presencia del papa y de los cardenales, y el rey de Inglaterra no consiguió nada en sus pretensiones; por lo que se pro-

hibió al arzobispo que volviese á Inglaterra. Entónces escogió para su residencia á Leon de Francia, donde pasó diez y seis meses entregado á la virtud y á la oracion, hasta que la princesa Adela, hermana del rey, que le profesaba grandísima veneracion, le hizo pasar á Normandía, donde le restituyó la gracia del rey, que habiendo depuesto sus preocupaciones y enemistad, le recibió con respetuoso cariño, y le volvió á la pacífica posesion de sus derechos.

Sin embargo, Anselmo se vió detenido en la abadia de Bec por una larga y penosa enfermedad, que no le permitió restituirse á su iglesia, hasta el año de 1107, donde fué recibido con toda la pompa, respeto, y alegría, con que el pueblo y el clero patentizaban los deseos que tenian por ver á su prelado.

Tres años gobernó Anselmo en paz la iglesia de Cantórberi, consumiendo las pocas fuerzas que le quedaban en su ancianidad, en beneficio de los que la providencia habia puesto á su cuidado. Su vida que se habia gastado en sus trabajos espirituales, y en las penitencias escesivas, tocaba ya á su fin. Toda ella habia sido una lucha continua: habia resistido al poder y puesto barreras á la invasion de la autoridad: habia padecido en el destierro, y la persecucion, y ofrecido á Dios las horas de su padecer: y en medio de sus tribulaciones, su esperanza era Dios, y su objeto el engrandecimiento de la iglesia, que enriqueció con crecido número de obras escelentes. Desde su infancia fué tiernísima su devocion á la Madre de Dios, que creció con los años, y fué su consuelo en sus repetidas emigraciones.

Vivió para su ley y para su pueblo, pues no dejó las obligaciones de su ministerio, ni por sus achaques, ni por su ancianidad. Su fin se aproximaba por momentos, y el santo prelado que lo conocia, redobló los efi-

caces esfuerzos de su fervor. Por último, el miércoles santo 21 de abril de 1109, estando tendido sobre la ceniza, y cubierto de un áspero cilicio, voló al cielo su alma bienaventurada, mientras le leían la pasión del Señor. Tenía entónces setenta y seis a-

ños de edad, y había gobernado diez seis aquella iglesia.

Las iglesias de Colonia, Praga, Bolognia de Italia, y Amberes, conservan sus reliquias, que los fieles veneran con culto especial, por los milagros que el Señor obra por su intercesión.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Persia, de SAN SIMEON obispo de Seleucia y de Cresifonte, que habiendo sido preso y cargado de cadenas por mandato de Sapor, rey de Persia, fué llevado de aquel modo al tribunal de sus inícuos jueces. Mandáronle que adorase al sol, y el santo prelado proclamò lleno de fortaleza, que no habia mas Dios que Jesucristo. Entónces fué conducido á un estrecho calabozo con otras cien personas, entre obispos, presbíteros, y sacerdotes de varias órdenes religiosas. Durante su prision volvió al gremio de la iglesia á Usthasano, ayo del rey, que habia renegado antes de la fé cristiana, el cual supo redimir su flaqueza con un heróico martirio. Al día siguiente que era viernes santo, degollaron en presencia de san Simeon á cuantos habian sido encerrados con él, y por último, despues de haber animado á todos con esforzada y heróica perseverancia, entregó la cabeza á la cuchilla homicida de sus verdugos. Tambien sufrieron la misma suerte dos sacerdotes de su ido-

latría llamados Abedechalas y Ananias, que se convirtieron al cristianismo, presenciando la heroicidad de los mártires: y por último, sufrió la misma suerte Pasicio superintendente de los trabajadores del príncipe, porque animó á Ananias que titubeaba. Rigoroso fué su suplicio, pues le abrieron la garganta y le arrancaron la lengua por esta incision, y en seguida asesinaron á su hija, que era una vírgen consagrada al Señor.

En Alejandria, de SAN ARADOR, presbítero, SAN FORTUNATO, SAN FELIX, SAN SILVIO y SAN VITAL, mártires todos por la fé de Jesucristo.

En Atjona, de SAN APALO, SAN ISACIO y SAN CROTATO, soldados de los ejércitos de Roma, que dieron su vida por la fé durante el imperio de Diocleciano.

En Antioquia, de SAN ANASTASIO, SINAITA, obispo.

En España, en Cartagena, de SAN VICTOR obispo y confesor, que pasó á la bienaventuranza como premio de sus virtudes.

LA MISA ES EN HONOR DEL SANTO Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Dios, que diste á tu pueblo al bienaventurado Anselmo, ministro de la

eterna salvacion, te suplicamos nos } vimos por director de la vida en la
 concedas que merezcamos tener por } tierra. Por nuestro Señor Jesucristo.
 intercesor en los cielos, al que tu- }

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 4.º DE LA SEGUNDA DEL APOSTOL SAN PABLO A
 TIMOTEO, Y LA MISMA QUE EL DIA 4 FOLIO 43.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 5.º DE SAN MATEO, Y EL MISMO QUE EL
 DIA 4 FOLIO 44.

MEDITACION.

REMEDIO CONTRA LA PEREZA.

Acidia es una flojedad y caimiento del corazon para bien obrar, y particularmente es una tristeza y hastio de las cosas espirituales. El peligro de este pecado se conoce por aquellas palabras que el Salvador dice. «Todo árbol que no diere buen fruto, será cortado y echado en el fuego.»

Y en otra parte exhortándonos á vivir con cuidado y diligencia, que es contraria á este vicio, dice. «Abrid los ojos, velad, y orad, porque no sabeis cuando sereis llamados.»

Pues cuando este torpe vicio tentare tu corazon, puedes armarte contra él, con las consideraciones siguientes.

Primeramente considera, cuantos trabajos pasó Cristo por tí, desde el principio hasta el fin de su vida: cómo pasaba las noches sin sueño, haciendo oracion por tí: cómo discurría de una provincia á otra, enseñando y sanando á los hombres: cómo se ocupaba siempre en las cosas que

pertenecian á nuestra salud: y sobre todo esto, como en el tiempo de su pasion, llevó sobre sus sacratisimos hombros cansados de los muchos trabajos pasados, aquel grande y pesado madero de la cruz. Pues si el Señor de la Magestad tanto trabajó por tu salud, ¿cuánto será razon trabajes tú por la tuya? Por librarte de tus pecados padeció aquel tan tierno Cordero tantos y tan grandes trabajos: ¿y tú no quieres sufrir aun los pequeños por ellos? Mira tambien cuantos trabajos sufrieron los apóstoles cuando fueron por todo el mundo predicando; cuántos padecieron los mártires: cuántos los confesores: cuántos las vírgenes: cuántos todos aquellos padres que vivian apartados en los desiertos: y cuántos finalmente todos los santos que ahora reinan con Dios, por cuya doctrina y predicaciones de la fé católica, la iglesia se dilató hasta el dia de hoy.

Considera junto con esto, como ninguna de todas las cosas criadas está ociosa, porque los ejércitos del cielo sin cesar cantan loores á Dios; el sol, la luna y las estrellas, y todos los cuerpos celestiales, cada día dan una vuelta al mundo para nuestro servicio. Las yerbas, los árboles, desde una pequeña planta, van creciendo hasta su justa grandeza. Las hormigas juntan granos en sus cilleros en el verano, con que se sustentan en el invierno. Las abejas hacen sus panales de miel, y con gran diligencia matan los zánganos negligentes y perezosos: y lo mismo hallarás en todos los otros géneros de animales. ¿Pues cómo no haber tú vergüenza, hombre capaz de razon, de tener pereza, la cual aborrecen todas las criaturas é irracionales por instinto de naturaleza?

Item si los negociadores de este mundo pasan tantos trabajos para juntar sus riquezas perecederas, las cuales despues de ganadas con muchos trabajos, han de guardar con muchos peligros, ¿qué será razon, hagas tú negociador del cielo para adquirir tesoros eternos, que para siempre duran?

Mira tambien, que si no quieres trabajar ahora cuando tienes fuerzas y tiempo, ¿qué harás por ventura despues que te falte lo uno y lo otro, como cada día vemos acaecer á muchos? El tiempo de la vida es breve, y lleno de mil estorbos: por tanto, cuando tuvieres oportunidad para bien obrar, no lo dejes por pereza, porque vendrá la noche, cuando nadie podrá obrar.

Mira tambien que tus muchos y grandes pecados piden grande penitencia, y grande fervor de devocion para satisfacer por ellos. Tres veces negó san Pedro, y todos los días de su vida lloró aquel pecado, puesto que ya estaba perdonado. Maria Magdalena hasta el postrér punto de su vida, lloró los pecados que habia cometido,

puesto que habia oido aquella tan dulce palabra de Cristo. «Tus pecados te son perdonados.»

Y por abreviar deo aquí de referir otros que acabaron la penitencia con la vida: de los cuales muchos tenian mas livianos pecados que tú. Pues tú que cada día acrecientas pecados á pecados, ¿cómo tienes por grave el trabajo necesario para satisfacer por ellos? Por tanto, en el tiempo de la gracia y de la misericordia, trabaja por hacer frutos dignos de penitencia: para que con los trabajos de esta vida redimas los de la otra. Y aunque nuestros trabajos y obras parezcan pequeñas, si proceden de la gracia son de grande merecimiento: pues en el trabajo son temporales, y en el premio eternas: breves en el espacio de la carrera, y perpetuas en la corona. Por lo cual no consintamos que este espacio de merecer se nos pase sin fruto, poniendo ante nuestros ojos el ejemplo de un devoto varon, que todas las veces que oia el reloj, decia: ¡Oh Señor Dios mio! ya es pasada otra hora de las que vos teneis contadas de mi vida, y de que tengo que daros cuenta» Si alguna vez nos viéremos cercados de trabajos, acordémonos que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios, y que no será coronado, sino aquel que varonilmente peleare. Y si te parece que asaz tienes peleado, y trabajado, acuérdate que está escrito. «El que perseverare hasta el fin será salvo. Porque sin perseverancia, ni la obra es finalmente fructuosa, ni el trabajo tiene premio, ni el que corre alcanza victoria, ni el que sirve, la gracia final del Señor. Por lo cual no quiso el Salvador bajar de la cruz, cuando se lo decian los judíos, por no dejar imperfecta la obra de nuestra redencion. Por tanto, si queremos seguir á nuestra cabeza, trabajemos con toda diligencia hasta la muerte, pues el premio del Señor dura para siempre. No cesemos de hacer penitencia, no cesemos de

llevar nuestra cruz en pos de Cristo: porque de otra manera ¿qué nos aprovechara haber navegado una muy larga y próspera navegacion, si al cabo nos perdemos en el puerto?

Y no nos debe espantar la dificultad de los trabajos y peleas, porque Dios que te amonesta que pelees, te ayuda para que venzas, y ve tu combate, y te socorre cuando desfalleces, y te corona cuando vences. Y cuando te fatigaren los trabajos, toma este remedio. No compares el trabajo de la virtud, con el deleite del vicio contrario: sino la tristeza que ahora sientes en la virtud, con la que sentirás despues de haber pecado: y la alegría que puedes tener en la hora de la culpa, con la que tendrás despues en la gloria: y luego verás, cuánto es mejor el partido de la virtud que el de los vicios. Vencida una batalla, no te descuides: porque muchas veces, como dice un sabio, nacen descuidos del buen suceso: antes debes estar apercebido, como si luego hubiesen de tocar la trompeta para otra: porque ni la mar puede estar sin ondas, ni esta vida sin tentaciones. Y ademas de esto, el que comienza la buena vida, suele ser mas fuertemente tentado del enemigo, el cual no se precia de tentar los que poseen con pacifico señorío, sino los que están fuera de su jurisdiccion: Así que en todo tiempo has de velar, y siempre estar alerta, y armado, en quanto estuvieres en esta frontera. Y si alguna vez sintieres tu ánima herida, guárdate de cruzar luego las manos, y arrojar las armas y el escudo, y entregarte al enemigo. Antes debes imitar á los caballeros esforzados, á los cuales muchas veces la vergüenza de ser vencidos, y el dolor de las heridas, no solamente no hace huir, mas antes los incita á pelear. De es-

ta manera cobrando nuevo esfuerzo en la caída, verás luego huir á aquellos de quien tú huías, y perseguirás á los que te perseguían. Y si por ventura, como acontece en las batallas, otra vez fueres herido, ni aun entonces has de desmayar, acordándote que esta es la condicion de los que pelean varonilmente, no que nunca sean heridos, mas que nunca se rindan á sus contrarios. Porque no se llama vencido, el que fué muchas veces herido, sino el que siendo herido, perdió las armas y el corazon. Y siendo herido, luego procura de curar tu llaga, porque mas facilmente curarás una llaga, que muchas: y mas ligeramente curarás la fresca, que la que está ya ahistolada. Cuando alguna vez fueres tentado, no te contentes con no obedecer á la tentacion, mas antes procura sacar de la misma tentacion, motivos para la virtud: y con esta diligencia, y con la divina gracia, no serás peor por la tentacion, sino mejor: y así todo servirá por tu bien. Si fueres tentado de lujuria, ó de gula, quita un poco de los regalos acostumbrados, aunque sean licitos, y acrecienta mas á los santos ayunos y ejercicios. Si eres combatido de avaricia, acrecienta mas las limosnas y buenas obras que haces. Si eres estimulado de vanagloria, humíllate mas en todas las cosas. De esta manera por ventura temerá el demonio tentarte, por no darte ocasion de mejorarte y de hacer buenas obras, el cual siempre desea que las hagas malas. Huye quanto pudieres la ociosidad, y nunca estés tan ocioso, que en la ociosidad no entiendas en alguna cosa de provecho, ni tan ocupado, que no procures en la misma ocupacion, levantar tu corazon á Dios, y negociar con él.

DIA VEINTE Y DOS.

SAN SOTERO PAPA Y MARTIR.

A fines del primer siglo, ó principios del segundo nació en la ciudad de Fundi, en el reino de Nápoles, Sotero, hijo de Concordio, que tuvo la dicha de ser educado en el seno de la iglesia durante su primitivo fervor. Modesto, instruido y virtuoso, se hizo célebre entre el clero de la iglesia de Roma, que en aquellos tiempos servía de modelo por su fé y piedad á todas las iglesias del mundo. Sus relevantes prendas hicieron que á la muerte del papa Aniceto, ocurrida por los años de 161, le eligieran para sucederle en el pontificado.

En aquellos días se decretó una de las mas horrosas persecuciones que ha sufrido el cristianismo. Marco Aurelio ocupaba el trono de los Césares, y sus edictos de sangre se ejecutaban en Roma, y en los puntos mas apartados de su imperio. La crueldad y la pasión se cebaron atrozmente en los indefensos hijos de la fé, que entregaban sus cuerpos á los dolores, y sus vidas á las cuchillas de los verdugos. Los calabozos estaban atestados de víctimas, que fieles á sus creencias y á su Dios, soportaban su padecer llenas de regocijo y de esperanza. Y como si no fuese bastante tormento la privación de la libertad, y el yugo de la tiranía, se veían los cristianos conducidos á todas partes donde pudieran recibir una muerte cruenta y horrorosa. Condenaban á unos á los arriesgados trabajos de las minas, para que pereciesen con una

muerte dolorosa y lenta; arrancaban á otros la vida en los martirios del padecer, ó en las torturas del cadalso, ó en las garras de las fieras que despedazaban sus carnes palpitantes, sirviendo de curioso espectáculo á un pueblo ciego, embriagado y corrompido.

Esta era la situación de la iglesia cuando Sotero subió al pontificado, y tomó las riendas del gobierno. Y en medio de aquella horrorosa desolación, apareció su persona como un ángel de caridad, repartiendo con celo caritativo ánimo al que desfallecía, socorros al que necesitaba, y doctrina y consejo á los que lo habían menester para creer y esperar.

Ni los riesgos que le cercaban, ni los años que le oprimían con su peso, le detuvieron un solo instante para acudir adonde su religion y su caridad le llamaban. Las cárceles, las minas, las cavernas subterráneas donde se habían acogido muchos huyendo de la persecucion, en todas partes se le veía, en todas partes socorría con sus limosnas, y su palabra, las necesidades de aquellos hijos desvalidos. Y cuando la distancia impedía que los fieles oyesen su voz paternal, escribía á las iglesias cartas llenas de instrucciones saludables, exhortándoles á que se mantuviesen en la fé, y sufriesen con resignación y alegría, bajo la inspección de los pastores que la gobernaban, la persecucion con que el mundo que-



S. Sixtus Papa.

ria probar su sincero amor por Jesu-
cristo.

Y mientras que su caridad derramaba sobre todos sus hijos los dones de su beneficencia y de su paternal solicitud, para que no fuesen devorados por aquel enemigo poderoso, que los amagaba incensantemente, y dedicó también su vigilancia en cortar aquellos abusos interiores que pudieran corromper la pureza de la fé, que los hereges quisieron alterar, principalmente despues de la muerte de los apóstoles. Decidido y animoso se opuso á los montanistas ó catafrigas, cuya heregía comenzó á brotar durante su pontificado, y los combatió con tanta felicidad y sabiduria, que sus escritos sirvieron muchos años despues para confundir á Tertuliano, que se declaró sectario suyo.

Escribió Sotero dos epístolas decretales, una á los obispos de Campania, concerniente á la fé de Jesu-
cristo: y otra á los de Italia, en que manda que las monjas y virgenes consagradas al Señor, no toquen los corporales ni vasos sagrados, y que el

jueves santo comulguen todos, menos los que estuviesen escludidos por sus culpas.

No se sabe con certeza el tiempo que duró su pontificado, pues los autores varian en los años de su duracion. En este tiempo celebró tres veces órdenes en el mes de diciembre, y ordenó á diez y ocho presbiteros, nueve diáconos y once obispos.

Finalmente, su vida que habia sido un dechado de fervor, de caridad, y de perseverancia, se vió por fin adornada con la brillante aureola del martirio, pues derramó su sangre por aquel Dios, á quien habia consagrado en holocausto todas las horas de su existencia. La iglesia celebra su memoria el dia 22 de abril en que tuvo lugar su tránsito, y su cuerpo fué sepultado en el cementerio de Calixto, de donde lo trasladó Sergio segundo á la iglesia de Equicio, dedicada á san Silvestre y san Martin.

Sus reliquias se veneran en la catedral de Toledo, y su fiesta se celebra hoy con grande solemnidad.

SAN CAYO PAPA Y MARTIR.

San Cayo nació en Dalmacia, y fué hijo de Cayo Máximo, cercano pariente de Diocleciano, y de Serena, nobilísima matrona de Galicia en España. Tuvo también un hermano llamado Gabino, cuya memoria celebra la iglesia el 19 de febrero; pero no se sabe nada acerca de su infancia ni de su venida á Roma, que se cree fué dimanada de la creciente fortuna de Diocleciano. Sin embargo, no fueron las pompas y los halagos del mundo los que llamaron la atencion de Ca-

yo, pues solo deseaba ser admitido en el gremio del clero de Roma. Así que hubo ingresado en aquella corporacion, se distinguió entre todos, no tanto por su sabiduria, como por su virtud: de tal modo que era tenido en Roma por uno de los mas santos clérigos de la iglesia, por cuya razon se vió elevado á la silla de san Pedro, á la muerte del papa Eutiquiano. Entónces brillaron con nuevos resplandores las eminentes prendas con que estaba dotado, y el pue-

blo, y el clero le admiraron como uno de los mas celosos y esclarecidos pontífices. La calamidad de los tiempos daba mas lustre á la caridad decidida, y paternal solicitud de este santo pastor, que no se arredraba ni por las fatigas, ni por el peligro, cuando era llamado á cumplir alguna de las funciones de su alto ministerio.

Disperso el rebaño de Jesucristo por la voracidad de los lobos que le perseguían, se veían sepultados los fieles en las entrañas de la tierra, y desde allí elevaban á Dios los votos de sus sinceros corazones. Cayo vió la necesidad que el pueblo fiel tenia de su presencia, y no vaciló en sepultarse en los cavernosos senos que le servian de abrigo, para predicarles la palabra de vida, que habia de ser su fortaleza y esperanza. Allí permaneció al frente de sus hijos, pronto á sellar con su sangre la fé de sus creencias al primer antojo de sus enemigos.

Pero así que se hubo templado el tiránico rigor de sus opresores, Cayo volvió con los suyos á Roma, dónde no pasó mucho sin que volviese á comenzar la persecucion, con todos sus horrosos incidentes.

Entónces dictó el pontífice medidas extraordinarias para sostener la firmeza de los fieles, á fin de que no vacilasen ante el aparato de los suplicios, y los dolores de la humanidad. Y no pudiendo acudir con su presencia á todas partes, envió á Cromacio, que habia sido prefecto de Roma, y al presbítero Policarpo, para que asistiesen á los cristianos que habian huido de Roma, pues la tiranía de sus gobernantes habia hecho erigir idolos en todas las esquinas de las calles, en las fuentes y en los mercados, y no dejaban comprar viandas, ni aun satisfacer la sed, á los que antes no los hubiesen incensado y adorado.

En el interin vivia Cayo con un oficial del emperador, llamado Castulo, cristiano celoso y caritativo, que daba amparo y proteccion á todos los

de su doctrina. La habitacion de Castulo estaba en el palacio del emperador, en lo mas alto del edificio, y en ella se reunian diariamente en secreto, todos los fieles para oír la palabra de Dios, asistir al santo sacrificio de la misa, y recibir el pan de vida y porvenir, que encendia sus pechos en un nuevo y santo fervor.

Bajo el mismo techo de los emperadores, de aquellos enemigos declarados del nombre de Jesucristo, permitia Dios que se amparase su religion sacrosanta, y que como de un centro comun partiesen á todas partes los rayos de su doctrina. Allí ordenó Cayo de diáconos á los hermanos Marcó y Marcelino, y de presbítero á Tranquilino su padre: allí sostuvo la fé de Susana, hija de su hermano Gavino, que virgen y pura prefirió la muerte por su Dios, al enlace que Diocleciano la prometia con Macsimiano, su hijo adoptivo: y allí finalmente se repetia á cada instante un milagro de la providencia de Dios, en alguna conversion ó bautismo de neófito, convencidos por las persuasiones de Tiburcio, uno de los mas celosos y decididos cristianos de aquella congregacion.

Pero estas maravillas no podian pasar desapercibidas mucho tiempo: uno despues de otro fueron acusados ante los tribunales, que les aplicaron las rigurosas penas promulgadas. San Cayo presenció el heróico sacrificio de aquellos gloriosos hijos de la fé, recibiendo tambien por último la corona del martirio el dia 22 de abril del año de 296. Ocupó la silla de san Pedro doce años, y algunos meses, en cuyo tiempo hizo cuatro veces órdenes por diciembre, y ordenó veinte y cinco presbíteros, ocho diáconos y cinco obispos. Durante su pontificado espidió un decreto en el que ordena, que para llegar á esta última dignidad, se ha de subir primero por los grados de ostiario ó portero, lector, exorcista, acólito, subdiácono, diá-

cono y presbítero. Su cuerpo fué enterrado en el cementerio de Calixto, del que fué trasladado en el año

de 1631 á una iglesia muy antigua de su mismo nombre.

SANTA OPORTUNA ABADESA.

Hemes, pequeña ciudad de Normandía, pero que en otro tiempo tuvo la catedral de la diócesis de Seez, fué dichosa patria de san Godegrando, mártir, y de su hermana santa Oportuna virgen, descendientes de la primera raza de los reyes de Francia. Desde muy niña tuvo vocacion de dedicarse á los altares, y sabiendo que su padre deseaba casarla, se echó á sus pies un día, pidiéndole con instancias y con llanto, que la dejasen tomar el hábito de religiosa. Sus padres se sorprendieron con esta petición, pero conociendo que era la voluntad del cielo, le dieron su bendición, y Oportuna tomó el velo en el monasterio de Montruelle, cerca de Seez.

Así que pasó el año de noviciado hizo su profesion religiosa, y sobrepujó á sus compañeras por su vida abstraída y penitente, en términos que habiendo muerto la abadesa, no hallaron persona mas digna para reemplazarla.

Así que hubo ascendido á la prelación redobló sus austeridades con tan riguroso empeño, que se prohibió todo descanso, durmiendo sobre la tierra dura, y no comiendo mas que pan de centeno, al que agregaba los domingos un poco de pescado, para celebrar la festividad del día. Y como sino le pareciese suficiente esta abstinencia perpétua, rodeó su cuerpo de un silicio que maceraba continuamente sus carnes demagradas. Mientras afligía de esta manera su persona, cuidaba que no faltase á sus hijas lo ne-

cesario, á fin de que no violasen la clausura, ni se viesen obligadas á poseer algo en particular. Su prudencia, su virtud y su santidad mantuvieron aquella religiosa congregacion en la mas fiel observancia de su instituto, pues ella era siempre la primera en enseñarlas á obedecer y cumplir.

Sin embargo, su vida pacífica y retirada se vió asaltada por un terrible pesar. Su hermano Godegrando, que habia subido á la silla pontifical de la iglesia de Seez, tuvo que hacer un viage á Roma y á la Palestina para visitar los santos lugares, dejando por su vicario general á un hombre ambicioso, que oprimió con sus caprichos é injusticias á todas las casas religiosas, y se hizo por último consagrar por obispo de aquella diócesis. Pero al cabo de siete años de viage volvió san Godegrando, corrigió los abusos introducidos, y depuso al vicario que habia sobrepasado sus deberes y facultades. Irritado este hombre perverso, ganó y sedujo ó un ahijado del obispo, y por sus instigaciones, le asesinó en la aldea de Nogent, mientras practicaba la visita del obispado.

Marchó santa Oportuna así que supo este triste suceso, y recogió entre sus brazos el sangriento cadáver, llevándoselo á su monasterio, donde le dió honorífica sepultura. Pero este acontecimiento desgraciado la afligió de tal manera, que conoció que su vida caminaba prontamente á su término. Acometióla una cruel enfermedad, reunió á sus religiosas, y

despues de haberles dado los mas piadosos consejos, se arrojó á los pies de cada una pidiéndole perdon de las ofensas que le hubiese hecho. En seguida recibió el santo Viático, y dirigiendo los brazos y los ojos al cielo,

entregó su espíritu á Dios el 22 de abril de uno de los últimos años del octavo siglo. Su cuerpo fué sepultado con el de su hermano san Godegrando, que habia pasado á la bienaventuranza poco menos de un año antes.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Esmirna, de SAN APELES Y SAN LUCIO, que fueron de los primeros discípulos de Jesucristo.

En Persia, la memoria de infinitos mártires que en la persecucion del rey Sapor perecieron por Jesucristo al año siguiente de la muerte de san Simeon, mientras celebraban la passion de nuestro Redentor. En este número se cuentan á Azadio eunuco muy querido del rey: á Milio, obispo ilustre por su santidad y por sus milagros: á Acepsimas, obispo y á su presbítero Jacobo: á Aital y Joseph sacerdotes: á Azalio y Abdesio diáconos: y ademas á Mareas y Bicor obispos, y otros veinte de la misma dignidad, como unos doscientos y cincuenta de la clerecía, y un crecido número de monges y virgenes consagradas al Señor. En este último número se hallaba Tárbula, hermana del santo obispo Simeon, que ataron á un poste, lo mismo que á su criada, y las dividieron con una sierra.

En la misma Persia, de los santos PARMENIO, HELIMENAS Y CHRYSOTELES presbíteros, LUCAS Y MUCIO diáconos, cuyo martirio se encuentra en las actas de san Abdon y san Senen.

En Alejandria, el triunfo de SAN LEONIDAS mártir, que dió su vida por la fe en el reinado de Severo.

En Leon, de SAN EPIPIDIO, que habiendo sido preso con su cólega Alejandro en la persecucion de Antonino Vero, soportó con admirable constancia los tormentos mas atroces, y ultimamente consumó su martirio perdiendo la cabeza.

En Sens, de SAN LEON obispo y confesor.

En Anastasiopolis, de SAN TEODORO obispo.

Tambien se reza en Basto, en Portugal, de SANTA SEÑORINA, abadesa, de la familia de los Sousas, que consagrándose á Jesucristo, ganó por sus virtudes y merecimientos la corona celestial.

LA MISA ES EN HONRA DE SAN SOTERO Y SAN CAYO, Y LA ORACION

LA QUE SIGUE.

Te suplicamos Señor, que la festividad de tus bienaventurados mártires y pontífices nos proteja, y que nos re-

comienden su venerable intercesion. Por nuestro Señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DEL APOCALIPSI DE SAN JUAN CAPITULO 19.

En aquellos dias: despues de esto yo Juan oí como voz de muchas gentes en el cielo que decian: alleluya. La salud, y la gloria, y el poder es á nuestro Dios. Porque sus juicios verdaderos son y justos, que ha condenado á la grande ramera, que pervirtió la tierra con su prostitucion, y ha vengado la sangre de sus siervos de las manos de ella. Y otra vez digeron: alleluya. Y el humo de ella sube en los siglos de los siglos. Y se postraron los veinte y cuatro ancianos, y los cuatro animales, y adoraron á Dios, que estaba sentado sobre el trono, y decian: amen: alleluya. Y salió del trono una voz, que decia. Decid loor á nuestro Dios todos sus siervos: y los que le temeis, pequeños y grandes. Y oí como voz de mucha gente, y como ruido de muchas aguas, y como voz de grandes truenos que decian: alleluya: porque rei-

nó el Señor nuestro Dios el Todopoderoso. Gocémonos, y alegrémonos, y démosle gloria; porque son venidas las bodas del Cordero, y su esposa está ataviada. Y le fué dado, que se cubra de finísimo lino resplandeciente y blanco. Y este lino fino son las virtudes de los santos. Y me dijo: escribe: bienaventurados los que han sido llamados á la cena de las bodas del Cordero.

NOTA.—A fines del imperio de Domiciano, y por los años de 95 de nuestra era, tuvo san Juan el evangelista las revelaciones del Apocalipsi en la isla de Patmos, donde se hallaba desterrado. Hablando de esto se espresa así san Gerónimo. «Desterrado allí de la conversacion de los hombres, fué participante de los mayores secretos de los ángeles, durante sus maravillosos raptos.»

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 15 DE SAN JUAN.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto: por que no podeis hacer nada. El que no estuviese en mí, será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán, y lo meterán en el fuego, y arderá. Si estuvieseis en mí, y mis palabras estuviesen en vosotros, pediréis cuanto quisiereis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre,

en que lleveis mucho fruto, y en que seais mis discípulos. Como el Padre me amó, así tambien yo os he amado, perseverad en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, perseverareis en mi amor, así como yo tambien he guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor. Estas cosas os he dicho: para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.

MEDITACION.

DEL MURMURAR, ESCARNECER,

Y JUZGAR TEMERARIAMENTE.

Otro pecado que se debe evitar cuidadosamente es la murmuracion: el cual reina hoy en el mundo tanto, que no hay casa fuerte, ni congregacion religiosa, ni lugar sagrado contra él. Y aunque este vicio sea familiar á toda clase de personas, porque el mismo mundo con los desatinos que cada dia se hace, dá materia de llorar á los buenos, y de murmurar á los flacos; pero todavia hay algunas personas por natural pasion mas inclinadas á él, que otras. Porque asi como hay gustos á quienes no agradan cosa dulce ni la pueden tragar, sino cosas amargas y aceitosas, asi hay personas tan podridas en sí, y tan llenas de humor triste y melancólico, que en ninguna materia de virtud, ni alabanza agena toman gusto, sino en solo mofar, y maldecir, y tratar de males agenos. De suerte que á todas las otras pláticas y materias están dormidos y mudos, y en tocándose esta tecla, luego parece que resucitan, y cobran nuevos espíritus para tratar de esta materia.

Pues para criar en tu corazon odio de un vicio tan perjudicial y aborrecible como este, considera tres grandes males que trae consigo.

El primero es, que está muy cerca de pecado mortal, porque de la murmuracion á la detraccion hay muy poco camino que andar, y como estos dos vicios son tan vecinos, es cosa muy fácil pasar del uno, al otro, asi como los filósofos dicen, que entre los elementos que concuerdan en alguna cualidad, es muy fácil el pasage de uno á otro. Y así vemos acaecer muchas veces, que cuando los

hombres comienzan á murmurar, facilmente pasan de los defectos comunes á los particulares, y de los públicos á los secretos, y de los pequeños á los grandes, con que dejan la fama de sus prójimos tiznadas y desdoradas. Porque despues que la lengua se comienza á calentar, y crece el ardor y deseo de encarecer las cosas, tan mal se enfrena el apetito del corazon, como el impetu de la llama cuando la sopla el viento, ó el caballo de mala boca cuando corre á toda furia. Y ya entónces el murmurador no guarda la cara á nadie, ni cesa de ir adelante, hasta llegar al mas secreto rincón de la posada. Y por esta causa deseaba tanto el Eclesiástico la guarda de este portillo, cuando decia. «¿Quién dará guarda á mi boca, y pondrá un sello en mis labios, para que no venga á caer por ellos, y mi propia lengua me condene?» Quien esto decia, conocia muy bien la importancia y dificultad de este negocio, pues de solo Dios deseaba y esperaba el remedio, que es el verdadero médico de este mal, como lo testifica Salomon, diciendo: «Al hombre pertenece aparejar el alma, mas á Dios gobernar la lengua, tan grande es este negocio.»

El segundo mal que siente este vicio, es ser muy perjudicial y dañoso: porque á lo menos no se pueden excusar en él tres males: uno del que dice: otro, de los que oyen y consienten: y el tercero de los ausentes de quien el mal se dice: porque como las paredes tienen oídos, y las palabras alas, y los hombres son amigos de ganar amigos, y congraciarse con

otros, llevando y trayendo estos consejos, so color de que tienen mucha cuenta con la honra de las personas, de aquí nace que cuando estas llegan á oídos del infamado, se escandalice, y embravezca, y tome pasión contra quien dijo mal de él: de donde suelen recrecerle enemistades eternas, y aun á veces desafíos y sangre. Por donde dijo el sabio: «el escarneador y maldiciente será maldito, porque revolvió á muchos que vivían en paz. Y todo esto, como ves, nació de una palabra desmandada; porque, como dice el sabio, «de una centella se levanta á veces una grande llama.»

Por razon de estos daños es comparado este vicio en la Escritura, unas veces con las navajas, que cortan los cabellos sin que lo sintais: otras veces con arcs y saetas que tiran de lejos y hieren á los ausentes, otras veces con las serpientes que muerden de callada, y dejan la ponzoña en la herida: por las cuales comparaciones el Espiritu Santo nos quiso dar á entender la malicia y daños de este vicio, el cual es tan grande, que dijo el sabio, «la herida del azote deja una señal en el cuerpo, mas la de la mala lengua deja molidos los huesos.»

El tercer mal que este vicio tiene, es ser muy aborrecible é infame entre los hombres, porque todos naturalmente huyen de las personas de mala lengua, como de serpientes ponzoñosas. Por donde dijo el sabio: «que era terrible en su ciudad el hombre deslenguado.»

¿Pues qué mayores inconvenientes quieres tú para aborrecer un vicio, que por una parte es tan dañoso, y por otra tan sin fruto? Por qué querrás ser de balde y sin causa, infame y aborrecible á Dios, y á los hombres? Especialmente en un vicio tan cotidiano y tan usado, donde casi tantas veces has de peligrar, cuantas hablares y platicares con otros?

Haz pues ahora cuenta que la vida del prójimo, es para tí como un árbol

vedado en que no has de tocar. Con igual cuidado has de procurar no decir nunca bien de tí, ni mal de otro: porque lo uno es de vanos, y lo otro de maldicientes. Sean todos de tu boca virtuosos y honrados, y tenga todo el mundo creído, que nadie es malo por tu dicho. De esta manera escusarás infinitos pecados, y otros tantos escrúpulos; y remordimientos de conciencia, y serás amable á Dios, y á los hombres, y de la manera que honraras á todos, así de todos serás honrado. Haz un freno á tu boca, y está siempre atento á engullir y tragar las palabras que se te revuelvan en el estómago, cuando vieres que llevan sangre. Cree que esta es una de las grandes prudencias y discreciones que hay, y uno de los grandes imperios que puedes tener si lo tuvieres sobre tu lengua. Y no pienses que te excusas de este vicio, cuando murmuras artificiosamente, alabando primero al que quieres condenar: porque algunos murmuradores hay que son como los barberos, que cuando quieren sangrar, untan primero la vena blandamente con aceite, y despues hieren con la lanceta, y sacan sangre. De estos dice el Profeta, que hablan palabras mas blandas que el oleo, mas que ellas de verdad son saetas.

Y como quiera que sea gran virtud abstenerse de toda especie de murmuracion, mucho mas lo es para con aquellos de quien habemos sido ofendidos. Porque quanto es mas fuerte el apetito de hablar mal de estos, tanto es de mas generoso corazon ser templado en esta parte, y vencer esta pasión. Y por esto aquí conviene tener mayor recaudo donde se conoce mayor peligro.

Y no solo de maldecir y murmurar, sino tambien de oír lengua de murmuradores te debes abstener, guardando aquel consejo del Eclesiástico, que dice: «Tapa tus oídos con espinas, y no oigas la lengua del maldiciente.»

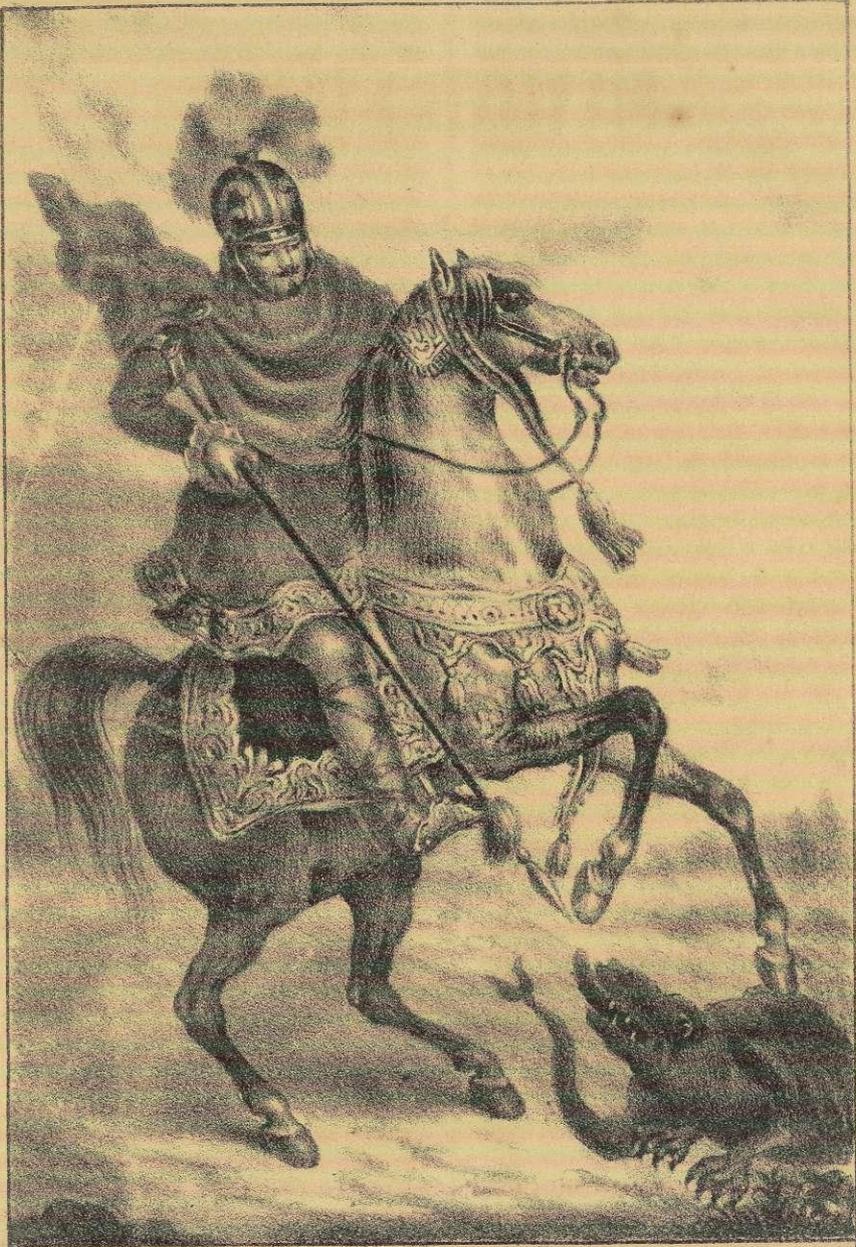
«Donde no se contenta con que tapes los oídos con algodón, ó con otra materia blanda, sino quiere que sea con espinas: para que no solo no te entren lastales palabras en el corazón, holgando de oírlas, sino tambien pances el corazón del que murmura, haciendo mala cara á sus palabras, como mas claramente lo significó Salomon, cuando dijo:» El viento cierto esparce las nubes, y el rostro triste la cara del que murmura.»

Porque, como dice san Gerónimo, la saeta que sale del arco, no se hinca en la piedra dura, sino antes de allí resurte, y hiere á veces al que la tiró.

Y por tanto, si el que murmura es tu súbdito, ó tal persona que sin escándalo la puedes mandar que calle, lo debes hacer, y si esto no puedes, á lo menos entremete otras pláticas discretamente, para cortar el hilo de aquellas, ó muéstrale tan mala cara que él mismo se avergüenze de lo que habla, y así quede cortesmente cansado, y se vuelva del camino. Porque de otra manera si le oyes con alegre rostro, le das ocasión que pase adelante, y así no menos pecas tú oyendo, que hablando él, pues así como es gran mal pegar fuego á una casa, así tambien lo es estarse calentando á la llama que otro enciende, estando obligado á acudir con agua.

Mas entre todas estas murmuraciones, la peor es murmurar de los buenos: porque esta es acorbardar á los

flacos y pusilánimes, y cerrar la puerta á otros mas flacos, para que no oseen entrar con este recelo. Porque aunque esto no sea escándalo para los fuertes, no se puede negar, sino que lo es para los pequenuelos. Y para que no tengas en poco esta manera de escándalos, acuérdate que dice el Señor. «Quién escandalizare á unos de estos pequenuelos que en mí creen, mas valdria que le atasen una piedra de atahona al cuello, y lo arrojasen en lo profundo del mar.» Por eso tú hermano mio, ten por linage de sacrilegio poner boca en los que sirven á Dios: porque aunque fuesen lo que los malos dicen, solo por el sobreescrito que traen merecen honra. Mayormente pues está Dios diciendo de ellos. «Quien á vosotros tocara, toca á mí en la lumbre de los ojos.» Todo esto que se ha dicho contra los murmuradores y maldicientes, cabe tambien en los escarnecedores, y mofadores, y mucho mas. Porque este vicio tiene todo lo que el pasado, y sobre esto tiene otra tizne aun mas, de soberbia y presuncion y menosprecio de los otros: por donde es muy mas para huir, que el otro: como lo manda Dios en la ley cuando dijo. «No serás maldiciente, ni escarnecedor en los pueblos.» Y por esto no será necesario gastar mas palabras en afear este vicio, pues para esto debe bastar lo dicho.



S. Jorge. Martir.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN JORGE MARTIR.

A mediados del tercer siglo nació Jorge en Capadocia, de familia distinguida en el país por su gerarquía, pero mas ilustre por el celo con que profesaba la religion católica.

Despues de haber inculcado bien en el corazon del jóven las máximas sacrosantas del evangelio, le dedicaron sus padres á la carrera de las armas, por ser la mas conveniente á su calidad y nobleza. Jorge siguió esta profesion con gusto, y se distinguió tanto en la campaña por su arrojo y decision, que conquistó la gracia del emperador Diocleciano, que le dió una compañía, y le hizo su maestro de campo. Este premio alentó tanto al jóven oficial, que en sus pocos años sobrepujó en méritos y prudencia á los antiguos oficiales del imperio. El emperador que apreciaba los consejos de su saber, escuchaba sus dictámenes con gusto, dándole entrada en sus consejos íntimos, tanto por su gerarquía, como por sus conocimientos.

En aquella época comenzaba la fé de Jesucristo á propagarse con increíble celeridad por todas las provincias del imperio. Aterrados los gentiles con estos progresos asombrosos, maquinaban en silencio, amagando inundar en sangre cristiana la iglesia de Dios. El emperador estaba dominado por aquella faccion tiránica, que

le exigia decretos de muerte para prolongar su dominio á costa de sus víctimas sacrificadas.

Jorge miró en torno suyo, y vió que su situacion era espinosa. El deber que el cielo le habia impuesto estaba en contra de los deberes que el mundo le exigia: pero no tardó en decidirse, pues su generosidad no hacia dudosa la eleccion.

Preparóse para el combate, y se despojó de cuanto pudiera estorbar su propósito. Vendió el rico patrimonio que habia heredado de su madre, y se deshizo de los preciosos muebles y halajas que adornaban con suntuosidad su palacio. Distribuyó el dinero entre los pobres, y entre los cristianos que habian huido á los anuncios de la persecucion. Por último, dió libertad á sus esclavos, y se quedó libre de todas aquellas sujeciones, que en el mundo hacen vacilar algunas veces en el recto proceder.

Consumado así el primer sacrificio, creyó de su deber ocupar todavía su puesto en el consejo del emperador, para favorecer en cuanto le fuese posible á sus desgraciados hermanos. En la sesion primera que asistió despues de este suceso, consultó Diocleciano la adopcion de medidas tan rigorosas, que hubieran sido suficientes á su entender, para el esterminio de los hijos del evangelio. Todos los que se ha-

llaban presentes aplaudieron las intenciones del monarca, y le colmaron de elogios y de lisonjas.

Pero Jorge, levantándose con intrepidez, puso término á sus bajas adulaciones, declarándose francamente contra tan injustas y desacertadas medidas.

Su discurso fué largo, sus argumentos sólidos, fuertes y vigorosos. La energía y el fuego con que hizo la apología del cristianismo, la vehemencia con que abogó contra la proscripción de sus hijos, su elocuencia tierna y sublime, pintando la sencillez de sus costumbres, y la abnegación y pureza de sus principios, presentándolos en contraste con la sangrienta y cruel tiranía de sus injustos opresores, llenaron de admiración á cuantos le escuchaban, que se mantuvieron en un profundo silencio, aun mucho despues de haber dejado de hablar.

Diocleciano se agitaba en su silla, aturdimado con aquel inesperado suceso, y mientras que volvía de su asombro, ordenó al cónsul Magnencio, que rebatiese el discurso de nuestro santo.

Púsose de pié obediente, ¿pero qué había de oponer á las sólidas razones del ilustre defensor del cristianismo? Divagó un poco sobre la santa libertad con que había hablado, llamándo-

Oraba Jorge en el estrecho recinto de su mazmorra, y ofrecía á Dios aquellos trabajos y tribulaciones que padecía contento por su amor y por su causa. Y mientras que entregado en dulces contemplaciones pasaban las horas de su martirio, imaginaban sus perseguidores, sedientos de sangre y de venganza, á qué suplicio le condenarian que pudiese satisfacer su deseo, pues querían agotar todos los

la increíble desacato al solio, y concluyó acusándole como uno de los gefes de aquella religion, enemiga del imperio, y de los dioses que veneraban, pidiendo por último que se castigase aquella osadía é impiedad con todo el rigor que reclamaban sus circunstancias agravantes. Entónces Jorge, lleno del espíritu de Dios que hablaba por su boca, se dirigió al monarca y á la asamblea diciendo.

—Abogué por la justicia como miembro imparcial del consejo: pero ahora alzo mi voz como cristiano, para rechazar esa blasfemia indigna que ha proferido la ceguedad y la baja adulación. Soi cristiano, y los que llevan este nombre, proclaman á Jesucristo como único Dios del universo, sin que les aterre la persecucion, los dolores y la muerte. Soy cristiano, vuelvo á decir en presencia del cielo y de la tierra: el que quiera escuchar mi doctrina vivirá eternamente: pero ¡ay! del que la combata y la persiga por timidez ó por sus locas esperanzas!.....

No le dejaron concluir, porque recelaron que muchos habían de rendirse á su persuasión, y para que no se presentase entre los suyos y sostuviese su ánimo con su resolución, le cargaron de cadenas y le encerraron en un oscuro calabozo.

II.

recursos que su barbarie les pudiera suministrar, á fin de arrancar un suspiro de flaqueza del que los había llenado de vergüenza y oprobio con su santa y generosa decisión.

Decidido ya la clase de suplicio, condujeron á Jorge á la pieza del tormento, y le ataron á un poste inmediato á una rueda, toda erizada de agudas puntas de acero. Comenzó á girar aquella máquina, y á cada vuel-

ta penetraban las puntas en el cuerpo del mártir, levantando sus delicadas carnes hácia arriba y surcándole en canales profundos, y heridas dolorosas, cuyo horrible suplicio llenaba de espanto á cuantos la presenciaban. Pero Jorge no desmintió su serenidad y alegría en todo el tiempo de su duracion, y cuando le dejaron á un lado creyéndole muerto, le vieron con asombro enteramente curado de sus mortales heridas.

Muchos se convirtieron á la fé presenciando aquella maravilla: muchos reconocieron la divinidad de Jesucristo en la santa fortaleza que inspiraba á sus mártires. Pero los ciegos satélites del poder, mas irritados en su orgullosa impotencia, y mas pertinaces en su repetido vencimiento, probaron consecutivamente el potro, el fuego, y cuantos instrumentos de martirio creyeron capaces de aniquilar la humana resolucion. Sin embargo, Jorge salió victorioso en todos los combates á que le entregaron sus enemigos, y la gloria y poder de Dios brillaron sobre su cabeza como una aureola resplandeciente.

Su constancia, su resignacion y su alegría, unidas al milagro de su prodigiosa resistencia á tan inauditos martirios, convirtieron á muchos infieles, entre los que se contaban los dos pretores Prótolo y Anatólio. Tambien se asegura que la emperatriz Alejandra se convirtió á la fe, y mereció la corona del martirio. Pero lo que si es cierto, que el emperador temeroso de las resultas que podrian tener la prosecucion de los tormentos, que solo servian para hacer nuevos prosélitos para el cristianismo, mandó que quitasen á Jorge los hierros que le aprisionaban, y que lo condujesen á su presencia.

Y tratándole con bondad, le manifestó el sentimiento que le causaba su padecer, y la esperanza que tenia que desengañado de su locura volviese á su deber, y á los cargos

que por su mérito y por su favor habia obtenido en el imperio.

—Reconciliate, le dijo por último, con tus dioses y con tu rey, y aplaca su justa cólera con públicos sacrificios.

—Llebadme al templo, señor, respondió el mártir cristiano, llebadme al templo, y quedarán satisfechos mi deber y mi conciencia.

Entonces Diocleciano creyendo que habia conseguido el triunfo que ambicionaba, mandó llevarle al templo de Apolo, para que con un sacrificio de propiciacion, se hiciese favorable á los dioses ofendidos.

Inmenso pueblo seguia á nuestro santo, deseando celebrar aquella magnífica ceremonia. Las naves del inmenso templo se llenaron con la multitud, y el centro lo ocupaban el senado y las autoridades, que se habia mandado asistiesen á aquel acto público.

Por entre este imponente concurso é innumerable gentío, se adelantó Jorge lleno de confianza en el Dios, en cuyo nombre iba á combatir: y acercándose á la estatua de Apolo le dijo con voz tremenda.

—¿Eres tú dios por ventura?

—No, respondió la estatua. Y aquel sonido y aquella negativa hicieron estremecer á todos los circunstantes.

—Pues entonces, espíritus malignos, continuó Jorge con voz de trueno, ángeles caidos para siempre de la presencia de Dios, ¿cómo os atreveis á alzaros en mi presencia que adoro y sirvo á Jesucristo mi Dios y mi Señor?

Y levantando la diestra hizo el signo de la cruz, ante cuyo triunfo succumbió la malicia del demonio. Los idolos dieron en tierra con estrépito, y lamentables alaridos se oyeron en todas partes. El templo se estremeció como tiembla el infierno al nombre del Dios vivo.

Pero los sacerdotes de los idolos

que velan su poder arruinado, escitaron al pueblo que permanecía atónito, á que se arrojase sobre nuestro santo, y le diese muerte por su impiedad.

Al mismo tiempo informado el emperador de que habian salido fallidas sus esperanzas, mandó que inmediatamente le cortasen la cabeza: y como ya era llegada la hora de su triunfo celestial, se cumplió este decreto el 23 de abril del año de 290.

En todas las iglesias de oriente y de occidente ha sido célebre la memoria de este mártir, cuyo culto es de los mas antiguos de la iglesia. Santa Clotilde muger del rey Clodoveo le erigió altares á fines del quinto siglo, y su devocion se estendió mucho en el siguiente, cuando san German, obispo de Paris, regresó de Palestina con un brazo del santo mártir, que le regaló el emperador Justiniano, y que depositó en una capilla que en su

honra hizo edificar en la iglesia de san Vicente, que hoy se llama de san German de los Prados. Algunas órdenes militares toman el nombre de san Jorge, como la que fundó el emperador Federico IV, primer archiduque de Austria, en el año de 1470: la de la república de Génova, y la de los caballeros de san Jorge de Alfama, que se fundó en Aragon por los años de 1200. Los ejércitos cristianos han solido ponerse bajo la proteccion de san Jorge, á quien se pinta á caballo en ademan de acometer con su lanza á un dragon, en defensa de una doncella. Este simbolo denota que el ilustre mártir defendió á su pueblo y religion de la voracidad de la idolatría. La iglesia romana tiene costumbre de invocarle con san Sebastian y san Mauricio, como principales protectores de la iglesia contra sus enemigos.

SAN ADALBERTO OBISPO DE PRAGA Y MARTIR.

Adalberto nació en Bohemia de sangre real, pues su padre era pariente del rey Henrique, y su madre una virtuosa y noble señora de origen esclavon. En su infancia se vió acometido de una peligrosa enfermedad, y los angustiados padres ofrecieron á Dios la vida del moribundo niño si se dignaba conservarla. Aceptó el Señor la promesa, y tornó á renacer la alegría en aquellos padres venturosos. Criaron al niño como le dictaban su solicitud paternal y su cristiano celo, y últimamente le enviaron á Maddeburgo, donde estuvo nueve años bajo la direccion de excelentes maestros, que cultivaron el grande ingenio con que el cielo le

habia enriquecido. Volvió á su patria, y los ardores de la juventud, y las costumbres poco arregladas de la época, pervirtieron alguna cosa su buen natural; pero el cielo escuchó los ruegos de sus virtuosos y atribulados padres, y le apartó del camino de perdicion.

A la muerte del obispo de Bohemia, cuyo fin angustioso le hizo una grande impresion, el pueblo y el clero le elevó á la dignidad episcopal, en cuyo cargo perfeccionó tanto su vida, que resplandecía en la iglesia como una de sus mas puras y luminosas antorchas. Ayunos, maceraciones, penitencias, nada omitia para conseguir el perdon de sus pecados,

y la redencion de un pueblo cuyas desordenadas costumbres eran el tormento de su alma. Pero sus predicaciones y su ejemplo eran inútiles, llegando á tal extremo la ingratitud de aquel pueblo y clero por quien se sacrificaba, que le aborrecieron y persiguieron con tal tenacidad, que el atribulado pastor, viendo que sus esfuerzos eran inútiles, determinó abandonar á quienes no podia convertir.

Decidido á visitar los santos lugares de Jerusalem, encaminóse primeramente á Roma como centro de la religion, y templo glorioso de tantos apóstoles y mártires. En seguida, dirigióse á su destino, mas al pasar por el monasterio de Monte-Casino mudó de resolucion, y por consejo del abad tomó el habito de san Benito en el monasterio de san Bonifacio, siendo el mas ejemplar de todos los religiosos por su humildad, su abatimiento, y su encendido fervor.

Sin embargo, no estuvo mucho tiempo en este monasterio, porque arrepentidos los de su diócesis reclamaban sus cuidados pastorales; y aunque sentía abandonar su retiro, marchó á su obispado, obedeciendo las órdenes del abad y del papa.

Pero á los pocos dias aquellos hombres empedernidos tornaron á sus depravadas costumbres, y á sus persecuciones contra el virtuoso prelado, que se acogió nuevamente á su monasterio de Roma. Por tercera vez

volvió á su silla á instancias del emperador Oton III que acababa de subir al trono; pero el papa le facultó para que predicase la palabra de Dios á las naciones vecinas, sino le recibian bien en su iglesia. Con este permiso visitó el cuerpo de san Martin en Tours, el de san Dionisio Arcopajita en París, y el de san Benito en el monasterio Floriacense. Despues fué á ver á Boleslao, duque de Polonia, por cuya mediacion envió mensajeros á su iglesia para saber si lo recibirian como á padre y á pastor. Fué la respuesta tan fuera de propósito y tan descortés, que usando del permiso concedídole por el papa, marchó á Hungría á predicar la doctrina de Jesucristo. Despues eligió varios compañeros que le ofreció Boleslao para trabajar en la conversion de los ruthenos, y habiéndose embarcado con ellos en Polonia, llegó á Prusia para plantar el estandarte de la religion. Pero aquellos pueblos bárbaros no quisieron oír sus palabras ordenándoles que saliesen de su territorio; pero arrepentidos de haberlos dejado ir en libertad, lo prendieron y ataron como á facinerosos, y llevando al santo prelado á la cumbre de un monte, lo traspasaron con siete lanzadas, y le cortaron la cabeza. Su glorioso martirio tuvo lugar el dia 23 de abril del año de 997. Boleslao rescató sus reliquias á peso de plata, y las depositó en un monasterio, de donde fueron trasladadas á la iglesia principal de Gnesna.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Valencia, de SAN FELIX sacerdote, SAN FORTUNATO Y SAN AQUILEO diáconos, que fueron por orden de san Ireneo obispo de Leon, á predicar la

palabra de Jesucristo; pero el general Cornelio los hizo prender, y azotar con tanta crueldad, que les despedazaron las carnes y les rompieron las

piernas : en seguida , los ataron á ruedas enormes que hicieron girar con velocidad increíble, mientras que de una hoguera encendida debajo, se levantaba un denso humo que los hacía sofocar: finalmente, viendo que nada era bastante á rendir su for-

taleza, consumó la espada su glorioso y dilatado martirio.

En Milán, de SAN MAROLIO OBISPO Y CONFESOR.

En Toul, de SAN GERARDO dignísimo prelado de esta diócesis, y esclarecido por sus virtudes.

LA MISA ES EN HONRA DE SAN JORGE Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Dios, que nos regocijas con los méritos é intercesion de tu bienaventurado mártir Jorge, concédenos pro-

picio que consigamos por tu gracia los bienes que pedimos por su mediacion. Por Jesucristo nuestro Señor.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 2.º DE LA SEGUNDA DEL APOSTOL SAN PABLO A TIMOTEO.

Carísimo: acuérdate, que el Señor Jesucristo del linaje de David, resucitó de los muertos, segun mi evangelio, en el que trabajó hasta estar en prisiones, como un malhechor: mas la palabra de Dios no está conmigo atada. Por tanto lo sufro todo por los escogidos, para que ellos alcancen tambien la salud, que es en Jesucristo, con la gloria del cielo. Mas tú ya has comprendido mi doctrina, institucion, propósito, fè, longanimidad, caridad, paciencia, persecuciones, vejaciones: cuales me fueron

hechas en Antioquía, en Iconio y en Listris, cuyas persecuciones he sufrido y de todas me libró el Señor. Y todos los que quieren vivir piamente en Jesucristo, padecerán persecucion.

NOTA. Créese comunmente que el apóstol escribió esta epístola en su segundo encarcelamiento por el año de 66 del Señor, y en ella ruega á su amado discípulo venga á verle, pues prevé el fin de su carrera, y cercano su sacrificio en las aras de Dios, que efectivamente tuvo lugar en aquel año.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 15 DE SAN JUAN.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Yo soy la verdadera vid, y

mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo

quitará; y todo aquel que diere fruto, lo limpiará, para que dé mas fruto. Vosotros ya estais limpios por la palabra, que os he hablado. Estad en mí; y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid; así ni vosotros, si no, estuviereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmien-

tos: el que está en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto: porque si no, ni no podeis hacer nada. El que no estuviere en mí, será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo cojerán, y lo meterán en el fuego, y arderá. Si estuviereis en mí, y mis palabras estuviereis en vosotros, pediréis cuanto quisiereis, y os será hecho.

PENSAMIENTOS RELIGIOSOS!

LA VIDA PASA COMUNMENTE EN LA INUTILIDAD.

El día de hoy está para espirar, y sepultarse, como tantos otros de mi vida, en el silencio y en el olvido. Ya he dado un paso mas en este valle de destruccion y de muerte, un paso mas hácia el sepulcro, abismo insondable donde se pierden y confunden las necedades y vanaglorias del mundo.

El día concluye y desaparece arrancando como tantos otros una flor preciosa del ramo de la existencia, que pierde insensiblemente su fragancia, su lozania y sus esplendores.

¡Qué fugaces son nuestras primaveras en el mundo! ¡qué corto el imperio de la hermosura! qué vanos los deseos del corazón! qué engañosas sus ilusiones!

Dorado ensueño acaricia el periodo de nuestra vida, que pasa meciéndose blandamente en la contemplacion de las rosadas imágenes que sabe evocar para nuestro alucinamiento. Y durante su mágico curso se desprenden uno tras otro los días de nuestra existencia, arrastrando en su conjunto los meses y los años, que formaban las galas mas esplendentes de nuestra engañosa esperanza.

Arbol florido y lozano que presenta sus ópimos frutos á los ojos del

anioso y regocijado cultivador que saborea de antemano su fragancia y sabor exquisitos. Pero su engrandecimiento y satisfaccion le hacen olvidar su laboriosidad primitiva, y faltándole la nutricion necesaria, penetra en su corazón la roedora gangrena, y antes de madurar vá despojándole de sus frutos, de sus hojas y de sus ramas, dejándole en seco y desnudo tronco, que atestigüe los efectos deplorables del abandono y de la ufanía.

Este es el hombre; árbol frondoso lleno de vida y de vigor, estiendo los multiplicados brazos de su fecundidad y esperanza, anuncios certisimos de los frutos que han de brotar bajo su reinado. La tierra es fértil, los jugos sustanciosos, la estación propicia; pero si el cultivo no acude á utilizar estas ventajas, pasarán los momentos favorables, y perdiendo uno despues de otro los dotes privilegiados de su existencia, verá marchita su lozania, y su fecunda naturaleza trocada en esterilidad.

De qué sirven los afanes de la vida? ¿Qué fruto saca el hombre de la anhelante porfia en que consume los días de su existencia? ¿sus fatigas, sus viajes, sus desvelos alcanzan

alguna vez un átomo de satisfacción ó de ventura?

¿Para qué son esos días consumidos en los padecimientos y trabajos? ¿para qué ese oro por cuya posesion arrostra los peligros, los dolores y hasta la misma muerte?

Su última hora suena en medio de estas ansiedades, de estos tormentos, y es necesario desprenderse de todo lo que formaba su esperanza y su delicia.

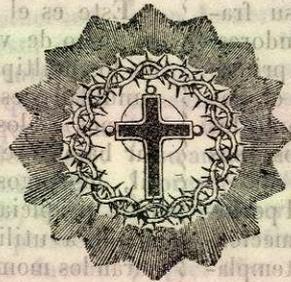
Entónces se aprecian las cosas en su justo valor, y todo lo que nos habia deslumbrado en la vida, se confunde en el polvo del sepulcro.

Las intrigas de la ambicion, los afanes de la avaricia, los halagos de los placeres, los ocios y molicie de la opulencia, los raptos del orgullo y del engreimiento, los arranques de la vanidad, los afectos del corazon humano, los vicios que seducen y aprisionan nuestra naturaleza, todos estos enemigos de la quietud y ventura del hombre, se despojarán de su máscara en aquella hora, para que

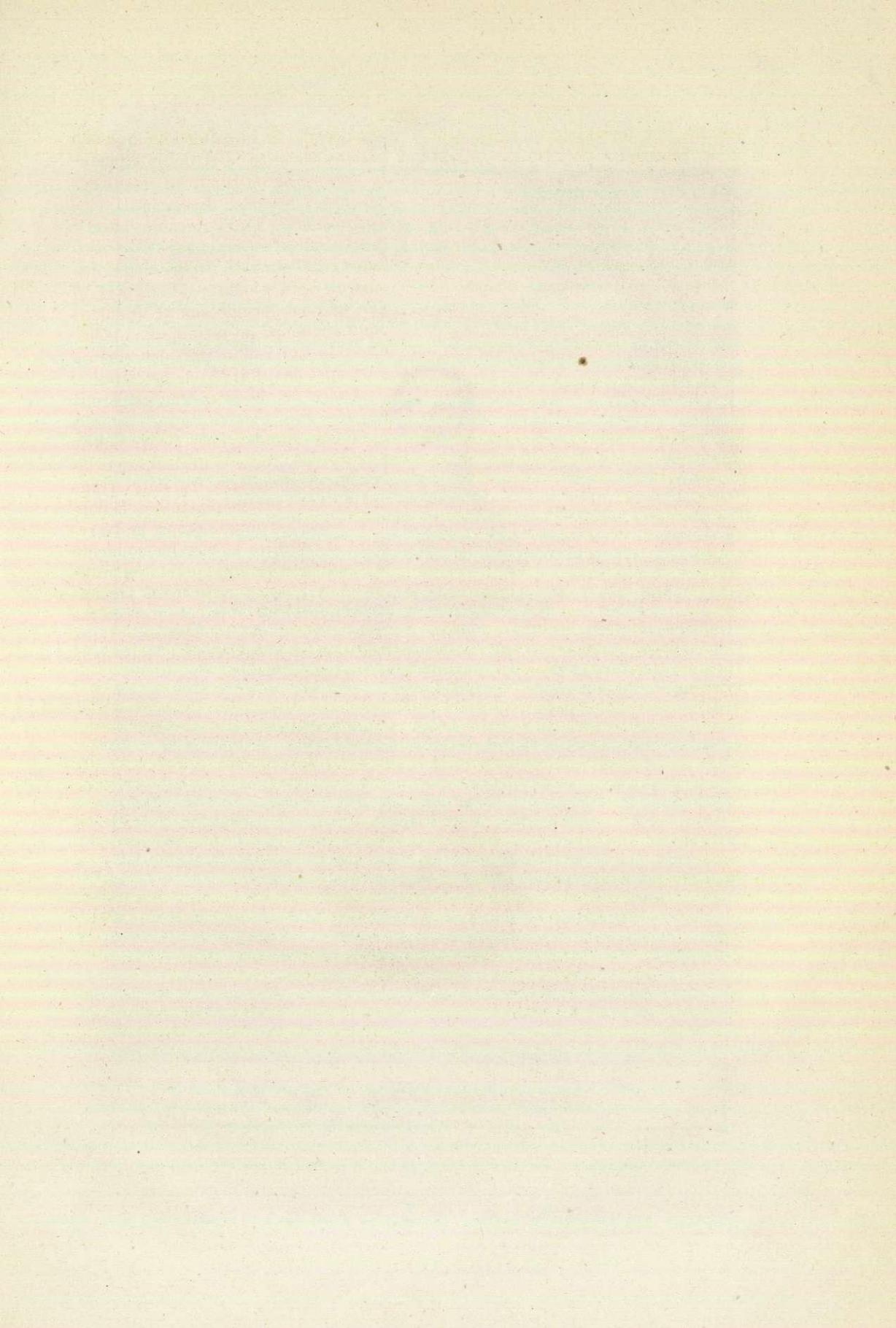
comprenda la inutilidad en que han pasado sus dias, y el doble tormento que le aguarda por su pasada decepcion, y presente desengaño.

¡Dios mio! qué impresion tan dolorosa causará este cuadro desconso- lador en el alma de un cristiano! qué amargo será el llanto de sus ojos, al ver que ha perdido por su indolencia ó ceguedad, el término que le habia sido concedido para labrarse un porvenir de gloria y de beatitud!

¡Padre de misericordia! no permitas que mis ojos viertan en aquella hora mas que lágrimas de arrepentimiento, de gozo y de ternura: lágrimas de dulcísima fruicion arrancadas por el reconocimiento á la bondad infinita con que acojes en tu regazo de ventura al que ha conocido la caducidad de los bienes temporales, y lo ha pospuesto á los preceptos amorosos con que encaminas á tus hijos á gozar de la ventura suprema, que es la brillante corona de la inmortalidad.



del mundo. El dia conueto y desaparece ar- rancado como tantos otros una flor preciosa del ramo de la existencia, que pierde irremisiblemente su lu- gancia, su lozanía y sus esplendo- res. Que luzes son nuestras que cortejas en el mundo, que cortejas por la hermosura, que cortejas deses del corazon, que engañan ilusión, y arrastras us de n... Dorado casuero se cicia el... do de nuestra vida, que pasan... dose hablando en la contemplan- cion de las rosadas imágenes que sa- be evocar para nuestro alucinamien- to. Y durante su mágico curso se desprenden uno tras otro los dias de nuestra existencia, arrastrando en su conjunto los meses, y los años que forman las galas mas esplendentes de nuestra engañosa existencia. Añor el tiempo y lozano que pierden la sus últimos frutos á los ojos deslumbrados





S. Gregorio Arz.º y C.

DIA VEINTE Y CUATRO.

SAN GREGORIO ARZOBISPO DE GRANADA Y CONFESOR.

Nació Gregorio en Ilberis, hoy Granada, el año de 308 de nuestra era, y habiéndole dotado el cielo de un ingenio perspicaz, de rectas inclinaciones, y de un deseo vehemente de conservar puras las doctrinas que había predicado Jesucristo, se dedicó con ansia al estudio de las letras sagradas, en que hizo progresos asombrosos. Consagrado enteramente á las cosas de la iglesia, y á su propia salvacion, abrazó el estado eclesiástico lleno de ardimiento, á fin de combatir la heregia de Arrio, que en aquellos tiempos devastaba la iglesia católica. Su incansable celo y las virtudes que adornaban su corazón, le designaron como el mas digno de ocupar la silla episcopal, que se hallaba vacante en aquellos dias, y con unánime aprobacion del pueblo y del clero fué colocado al frente de la iglesia Iliberitana, que se creyó salvada del naufragio general con esta providencial eleccion.

El nuevo prelado dedicó toda su vigilancia en conservar á los fieles de la contaminacion de la heregia, predicandolés la sana doctrina de los apóstoles, para que no se dejasen seducir por los errores del arrianismo, que orgulloso porque contaba en su seno á los mismos emperadores, intentaba

dominar á su dominio á toda la iglesia católica. Pero Gregorio alzó su voz contra el poderoso torrente, y le combatió en los tribunales del imperio, en la cátedra del Espiritu Santo, y en los mismos concilios.

Sin embargo, muchos prelados habían sucumbido á la heregia, y eran los mas tenaces enemigos de la iglesia. Osio, obispo de Córdoba, favorecido del emperador Constantino Magno, se había declarado por el arrianismo, y orgulloso por el momentáneo triunfo que alcanzara en el concilio de Arimino, queria avasallar á la iglesia y sujetar á sus errores á los prelados que se habían mantenidos puros y sin mancha.

Sin embargo, era un obstáculo á sus proyectos la santa decision de Gregorio, que se presentó en Córdoba para destruir sus maquinaciones, y hacer que triunfase la verdad sobre la heregia.

Entonces Osio invitó á Clementino, prefecto del emperador, para que lo desterrase; y no atreviéndose este á hacerlo mientras se hallase revestido de su dignidad episcopal, se decidió Osio á deponerlo al instante, para cuyo acto se le hizo citar ante el tribunal del prefecto.

II.

El tribunal imperial se hallaba presidido por Clementino, como vicario

del emperador en todo el territorio dependiente de la prefectura de Córdoba; y entre los jueces que le componian, habia tomado asiento el obispo Osio, en calidad de oficial del imperio, para deponer á Gregorio, no solo porque no se sometia al arrianismo como estaba mandado, sino porque animaba á la desobediencia con sus palabras y predicaciones.

Ante estos jueces parciales por su doctrina, y cuyo fallo estaba resuelto de antemano, iba á comparecer el inocente, el virtuoso, el decidido Gregorio, llenó de fé en su doctrina, y de esperanza en el Dios que le llenaba de su santa fortaleza.

Sonó la hora, y el obispo de Granada se presentó sereno y animoso ante aquellos hombres vendidos al mundo y á la lisonja: Quiso hablar, pero Osio temia la eficacia de su palabra, y se levantó determinado á pronunciar su sentencia de deposición.

Entónces Gregorio, inundado de lágrimas que atestiguaban el dolor que sentia por una iniquidad tan increíble, alzó sus manos y sus ojos al cielo, y apeló á Jesucristo como único amparo de la inocencia contra la perversidad.

—Oh tú, mi Dios y mi Señor Jesucristo, exclamó con vehemencia y sincera fé, no permitas que esa sentencia sea fulminada en contra mia, no por mí, que soy el mas humilde y despreciable de tus siervos, sino por tu santo y divino nombre que proclamare á costa de mi vida, y sellaré con mi sangre. Estoy en presencia de mis enemigos, que me ponen de espectáculo al vulgo, como culpable y visionario. O Dios de venganza y de jus-

ticia, yo no huyo el destierro y el padecer, pero aniquila á los que quieren mancillar tu nombre sacrosanto, y tratan de avasallar á su heregia á la santa iglesia católica.

Al acabar esta prece, el obispo Osio que habia guardado silencio hasta entónces, quiso hablar, quizas para pronunciar la sentencia de deposición; pero apenas desplegó los labios, cuando tembló su cuerpo convulsivamente, cayendo en tierra, donde espiró al instante, sin haber proferido una palabra.

Asombrado Clementino con este suceso, pidió perdón á san Gregorio por la injusticia de aquellos procedimientos, descargando toda la culpa sobre el malaventurado Osio, que le arrastraba con sus instancias y persuaciones. Gregorio le perdonó, y pidió á Dios que no le hiriese con el azote de su cólera, pues se habia mostrado arrepentido.

Este triunfo tan ruidoso acrecentó extraordinariamente el crédito de nuestro santo, y la veneracion con que le miraban. Gregorio ofreció á Dios estas horas de ventura, debidas á su proteccion milagrosa, y empleó el crédito que le habian dado en escribir en favor de la iglesia católica, defendiendo la consubstancialidad del Padre y del Hijo, contra la perversidad arriana, y doctrinando á los fieles en la palabra de Jesucristo. Así consumió su dilatada vida de ochenta años en el servicio y gloria de Dios, y en beneficio de los pueblos que tuvieron la dicha de escucharle, labrándose de este modo la corona de beatitud, con que el Señor le premió el dia veinte y cuatro de abril del año de 388.

SANTA BEUVA, Y SANTA DODA VIRGENES.

Acia el año de seiscientos de nuestra era, vino al mundo Beuva, prócsima

parienta del rey Dagoberto de Francia, y una de las princesas mas caba-

les de su siglo por su inteligencia y por su virtud. Desde muy niña dejaba las diversiones pueriles de su edad por leer la vida de los santos, y entregarse á la oracion, y cuando los años hubieron cimentado su razon y desenvuelto su hermosura, era citada en la córte, tanto por su extraordinaria belleza, como por la modestia y piedad en que estribaban las prendas relevantes con que el cielo la habia dotado.

Estas felices disposiciones le hicieron conocer bien pronto que no era el mundo el sitio mas apropósito para su ecsistencia, y habiendo venido á visitarla su hermano el bienaventurado Baudry, le hizo ver que todo su deseo estaba cifrado en el claustro y en el retiro. Entónces mandó edificar un monasterio en los arrabales de la ciudad de Reims para que Beuva pudiese satisfacer su anhelo. Dedicóse este en el año de 639 con la advocacion de san Pedro, y habiéndose reunido una numerosa comunidad, eligieron á Beuva por abadesa á pesar de su resistencia y de sus lágrimas.

El nuevo cargo aumentó su eficacia y su celo, al mismo tiempo que la hizo mas humilde, mas mortificada y mas desprendida de las cosas terrenales. El ejemplo era la leccion mas principal de esta virtuosa prelada, cuyos preceptos eran mucho mas suaves, que las rígidas obligaciones que se imponia.

Fué tan grande la fama de su santidad y buen gobierno, que la comunidad se aumentó prodigiosamente, por lo que se vió obligada á fundar nuevo monasterio en la ciudad: y como santa Beuva tenia una devocion tiernísima á la Virgen, le consagró el nuevo monasterio, con cuya advocacion dedicó la iglesia san Nivardo, arzobispo de Reims. Encargóse tambien del gobierno de esta nueva comunidad, y bajo su paternal vigilancia llegó á igualar, sino escedió á la primera.

La santa abadesa tenia á su lado una sobrina que hacia grandes progresos en el camino de la perfeccion, bebiendo sus piadosas inspiraciones. Prometida desde su infancia á un caballero de la córte de Austrasia, renunció las pompas del mundo por las dulzuras del claustro, resuelta á no ser esposa mas que de Jesucristo. Así que supo el caballero esta determinacion quiso sacarla á la fuerza, pero cuando iba á llevarlo á efecto, cayó del caballo en el camino de Metz á Reims, y se hirió de tanta gravedad que murió á los pocos dias.

San Baudry, que se hallaba en su monasterio de Montfaucon, de que era fundador y padre, se presentó en Reims para felicitar á su hermana y sobrina por el partido que habia abrazado esta. Animados de un mismo espíritu, estos tres seres escogidos, se infundian reciprocamente nueva fortaleza en sus fervorosas conversaciones, y en estos venturosos instantes el Señor llamó á su seno al bienaventurado Baudry, como premio de sus méritos y virtudes. Su cuerpo fué sepultado en una iglesia del arrabal, dedicada á la Virgen; y su hermana, despues de haberle rendido los últimos deberes, se preparó tambien para su tránsito, que en su avanzada edad no podia estar muy distante. Efectivamente, poco tiempo despues, consumida por las penitencias y abrasada en el fuego del divino amor, pasó al cielo á recibir el premio debido á su inocencia y á su virtud, el 24 de abril del año 674.

Doda reemplazó á su santa tia, á quien dió sepultura conforme á su voluntad en la iglesia de nuestra Señora. Su gobierno fué tan feliz como el anterior, y el monasterio floreció bajo la regla que san Bonito acababa de establecer.

Algunos años despues terminó Doda su vida con una dichosa muerte, y fué enterrada junto á su tia en la misma iglesia de nuestra Señora del

Arrabal: pero con el tiempo han sido trasladados estos tres cuerpos á otra parte: el de san Baudry al monasterio

de Montfaucon y los de santa Beuva y santa Doda al de san Pedro de la ciudad de Reims.

SAN FIDEL DE SIGMARINGA MARTIR Y SACERDOTE DE LA SAGRADA ORDEN DE LOS PADRES CAPUCHINOS.

Vivia en Sigmaringa, pequeña ciudad de Suevia, en el obispado de Constanca, Juan de Regi, casado con Genoveva Roserberger, nobles y piadosas personas que conservaban su religion pura, como la habian recibido de sus padres. El cielo premió su celo y perseverancia dándoles un hijo, que habia de ser ilustre mártir de la iglesia. En el año de 1577 vino al mundo esta prenda de su union, en la misma ciudad de Sigmaringa, y recibió en el bautismo el nombre de Marcos. Su padre no tuvo el gusto de ver los progresos que el niño hacia en el camino de la perfeccion, porque murió al poco tiempo: y habiendo contraido su madre segundas nupcias, quedó Marcos al cuidado de un tutor, que le puso bajo la direccion de un sacerdote, sabio, entendido, virtuoso y prudente. Despues pasó á la universidad de Friburgo, donde estudió filosofia y derecho civil canónico, graduándose de doctor en ambas facultades. Durante sus estudios conservó la pureza de sus costumbres, vivia retirado, y rezaba diariamente el oficio de la Virgen, de quien era devotísimo. En el año de 1604 emprendió con otros tres caballeros alemanes largos viajes por la misma Alemania, por Francia y por Italia, para adquirir nuevos conocimientos, y habiéndolos terminado en el año de 1610 se retiró á Willinghausen, adonde por decreto imperial se habian trasladado los tribunales y la universidad de Fri-

burgo. En esta ciudad puso su estudio de abogado, y se ocupó en la defensa del pobre y del desvalido contra los atropellamientos del poderoso y del intrigante. Pero muy pronto conoció que podia esponer su conciencia con las cavilaciones é insidias de los perversos. Entónces renunció á su profesion y al mundo, para abrazar el estado religioso en la sagrada orden de los padres capuchinos. Pero el provincial de Friburgo le representó, que la rigidez de la orden era excesiva para quien como él habia estado acostumbrado á las dulzuras y comodidades de la vida. No arredró esta repulsa al decidido Marcos: impetró de Roma indulto, y recibió en pocas semanas las ordenes sagradas y el sacerdocio.

Revestido de este carácter ya no habia obstáculo para el cumplimiento de su deseo, y fué recibido en el sagrado orden de los capuchinos, tomando el hábito el dia de san Francisco, 4 de octubre del año de 1611. En este mismo dia cantó su primera misa, y mudó su primitivo nombre de Marcos en el de Fidel, para manifestar la fidelidad con que queria servir á Dios.

Aunque entró en la religion de mas de treinta y cinco años, no se le hizo duro el instituto rigoroso de la orden, pues aceptó con indecible gusto todas sus penitencias y mortificaciones. Obediente, humilde, silencioso y recogido, ocupaba sus dias en la oracion, empleando en este fervoroso consue-

lo el tiempo que le dejaban libre las obligaciones de la casa.

Los superiores le destinaron al ministerio de la predicacion, pues con su virtud y doctrina afirmaba á los fieles en la fé, y desbarataba las maquinaciones de los infieles.

Como merecía la estimacion de sus superiores, y la confianza de sus hermanos, se vió ascendido á la dignidad de prelado, en que se distinguió por su gobierno manso, humilde y amoroso, por su incesante caridad, y por el tino y prudencia con que corrigió los abusos, y conservó la paz y la union.

Por este tiempo habia conquistado el archiduque Leopoldo algunos valles del país superior de los Grisones, en que reinaba la heregia de Calvino, y queriendo reducirlos al gremio de la iglesia, envió una mision de diez religiosos capuchinos; y la congregacion de propaganda fidei con anuencia del sumo pontífice, nombró como superior de ella á nuestro santo.

A fines del año de 1621 dió principio á su mision, caminando á pié de pueblo en pueblo, predicando en todas partes la palabra de Dios, y convirtiendo á la fé católica á un crecido número de hereges. Asustados los ministros de Calvino con los triunfos de Fidel, le pusieron asechanzas para librarse de su presencia. A este efecto le convidaron para que predicase en la iglesia que los católicos tenian en Sevis, pues deseaban oír su doctrina. Fidel sospechó el engaño, pero en la duda no quiso privarles de la palabra de Dios, prefiriendo perder su vida, antes que omitir diligencia alguna para convertirlos.

Llegó el dia señalado, y Fidel se presentó en la iglesia convenida: postrose en tierra y adoró la magestad de Dios, por cuya gloria iba á combatir en aquel momento. En seguida celebró el santo sacrificio de la misa con estraordinario fervor, y así que hubo dado gracias, subió sin vacilar al púlpito, donde encontró un billete

que decia: «hoy predicarás, y no mas.»

Y como si aquella amenaza de muerte hubiese encendido su fervor con nuevos y ardorosos fuegos, predicó con tanto entusiasmo, con tanta ternura y tanta conviccion, que parecia un ángel del cielo luchando contra el espíritu de perdicion, para arrancar de su dominio á la mísera humanidad. La iglesia estaba llena; una muchedumbre armada habia invadido el templo del Señor; pero ni su presencia amenazadora, ni el espíritu de venganza que los conducía arredraron al virtuoso ministro, cuya mansedumbre, inocencia, y serenidad, hacian un contraste maravilloso con el orgulloso ademan, la inquietud, y criminales proyectos de aquellos hereges desalmados.

Fidel continuó su plática, y en la invocacion que hizo al concluir, pidió por la salvacion de los que perseguian su doctrina y su ministerio.

Esta prece de caridad fué la señal del rompimiento: disparáronle con un fusil, pero la bala no alcanzó á nuestro santo. Este habia concluido su predicacion, y bajándose del púlpito se postró de nuevo ante el altar: mas no queriendo que sus enemigos cargasen con un crimen mas enorme, dándole muerte en la iglesia, salió de su recinto por una puerta lateral. Entónces se cebaron en el inocente ministro del Señor, acabándole á cuchilladas y á lanzadas. Fidel recibió de rodillas la muerte, y presentó en las aras del Señor aquel cruento sacrificio, que tuvo lugar el dia 24 de abril del año de 1622, teniendo cuarenta y cinco de edad. Su cuerpo, que tenia veinte y tres heridas profundas, fué sepultado en el lugar de Sevis; pero á los seis meses lo trasladaron con solemne procesion á la ciudad de Coira, capital del canton de los Grisones, donde se hicieron tantos milagros por su intercesion, que el papa Benedicto catorce le canonizó solemnemente.

SAN ROBERTO FUNDADOR DEL MONASTERIO DE CASA DEI EN AUVERNIA.

Gerardo y Reingarda fueron los dichos padres de Roberto, que vino al mundo en la Auvernia á principios del oncenno siglo en una soledad, para demostrar que habia de pasar su vida retirado del mundo. Educóse en la iglesia de san Julian mártir en la ciudad de Brioude, de donde lo hicieron canónigo; pero deseando abrazar una vida mas perfecta, se retiró á Cluni, siendo ya sacerdote, para ponerse bajo el gobierno del abad Hugo. Sin embargo, no pudo llevar á cabo esta resolucion, porque vinieron á buscarle con tanto empeño para que regresase á Brioude, que cayó malo de disgusto. Así que recuperó su salud, trató de practicar en el mundo las reglas del monasterio, y no pudiendo conseguirlo, emprendió un viaje á Roma para impetrar la intercesion de los santos apóstoles. A su regreso se trasladó con un soldado que habia convertido á una soledad cerca de Pui en Velai, donde se albergaron en una antigua iglesia que allí habia. Despues fabricaron con sus propias manos unas celditas junto á la iglesia, y se entregaron á la piadosa y santa vida de los anacoretas del desierto.

Pero la fama de su santidad y de

los prodigios que obraban, decidieron á muchos á ponerse bajo su direccion, y Roberto tuvo que aumentar las celditas para darles alojamiento. Sin embargo, fué tan crecido el número de los que deseaban participar de las delicias de aquella vida santa, que Roberto con la auencia de Rencon obispo de Clermont, edificó un monasterio con el nombre de la Chaise Dieu la Neuve. «La casa nueva de Dios.» El papa Leon IX aprobó esta fundación, y Henrique I rey de Francia ratificó las donaciones que se le habian hecho. Entonces Roberto recibió el hábito de manos del obispo, y tomó el gobierno de sus hermanos bajo la regla de san Benito.

Dios bendijo sus trabajos apostólicos, y aumentó su comunidad á mas de trescientos religiosos, para quienes fué un padre cariñoso, y un solícito pastor. Reedificó mas de cincuenta iglesias ademas de su monasterio, pues la guerra habia hecho crecidos estragos en aquel pais. Su vida fué un dechado de perfeccion y de caridad, y su muerte que se verificó el 24 de abril del año de 1067 un tránsito glorioso para la bienaventuranza.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Roma, de SAN SABAS gefe de una legion, que acusado ante el tribunal porque visitaba y socorria á los prisioneros cristianos, confesó espon-

taneamente á Jesucristo. Entonces le quemaron el cuerpo con antorchas encendidas, y le metieron en una caldera de pez hirviendo, y habiendo sa-

lido sin lesion alguna, se convirtieron á la fé setenta personas. El juez trató de seducirlas, pero no habiéndolo conseguido, fueron degolladas, y san Sabas arrojado al rio, de donde pasó á la corte celestial que habia conquistado con su fortaleza.

En Leon, de SAN ALEJANDRO MARTIR, que encerrado en un calabozo, en la persecucion de Antonino Vero, fué sentenciado como cristiano á padecer los mas atroces tormentos. Azotáronle primeramente con tanta crueldad, que despedazadas sus carnes y rotas las costillas, quedaron al descubierto por todas partes sus entrañas; en seguida le clavaron en una cruz, donde espiró entregando su alma bienaventurada en manos de su Criador. En la misma época padecieron martirio treinta y cuatro cristianos mas, cuya memoria se celebra en diferentes dias.

En Larisa, antigua ciudad cerca de Andalucia en la campiña de Cartagena de SAN EUSEBIO, NEONO, LEONCIO, LONGINOS, y cuarenta compañeros mas,

que dieron su vida por Jesucristo, despues de haber padecido infinitos tormentos en la persecucion de Diocleciano.

En Inglaterra, de SAN MELITON OBISPO, enviado por san Gregorio para predicar el evangelio en aquellos paises, donde convirtió á la fé á los sajones orientales con su rey.

En Brescia, de SAN HONORATO OBISPO.

En Irlanda, de SAN EGBERTO SACERDOTE Y MONGE de una santidad y una continencia admirable.

Ademas se hace conmemoracion en España.

En Mármoles antes Utica, de SAN WALDEFRIDO, PRELADO ilustre de aquella iglesia y dignísimo confesor de la doctrina de Jesucristo.

En Andujar, de la BEATA CORONA, VIRGEN Y MONJA de san Benito, esclarecida por su vida santa y por sus milagros.

En Gerona, la colocacion del cuerpo de SAN DANIEL MARTIR.

LA MISA ES DEL COMUN DE LAS SANTAS VIRGENES, Y LA ORACION
LA QUE SIGUE.

Te suplicamos, Señor, Dios nuestro, que nos concedas gracia para venerar con perpetua devocion el triunfo de tus santas vírgenes Beava y Do-

da, para que ya que no podamos celebrarlas dignamente, les dediquemos por lo menos nuestras preces humildes. Por nuestro Señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 10 Y 11 DE LA 2.^a DE SAN PABLO
A LOS CORINTIOS, Y LA MISMA QUE EL DIA 17 FOLIO 152.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 25 DE SAN MATEO, Y EL MISMO QUE EL DIA 17 FOLIO 152.

MEDITACION.

DE OTRA MANERA DE PECADOS QUE DEBE TRABAJAR POR HUIR EL BUEN CRISTIANO.

Ademas de los siete pecados que se llaman capitales, hay otros tambien que se derivan de ellos, los cuales no menos debe trabajar de evitar todo fiel cristiano que los otros.

Entre estos, uno de los mas principales, es jurar el nombre de Dios en vano: porque este pecado es directamente contra Dios, y así de su condicion es mas grave que cualquier otro pecado que se haga contra el prójimo, por muy grave que sea. Y no solo tiene esto verdad cuando se jura por el mismo nombre de Dios, sino tambien cuando se jura por la cruz y por los santos, y por la vida propia: porque cualquier de estos juramentos, si cae sobre mentira, es pecado mortal, y pecado muy reprehendido en las sagradas escrituras, como injurioso á la divina Magestad. Verdad es que cuando el hombre descuidadamente jura mentira, se escusa de pecado mortal: porque donde no hay juicio de razon, ni determinacion de voluntad, no hay esta manera de pecado. Mas esto no se entiende en los que tienen costumbre de jurar á cada paso, sin hacer caso ni mirar como juran, y no les pesa de tenerla, ni procuran hacer lo que es de su parte por quitarla: porque estos no se escusan de pecado, cuando por razon de esta mala costumbre juran mentira sin mirar en ello, pudiendo y debiendo mirarlo. Ni pueden allegar que no miraron en ello, ni era su voluntad jurar mentira, porque supuesto que

ellos quieren tener esta mala costumbre, tambien quieren lo que se sigue de ella, que es este y otros semejantes inconvenientes, y por esto no dejarán de imputárseles por pecados, y llamarse voluntario. Por esto debe trabajar el cristiano todo lo posible por desarraigar de sí esta mala costumbre: para que así no se le imputen estos descuidos por culpa mortal. Y para esto no hay otro mejor medio que tomar aquel tan saludable consejo, que nos dió primero el Salvador, y despues su apóstol Santiago, diciendo. «Ante todas las cosas, hermanos míos, no querrais jurar, ni por el cielo, ni por la tierra, ni otro cualquier juramento: sino sea vuestra manera de hablar, si, por si, y no, por no: porque no vengais á caer en juicio de condenacion. Quiere decir, porque no os lleve la costumbre á jurar alguna mentira, por donde seais juzgados y sentenciados á muerte perpetua.» Y no solo de su propia persona, sino tambien de sus hijos y familia, y casa, trabaje por desterrar este tan peligroso vicio, reprendiendo y avisando á todos sus familiares, cuando los viere jurar cualquier juramento que sea. Y cuando él mismo en esto se descuidare, tenga por estilo dar alguna limosna, ó rezar siquiera un padre nuestro, y un ave maria: para que esto le sea, no tanto penitencia de la culpa, cuanto memorial y despertador para no caer mas en ella.



S. Marcus Evangelista.

DIA VEINTE Y CINCO.

SAN MARCOS EVANGELISTA.

San Marcos, oriundo de la ciudad de Cirene en la provincia de Pentápolis, descendía de una familia sacerdotal, como asegura Beda, y fué discípulo querido de san Pedro, por cuya razon le llama hijo en su primera epístola. Acompañó á su maestro á Roma, y tuvo mucha parte en los trabajos del apóstol para plantar la fé de Cristo en la capital del mundo, donde quedó solo al cuidado de aquella iglesia, porque las funciones de su apostolado llamaron á otra parte á san Pedro. Durante este periodo le rogaron los fieles de Roma que les dejase por escrito la historia evangélica, para conservarla en la memoria, y repasar la doctrina que les habia predicado el apóstol. Rindióse Marcos á esta súplica, y escribió lo que habia oido de boca de su maestro, ya en las instrucciones públicas que daba á los fieles, como en las conferencias privadas que con él habia tenido. Por esta razon no refiere las cosas segun la cronología de los tiempos, fijando todo su cuidado en guardar la mayor exactitud, y no omitir cosa alguna de lo que habia oido al príncipe de los apóstoles.

A su regreso á Roma aprobó san Pedro el evangelio de san Marcos, de que ya tenia conocimiento por divina revelacion, y mandó que se leyese en la iglesia.

I.

Dice san Crisóstomo, que san Marcos fué el mas breve de los cuatro evangelistas, por imitar la concision de san Pedro, y añade Eusebio, que como solo escribió lo que oyó al príncipe de los apóstoles, omitió lo que Jesucristo dijo en honra de este discípulo, despues que le confesó por el hijo del Dios vivo. Por la misma razon omite el milagro de san Pedro, cuando este arrojándose al mar en busca de su maestro, anduvo por encima del agua, mientras que se detiene en referir todo lo que redundaba en humillacion del apóstol, como fueron sus tres negaciones que tantas lágrimas y remordimientos le costaba.

San Marcos escribió en griego su evangelio por ser el idioma mas conocido en aquella época. Tambien escribió nuestro santo la epístola que san Pedro dirigió á los fieles de las diversas provincias del Asia. Obra suya es igualmente la iglesia de Aquileya, célebre en los primeros siglos, donde permaneció dos años y medio por orden de san Pedro, haciendo innumerables conversiones.

A la espulsion de los judios de Roma, ocurrida hacia el año de 49, por decreto del emperador Claudio, le envió san Pedro á Egipto, para predicar en aquellas provincias la ley de gracia. Y como el comercio habia hecho general la lengua griega en el orien-

te, llevó san Marcos su evangelio para que aquellas naciones tuviesen por escrito la doctrina que les enseñaba de viva voz.

San Marcos, lleno de aquel espíritu ardiente que inflamaba a los apóstoles por hacer extensivas á todas las naciones la era de regeneracion, desembarcó en Cirene de la provincia de Pentápolis; y á su voz se hundió la idolatría, y se alzó triunfante la cruz del cristianismo. Despues recorrió lo restante de la Libia, esto es, las provincias llamadas Marmarica y Amoniacá, en que gastó doce años de trabajosa predicacion; pero que tu-

vo el consuelo de ver coronados con los resultados mas felices. Tambien penetró en el alto y bajo Egipto, en una y otra Tebaida, y las bendiciones del cielo hicieron fructifera su peregrinacion, poblándose de santos y virtuosos anacoretas un territorio que se hallaba sumido en las mas groseras supersticiones de la idolatría.

Y en seguida dejando á sus discipulos que cultivasen las semillas que habia sembrado, se dirigió á Alejandría, que era la cabeza del oriente, y despues de Roma, la ciudad mas importante del imperio.

II.

Al entrar en aquella ciudad famosa que le habia de mirar como su apóstol, vió Marcos que se habia descosido una de sus sandalias. Dirigióse á un zapatero para que se las compusiera, y mientras lo hacia se clavó la lezna con que trabajaba.

—Ay Dios mio! exclamó el artesano impellido por el dolor.

Aquella exclamacion hizo conocer á Marcos, que los sentimientos naturales de aquel hombre le inclinaban al cristianismo, reconociendo á un solo Dios verdadero: y aprovechando aquella ocasion propicia, le dió á conocer aquel único y verdadero Dios, á quien invocaba sin advertirlo. Al mismo tiempo aplicó á la herida un poco de lodo, y haciendo sobre ella la señal de la cruz, cesaron al instante los dolores, y quedó cerrada perfectamente.

Aniano que era el nombre del zapatero, vió aquella curacion milagrosa, oyó aquellas palabras de esperanza y de porvenir, que tan persuasivas eran en una persona tan grave y tan resignada como Marcos, y no pudo menos de sentir un secreto movimiento que le impelia hácia aquel

hombre, que se habia presentado tan favorablemente. Alojóle en su casa, como tambien á los de su comitiva, y se instruyó perfectamente en la doctrina sacrosanta del cristianismo. En seguida recibió el bautismo con todos los de su familia, é hizo tantos progresos en el ejercicio de las virtudes evangélicas, que dos años despues le hizo san Marcos obispo de Alejandría.

Creciendo diariamente el número de los cristianos, tuvo san Marcos que instituir nuevas iglesias ó parroquias en Alejandría, para doctrinar á los fieles y distribuirles el pan de vida. Pero no solo aquella ciudad se vió llena de fervorosos hijos del evangelio, sino tambien todo el territorio vecino, á cuyas soledades y yermos acudían los héroes cristianos, que renunciaban las pompas y regalos de la vida, para dedicarse esclusivamente á la penitencia, á la leccion de la sagrada escritura, y á la meditacion de las verdades eternas. Y estos contemplativos de Egipto, que algunos creyeron judios, porque conservaban algunas ceremonias judáicas, se llamaron «terapéutas» que significa «los que

están particular y únicamente dedicados á servir á Dios» y fueron el plantel de aquel prodigioso número de

solitarios, que poblaron en los siguientes siglos los desiertos del Egipto y de la Tebaida.

III.

Los gentiles alarmados por los repetidos triunfos que conseguía el cristianismo sobre sus falsas creencias, y sublevados contra Marcos, á quien llamaban el *Galileo*, amenazaban continuamente su existencia. Entónces el evangelista para prevenir las consecuencias desastrosas, que por su prision ó muerte pudiesen acaecer á la iglesia de Alejandría, consagró á Aniano por su primer obispo, pues aunque san Marcos lo fué antes que él, está considerado mas bien como apóstol. En seguida marchó á Pentápolis, y consumió dos años en recorrer aquellas provincias, eshortando á los fieles, y animándolos para hacer frente con serenidad á los peligros que se preparaban. Al cabo de este tiempo regresó á Alejandría, y se preparó para el sacrificio que no veía muy distante.

A pocos dias celebróse la fiesta del ídolo Serapis, y el pueblo ecsaltado por fanáticas eshortaciones, corrió furibundo en busca del enemigo de sus dióses para sacrificarlo á su cólera.

Marcos se hallaba al pié de los altares ofreciendo á su Dios el sacrificio de aquella hora. El templo se estremeció con los alaridos de la desenfrenada multitud, pero el evangelista no perdió su animosa serenidad. Contento é impassible, vió acercarse á sus verdugos, y elevó al Señor una prece congratulatoria. Entónces le echaron una soga al cuello, y le arrastraron por la ciudad, llevándole hasta un sitio fuera de ella, que se llamaba Bucoles, próximo al mar, y en extremo pedregoso. La sangre del

mártir de Jesucristo señalaba su tránsito con dolorosa huella: su cuerpo estaba despedazado por el roce, y sus carnes desprendidas proclamaban el martirio de su padecer: y sin embargo su rostro estaba radiante de esperanza y beatitud, y su boca entonaba un cántico sublime de alabanza y fortaleza.

La noche cerró mientras que aquella muchedumbre, embriagada por sus escesos, celebraba los tormentos del varon fuerte de Jesucristo. Entónces le volvieron á la ciudad, y le encerraron en una espantosa mazmorra, á fin de que pereciese en el abandono y en los dolores.

Pero apenas se vió solo cuando una luz resplandeciente disipó las nieblas que le rodeaban: un perfume celestial llenó la estancia de suavísimos olores, y vigorizó sus sentidos y su vida. Entónces se postró en tierra, porque entre aquella nube de perfumes y resplandor vió la gloria de Jesucristo, y al Dios vivo y eterno que le esperaba en su reino celestial.

El nuevo dia halló á Marcos inundado de un gozo tan esquisito, que hacia desaparecer las miserias de la humanidad. La vision de aquella noche habia llenado su alma de esperanza y fortaleza para anunciarle la proximidad de la recompensa eterna que le estaba reservada.

No tardó mucho en oirse los alaridos del desenfrenado pueblo, acallados durante las pesadas horas de la noche. Muy luego penetró la multitud en la prision de Marcos, y sacándolo fuera, le arrastraron con la

misma inhumanidad que la vispera. Pero en aquella hora se habia cumplido ya la voluntad del Altísimo, y su alma luminosa voló á postrarse reverente ante el trono de la inmortalidad. Era el 25 de abril del año 68 de nuestra era.

Los gentiles quisieron quemar su cuerpo, pero los ahuyentó una tempestad que se levantó de improviso, y los cristianos le dieron sepultura en una cavidad de las peñas de Bucoles, donde se juntaban á hacer oracion. En el año de 316 se edificó en aquel sitio una iglesia, y en el sexto siglo se conservaba aun en ella el palium ó manto de san Marcos, con que se revestia el obispo de Alejandria antes de tomar posesion de su silla episcopal.

Habiéndose apoderado de Alejandria los sarracenos, se cree que los venecianos hurtaron el cuerpo de nuestro santo en el noveno siglo, pues hasta entónces se habia conservado en una urna de mármol, delante del altar mayor de una iglesia de la ciudad, lo que prueba que fué trasladado de su primitivo sepulcro. La república de Venecia erigió á sus reliquias un magnífico templo, y se puso bajo su proteccion. Ademas de la fiesta de

hoy, se celebra en 31 de enero la traslacion, y en 25 de junio otra con el título de la aparicion de san Marcos, pues en el undécimo siglo fué hallado su cuerpo en el citado dia, despues de haberse ignorado por mucho tiempo el lugar donde se hallaba depositado.

Tambien celebra en este dia la iglesia la institucion de las letanias mayores, que en el año de 590 ordenó san Gregorio el grande, para aplacar la cólera de Dios que afligia á Roma con los horrores de una peste. Estas oraciones públicas y procesiones generales, que duraban tres dias, se llamaron letanias septenarias, porque los fieles se dividian en siete coros, que salian en procesion de otras tantas iglesias. Presidialas el fervoroso pontífice, llevando en sus manos una imagen de la Santísima Virgen, que se cree comunmente fué pintada por san Lucas, cuando al llegar á la mole de Adriano, se vió sobre ella un ángel en ademan de envainar una espada, y desde el momento cesó el azote de Dios. En memoria de este suceso se llama el castillo, que se edificó despues en aquel lugar, el castillo del Santo Angel.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Siracusa, de SAN EVODIO, SAN HERMOGENES Y SAN CALIXTO, mártires por la fè. San Hermógenes fué uno de los discipulos de Santiago que acompañó su cuerpo á Compostela, de donde regresó á Siracusa en Sicilia.

En Antioquia, de SAN ESTEVAN obispo y mártir, que fué arrojado en el rio Orontes, siendo emperador Zenon, despues de haber padecido mu-

cho por los hereges, que no reconocian el concilio de Calcedonia.

En la misma ciudad, de SAN FILON Y SAN AGATOPODIO diáconos y mártires. Este último fué liberto de Augusto, natural de España, y señor poderoso de Galicia, que convertido en la predicacion de Santiago, pasó á Antioquia, donde san Ignacio le recibió en su iglesia.

En Alejandria, de SAN ANIANO obispo, discípulo de san Marcos, que murió en nuestro Señor, esclarecido por sus virtudes.

En Lobes ó Bins, en Hainault, de SAN ERMIO obispo y confesor, dignísimo prelado y celosísimo pastor de la iglesia.

LA MISA ES EN HONRA DE SAN MARCOS, Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Dios, que elevaste á tu santo evangelista Marcos por la gracia de la predicacion del evangelio, concede á nuestras súplicas que nos aproveche-

mos siempre de su doctrina, y nos veamos defendidos por su intercesion. Por nuestro Señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 1.º DE EZEQUIEL.

Y era la semejanza del rostro de los cuatro animales, cara de hombre, y cara de leon á la derecha de los mismos cuatro; y cara de bucy á la izquierda de los mismos cuatro; y cara de águila, en lo alto de los mismos cuatro. Sus caras, y sus alas estendidas en alto: dos alas de cada uno se juntaban, y dos cubrían los cuerpos de ellos: y cada uno de ellos andaba su cara adelante: donde era el impetu del espíritu, allá iban, y no se volvian quando andaban. Y la semejanza de los animales, el aspecto de ellos como carbones de fuego ardientes, y como aspecto de hachas encendidas. Esta era la vision, que discurría en

medio de los animales, resplandor de fuego, y relámpago, que salía del fuego. Y los animales iban, y volvían á semejanza del relámpago resplandeciente.

NOTA.—El profeta Ezequiel descendía de familia sacerdotal, se hallaba en Jerusalem quando Jeconias, rey de Judá, la entregó á Nabucodonosor que la estaba sitiando; por consiguiente fué llevado cautivo á Babilonia, donde tuvo misteriosas visiones, y escribió estas profecias que encierran tan alto sentido. La de los cuatro animales que tiraban del misterioso carro de la gloria de Dios, la aplica la iglesia á los cuatro evangelistas.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 10 DE SAN LUCAS.

En aquel tiempo: señaló el Señor á otros setenta y dos. Y los envió

de dos en dos delante de sí á cada ciudad y lugar, adonde él habia de venir. Y les decia: la mies ciertamente es mucha, mas los trabajadores pocos. Rogad pues al Señor de la mies, que envíe trabajadores á su mies. Id: he aquí que yo os envío, como cordero en medio de lobos. No lleveis bolsa, ni alforja, ni calzado, ni saludéis á ninguno por el camino. En cualquiera casa que entrareis, primeramente decid: Paz sea á esta casa: y si hubiere allí hijo de paz, re-

posará sobre él vuestra paz: y sino, se volverá á vosotros. Y permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que ellos tengan: porque el trabajador digno es de su salario. No paseis de casa en casa. Y en cualquiera ciudad en que entrareis, y os recibieren, comed lo que os pusieren delante: y curad á los enfermos que en ella hubiere, y decidles: se ha acercado á vosotros el reino de Dios.

MEDITACIÓN.

DE LA MORTIFICACION DE LAS PASIONES.

Concertando de esta manera el cuerpo con todos sus sentidos, nos queda ahora la mayor parte de este negocio, que es el concierto del alma con todas sus potencias. Donde primeramente se nos ofrece el apetito sensitivo, que comprende todos los afectos y movimientos naturales, como son amor, odio, alegría, tristeza, deseo, temor, esperanza, ira, y otros semejantes afectos.

Este apetito es la mas baja parte de nuestra alma, y por consiguiente la que mas nos hace semejantes á bestias, las cuales en todo y por todo se rigen por estos apetitos y afectos. Esta es la que mas nos asimila y abate á la tierra, y mas nos aparta de las cosas del cielo. Esta es la fuente y el venero de todos cuantos males hay en el mundo, y la que es causa de nuestra perdicion: porque, como dice san Bernardo, «cese la propia voluntad, que son los deseos de este apetito, y no habrá para quien sea el infierno.» Aquí principalmente está todo el almacén y toda la municion del pecado: por

que de aquí toma fuerzas y armas: y aquí toma todos sus filos y aceros para herirnos mas agudamente. Esta es otra, nuestra Eva, que es la parte mas flaca, y mas mal inclinada de nuestra alma, por la cual aquella antigua serpiente, acomete á nuestro Adán, que es la parte superior de ella, donde está el entendimiento y la voluntad, para que quiera poner los ojos en el árbol vedado. Esta es donde mas se descubren y señalan las fuerzas del pecado original, y donde mas poderosamente empleó toda la fuerza de su ponzoña. Aquí son las batallas, aquí las caídas, aquí las victorias, aquí las coronas: quiero decir, que aquí son las caídas de los flacos, aquí las victorias de los esforzados, y aquí las coronas de los vencedores, y aquí finalmente toda la malicia y ejercicio de la virtud. Porque en domar estas fieras, y enfrenar estas bestias bravas, consiste una muy gran parte del ejercicio de las virtudes morales.

Esta es la viña que hemos siem-

pre de cavar, esta la huerta que hemos de escardar, para plantar en su lugar la de las virtudes.

Pues segun esto el principal ejercicio del siervo de Dios, es andar siempre por esta huerta con un escardillo en la mano, entresacando las malas yerbas de las buenas, ó por otra comparacion, estar siempre como el gobernador de un carro sobre estas pasiones para reprimirlas, y regirlas, y enderezarlas, unas veces aflojando las riendas, otras recogién-dolas, para que no vayan al paso que ellas quisieren, sino al que quisiere la ley de la razon.

Este es el ejercicio principal de los hijos de Dios, los cuales no se rijen ya por afectos de carne ni de sangre, sino por el espíritu de Dios. En esto se diferencian los hombres carnales de los espirituales, que los unos á manera de bestias brutas se mueven por estos afectos, y los otros por espíritu de Dios, y por razon. Esta es aquella mortificacion, y aquella mirra tan alabada en las escrituras sagradas.

Esta es la muerte, y la sepultura, que tantas veces nos convida el apóstol. Esta es la cruz y el negamiento de sí mismo, que nos predica el evangelio. Esto el hacer juicio y justicia que tantas veces nos repiten los salmos y profetas. Y por esto aquí principalmente conviene emplear todos nuestros trabajos, nuestras fuerzas, nuestras oraciones y ejercicios.

Y particularmente conviene que cada uno tenga muy bien entendida su natural condicion, y sus inclinaciones, y allí tenga siempre mayor recaudo, donde sintiere siempre mayor peligro. Y aunque hayamos de tener siempre guerra con todos nuestros apetitos, especialmente la conviene tenerla con los deseos de honra, de deleites y de bienes temporales, porque estas son las tres principales fuentes y raices de todos los males. Miremos tambien no seamos apetitosos, esto es, muy amigos de que se haga siempre nuestra voluntad, y se cumplan todos nuestros apetitos, que es un vicio muy aparejado para grandes desasosiegos y caidas, muy familiar á grandes señores, y á todas las personas criadas y habituadas en hacer su voluntad. Para lo cual muchas veces aprovechará ejercitarnos en cosas contrarias á nuestros apetitos, y negar nuestra propia voluntad aun en las cosas licitas, para que así estemos mas diestros y fáciles, para negarla en las ilícitas. Porque no menos se requieren estos ensayos y ejercicios para ser diestros en las armas espirituales que en las carnales, sino tanto mas, quanto es mayor victoria vencer así, y vencer demonios, que vencer todo lo demas. Debemos tambien ejercitarnos en oficios humildes y bajos, sin tener cuenta con el decir de las gentes; pues tan poco es lo que el mundo puede dar y quitar, al que tiene á Dios por su tesoro y heredad.

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN CLETO, PAPA Y MARTIR.

Nació en Roma san Cleto, hijo de Emiliano, y fué convertido por san Pedro, en cuya escuela aprovechó tanto, que por su fervor y sus virtudes le consideraban como uno de los mas perfectos miembros, del clero romano. Las vastas atenciones de la iglesia le obligaban á elegir entre los mas dignos, dos coadyutores que le ayudasen en el desempeño de su ministerio universal. Lino fué el primero, y tenia á su cargo lo concerniente al radio de Roma, dejando al buen desempeño de Cleto todo lo que ocurría fuera de esta ciudad. Celosos imitadores de tan santo maestro, aprendieron bajo su direccion á cuidar el rebaño puesto á su vigilancia: y cuando san Pedro terminó su carrera por un glorioso martirio en el año 67 de nuestra era, subió al pontificado san Lino, á quien sucedió inmediatamente nuestro santo.

Necesarios eran los vastos conocimientos que habia adquirido Cleto bajo la inmediata inspiracion de dos pontífices, tan grandes como habian sido sus predecesores, para dirigir con acierto á la naciente iglesia en tiempos tan azarosos y contrarios. Pero su extrema vigilancia y su caridad sin límites no hallaron obstáculos á sus paternales deseos, y su háculo pastoral fué una egida milagrosa que amparó á todo el rebaño de Jesucristo, en toda la estension del imperio.

Doce años de solícita administracion elevó á la iglesia á un esplendor grandioso, y aumentó considerablemente el número de sus amados hijos. Para atender al pasto espiritual de tan crecido número de fieles, distribuyó la ciudad de Roma en veinte y cinco parroquias, poniendo un presbítero en cada una para que la gobernase y administrase los sacramentos.

En este tiempo cesó la bonanza que habia favorecido á la iglesia durante el imperio de Vespasiano y de Tito. Domiciano ocupaba el trono de los emperadores, y declaró al cristianismo una guerra cruel y sanguinaria. De todos los ángulos de su imperio resonó un solo grito, y la sangre inocente de millares de mártires empapó toda la estension de la tierra.

Cleto predicaba por todas partes perseverancia y fortaleza: en la ciudad, en la campiña, en los montes y en las cavernas, en todas partes se le veia infundiendo ánimo y esperanza, para soportar aquellas horas de penosa tribulacion. Su celo era ardiente, su solícitud incansable: de día y noche se hallaba presente donde se veia peligro: de día y noche predicaba sin cesar la palabra de vida y de porvenir. Fervoroso en su fé, infatigable en el cumplimiento de su ministerio, nunca creia haber llenado su mision, y todo su anhelo, toda la gloria



S. Cleo Papa.

que ambicionaba, era sellar con su sangre su amor por Jesucristo.

El cielo oyó sus votos, y la hora de su triunfo sonó muy en breve.

El pontifice se vió encarcelado por órden del emperador, y entre los hierros que oprimian su ancianidad, halló Cleto la ventura que deseaba. Dirigió al cielo una sentida prece de gratitud, y cuando vinieron á consumir su martirio, un rayo de alegría iluminó su venerable semblante, que apareció resplandeciente bajo aquella aureola de mística é inefable espe-

SAN MARCELINO PAPA Y MARTIR.

Nació san Marcelino en Roma, y su padre que era uno de sus ciudadanos se llamaba Proyecto. Su vocacion le encaminó al servicio de la iglesia, y sus prendas relevantes le dieron muy pronto á conocer entre todo el clero romano. Estudioso y entendido sobresalía por la sabiduria y ciencia de sus consejos en las necesidades de la iglesia, y con su ardiente celo é infatigable trabajo le prestó muy señalados servicios durante el pontificado de san Cayo.

Entónces corrian aquellos calamitosos tiempos en que el cristianismo, victima de la mas ciega persecucion, no hallaba paz ni reposo en toda la estension del universo. La silla apostólica estaba vacante, y la iglesia necesitaba un hombre vigoroso, un espíritu decidido, que saliera al frente de la calamidad, y amparase con el prestigio de sus heroicas virtudes, á los fieles aterrorizados con la insana crueldad de los gentiles. Y este hombre que por su prudencia, por su decision, y por su fé, habia de sacar á sal-

ranza. Así aguardó la consumacion de su martirio, que tuvo lugar en Roma el dia 26 de abril del año de 96. Su cuerpo se conserva en la iglesia de san Pedro en el Vaticano, y en la de san Pablo de Plaza Colona se muestran algunas de sus reliquias.

La ciudad de Ruvo en Calabria le venera como á su patrono, y se cree por tradicion que san Cleto estuvo en ella antes de subir al pontificado, que convirtió á la fé á la mayor parte de sus habitantes, y que fué su primer obispo ó á lo menos su apóstol.

vo á los suyos de aquel naufragio inminente, no podia ser otro que Marcelino, que resplandecía en la gracia del Señor como un astro del firmamento.

El año de 296 subió san Marcelino á la cátedra de san Pedro, y como el bálsamo aplicado á las heridas calma los dolores de la inflamacion, así tembló su gobierno, celoso, paternal y caritativo, la acritud de una época tan desastrosa, derramando en el corazon de sus fieles la mas dulce esperanza, y mas meritoria resignacion. Pero estaba decretado que las circunstancias habian, de ser superiores á sus esfuerzos: la persecucion tomó nuevos bríos, y su flaqueza cedió por un momento ante su ceño aterrador.

A pesar de la rigurosa lucha que sostenia la resignacion y constancia de los cristianos contra la impia crueldad de los gobernadores, la iglesia se engrandecía visiblemente, y la fé regeneradora se propagaba por todo el imperio. Entónces Maximiano y Diocleciano, que ocupaban el trono, es-

pidieron por los años 302 ó 303 aquellos decretos de sangre y esterminio, que costaron la vida á mas de quince mil mártires. El pontífice de Roma fué arrastrado por este tor-

rente, y á pesar de su ancianidad y de sus dolencias, se vió sepultado en una horrible prision, donde le aguardaban los suplicios mas atroces.

II.

Marcelino lloró aquellas horas de calamidad, no por sus propios padecimientos, sino por el abandono en que quedaban sus ovejas. Este dolor era el único que le ocupaba, no dejándole lugar para pensar en los propios, que soportaba por Dios con admirable paciencia. Sin embargo, como la intencion de los satélites no era acabar con su vida por entónces, sino vencer á su flaca ancianidad, para que prestase obediencia á los decretos del príncipe, trataron de intimidarle y sojuzgarle, poniendo ante su vista un formidable aparato de torturas inauditas, que hubieran hecho estremecer al espíritu mas varonil: y cuando le vieron sobrecogido, le arrastraron al templo de Júpiter, para que ofreciese incienso á los ídolos.

La debilidad de sus años, aumentada por los cruentos padeceres que le habian hecho sufrir en aquellos dias,

y por la prolongada abstinencia á que le habian condenado, favoreció las depravadas intenciones de aquellos impíos, para quienes era bastante una aparente sumision, á fin de engañar al pueblo y seducirle. Aprovecháronse de aquel estado de inanicion en que tan agravantes circunstancias habian colocado al pontífice, para poner en su mano el incienso que no debiera quemar sino en honra del verdadero Dios. Marcelino sucumbió á la alevosía de sus opresores, y ofreció maquinalmente aquel incienso á la falsa divinidad. Entónces los gentiles proclamaron este engañoso triunfo, y le dieron libertad, para que fuese á llorar con los suyos, mientras ellos vociferaban aquel acto que querian revestir de una solemnidad, y unas consecuencias que de ningún modo habia tenido.

III.

En la ciudad de Sinuesa en Italia se convocó inmediatamente un concilio de obispos, á cuya reunion acudieron mas de ciento ochenta prelados. Y cuando reunidos todos se dió principio á la sesion, se presentó en medio de ellos un anciano venerable, vestido con rigoroso silicio, y cubierta de ceniza la cabeza. Traia las manos cruzadas so-

bre el pecho, y de sus ojos bajos por la humildad, corrian dos hilos de lágrimas que vertía el dolor mas vehemente. Ahogados sollozos salian de su pecho, que palpataba de emocion y de incertidumbre, comunicando á todos sus miembros la agitacion que dominaba en su corazon ulcerado.

Un profundo silencio producido

por el asombro reinó en la asamblea á la aparicion de aquel humilde penitente, que era el pontifice Marcelino.

—Perdon, padres míos, exclamó con voz suplicante; os he convocado aqui para que seais mis jueces; pequé por mi desgracia, y me hice indigno del sacerdocio: pequé contre mi Dios por mi flaqueza, y no me queda mas que mi arrepentimiento para impetrar su generoso perdon.

Un pasmo universal habia dejado suspensos á todos los prelados, admirados de tanta grandeza de alma, y de tanta santidad.

—Soy indigno de la silla que ocupó, volvió á decir el pontifice; despojadme de una dignidad que he mancihallado, é imponedme una penitencia rigurosa que me purifique de mi inaudito proceder.

Conmovido estraordinariamente el

Anhelando Marcelino dar un público testimonio que borrarse aquel momento de extravio y flaqueza, se presentó al juez de Roma y con el mas heroico valor, le hizo presente, que repuesto de la sorpresa que habia padecido, venia á declarar que sus creencias eran siempre tan vivas y tan firmes, que no podrian hacérselas desmentir ni los mas agudos dolores, ni los mas tremendos suplicios. Entónces el juez le envió á la presencia de Diocleciano, ante el que hizo la misma confesion, manifestándole que venia decidido á arrosstrar su furor y sus crueldades, para que su nuevo triunfo por su Dios borrarse hasta los vestigios de su pasada desdicha.

Llenóse de ira el tirano al escuchar esta animosa y decidida confesion, y disponiendo que se llevase á efecto el rigor de los decretos promulgados, fué entregado nuestro san-

coucilio, y conociendo cuanta sinceridad y cuanta fé encerraban aquellas palabras, no pudo menos de confesar su inocencia unanimente: y levantándose uno de ellos le dijo en nombre de la asamblea.

—No hay en el mundo quien pueda juzgar al vicario de Jesucristo en la tierra: no teneis mas juez que vuestra conciencia misma. Si delinquisteis como Pedro, como Pedro podreis redimir vuestra falta: las lágrimas del arrepentimiento son los intercesores mas poderosos para la infinita misericordia: no teneis mas tribunal que Dios, ni mas patrocinio que vuestras acciones para borrar el escándalo producido.

—Dios mio, Dios mio, exclamó el pontifice levantando al cielo las manos: acepta mi reparacion, y que descienda hasta tu flaco y humilde siervo tu santa fortaleza.

IV.

to al verdugo, que le cortó la cabeza el dia 26 de abril del año de 304. Con este precioso martirio borró el pontifice un instante de error, debido únicamente á la flaqueza de su ancianidad, y á las estratagemas de sus enemigos.

Mas de un mes estuvo el santo cuerpo en la plaza donde habia sido ejecutada la sentencia, y tambien los de otros tres cristianos llamados Claudio, Cirino y Antonino, que padecieron martirio en el mismo dia; pues se habia mandado que nadie les diera sepultura; pero una noche los recogió el presbítero Marcelo, que los hizo enterrar en el cementerio de Priscila, en la via Salaria.

Este pontifice ordenó á cuatro presbíteros, y cinco obispos en los años que vino á ocupar la silla de san Pedro.

SAN RIQUIERO ABAD.

Riquiero vino al mundo en tiempo del rey Dagoberto primero, en el pueblo de Centulo, de la provincia de Ponthieu, de una familia ilustre, pues su padre fué muy favorecido del rey Clovis primero.

Riquiero pasó su juventud como un caballero de provincia, pero habiendo llegado á su pueblo, para predicar la fé de Jesucristo, dos sacerdotes irlandeses llamados Caidoc y Frigor se vieron tan perseguidos de los habitantes que eran idólatras, que á fin de protegerlos se los llevó Riquiero á su casa. Con esta ocasion renovó sus creencias, pues habia tenido la dicha que sus padres le criasen en el cristianismo: y queriendo reparar el abandono en que habia pasado su vida hasta entonces, vistió el hábito religioso como los sacerdotes irlandeses, recibió las órdenes sagradas, y comenzó á predicar el evangelio á sus compatriotas. Perseverante, penitente, caritativo, se dedicaba esclusivamente al alivio é instruccion de sus hermanos, á quienes socorría en sus necesidades, consolaba en sus dolencias, é instruía en su ignorancia.

Movido por su innata caridad pa-

só á Inglaterra para llevar á aquel país las luces del evangelio, á ejemplo de sus maestros, que tambien dejaron su patria, movidos por la caridad y el celo de la religion. Regresó despues á Francia, y edificó en su pueblo un monasterio, donde vino á visitarle Dagoberto, rey de Francia, atraido por la fama de su santidad: en cuya ocasion le cedió los bosques de Cressi para que con sus productos atendiese á la subsistencia del monasterio.

Al poco tiempo quiso tener una vida mas retirada, y nombrando por su sucesor en la abadia de Centulo á un religioso llamado Ocialdo, se retiró á los bosques de Cressi con su compañero Sigoberto, mandando edificar una capilla con su celdita en lo mas espeso de la selva. Allí vivió santamente haciendo muchos milagros, hasta que Dios fué servido de llevarle á gozar de la bienaventuranza, como premio debido á sus virtudes. Su cuerpo fué depositado en un tronco de árbol en forma de tumba y colocado en su ermita, de donde fué trasladado á la abadia de Centulo, que despues tomó el nombre de abadia de san Riquiero.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Amasea en el Ponto, de SAN BASILEO OBISPO Y MARTIR, que impetrando Licinio fué arrojado á la mar por la confesion de la fé; pero un cristiano llamado Elpidiforo le encontró

por la revelacion de un ángel, y le dió sepultura.

En Roma, de SAN CLAUDIO, CIRINO, Y ANTONINO, que sucumbieron en la persecucion de Diocleciano, la cual en

el espacio de un mes dió á la iglesia de quince á diez y siete mil mártires.

En Braga de Portugal, de SAN PEDRO BRITENSE, su primer obispo, discípulo de Santiago.

En Viena en el Delfinado, de SAN CLARENCIO obispo y confesor.

En Verona, de SAN LUCIDIO obispo.

En Troyes, de SANTA EXUPERANCIA virgen.

Ademas se reza en España.

En Medellin, de SAN RAIMUNDO confesor, pastor en las orillas del Guadiana, ilustre en santidad y milagros.

En Toledo se celebra la traslacion de SANTA LEOCADIA virgen y mártir, su patrona, cuyas reliquias se trajeron del condado Hainault, en Flandes, por órden de Felipe segundo.

En Cataluña, la festividad de nuestra Señora del Consejo.

LA MISA ES EN HONOR DE SAN CLETO Y SAN MARCELINO Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Señor, haz que la preciosa confesion de tus bienaventurados mártires y pontífices Cleto y Marcelino nos de-

fienda, y que su piadosa intercesion nos ampare continuamente. Por Jesucristo nuestro Señor.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 1.º DE LA PRIMERA DEL APOSTOL SAN PEDRO.

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que segun su grande misericordia nos ha reengendrado para esperanza de vida, por la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible y que no puede contaminarse, ni marchitarse, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados en la virtud de Dios por la fé para la salud, que está aparejada para ser mostrada en el tiempo postrero. En lo que os gozareis, aunque al presente conviene que seais afligidos un poco de tiempo con varias tentaciones:

para que la prueba de vuestra fé mucho mas preciosa que el oro, el cual es acrisolado con fuego, sea hallada en loor, y en gloria, y en honra, cuando Jesucristo fuese manifestado.

NOTA.—El año de 47 ó 48 de nuestra era, volvió san Pedro á Roma despues de haber hecho un viaje á oriente, donde escribió esta epístola, encaminada principalmente á los judios convertidos que se hallaban en el Ponto, Bitinia, Galacia, Asia y Capadocia. Créese que se valió de san Marcos como su intérprete ó secretario para escribirla en griego.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 15 DE SAN JUAN Y EL MISMO QUE EL DIA 22 FOLIO 191.

MEDITACION

MISERIAS DE LA VIDA.

En este día pensarás en las miserias de la vida humana, para que por ellas veas cuan vana es la gloria del mundo, y cuan digna de ser menospreciada, pues se funda sobre tan flaco cimiento, como esta miserable vida. Y aunque los defectos y miserias de esta vida sean casi innumerables, tú puedes ahora señaladamente considerar estos siete.

Primeramente considera cuan breve es esta vida, pues el mas largo tiempo de ella es de setenta á ochenta años, porque todo lo demas si algo queda como dice el profeta, es trabajo y dolor. Y si de aquí se saca el tiempo de la niñez, que mas es vida de bestias que de hombres, y el que se gasta durmiendo, cuando ni usamos de los sentidos ni de la razon, que nos hace hombres, hallaremos ser aun mas breve de lo que parece. Y si sobre todo esto la comparas con la eternidad de la vida advenidera, apenas te parecerá un punto. Por donde verás que desvariados son los que por gozar de este soplo de vida tan breve, se ponen á perder el descanso de aquella, que para siempre ha de durar.

Lo segundo, considera cuan incierta es esta vida, que es otra miseria sobre la pasada, porque no basta ser de suyo tan breve como es, sino que eso poco que hay de vida, no está seguro, sino dudoso: porque, ¿cuántos llegan á esos setenta ú ochenta años que dijimos? A cuantos se corta la tela en

comenzándose á teger? ¿Cuántos se van en flor, como dicen, ó en agráz? No sabeis, dice el Salvador, cuando vendrá vuestro Señor, si á la mañana, si al medio dia, si á la media noche, ó si al canto del gallo.

Lo tercero, piensa cuan frágil y quebradiza sea esta vida, y hallarás, que no hay vaso de vidrio tan delicado como ella es, pues un aire, un sol, un jarro de agua fria, un vaho de un enfermo basta para despojarnos de ella, como parece por las esperiencias cotidianas de muchas personas, á las cuales en lo mas florido de su edad, bastó para derrribar cualquier ocasion de las sobredichas.

Lo cuarto, considera cuan mudable es, y como nunca permanece en un mismo ser. Para lo cual debes considerar, cuanta sea la mudanza de nuestros cuerpos, los cuales nunca permanecen en una misma salud y disposicion, y quanto es mayor la de los ánimos, que siempre andan como la mar, alterados con diversos vientos, y olas de pasiones, apetitos y cuidados, que á cada hora nos perturban. Y finalmente, cuantas sean las mudanzas, que dicen de la fortuna, que nunca consiente mucho permanecer en un mismo estado, ni una misma prosperidad, y alegría, las cosas de la vida humana, sino siempre rueda de un lugar á otro. Y sobre todo este, considera cuan continuo sea el movimiento de nuestra vida, pues dia y

noche nunca para, sino siempre va perdiendo de su derecho. Segun esto, ¿qué es nuestra vida, sino una candela, que siempre se está gastando, y mientras mas arde, y resplandece, mas se gasta? Pues qué es nuestra vida, sino una flor que se abre á la mañana, y al medio dia se marchita, y á la tarde se seca?

Lo quinto, considera, cuan engañosa sea, que por ventura es lo peor que tiene, pues á tantos engaña, y tantos y tan ciegos amadores lleva tras sí, pues siendo fea nos parece hermosa, siendo amarga, nos parece dulce, siendo breve, á cada uno la suya le parece larga, y siendo tan miserable, parece tan amable, que no hay peligro, ni trabajo, á que no se espongan los hombres por ella, aunque sea con gran detrimento de la vida perdurable, haciendo cosas por donde vengan á perderla.

Lo sexto, considera, como ademas de ser tan breve, segun está dicho, eso poco que hay de vida está sugeto á tantas miserias, asi del alma, como del cuerpo, que toda ella no es otra co-

sa, sino un valle de lágrimas, y un piélago de infinitas miserias. Discurre por todas las enfermedades y trabajos de los cuerpos humanos, y por todas las aflicciones, y cuidados de los espirituales, y por los peligros que hay, así en todos los estados, como en todas las edades de los hombres, y verás aun mas claro, cuantas sean las miserias de esta vida, porque viendo tan claramente cuan poco es todo lo que el mundo puede dar, mas fácilmente menosprecies todo lo que hay en él.

A todas estas miserias sucede la última que es morir: la cual así para lo del cuerpo, como para lo del alma, es la última de todas las cosas terribles, pues el cuerpo será en un punto despojado de todas las cosas, y del alma se ha de determinar entonces lo que para siempre ha de ser.

Todo esto te dará á entender, cuan breve y miserable sea la gloria del mundo, pues tal es la vida de los mundanos, sobre que se funda, y por consiguiente cuan digna sea ella de ser hollada, y menospreciada.

DIA VEINTE Y SIETE.

SANTO TORIBIO DE MOGROBEJO, OBISPO.

Vivia en Mayorga, ciudad del reino de Leon en España, don Luis Alonso Mogrobejo, regidor perpetuo de la misma, casado con doña Ana Robles y Moran, natural de Villaquijada. De esta afortunada pareja vino al mundo el año de 1538 Toribio Alfonso Mogrobejo, que recibió de sus padres una educación correspondiente á su gerarquía, y á las piadosas inclinaciones que los animaban. A sus paternas desvelos ayudó mucho el bello natural de Toribio, y las felices disposiciones con que el cielo le habia dotado. Desde su mas tierna edad manifestó su inclinacion á la iglesia, pues desechando los pueriles juegos de la niñez, se ocupaba exclusivamente en adorar las santas imágenes de Jesus y de Maria, en formar procesiones, y en otros ejercicios semejantes.

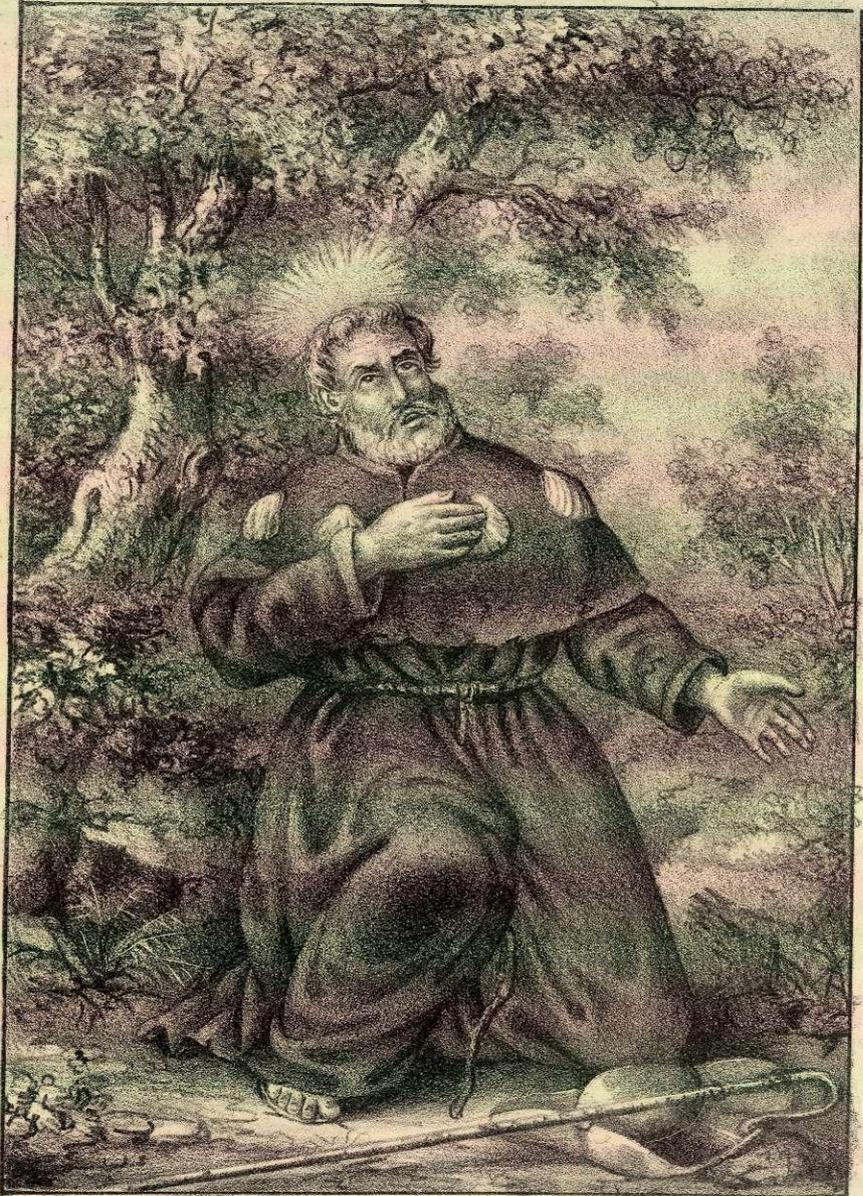
A la edad de trece años, hallándose bien instruido en la latinidad, pasó á Valladolid á cursar en aquella escuela; pero su austera y rigurosa virtud brilló con los mismos resplandores con que habia lucido al lado de sus padres; de modo que fué la admiracion de sus condiscípulos por la regularidad de sus costumbres, y por su carácter amable y complaciente. Al mismo tiempo creció la fama de su saber, pues habia hecho progresos asombrosos en las artes liberales, en las ciencias, y en el derecho civil y eclesiástico. Así que recibió el grado de bachiller, pasó á Salamanca al lado de su tío don Juan

Mogrobejo, que era colegial mayor del Salvador, llamado tambien colegio de Oviedo.

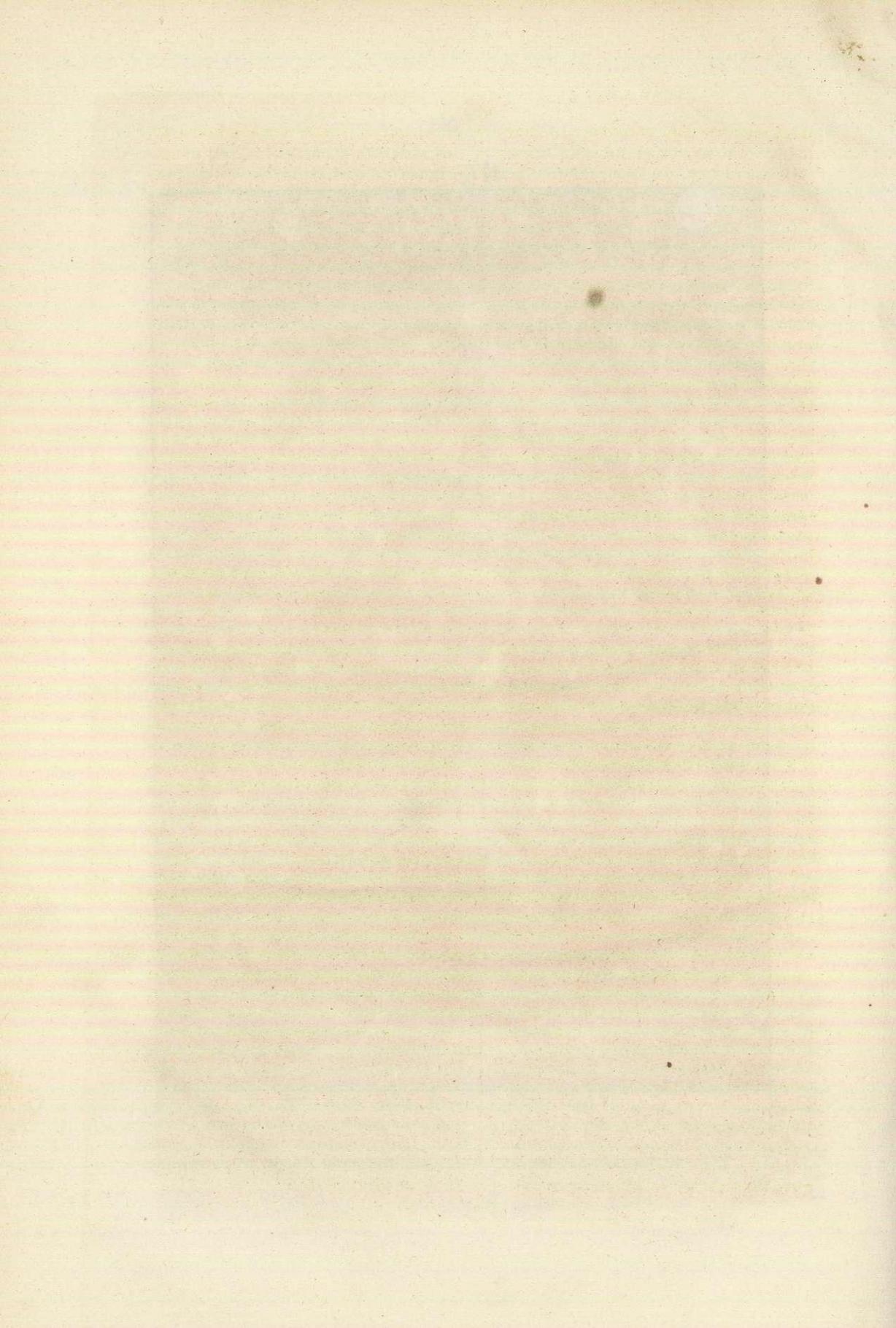
Pero deseando don Juan III de Portugal hacer célebre la universidad de Coimbra, contrató los maestros mas sabios de Europa, entre los que se halló don Juan Mogrobejo, que pasó á tomar posesion de su cátedra, llevándose consigo á su sobrino. Diez años permanecieron en Coimbra, y todos admiraban la sabiduria, la penitencia y la santidad del joven Toribio, que volvió á Salamanca al cabo de este tiempo, por haberse provisto en don Juan de Mogrobejo la cátedra de derecho civil, y la canonía doctoral de aquella santa iglesia.

Sin embargo, no duró mucho este pacífico periodo de su vida, pues la muerte le arrebató á su tío, que era no solamente su maestro, sino su compañero inseparable. Lloró su pérdida como sus obras merecian; pero con el fondo inagotable de resignacion que poseia, se conformó con la voluntad de Dios, y le encomendó á su misericordia.

Entónces formó su resolucion definitiva: vendió la rica biblioteca que habia heredado para colocar á dos hermanas, y tomó la beca en el mismo colegio, teniendo treinta y tres años de edad. Informóse de los estatutos, y cumpliólos con tanta rigidez, que hacia vida de anacoreta. Dormía poco, comía menos, pues su abstinencia era casi continua: y no pudiendo abandonar el vestido co-



S. Coribio de Mogrobyjo O.



mun del colegio, se ponía interiormente un áspero silicio que macebaba sus carnes. En una palabra, eran tan escesivas sus penitencias, que sus mismos compañeros temieron por su salud, y se valieron de un amigo suyo del mismo colegio llamado don Francisco de Contreras, para que le aconsejase que disminuyese su rigor. Hiciéronle fuerzas las razones que le espuso, principalmente la de que podrían sospechar algunos de que no eran practicadas por espíritu de Dios, sino por deseo de singularidad y de vanagloria, por lo que destruía su salud inútilmente, sin conseguir mas que escándalo en vez de edificación. Queriendo probar Toribio que la virtud era el norte de sus determinaciones, mitigó al instante sus penitencias, pero no alojó en su fervor, ni en los demás ejercicios; y deseando ganar las indulgencias concedidas por los sumos pontífices, á los que visitan el sepulcro del apóstol Santiago, vistió la esclavina de peregrino, y emprendió con su compañero Contreras aquel penoso viaje á pie, y pidiendo limosna por devocion.

Concluida esta devota peregrinacion, volvió á encerrarse en su colegio; pero la virtud y el saber no pueden quedar ignorados por mucho que se retiren del mundo. Toribio vivía en su colegio entregado esclusivamente á sus santas meditaciones y su estudio, cuando una noche le trajeron á deshoras los despachos del rey, que le nombraba inquisidor de Granada. Grande fué la alegría de los colegiales al ver premiado el mérito singular de su compañero; pero Toribio se asustó con el nuevo cargo que iba á poner su conciencia á tantos azares. Sin embargo, obedeció y tomó posesion de su dignidad en el año de 1575.

Entónçes brillaron los escelentes dotes de aquel privilegiado natural, cuyos pasos se veían siempre diri-

gidos por la justicia y la misericordia. Aborrecía los delitos, pero compadecía y amaba al delincuente, porque solo veía en él á un hermano desgraciado á quien podia sacar del infortunio. Mas al contrario, si veía contumacia y endurecimiento en el error, aplicaba con severidad la justicia, para que el escarmiento produjese el fruto apetecido. Siempre fué recto é inflexible, sin dejar de ser misericordioso; y todas sus acciones fueron tan justas é integras, que habiendo sido necesario examinar de órden superior la conducta de aquel tribunal, muchos de sus miembros fueron desterrados y separados de sus destinos, mientras que Toribio recibió alabanza y recompensa por su inocente é irreprochable proceder.

A los cuatro años de desempeñar la plaza de inquisidor fué electo arzobispo de Lima, por muerte de don Diego Gomez Madrid. Toribio representó al rey su incapacidad para tan elevado puesto, mayormente no hallándose todavía ordenado mas que de prima tonsura. Felipe segundo, que conocía sus méritos, no quiso admitir la renuncia que hacía, y le concedió tres meses para que lo reflexionara. Aprovecharon esta dilacion sus parientes y amigos, y le convencieron á que aceptase, manifestándole que en el estado en que se hallaban aquellos paises, el arzobispado de Lima no era un cargo de honor, sino de trabajo y sinsabores, y por lo tanto de obligacion evangélica, pues habia infinitos pueblos que nunca habian oido la voz de su pastor. Estas últimas razones decidieron á Toribio: y mientras llegaban las bulas pontificias, pasó á Madrid á recibir del rey las debidas instrucciones, y despues á Mayorga á fin de despedirse para siempre de su madre, que aun vivía, y de sus hermanas, parientes y amigos. Concluido esto marchó á Sevilla, y consagrado obispo salió del puerto el año de 1580.

Su navegacion fué feliz hasta el puerto de Nombre de Dios, pero al atravesar el istmo desde este punto hasta Panamá, se vió espuesto á grandes peligros. La fragosidad del terreno no permite caminar sino en mulos, acostumbrados á aquellas asperezas, los cuales por falta de puente vadean los rios, en que abundan los caimanes, animales carnívoros, que atacan á los pasajeros. Hallábase Toribio en uno de estos vados cuando el mulo que le llevaba, viendo venir hácia él dos caimanes formidables, se estremeció con tan tremenda sacudida, que el arzobispo cayó al agua embarazado en sus propias vestiduras. Era inevitable la muerte, primeramente porque Toribio no sabia nadar, y despues porque los caimanes estaban tan inmediatos, que era imposible librarse de sus colmillos. Pero Toribio se encomendó á la misericordia de Dios, que hizo en su favor un milagro. Los caimanes permanecieron inmóviles en su sitio, y nuestro santo, como si fuese corcho, nadó sobre el agua hasta llegar á la orilla. Entónces rindió gracias al Señor, porque le habia librado por un prodigio de su omnipotencia, y continuó sin accidente alguno su viaje hasta Lima, donde llegó el 24 de mayo del año de 1581.

Su recibimiento fué un triunfo, tanta era la alegría del estado eclesiástico y secular, viendo á su cabeza un hombre tan eminente. Así que terminaron aquellas honras pasajeras, se dedicó Toribio á echar los cimientos para las grandes obras que meditaba. Mandó formar un estado de toda su diócesis, en donde se viesse de una sola ojeada su poblacion, la cantidad y calidad de las rentas de su silla, y el número de iglesias y parroquias con las alhajas, útiles y rentas que disfrutaban, á fin de conocer todas las necesidades, y poder remediarlas inmediatamente. En seguida mandó doctrinar al pueblo, proveyendo los cu-

ratos en personas piadosas y aptas, que fuesen un ejemplo vivo de su misma predicacion. Con su celo y perseverancia corrigió las costumbres, que se hallaban algo corrompidas, y enseñó á sus súbditos la puntualidad y observancia, siendo el mas exacto, y el mas asiduo de todos. Su vida era monacal: se levantaba con la aurora: despues se entregaba á la oracion hasta la hora de decir misa, y cumplidas sus horas canónicas, oía las causas de sus súbditos, empleando el resto del dia en socorrer al necesitado, aliviar al doliente, y amparar al huérfano y á la viuda.

Arreglada su casa, sus tribunales, y sus súbditos, quiso reformar la disciplina de aquella iglesia, á cuyo efecto celebró un concilio provincial, con sus obispos sufragáneos, en el año de 1582, siendo virey don Martin Henriquez. En las cinco sesiones de este concilio se tuvieron en vista las decisiones que habian quedado sin efecto de los dos concilios ó congregaciones anteriores, del año de 1552 y 1567, pues al primero le faltó la forma legítima de concilio, y al segundo la confirmacion de la santa sede: y se formaron muchos decretos y constituciones, que fueron aprobados por la silla apostólica, y mandados ejecutar por el real consejo de las Indias. La utilidad, prudencia y sabiduria de estos cánones, movieron á que se entendiese su observancia á otros tres arzobispados, y diez y siete obispados, como si fuesen de concilio nacional.

En el año de 1581 comenzó á fabricar el seminario conciliar de Lima, para la educacion de los jóvenes que se dedicasen al sacerdocio, y se formó una competencia con el virey, que con pretesto del real patronato, queria hacer suya la eleccion de los seminaristas. El rey falló la desavenencia á favor del arzobispo, pues no era justo que se confundiesen los derechos del sacerdocio con los del imperio.

Este celosísimo pastor visitó tres

veces su dilatada diócesis, cruzando montañas inaccesibles, países salvages y peligrosos por los riesgos y precipicios del tránsito, y por la ferocidad de sus habitantes; pero nada arredraba su ardiente caridad, y su incansable desprendimiento. Testimonios son de su santidad los monasterios que fundó para las esposas de Jesucristo, como lo son de su paternal beneficencia los hospicios y hospitales que estableció en diferentes puntos, para amparo del huérfano y del desvalido, y para la curacion de los enfermos.

Así consumió para honra y gloria de Dios, su vida pura é irreprochable: el Señor quiso premiar sus virtudes, y le llamó á la bienaventuranza, hallándose en Saña durante la tercera visita que hacia á su obispado. Asaltóle una calentura antes de entrar en este pueblo, y habiéndose agravado, dispuso que le llevasen á la iglesia en una

camilla, y recibió el viático con devocion y enternecimiento. Vuelto á su casa, recibió la extrema-uncion, y el juéves santo á la hora en que solia lavar los piés a las pobres, pidió al prior de san Agustin, que le cantase el salmo, «en tí esperé Señor.» Y al llegar á estas palabras: «en tus manos Señor encomiendo mi espiritu» voló su alma al seno de su Criador. Su dichoso tránsito sucedió el 27 de abril del año de 1606, á los sesenta y ocho de edad, y veinte y cinco de obispado. Dieron sepultura á su cuerpo en la iglesia catedral con una pompa admirable; y hechas las diligencias necesarias para la justificacion de sus virtudes en grado heróico, y de los milagros con que Dios manifestó su santidad, quedó beatificado por Inocencio onceno, y Benedicto décimo tercero le canonizó en el año de 1726.

SAN PEDRO ARMENGOL DEL ORDEN DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

Vivia en el siglo décimo tercero en la villa de Guardia de los Prados, arzobispado de Tarragona, un caballero noble descendiente de los condes de Urgel, llamado Arnaldo Armengol. Este noble señor tuvo un hijo, á quien llamó Pedro, y hallándose en su casa en aquel dia el venerable fray Bernardo Corbera, religioso de la Merced, tomó al niño en los brazos y dijo á su padre.

—El patibulo harásanto á este niño.

La primera parte de esta profecía asustó á la buena madre, que multiplicó sus cuidados y su celo para darle una educacion cristiana, que preservándole del cadalso, le abriese las puertas del cielo. Pedro favoreció

las intenciones de su piadosa madre, y la primera palabra que pronunció, fué la de Maria, que habia de ser su abogada y protectora. Pero la muerte le robó, en su infancia todavía, las caricias y desvelos maternos: y entonces el padre cuidó de que fructificasen las semillas que habian depositado en su corazon, y le dió un ayo y maestro que le enseñase la lengua latina, y perfeccionase en su religion sacrosanta. Sin embargo, la fogosidad de la juventud, los consejos de los amigos, y las distracciones que le proporcionaba su rango, le hicieron olvidar poco á poco las máximas sagradas, que le hubieran preservado de

una caída. Corrompiéronse sus costumbres, y las que al principio parecieron travesuras de la juventud, llegaron á ser desórdenes consumados y perniciosos.

Entónces su padre regresó de la corte, á donde le habia obligado á estar el cargo que desempeñaba al lado de su rey, y llamándole á solas le dijo.

—Pedro, á quien no me atrevo á dar el nombre de hijo mio, ¿qué vida es la tuya? El valor, que necesita el rey para la guerra, lo empleas en atropellamientos y correrías, que manchan tu noble alcurnia, á quien debes de justicia, prudencia, rectitud y generosidad.

Sonrojóse el mancebo, pues no hubiera querido hallarse merecedor de esta repreension severa: guardó silencio, y escuchó sumiso á su padre.

—Dios mio! Dios mio! añadió este, despues de un breve instante de silencio: como habia de persuadirme que tan pronto se cumpliera la profecía de fray Bernardo Corbera. Pedro, aquellas palabras de amenaza están

siempre sonando en mi oido: Pedro, tiembla, porque tus pasos aceleran el cumplimiento de aquel anuncio aterrador.

—Padre mio, exclamó el jóven angustiado por el enigmático sentido de Arnoldo, y su doloroso acento, ¿qué tengo que temer?

—El patíbulo... respondió tristemente el padre, y su voz se anudó á la garganta.

Estremecióse Pedro, porque aquel eco habia retumbado lúgubre en su corazon.

—Acababas de nacer, continuó el padre, cuando tomándote en los brazos fray Bernardo Corbera, me profetizó tu destino, diciéndome.

—«El patíbulo hará santo á este niño.» Pedro, este es tu signo, y estos son tus pasos. Dios tengam misericordia de ti!

—Piedad, piedad, gritó el jóven levantando al cielo sus manos con ademán veemente, Dios mio, si me persigue ese anatema, librame por tu misericordia, y mi arrepentimiento probará mi gratitud.

Pedro Armengol ha dejado su desordenada vida: lejos de las malas compañías que corrompian su juventud, y arruinaban su patrimonio, se entrega á inocentes pasatiempos, al estudio, y tambien á la oracion. Pero sus propósitos no eran sinceros, y todavía las pasiones del mundo roían su ardiente y fogoso corazon. Dedicado á la caza, pasaba en este ejercicio horas enteras, y su engreimiento le hizo olvidar poco á poco sus deberes y su gratitud. Un día que habia salido á la caza del javalí, vió venir á uno de estos animales perseguido por otro caballero. Lanzóle su venablo, y le dejó muerto en tierra. Entónces el que seguía la pista vién-

dose burlado se trabó de palabras con Armengol, que respondió tan colérico y descomedido, que vinieron á las manos y desenvainaron los aceros. La llegada de los criados de uno y otro antagonista, hizo que se separasen sin haber concluido el duelo.

No obstante, el rencor de Armengol crecía con las dilaciones, y su venganza no se consideraba ya satisfecha, como no acabase con toda la familia de su adversario. Y para conseguirla mas cumplida, y mas á su sabor, reunió una banda de foragidos, y poniéndose á su cabeza, llenó de terror á toda aquella comarca por los escesos y atrocidades que diariamente cometía.

Arnoldo horaba los crímenes de su hijo, y veía pendiente de su cabeza aquella profecía que le quitaba el sueño todas las noches. Sus desafueros habían de traerle precisamente una cruda persecución, y no pasó mucho sin que se verificase; pues teniendo que pasar el rey don Jaime de Valencia á Montpellier, mandó que se limpiasen los caminos de los salteadores que los infestaban. Y teniendo una confianza extrema en la fidelidad y pericia de Arnoldo, puso bajo su mando las tropas necesarias para esta empresa.

Admitió el padre como leal servidor, y sin que le detuviese la calidad de el enemigo que iba á combatir, persiguió á los salteadores, y él mismo midió su acero con el gefe de la cuadrilla. Su corazón latía con violencia, pero su deber le impuso silencio. Entonces exclamó el capitán de los bandidos.

—Padre mio, perdon, no quiera el cielo que añada nuevo crimen á los muchos que me agovian con su peso: yo no puedo combatir con vos. Y bajando el acero, puso término á la pelea.

Arnoldo no pudo hablar, y quedó indeciso y tembloroso.

Pedro lo conoció, y se aprovechó de aquella emocion favorable que po-

Mucho tiempo vivió Armengol oculto en Barcelona, pues hasta sus mismos parientes le aborrecian por su pasada conducta. Aislado en si mis-

III.

dia volverle á su gracia, y otorgarle el perdon.

—He sido ingrato, desleal y delinciente: mi vida no podria pagar los delitos con que me he manchado. Lo conozco, padre mio, permitid que os de este nombre; conozco mis errores en toda su enormidad: y os entrego mi vida para que sea un sacrificio expiatorio: pero concededme vuestro perdon para que corone mi arrepentimiento.

Arnoldo se habia enternecido al ver la sumision de Pedro: era padre, y los afectos de la naturaleza triunfaron de la severidad de sus costumbres. Ademas estaba gozoso de ver á su hijo arrepentido, y queria que purificase sus crímenes en la penitencia.

Abrióle los brazos, y estrechóle contra su pecho.

—Hijo mio, Dios lo quiere, y Dios me inspira, le dijo con enternecimiento: huye, marcha á Barcelona, y ocúltate mientras que impetro del rey tu perdon: lo conseguiré y vivirás.

—Para Dios únicamente, padre mio, contestó Pedro arrodillándose.

—Sí, sí, porque es el que puede protegerte y salvarte.

El padre se volvió á los suyos, mientras que el convertido jóven se alejaba obedeciendo las paternas inspiraciones.

IV.

mo, tuvo tiempo de meditar en la penosa situacion, en que se encontraba, y el Señor aprovechó aquella hora para impulsarle á la senda de la repa-

racion. Conoció Pedro que solo á los pies de Jesucristo encontraría término su incertidumbre, y voló á la iglesia de la Merced á gemir y suplicar. Estaba predicando fray Bernardo Corbera de lo que el arrepentimiento del culpable obtiene de la misericordia de Dios, y sus palabras de fuego y esperanza penetraron hasta el corazón de Pedro, que conoció en aquel instante que solo en el claustro hallaría la paz que deseaba. Y henchido de dolor y vertiendo lágrimas de arrepentimiento, se arrojó á los pies de fray Guillen Bas, general de la religion, é inmediato sucesor de san Pedro Nolasco, y le declaró el deseo de tomar el santo escapulario.

Probóle el entendido religioso con dificultades y dilaciones, y convencido de su vocacion le admitió en la órden, donde pasó el año de noviciado con tantas mortificaciones y penitencias, que asombraron mas que sus pasados delitos. Privábase del sueño y del alimento necesario, ejercitaba las virtudes mas austeras, y se entregaba á las mas grandes humillaciones: y no creyendo suficiente mortificacion el túnico de estameña, que por su regla vestía, se ató una cadena de hierro al cuerpo, y de noche se azotaba rigorosamente con unas disciplinas. Así conquistó el rango á que el cielo le destinaba, pasando desde el mas cruel abandono á la mas extraordinaria perfeccion. En este estado acompañó á su general á Murcia y luego á Granada para rescatar cautivos, y trajo de la primera parte doscientos trece, y de la segunda doscientos dos. Su piadoso desinterés, su eficacia y ardiente caridad, movieron á sus superiores á ordenarle de sacerdote á pesar de su resistencia.

Entónces fué elegido para que á la cabeza de quinze religiosos pasase á Argel para la redencion de los cristianos; y fruto de aquella mision fueron no solamente los quinientos veinte y seis cautivos que envió en dos oca-

siones, sino la conversion del principe real Almohacen Mahomet, que reconoció la fé de Jesucristo, y tomó el escapulario con el nombre de fray Pedro de santa Maria.

Despues pasó á Bugia con su compañero fray Guillermo Florentino, y habiendo rescatado ciento diez y nueve cautivos, se disponian á regresar á Barcelona, cuando supieron quedaban en poder de los moros diez y ocho niños cristianos, en inminente riesgo de olvidar sus creencias por las sugestiones de sus opresores. Este pensamiento no le dejó vacilar: quedóse Armengol en rehenes por mil escudos que era su rescate, y los envió á España bajo la custodia de su compañero, á fin de que recogiese la limosna necesaria para su redencion. En el interin se ocupó Armengol en predicar la palabra divina á aquellos hombres obcecados, en consolarlos en sus miserias, en asistirlos y sanarlos de sus enfermedades, en una palabra, era para ellos como un padre cariñoso, que con dádivas y dulzura quiere atraer á los hijos descarriados. El mismo rey le debió la vida, pues se vió salvo de un incendio horroroso por la ardiente y arrojada caridad de nuestro santo.

No obstante estos beneficios, cuando concluyó el término sin satisfacer el rescate, se vió arrojado y metido en una prision; mas Pedro predicaba perseverante en sus cadenas, y hacia oír á todos la doctrina del Crucificado.

Entónces le condenaron á muerte, y le sacaron de su prision vestido con su propio hábito, y echada una soga al cuello de que tiraba un verdugo. Así le llevaron al lugar del suplicio, y en cuanto vió la horca que le esperaba, se postró en tierra, y exclamó de lo íntimo de su alma.

—Dios mio, el patibulo vá á recibirme para que se cumpla la profecía; pero no me llevan á él mis crímenes, pues los he llorado, y te has dignado perdonadme. Me lleva sí, la confe-

sion de tu nombre, de tu gloria y de tu eternidad. Dios mio, Dios mio, ten misericordia de mi.

Al concluir esta plegaria, subió resignado la escala del patibulo: el verdugo le echó el lazo fatal, y vol-

teándole con violencia le oprimió con su peso para terminar el suplicio.

En seguida le dejó pendiente de la horca segun el tenor de la sentencia, que prohibia espresamente se diese sepultura á su cadáver.

Fray Guillermo desembarca en Bugía trayendo el rescate de Armengol. Sabe su martirio, y se presenta al rey para reclamar contra la injusticia de aquel procedimiento; pero sus gestiones solo pudieron conseguir que le entregasen sus reliquias por una suma considerable y sin detenerse vuela al sitio de la ejecucion donde hacia ocho dias que permanecia incorrupto. Al acercarse creyó oírle hablar, y esperanzado con aquel prodigio, se apresuró á bajarle de la horca. Apenas se vió Armengol en el suelo, se puso de rodillas, y dió gracias á Dios y á la Virgen Santísima por los singulares favores que les debia, y á su compañero por haber venido en su socorro.

Fray Pedro Armengol estaba vivo aunque habia sido ahorcado ocho dias antes, y este milagro de la omnipotencia divina causó tal impresion en aquel pueblo, que muchos se convirtieron á la fé de Jesucristo.

Entónces el rey mandó que entrasen en el precio del rescate veinte y seis cautivos mas, como indemnizacion de los atropellamientos y daños, y embarcados todos en un bajel dieron la vuelta á Barcelona.

Su entrada en aquella ciudad fué un triunfo, pues todo el pueblo aclamó al santo mártir, atropellándose por recibir su bendicion, por besar su santo hábito, ó solo por el gusto de verle.

Interrogado acerca de su milagroso martirio guardó el mas profundo

V.

silencio, pero habiéndole mandado hablar su prelado, obedeció diciendo.

—No he sufrido dolor ni agonía, pues la Virgen Santísima alcanzó de su soberano Hijo la conservacion de mi vida: y con sus mismas manos me sostuvo la Reina de los ángeles, para que con el peso de mi cuerpo no me ahogase el cordel de que estaba colgado.

Este recuerdo le sumió en un éxtasis delicioso, que le elevó á la mas dulce contemplacion: raptos de fruicion divina que le indemnizaban con frecuencia los martirios de su abnegacion.

Armengol no volvió a hablar mas de este suceso, porque su humildad le prohibía gloriarse de tan singulares favores, pero su martirio quedó impreso en su persona con señales indelebiles: su fisonomia estaba lívida y macilenta, y en su cuello torcido se veian las huellas profundas del homicida cordel.

Dos años vivió en el convento de Barcelona, y despues pasó al de nuestra Señora de los Prados, donde consumió otros ocho en una santa y fervorosa contemplacion: al cabo de los cuales le sobrevino una fuerte calentura, con que terminó su existencia temporal, dando principio á la eterna el día 27 de abril del año de 1304. Depositáronse sus reliquias en una capilla del templo, y los milagros que Dios ha obrado por su intercesion despues de muerto, han escedido mucho á los que ejecutó durante su vida.

SAN ANTHIMIO OBISPO Y MARTIR.

La ciudad de Nicomedia que tantas veces se ha visto regada con la sangre de los mártires, fué la patria de Anthimio, y tambien el teatro de su martirio glorioso. Lleno de celo por las verdades de la religion, se aplicó en su juventud á las ciencias sagradas, y siendo esclarecido por su mérito y santidad fué elevado al sacerdocio. Era el mas digno de la clerecia, y cuando ocurrió la muerte de Cirilo obispo de Nicomedia, se vió elevado á aquella silla episcopal. Entónces se aplicó á exhortar á los fieles para que soportasen animosos la cruel persecucion que Diocleciano y Maximiano habian declarado á la iglesia. Indes, principe de los eunucos, Domna, sacerdotisa que habia sido de Diana y de Minerva, Glicerio, Theofila virgen, Macedonio, Migdonio, Pedro, Cenon, y veinte mil cristianos mas, llenos de fortaleza por sus santas exhortaciones, soportaron animosos el martirio.

En seguida, sabiendo que le buscaban, se dió á conocer á los satélites, que con celestial persuasion convirtió á la fé de su doctrina. Despues de haberlos bautizado, se hi-

zo llevar á la presencia del emperador, para renovar la confesion de su fé y su santa perseverancia.

Mil tormentos atroces se probaron á fin de vencer la constancia de este anciano venerable: golpeáronle la cabeza con piedras y guijaros, atravesáronle los talones con lesnas hechas ascuas, tendiéronle sobre cascajos puntiagudos, le azotaron con inaudita crueldad, y últimamente le calzaron botas de bronce ardiendo. Pero Anthimio no cesaba de bendecir á su Dios, y de cantar sus alabanzas.

Por último, despues de haberse renovado la venganza de los verdugos en mil tormentos atroces, como fueron los del aceite hirviendo, la rueda giratoria, y otros, sin haber conseguido la mas leve queja de nuestro santo, ni el mas leve movimiento de flaqueza ó de temor, consumió su glorioso martirio entregando la cabeza á la cuchilla del verdugo, el dia 27 de abril del año de 302.

El ejemplo del virtuoso prelado pudo tanto en los habitantes de Nicomedia, que casi todos sellaron con su sangre la fé de Jesucristo, en esta horrorosa persecucion.

SAN ANASTASIO PAPA.

San Anastasio nació en Roma, y su padre se llamó Máximo. Siguió la carrera de la iglesia, y se distinguió por sus luces, por su prudencia, y por la regularidad de sus costumbres. Habiendo vacado la silla pontificia, sucedió á san Siricio, y

gubernó la iglesia con el tino y celo que se habia esperado de su fervorosa religiosidad. Dispuso durante su pontificado varias ordenanzas previsoras, á fin de preservar á los fieles de la contaminacion de la heregia. Entre otras fué una de que

no se admitiese en el clero á ningún peregrino, como no trajese una fé sellada y firmada por cinco obispos, que acreditase su personalidad, pues hallándose muy estimados en Africa los maniqueos, se valieron de estas tretas para introducirse entre los católicos á fin de pervertirlos y contaminarlos. Dispuso tambien que ninguna persona débil ó lisiada fuese admitida á órdenes, para que el clero se compusiese de personas perfectas ó idóneas, que diesen cumplimiento esacto á su ministerio. Consagró la iglesia Crescenti-

na en la via Mamertina, y ordenó en dos ocasiones en el mes de diciembre ocho presbíteros, cinco diaconos y diez obispos. A pesar de su estremada ancianidad, pues tenia setenta años cuando subió al pontificado, ocupó la silla de san Pedro mas de trece, y fué á gozar de la bienaventuranza que habia conquistado con su pobre y evangélica vida, el día 27 de abril del año de 402. Dióse sepultura á su cuerpo en el cementerio de san Pedro, junto al Oso Pileato.

SANTA CITA VIRGEN

ombardo y Bonísima estaban ligados por el vínculo del matrimonio, y vivían en la aldea de Monsagrati, inmediata á la ciudad de Luca. Eran pobres, pero el cielo los enriqueció dándoles á principio del décimo tercero siglo una hija, que fué modelo de perfeccion y de virtud cristiana. Pusiéronle por nombre Cita, é inculcaron en su tierno corazon las dulces creencias de nuestra religion sacrosanta. Su pobreza les obligó á colocarla á los doce años de edad al servicio de Fatinelli, vecino de Luca, que vivia junto á la iglesia de san Frigidiano. Pero este estado de servidumbre no impidió á la niña que continuase con sus prácticas de devocion y de penitencia. Levantábase á media noche, y dedicaba aquellas horas á sus ejercicios espirituales, á fin de no faltar nunca á su deber, en cuyo cumplimiento fué siempre humilde, esacta, laboriosa, y obediente. Y sin embargo, durante muchos años se vió mortificada por sus compañeras, que miraban con envidia la bondad de su corazon, y la

pureza de sus costumbres. Tambien su señora la atribulaba, pues seducida por los chismes de los otros criados, se profesaba la mayor antipatía.

Así vivió muchos años despreciada, aborrecida, é injustamente maltratada, sin que se desmintiese un solo momento la apacibilidad de su carácter oficioso, perseverante y resignado. Por último, la virtud triunfó de la emulacion, de la malignidad y de la antipatía, y Cita fué juzgada tal como era. Entónces le dieron sus amos libertad para que se ejercitase á su placer en actos religiosos y obras de misericordia, llegando á tan alto grado la confianza que en ella depositaron, que la facultaron para que por su propia mano distribuyese á los pobres la limosna que creyese necesaria. Cita usó de este permiso con prudente liberalidad, y Dios recompensó sus intenciones, multiplicando respectivamente los bienes de sus amos. Así vivió esta santa virgen una vida dilatada de mas de sesenta años, abra-

sada del fuego del divino amor, y ocupada incesantemente en la oracion y actos fervientes de caridad evangélica. Y cuando el último soplo de su existencia estaba para concluirse, recibió los sacramentos con una fé tan fervorosa, que interneció á todos los circunstantes. En seguida, pues nadie se persuadía que iba á morir, porque la enfermedad era ligera, se recogió en sí misma un momento, y entregó su espíritu en

manos de su Criador, el día 27 de abril del año de 1272, á los setenta de su edad. Su cuerpo se venera en la iglesia de san Frigidiano de Luca, y en el año de 1580 se colocó en una rica caja, cubierta con un vestido de brocado de oro, para que el pueblo satisficiera su devocion, viéndola al través de los cristales, y Leon décimo dió licencia para que en la iglesia de san Frigidiano se le rezase con oficio doble.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Tarso de Silicia, de los santos mártires CASTOR y ESTEVAN.

En Bolonia la Grasa, de SAN TERTULIANO obispo y confesor.

En Brescia, de SAN TEOFILO obispo.

En Constantinopla, de SAN JUAN abad, que en tiempo del emperador Leon de Isaura, defendió con apostólico celo el culto de las imágenes.

LA MISA ES EN HONOR DE SANTO TORIBIO, Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Señor, defiende tu iglesia con la continua proteccion del bienaventurado Toribio tu confesor y pontífice, para que así como la sollicitud pastoral le

Ademas se reza en España.

En Calatayud, de SAN MARIO, discípulo de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, que predicó en aquella ciudad y en otras muchas la ley de Jesucristo, y por ella fué martirizado en Campania.

En Cartagena, de SAN FELIX obispo, que sucumbió por la fé en la persecucion de Diocleciano.

hizo glorioso, del mismo modo su intercesion nos mantenga serenos en tu amor. Por nuestro señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 50 DEL ECLESIASTICO.

He aqui un sacerdote magno que en su vida sostuvo la casa, y en sus dias

restauró el templo. Tambien fué fundada por él mismo la altura del tem-

plo, el duplicado edificio, y las elevadas paredes del santuario. En sus mismos días los pozos brotaron agua y se llenaron copiosamente como si fueran un mar. Tuvo cuidado con su gente, y la libró de la perdición. Amplió la ciudad, y alcanzó gloria en la conversión de la gente: y ensanchó la entrada del templo. Como la estrella matutina en medio de la niebla, y como la luna llena en los días de su mayor brillo. Y como refulgente sol, así resplandeció él en el templo de Dios. Como el arco iris entre las nieblas de la gloria, y como las rosas en los días de primavera, y como las azucenas que están junto á los arroyos, y como el odorífero incienso en los días del estío. Como el fuego resplandeciente, y co-

mo el incienso ardiendo en el fuego. Como un vaso de oro macizo, adornado de toda clase de piedras preciosas. Como la oliva llena de renuevos, y el ciprés que eleva su cabeza hasta la altura, para alcanzar la estola de la gloria, y vestírsela á él hasta la consumación de las virtudes. Y así cubierto en la entrada del altar sacrosanto le dió la gloria de la santidad. Y recibiendo su ministerio de manos de los sacerdotes, permaneció junto á el ara. Y á su alrededor está una corona de hermanos: como el cedro plantado en el monte Libano. Del mismo modo permanecieron en su redor como los ramos de las palmeras, todos los hijos de Aaron en su gloria.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 25 DE SAN MATEO, Y EL MISMO QUE EL DIA
1.º FOLIO 10.

PENSAMIENTOS RELIGIOSOS.

DIOS ES NUESTRO REFUGIO.

Gime el hombre en la tribulación, que es el término de todos sus afanes y labores; gime en el desconsuelo y la miseria que asedian su vida constantemente desde la cuna al sepulcro; gime en el regazo de su cariñosa madre, y gime en el lecho del padecer.

El llanto brota de sus ojos cuando estos se abren á la luz: el llanto riega su vida en las diferentes escenas en que la dividen la incertidumbre, el dolor y los remordimientos: el llanto es el último tributo que rinde á la naturaleza cuando llega la agonía de sus postreras horas.

Flaqueza y dolores son los timbres con que viene al mundo, magníficos pedestales que estriba su orgullo y engreimiento: enfermedades é impotencia son los blasones de que puede hacer alarde la vanidad.

Triste y amargo es el paso del mundo: la adversidad visita las mas floridas horas de la existencia, como un recuerdo saludable que necesita el hombre, para que nunca olvide que su esperanza y su porvenir residen fuera de su poder.

Pero estos momentos de amargura y de aflicción, que prueban la forta-

leza del hombre, sobrellevados por la resignacion y la conformidad, se tornan en dulces horas de melancolía y esperanza, que templando la intensidad del padecimiento, elevan á el alma sobre las miserias de la vida, y la lanzan á la suprema region de la beatitud, de cuyos prometidos gozos cree participar de antemano.

¡Vértigos de fruicion imponderable, que compensan con su beatífico embeleso las realidades de nuestra miseria!

¡Instantes inefables, que augura el corazon que se somete á la prueba resignado y contento!

Las molestias de la vida y los dolores de la carne se borran y se olvidan, porque el espíritu que se alza hasta la contemplacion de su Dios, se reviste de fortaleza para luchar y vencer las tentaciones y los padecimientos.

Cristiano, la doctrina de tu Dios te hace fuerte en tu propia debilidad; ella te enseña á resistir con la paciencia y la conformidad las adversidades que crucifican la existencia: ella te hace invencible en tu misma fragilidad, y te tiene preparada la corona inmarcesible del triunfo, con que verás ceñidas tus sienes.

Y para templar la tribulacion que ha de asediar el periodo de tu tránsito, abrázate con la cruz de Jesucristo, que librándote del desvarío é insensatez que producen las ilusiones de un mundo enemigo de la quietud

y ventura del hombre, derramará en tu alma acongojada las dulzuras celestiales que se aspiran en su derredor.

Bajo esta sombra sagrada satisface el cristiano con su arrepentimiento y resignacion, lo que debe á la justicia divina por los deslices que llenaron las horas de su pasada ceguedad: allí rompen las cadenas con que las pasiones de su corazon tenian sujeta su existencia atribulada: allí borra con lágrimas de dolor y arrepentimiento los negros renglones que el pecado estampara con audaz mano en el libro de su destino: y allí finalmente ofrece en las aras de su Dios, en aquel tabernáculo de amor y de padecer, las privaciones á que se condena, y las penitencias con que redime las culpas y ultrajes de que se hizo reo, cuando se hallaba seducido por la seduccion y el extravío.

Entónces, abandonándose enteramente en manos del Señor, siente endulzarse la amargura que henchía su pecho, y que gota á gota iba destilando su hiel sobre su ulcerado corazon.

Pide, suplica en su arrepentimiento, y Dios que se lastima del que gime en semejante situacion, alza la mano de justicia con que le oprimia para su castigo y enmienda, y acogiéndole en su seno paternal, le eleva á la gloria de inmortalidad, así que le ve purificado por la resignacion y la perseverancia.



S. Vidal y S. P.ª Valeria M.^o

DIA VEINTE Y OCHO.

SAN VIDAL Y SANTA VALERIA, MARTIRES.

Vidal era un caballero noble de la ciudad de Milán, y estaba casado con Valeria, dama distinguida por su gerarquía, y por las hermosas cualidades con que la había dotado el cielo. Algunos creen que de esta ilustre pareja nacieron san Protasio y san Gervasio; pero lo que si no admite duda, es que los dos conyuges profesaban la religion de Jesucristo. Vidal servía en el ejército del emperador, y tanto por el grado que disfrutaba, como por la amistad que le unía al consul Paulino, enemigo mortal de los cristianos, mantuvo en secreto su religion, á fin de favorecer á los fieles que se veian oprimidos por sus tiranos. La intercesion de Vidal para con el cónsul, habia sido eficazísima en muchas circunstancias, pero este no veia en aquellos actos mas que una prueba del bondadoso natural que le conocía, y de su general conmiseracion hácia todos los desgraciados. El crédito que disfrutaba Vidal redundaba en favor del cristianismo, cuyos hijos se amparaban á su sombra, y se salvaban de la persecucion. Lleno de desprendimiento y de caridad, se le veia continuamente en las cavernas y fragosidades de los montes, socorriendo á los fugitivos, y en las prisiones y calabozos exhortando á los encarcelados á mantenerse constantes en la fé.

Durante esta persecucion del cristianismo, tuvo Paulino que hacer un

viaje á Ravena, y quiso que le acompañase su amigo Vidal. Este con la intencion de ser útil á los perseguidos, cedió á sus instancias, y partieron juntos. Pero apenas hubo llegado á la ciudad, cuando supo que un cristiano llamado Ursicino, médico de profesion, aterrizado á vista de los tormentos, estaba próximo á titubear en la fé. Entónces creyó que habia llegado la hora de manifestarse públicamente tal cual era, y evitar á todo trance la perdicion de aquel hermano. Deja al cónsul inmediatamente, corre al lugar del suplicio, y se encuentra al pusilánime Ursicino ya casi decidido á sacrificar á los dioses. Hiende por entre la muchedumbre, y cuando ya estuvo próximo y creyó que pudiera oírle, exclamó.

—Ilustre confesor de Jesucristo, ¿por qué vacilas? Tú que has sabido dar la vida corporal á tantos, te condenarás por flaqueza á una muerte que no tiene fin? ¿qué es media hora de padecer, comparada á una eternidad de goces celestiales? Vuelve en ti, hermano querido, y que tu fé triunfe de la muerte, y que tu sacrificio halle gracia en la misericordia del Señor.

Al escuchar Ursicino estas palabras, se sintió animado de una santa fortaleza que le hacia superior á los dolores de la humanidad. Con una mirada espresiva agradeció á Vidal el socorro que le habia dado, y

volviéndose á los verdugos, presentó el cuello á su cuchilla, ensalzando el glorioso nombre de Jesucristo,

Entónces Vidal dió gracias á Dios, porque le habia traído tan á tiempo para la salvacion de aquel mártir, y haciéndole por sí mismo los últimos honores, le dió la debida sepultura.

El cònsul llegó á saber este suceso tan público y tan ruidoso, y llamando á Vidal le dijo amistosamente.

—¿Te has vuelto loco para obrar tan imprudentemente como lo has hecho hoy? ¿Qué creerá el pueblo? ¿qué dirá el emperador?

—El pueblo sabe que soy cristiano, respondió tranquilamente Vidal, y el emperador conocerá lo que hasta ahora se ha ocultado á su penetracion. No creas que es locura mi proceder, Paulino: el porvenir y la felicidad están cifrados en el conocimiento de un Dios verdadero, y en la santa observancia de la doctrina de Jesucristo.

Paulino no pudo responder de pronto: el estupor le cortaba la palabra, y vacilaba entre el cariño que profesaba á Vidal por su bondadoso carácter, y el cumplimiento que le imponía su deber y su apasionada ceguedad.

Estos sentimientos triunfaron por último de su amistad y de su afecto, y convencido de que era cristiano, decretó inmediatamente su prision.

Grande fué el regocijo de Vidal al verse cargado de cadenas, è indécible el gozo que esperimentó al entrar en aquellos calabozos como uno de tantos mártires de Jesucristo. Padece por su Dios habia sido todo su anhelo, y en esta hora veia realizada su esperanza mas ferviente.

Paulino apuró todos los recursos que le sugerian su amistad, sus relaciones y su posicion, á fin de con-

vencerle á que renunciase á unas doctrinas que habian de atraer sobre su cabeza culpable todo el rigor de las leyes. Pero Vidal desoyó las exhortaciones del que habia sido su amigo, y despreció las amenazas del que ahora era su juez, respondiendo á unas y á otras.

—Soy cristiano, y me siento con bastante fortaleza para soportar los tormentos y la crueldad de los enemigos de mi Dios: estoy resignado á morir.

Entónces fué puesto en el ecúleo, y sus huesos desconyuntados daban horrorosos crujidos en aquel potro de padecer; pero el mártir acallaba sus dolores entonando himnos de alabanza á Jesucristo, y predicando su sacrosanta doctrina. Levantáronle de aquel lecho de muerte en tal estado, que apenas podia mantenerse de pie, y le condujeron al lugar donde habia sido sacrificado Ursicino. Habíase erigido un altar en aquel mismo sitio, para que nuestro mártir ofreciese incienso á los dioses, con órden de que si se negaba á ello se le enterraría vivo en aquel mismo lugar. Verificóse esta última sentencia, pues el animoso hijo de la fé desechó tan impías proposiciones. Arrojárone en una profunda fosa, y despues la cubrieron con tierra y piedra, consumando de este modo su glorioso martirio, el dia 28 de abril del año de 171.

Apenas murió, cuando un sacerdote de Apolo que habia sido el mas furibundo instigador de Paulino para que pronunciase aquella sentencia terrible, se vió poseido del demonio que le atormentaba dia y noche sin dejarlo sósegar. Un fuego devorador consumía sus entrañas, y corría de una parte á otra con desesperados ademanes y gemidos dolorosos, al mismo tiempo que gritaba con todas sus fuerzas.

—Tú me estás atormentando, Vidal, me estás quemando vivo, Vi-

dal, me estás abrasando sin consuelo.

Siete días pasó este miserable en tan angustiosa situación, y por último no pudiendo soportar mas aquel incendio devorador que le consumía, se arrojó al río donde se ahogó miserablemente.

En Ravena hay una iglesia suntuosa, edificada en el mismo sitio en que se verificó el martirio de san Vidal, y está dedicada á su nombre, conservándose sus reliquias en un magnífico sepulcro, aunque parte de ellas se venera en Isla, Bolonia, y Praga.

En este día se hace tambien con-

memoracion de santa Valeria, muger de san Vidal, que volviéndose á Milan, su patria, despues de el glorioso triunfo de su marido en Ravena, fué detenida por unos paisanos que quisieron obligarla á que comiese de las viandas consagradas á los idolos. Valeria las rechazó con horror, manifestando al mismo tiempo que era cristiana. Entónces la apalearon con crueldad tan inaudita, que llegó á Milan medio muerta, y habiendo entregado su espíritu al Señor dos días despues, es reverenciada comomártir.

SAN PRUDENCIO OBISPO Y CONFESOR.

Prudencio nació en Armecia, de la provincia de Alava, de esclarecido linage. Desde muy niño entró al servicio de la iglesia, y eran tan grandes los ímpetus de su fervor, que á los catorce años se retiró á un desierto, donde se entregó esclusivamente á la oracion y á la penitencia, bajo la disciplina de un venerable ermitaño llamado Saturio. A los siete años de hallarse en su compañía falleció este santo anacoreta, y Prudencio se presentó en Calahorra, predicando la doctrina de Jesucristo á los gentiles. La fama de su santidad, de su elocuencia y de su doctrina movieron á Sanchó, obispo de Tarazona, á llamarle á su lado, y ordenándole de sacerdote le nombró arcediano de su iglesia. Desempeñó esta dignidad con tanto celo y con tanto fruto de la diócesis, que á la muerte del prelado le eligieron para sucederle en la silla e-

piscopal, que rigió con tanta prudencia, tino y religiosidad, que se hizo célebre y grata la memoria de su gobierno.

Habiéndose suscitado algunas cuestiones entre el obispo y clerecía de la ciudad de Osma, solicitaron la mediacion de nuestro santo, que acudió presuroso con paternal solicitud. Presentóse entre los desacordes ministros como un iris de paz, y restableció la concordia, brevemente interrumpida. Pero Dios no le concedió el gusto de que regresase á su diócesis, pues se cumplió antes la hora en que habia de gozar de la bienaventuranza. Su glorioso tránsito se verificó en la ciudad de Osma á 28 de abril del año de 399, segun la mas comun opinion, y su cuerpo fué trasladado al monasterio del Cister, que se halla en las inmediaciones de Logroño.

SANTA TEODORA VIRGEN Y MARTIR.

I.

Vivia en la ciudad de Alejandria, en
ABRIL.—TOMO IV.

el reinado de los emperadores Diocle-

ciano y Maximiano, una doncella de noble origen, llamada Teodora que profesaba la religion de Jesucristo. Habia sido decretada la persecucion mas horrorosa contra los hijos del evangelio, y Eustracio, que era prefecto de la ciudad, la cumplia con tan riguroso teson, que ni la edad, ni el sexo, ni la flaqueza se hallaban libres del suplicio y del padecer. Unos despues de otros comparecian ante el sanguinario tribunal, y unos despues de otros daban testimonio de la divinidad de sus creencias.

Teodora tambien fué arrancada de su retiro, conminada por el tremendo juez para que adorase á sus dioses. La animosa cristiana no se rindió á sus amenazas furibundas, porque Jesucristo, á quien habia consagrado su

La virgen de Jesucristo ha sido conducida á una habitacion de la casa pública de las prostitutas, y por toda la ciudad ha circulado la nueva de que sus virginales atractivos estarán á disposicion de los que deseen gozarlos. En un momento se vieron á la puerta un crecido número de esos hombres perdidos y viciosos, que consumen su vida y buscan su perdicion en los desórdenes mas espantosos. Cada cual deseaba ser el primero en apoderarse de aquella virgen pura, que ofrecian á sus lascivos deseos, cuando un soldado romano, jóven, arrogante y decidido, separó á la multitud, entró el primero, y cerró la puerta para que nadie siguiese sus pasos.

Teodora oraba con fervoroso ahinco, cuando la presencia del soldado vino á interrumpir su prece. Levantóse asustada, y huyendo á lo mas apartado de la habitacion, cruzó sus

virginidad, la llenaba de santa fortaleza.

Entónces el prefecto viendo á la jóven linda, y de elevada gerarquía, quiso someterla por la humillacion, y la amenazó con una pública deshonra que mancillase para siempre su virginal pureza, sino daba cumplimiento á su mandato. Pero Teodora se habia elevado sobre su propia situacion, y estaba decidida á arrostrar los peligros á que la sometiesen la fuerza, y la brutalidad, antes que renunciara á su esperanza y á su Dios.

Viendo el presidente su entereza, mandó que la llevasen á la casa pública de mugeres perdidas, y que se entregase su honor y su castidad á la merced y capricho de los mas viles corruptores.

II.

manos con doloroso ademan, y alzando al cielo sus ojos llenos de lágrimas exclamó.

—Dios mio, Dios mio, ¿habrás desamparado á tu criatura?

—No, Teodora, respondió el soldado, pues suya ha sido la inspiracion que me ha movido á protegerte.

La virgen le miró de nuevo, pero la vista de su trage no la sosegó. Advertiólo el soldado, y añadió al instante.

—No juzgues por las apariencias, pues han sido necesarias para salvarte. Yo no soy soldado romano: soy de Alejandria, me llamo Didimo y profeso tu misma religion. Este disfraz me ha permitido llegar á tu persona antes que otro, y sin escitar sospechas; pero mi intencion es arrancarte de este lugar, y librarte de la infamia á que te condenan.

—Acépto tu socorro, pues eres cristiano, respondió Teodora: Dios

te ha enviado á mi en la tribulacion, y él te recompensará dadivosamente. Dime, ¿qué hemos de hacer?

—Trocar de vestidos al instante, contestó Didimo: mi uniforme cubrirá tu evasion: yo ocuparé tu lugar, y cuando se descubra el engaño, tu libertad estará asegurada.

Arrodillóse Teodora, y dió gracias á Jesucristo por aquella inesperada proteccion: dióselas al jóven tambien por su decidida caridad, y haciendo el cambio propuesto, salió por entre los que ambicionaban su posesion, sin que nadie la reconociese.

III.

No tardó en divulgarse la evasion de Teodora, pues advirtió el engaño el primero que ansioso entró en la habitacion. Enteráronse los guardas, y llevaron á Didimo á la presencia de Eustracio. El animoso jóven confesó su inocente ardid, diciendo al mismo tiempo, que se lo habia inspirado el deseo de salvar á una hermana de religion, pues él era cristiano tambien.

Entónces el prefecto le manifestó que se habia hecho reo de dos delitos; el primero sustrayendo á un delincuente al castigo que le habia impuesto la autoridad, y el segundo desobedeciendo los mandatos imperiales, pues se habia hecho partidario con el acto de haber abrazado una religion proscripta. Sin embargo, continuó, si ofreces incienso públicamente á los dioses, quedarás absuelto de uno y otro delito.

Didimo se negó con entereza á las escigencias de Eustracio, respondiendole animoso, que toda su adoracion era para Jesucristo. No pudiendo vencer su constancia, lo sentenció á que el verdugo le cortase la cabeza.

Presentóse Teodora luego que supo esta decision, pidiendo para si el cumplimiento de aquella sentencia, y reclamando gracia para Didimo, pues su falta quedaba destruida con su aparicion. Pero el jóven cristiano, orgulloso con el martirio que le esperaba por su Dios, desechó cuanto hubiera podido favorecerle, y el prefecto aplicó á entrambos la ley. El dia 28 de abril del año 302 sellaron con su sacrificio el triunfo de la fé sobre sus tiranos, y sus almas puras y cándidas volaron al seno de su Criador para toda una eternidad.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Atino, de SAN MARCOS, que habiendo sido consagrado obispo por san Pedro apóstol, fué el primero que predicó la ley de Cristo á los Equicolas y recibió la corona del martirio en la persecucion de Domiciano, siendo Máximo presidente.

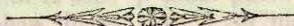
En Alejandria, de SAN DIDIMO mártir, que dió su vida por la fé el mismo dia que santa Teodora.

En Crapara, diócesis de Plasencia, de LOS SANTOS CARALIPIO, AFRODISIO, AGAPIO Y EUSEBIO, que en tiempo de Neron fueron sacrificados por la fé.

En Hungría, de SAN POLION, martirizado en la persecucion de Diocleciano.

En Prusa, en Bitinia, de SAN ACACIO, SAN MENANDRO Y SAN POLIENIO mártires en Jesucristo.

En Pentina, en Prusia, de SAN PANFILO, obispo de Valve esclarecido por su caridad y por sus milagros: pasó á predicar á Italia donde murió, y su cuerpo se halla en Sulmona.



LA MISA ES EN HONOR DE SAN VIDAL, Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Te suplicamos, omnipotente Dios, que los que celebramos el nacimiento al cielo de tu bienaventurado mártir

Vidal, nos veamos fortalecidos por su intercesion en el amor de tu nombre. Por nuestro Señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 5.º DEL LIBRO DE LA SABIDURIA.

Estarán los justos con gran constancia frente á los que los affigieron y robaron sus trabajos. Y viéndolos se turbaran con horrible temor, y se admirarán de su inesperada salvacion. Y dirán entre sí, llenos de sentimiento y gimiendo con angustiado corazón. Estos son los que en otro tiem-

po fueron objeto de nuestro escarnio. Y los que considerábamos como personas dignas de oprobio. Nosotros, insensatos, calculábamos necia su vida, y deshonoroso su fin: y sin embargo, han sido juzgados hijos de Dios, y su suerte está entre los santos.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 15 DE SAN JUAN, Y EL MISMO QUE EL DIA 23 FOLIO 200.

MEDITACION.

CONSIDERACION DE LA MUERTE.

La memoria de la muerte es una de las mas provechosas consideraciones

que hay, así para alcanzar la verdadera sabiduria, como para huir el pe-

cado, como tambien para comenzar con tiempo à aparejarse para la hora de la cuenta.

Pues para eso considera primeramente, cuan incierta será la hora de esta muerte, porque ordinariamente suele venir al tiempo que el hombre está mas descuidado, y menos piensa que ha de venir, hechando sus cuentas y haciendo sus trazas para adelante. Y por esto se dice, que viene como ladrón: el cual suele venir al tiempo que los hombres están mas seguros, y mas dormidos. Piensa luego todo lo que precede á la muerte, y lo que interviene en la muerte, y lo que se sigue despues de ella. Y para que mejor entiendas cada cosa de estas, imagina que tú eres el que has de morir, pues á la verdad has de morir, y piensa desde ahora todo esto que por tí ha de pasar.

Antes de la muerte, piensa en la enfermedad grave que ha de preceder á la muerte con todos los accidentes, hastíos, tristezas, medicinas, molestias y noches largas que allí te han de fatigar: lo cual todo es camino y disposicion para la muerte. Por que así como antes de entrarse por fuerza un castillo, ò una ciudad, suele preceder una recia batería, con que derriban los muros, y fuerzas por tierra, y tras esto es luego entrada y conquistada, así para esto suele preceder á la muerte, una gravísima enfermedad, la cual de tal manera bate noche y dia sin parar las fuerzas naturales, y los miembros principales de nuestro cuerpo, y de tal manera los deja maltratados, que el alma no pudiendo ya mas defenderse, ni conservarse en ellos, las desampara y se va.

Piensa luego, cuando ya la enfermedad llega á lo postrero, ó el médico, ó ella, nos desengañan, y nos quitan la esperanza de la vida, las angustias que entónces te cercarán, y las cosas que te representarán. Por lo primero, allí luego se representa la salida de esta vida, y el apartamiento de

todas las cosas que amábamos en ella, hijos, muger, amigos, parientes, hacienda, honra, y finalmente, este mundo, este aire, y esta luz, que es á todos comun. Tras de esto se representa todo el curso de la vida pasada, especialmente tal, y tal pecado mas grave, y la cuenta que entónces de esto se ha de dar, y la sentencia que por esto se ha de esperar. Pónese tambien ante los ojos el tiempo pasado, y el venidero: y el pasado, como ya no es, parece un soplo; y el venidero, como está por venir, y es eterno, parece lo que es, que es infinito. Y con esto comienza el hombre á reprenderse, y condenarse, viendo que por placeres, bienes que entónces le parecerán de un punto, está en peligro de padecer tormentos, que durarán para siempre; y para remedio de este tan grande yerro, comienza á desear espacio de penitencia, y condenar su negligencia, y caer, aunque ya es muy tarde, en la cuenta. Esta y otras semejantes olas, y fatigas son las que, ademas de la enfermedad, combaten y afligen al doliente en aquel trabajoso tiempo, noche y dia, sin parar.

Tras de esto piensa luego en los accidentes, y trabajos que intervienen en la misma muerte, que son aun mayores que los pasados. Mira como el cuerpo comienza ya á perder el calor natural, y los miembros las fuerzas, y el movimiento, y quedan como si fuesen de piedra. Las partes altas y las estremidades se paran frias, la cara demudada, el color como de plomo, las cuencas de los ojos hundidas, los ojos vidriados, la boca llena de sarro, y espuma, la lengua gruesa, y torpe para hablar, y la garganta adelgazada. El pecho con angustias se levanta, los labios se vuelven azules, y los dientes pardos; y casi todo el hombre viene á estar como muerto antes que muera.

Aquí puedes tambien pensar en el Sacramento de la Estremauncion,

que en este paso se administra para ayudar en esta postrera batalla, y en todas las oraciones, y sufragios de que la iglesia usa en esta necesidad, cuando el hombre está ya tirando, y agonizando, á la salida de esta vida: en la cual paga la deuda de las angustias con que en ella entró, padeciendo los dolores al tiempo de salir, que su madre padeció al tiempo de parir. Y así concuerda muy bien la entrada de la vida con la salida, pues la una y la otra es con dolores, aunque la una con los agenos y la otra con los propios.

Despues de esto, considera lo que se sigue tras de la muerte, que es la suerte que al cuerpo y ánima ha de caber. La del cuerpo es la sepultura, en la cual te debes hallar con el espíritu presente, mirando como te llevan á enterrar, como te acompañan, como doblan por tí, como preguntan

los que oyen doblar por el muerto, como te depositan en elsepulcro entre los otros huesos de los muertos, y te pisan, y dejan en aquel estrecho y obscuro aposento, acompañado de perpetua soledad.

Dejando el cuerpo en este lugar, camina con tu propia ánima hasta el tribunal de Dios, donde irás acompañado por una parte de ángeles, y por otra de demonios, alegando cada cual de las partes de su derecho: y mira la cuenta que allí se te pedirá del tiempo, de los beneficios, é inspiraciones divinas, de los aparejos que tuviste para bien vivir, y de todos los males que hiciste, y aun de los mismos bienes, sino los hiciste como debias. Y considerando todas estas cosas, trabaja, hermano, por vivir ahora de tal manera, que entónces desearas haber vivido.



S. Pedro. Martir.

DIA VEINTE Y NUEVE.

SAN PEDRO MARTIR,

I.

En el año de 1205 nació Pedro en Verona de Lombardia, de padres contaminados de la heregía de los cátaros ó maniqueos. Sin embargo, Dios le preservó de esta desgracia, destinándole en sus arcanos divinos á ser un defensor acérrimo de la iglesia, y uno de los contrarios mas decididos de aquella secta de perdicion. No habiendo en Verona maestro alguno maniqueo, le envió su padre á la escuela de un católico para que le enseñase á leer; pero á las primeras lecciones aprendió el niño con maravillosa prontitud la doctrina cristiana, y con particularidad el simbolo de los apóstoles. Un día le encontró al paso un tío suyo, furibundo partidario de la secta maniquea, y pidiéndole una prueba de sus adelantos, empezó el niño á recitarle el credo. Indignado el herege comenzó á amenazarle, pero el niño no se arredró con su cólera, y le dijo cuanto creia. Entónces se quejó á su padre, manifestándole que su indolencia iba á ser causa de su perdicion. A pesar de las representaciones de aquel herege celoso, el padre siguió con la misma indiferencia, y Pedro continuó tomando lecciones de la verdadera religion. Siendo de ingenio despejado, de comprension segura, y perfecta inteligencia, quiso su padre que siguiese

los estudios, y le envió á Bolonia para que en la universidad se hiciese un hombre de provecho.

Grandes fueron los progresos que hizo nuestro santo en los estudios, al mismo tiempo que crecía en virtud, en religiosidad, y en la pureza de costumbres que tanto contrastaban con las relajadas y viciosas de aquel pueblo.

Muchos fueron los peligros que cercaron su inocente vida: su juventud, su caridad y su mismo ingenio, tendian lazos á su inocencia, y cansado de combatir, resolvió acogerse á un refugio seguro, para ponerse á cubierto de toda acechanza.

Grande era la fama que habia adquirido en aquellos dias la naciente religion de predicadores: su instituto pareció á Pedro que era todo cuanto ambicionaba, y buscando á su santo fundador, le pidió que le admitiese por discípulo. Prendóse santo Domingo de las bellas apariencias del aspirante, y condescendió con su deseo. Pedro fué admitido como novicio, y escedió á todas las esperanzas que su vista habia hecho concebir. Humilde, fervoroso, y fiel observante de la santa regla que habia abrazado, fué modelo de perfeccion para todos sus compañeros. Austeridades, vigiliias, abstinencia y oracion, consumieron su flaca natu-

raleza, pues se rindió agoviada por los excesos de su fervor. Enfermo y casi moribundo, continuaba en su empeño, que hubiera puesto fin á su vida, si la prudencia de los superiores no hubiera templado un rigor tan inaudito. Mucha era su gravedad, y sin embargo recobró la salud por un milagro de la Omnipotencia divina, pues la continua abstinencia habia hecho cerrar las vias de tal modo, que era casi imposible que pasase el alimento.

Recuperada la salud, dió gracias

á Dios que le habia salvado, é hizo su profesion religiosa. Elevado al sacerdocio, se dedicó con ahinco al estudio de las ciencias sagradas, que le proporcionaron medios de difundir con fruto las luces de su ingenio, y de su celo ardiente. Predicador infatigable persuadía con su elocuencia varonil, y convertía con la unción y eficacia de sus palabras. Por toda Italia habia corrido la fama de su talento y de sus triunfos, cuando Dios quiso probar su humildad en el infortunio.

II.

Pedro era fervoroso y entusiasta por su santa religion, y el cielo le favorecía con gracias especiales. Pasaba noches enteras absorto en sus contemplaciones, y en estos momentos de divina fruicion, hablaba familiarmente con Dios y con sus santos.

Sin embargo, algunos religiosos del convento de Como, en el Milanes, de donde era conventual, celosos de su prestigio, y mal informados sin duda de su santidad, le oyeron en una ocasion hablar dentro de su celda, y figurándoseles que habian percibido la voz de una muger, le acusaron al prelado, pintándole el hecho con las mas plausibles circunstancias. Imaginóse el prior que Pedro habia cometido alguna imprudencia, y haciéndole comparecer, le reprendió en público capitulo. La humildad de nuestro santo afirmó esta creencia, pues no solo no se defendió de la calumnia, sino que respondió que era un pecador muy grande, y que merecía una penitencia. Impusieronsele inmediatamente, le quitaron la licencia de predicar, y le desterraron al monasterio de Jesi, en la Marca de Ancona.

Pedro estaba dotado de un fondo inagotable de resignacion: obedeció en silencio, y empleó las horas de su desgracia en los ejercicios mas penosos y humildes del convento, y en obras meritorias de caridad. Aquella abnegacion, aquella santa conformidad acertó el término de la prueba: descubrióse la calumnia, y el santo perseguido fué reintegrado en todas las funciones de su ministerio.

Entónces apareció como el apóstol de Italia, y los frutos de su celo se vieron palpablemente en la Marca de Ancona, la Romanía, la Toscana, el Bolognes, y el Milanesado. Los pueblos salían á recibirle á los caminos, y los pecadores y los hereges se convertían con la eficacia de sus discursos. Por sus exhortaciones se unieron los católicos como en una especie de cruzada para lanzar de aquel territorio á los hereges, y en menos de seis años en toda la Toscana, y en casi todo el Milanesado, no quedó uno que no se convirtiese.

Las iglesias eran pequeñas para contener el inmenso auditorio que ansiaba escucharle, por lo que tenia que predicar en los campos, y en las

plazas. Sin embargo, en Milán tuvieron que hacerle una especie de silla portátil y cerrada, para conducirle de una parte á otra cuando acababa de predicar, pues temieron que le sofocase la muchedumbre que se agolpaba en torno suyo para venerarle.

Muchos eran los milagros que Dios obraba por su intercesion: muchos eran los triunfos que diariamente conseguía para la iglesia; y finalmente, muchas eran sus glorias para que los hereges no estuviesen exasperados. Uno de ellos á quien miraban como gefe ó principal, determinó con acuerdo de los otros fingirse enfermo, aunque estaba totalmente robusto, y mezclándose con los demas, presentarse al religioso para que lo curase, y así que le hubiese hecho la señal de la cruz sobre la cabeza, manifestar al pueblo el embusie, para que quedase desacreditado.

Con beneplácito de todos puso por obra el artificio, y se presentó á nuestro santo. Pero este así que le vió le dijo.

—Si efectivamente estuvieses enfermo, pido á nuestro Señor Jesucristo que te sane: pero si no lo estuvieses, y tu dolencia fuese fingida, pido al mismo Señor que la torne en real y verdadera para tu debido escarmiento, y para que el pueblo le glorifique.

Un súbito desmayo sobrecogió á aquel infeliz, y le sobrevino tan violenta calentura, que creyeron próxima su muerte. Entónces publicó su artificio, hizo llamar á nuestro santo, abjuró su heregía, y recobró á la vez la salud del alma y del cuerpo.

De este modo fray Pedro de Verona, como le llamaban los hereges, triunfó de todassus arterias, solo con su fé sincera, el amor que profesaba á Jesucristo, y su tiernísima devocion á Maria Santísima.

El papa Gregorio IX, sabedor de la virtud, del celo y sabiduría de

nuestro santo, le nombró inquisidor general de toda Italia, para contener los progresos de la heregía; y su sucesor Inocencio IV aprobó la eleccion, y le confirmó en tan importante empleo. Su celo creció con la autoridad, pero no se mostró rigoroso: templado y caritativo como su carácter, buscaba la conversion del herege, pero no su muerte, ni su padecer. A pesar de su mansedumbre y de su dulzura, como no transigia en materias de doctrina, los hereges le cobraron tanto horror, que resolvieron deshacerse de su persona, en cuanto se les presentara ocasion de matarle. El santo inquisidor no ignoraba lo que se tramaba en contra suya, como lo dijo en uno de sus sermones, manifestando que su mayor dicha sería derramar su sangre por la fé: que sabía las asechanzas que le habian tendido los enemigos de Jesucristo y de su iglesia, pero que nada conseguirian con su muerte, porque despues de ella habia de hacerles guerra mas constante.

Habia pasado san Pedro las pascuas en el convento de Como, de donde era prior, y se restituía á Milán para asuntos de la iglesia, cuando fué detenido entre Barlasina y Guisano por dos asesinos apostados en aquel lugar, para quitarle la vida por encargo de los hereges. Iba el santo inquisidor rezando, cuando uno de ellos llamado Carin le dió dos hachazos en la cabeza, y le tendió en el suelo como muerto. En seguida, se dirigió al compañero que llevaba, llamado fray Domingo, y lo acabó á puñaladas. Entretanto fray Pedro se incorporó con trabajo, y poniéndose de rodillas, empezó á rezar el simbolo de la fé. Advirtiéndole aquel hombre desalmado, y corriendo á donde estaba el mártir, envainó con furia en su pecho el arma homicida que llevaba. Su glorioso martirio tuvo lugar el dia 29 de abril del año de 1252, á los cuarenta y seis de su edad, aunque algu-

nos le colocan el día 5 del mismo mes, habiendo hecho la iglesia la traslacion de su festividad á este dia, por hallarse ocupada en celebrar la pasion del Señor.

Su cuerpo fué conducido á Milan con grande pompa, y enterrado en la iglesia de san Eustorgio, titular del convento de predicadores. Inocencio cuarto le puso en el catálogo de los santos, y espidió su decreto de canonizacion antes que se hubiese cumplido un año de su muerte. Entónces se

elevó su santo cuerpo, y estuvo espuesto al público algunos dias en un sepulcro de mármol. En el año de 1340 se hizo segunda traslacion á otro sepulcro mas magnífico, situado dentro de una capilla baja, verificándose durante el capítulo general de los dominicos; finalmente en el de 1651 se hizo nueva traslacion, colocando su cabeza preciosamente engastada en una urna de oro y cristal, que depositaron en una de las mas suntuosas capillas.

SAN HUGO ABAD DE CLUNI.

Dalmacio, señor de Semur, descendiente de los duques de Borgoña, estaba casado con Adelaida, hija del conde de Guine, y de esta union vino al mundo Hugo, que con el tiempo habia de ser uno de los mas grandes santos de la ilustre casa de Cluni. Bajo la direccion de su tio Hugo, obispo de Auxerre, siguió sus estudios en Chalons, y tomó el hábito en el monasterio de Cluni, siendo abad de aquella comunidad san Odilon. Este prelado, conociendo el relevante mérito de Hugo, le nombró prior, y á su fallecimiento le reemplazó en la abadia, llegando á ser poco despues, general de toda la órden. Bajo su paternal y celoso gobierno se extendió esta religion por Italia, Francia, España é Inglaterra, llegando á ser considerable el número de monasterios

de uno y otro sexo que se fundaron en estos países. Su santidad era reconocida generalmente, y sin embargo tuvo calumniadores que le persiguieron, tratándole de tirano y usurpador; pero Dios castigó á estos perversos, é hizo lucir con nuevo brillo las virtudes de este eminente prelado. Poseyó el don de profecia, y con la proteccion de Dios obró repetidos milagros, que prueban lo aceptable que eran sus obras á los ojos de la magestad divina. Su dilatada vida se pasó en el servicio del altar y del prójimo, y cuando conoció que la muerte se aprosimaba, se hizo llevar á la iglesia vestido de un rigoroso silicio, y postado sobre la ceniza, entregó su espíritu en manos de su Criador, el día 29 de abril del año de 1109, teniendo 89 de edad, y sesenta de prelacia.

SAN ROBERTO, FUNDADOR DEL ORDEN DEL CISTER.

Nació san Roberto en la provincia de Campania, en Italia, de Teodorico y

Ermagarda, piadosas y esclarecidas personas, que le educaron en los san-

tos principios de la religion, y encaminaron sus felices disposiciones para gloria del Altísimo. A los quince años tomó el hábito en el monasterio de Cella, donde con ayunos y oraciones llegó á alcanzar una vida tan perfecta, que era modelo de religiosos.

Grande era la fama de santidad que habia adquirido, por lo que le pidieron por abad los monges de san Miguel. Condescendió con su deseo, pero el fervor de Roberto era demasiado riguroso para aquellos hombres tibios y descontentos. Abrumáronle de disgustos y sinsabores, y el santo prelado, renunciando su abadía, se volvió á Cella, renovando con ahinco sus antiguas prácticas religiosas.

En aquellos dias varios individuos desengañados del mundo, se pusieron bajo la direccion de un ermitaño, que en el desierto hacia estremada penitencia. La fama de su santidad habia hecho crecer el número hasta trece, y por la mediacion del papa obtuvieron que un monge de Cella tomase el gobierno de aquella nueva congregacion. Fué designado Roberto como el mas apto de todos, mas no considerando á propósito el paraje para la fundacion del monasterio, escogió otro mas solitario llamado Molismo, donde con ramas de árboles formaron un oratorio, y varias celdas apartadas entre sí. Allí se entregaron á una vida austera y penitente, siendo su único alimento las yerbas silvestres que el suelo producía, y el agua limpiada de un manantial. Sin embargo, el obispo de aquella diócesis, admirado de su pobreza y privaciones les dió hábitos nuevos, proveyéndoles de comestibles. El pueblo á imitacion suya acudió tambien con sus dádivas, y la abundancia relajó la vida de los religiosos. Roberto los dejó, no pudiendo refrenarlos, y se acogió á otra congregacion que habia en Auro, para dedicarse esclusivamente á su porvenir. Pero su ausencia hizo cono-

cer á los religiosos que no eran nada sin su prelado: se arrepintieron, suplicaron, y obtuvieron que regresase á su seno, y los condujera á la salvacion. Asi que los hubo reformado, les dió la regla del glorioso padre san Benito, y comenzaron una nueva era de penitente austeridad.

De aquella congregacion salieron cuatro religiosos para fundar en la soledad un método de vida mas perfecto. Alberico y Estefano con sus otros dos compañeros se internaron en una selva, llamada Cistercio, en la Galia Cèltica, y en su espesura edificaron un oratorio á la madre de Dios. Asi que lo supo Roberto, escogió veinte y dos religiosos de Molismo, los mas virtuosos y perfectos, y reuniéndose á los cuatro anacoretas le eligieron por su prelado. Entónces aunque observaban la regla de san Benito, decidieron agregar otras constituciones, resultando una orden nueva, fundada sobre la antigua. Púsose el nombre del Cister, derivado de Cistercio, como se llamaba el lugar en que habia tenido principio, y aprobada por la santidad del papa Urbano segundo, mandó este á petición de los monges de Molismo, que Roberto regresase á aquella primitiva casa, conservando la superioridad sobre ambas fundaciones. Roberto obedeció el soberano decreto, y nombrando á Alberico por abad de Cistercio, aunque bajo su dependencia, regresó á Molismo, desde donde hizo florecer á la naciente orden de tal modo, que se propagó rápidamente por toda la cristiandad. En el año de 1098 tuvo efecto esta célebre fundacion, y despues de haberla dejado cimentada pasó nuestro santo á la bienaventuranza, á gozar el premio debido á sus trabajos espirituales. Su dichoso tránsito tuvo lugar en uno de los primeros años del dozavo siglo, y el martirologio romano hace su conmemoracion el dia 29 de abril.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Pafos, de Chipre, de SAN TICHICO, discipulo del apóstol san Pablo, que le llama en sus epístolas, su hermano muy querido, ministro fiel, y compañero suyo en el Señor.

En Cirtha, en Numidia, de SAN AGAPIO y SAN SECUNDINO obispos, el primero de Cartagena, y el segundo de Braga, que en la persecucion de Valeriano fueron desterrados de sus sillas y últimamente padecieron el martirio por la fé de Jesucristo, en la citada ciudad de Cirtha, lugar de su destierro. Tambien fueron sacrificados

en aquel día Emiliano, soldado, Tertula y Antonieta, virgenes consagradas á Dios, y una muger con dos hijos gemelos.

En la misma ciudad la conmemoracion de siete ladrones convertidos por san Jason, á la fé de Jesucristo, y que en este dia obtuvieron la vida eterna por la confesion de su fé.

En Brescia, de SAN PAULINO obispo y confesor.

En Barcelona, la invencion del cuerpo de SAN CUCUFATO, su obispo y mártir.

LA MISA ES EN HONOR DE SAN PEDRO MARTIR Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Omnipotente Dios, te suplicamos que seamos imitadores, con sincera devocion, de la fé de tu bienaventurado mártir Pedro, que por la propagacion

de esta misma fé mereció obtener la palma del martirio. Por Jesucristo nuestro Señor.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 2 Y 3 DE LA 2.^a DEL APOSTOL SAN PABLO A TIMOTEO, Y LA MISMA QUE EL DIA 23 FOLIO 200.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 15 DE SAN JUAN Y EL MISMO QUE EL DIA 23 FOLIO 200.

MEDITACION.

LA GLORIA.

La consideracion de la gloria de los bienaventurados aprovecha, para que por aquí se mueva el corazon al me-

nosprecio del mundo, y deseo de la compania de ellos.

Para contemplar la gloria que se de

á los buenos, debes tambien imaginar el lugar de ella, segun la semejanza con que los santos lo escriben, conformándose en esto con nuestra capacidad. Imagina, pues, una ciudad toda de oro purísimo, maravillosamente labrada de preciosas piedras, y cada una de sus puertas de una piedra preciosa. Imagina un campo llano, espaciosísimo, y hermosísimo, de todas las flores, y frescuras que se pueden pensar, donde hay perpétuo verano, y florestas siempre verdes, con olor de inestimable suavidad.

Despues de esto, mira primeramente, qué gloria será ver aquella beatísima Trinidad, que es un perfectísimo dechado, donde resplandece toda hermosura, toda bondad, y toda suavidad, en cuya vision tendrás todo lo que quisieres, y sabrás todo lo que desearas, segun la medida que te cupiere de gloria. Este es el libro que llaman de la vida, cuyo origen es eterno, cuya esencia es incorruptible, cuyo conocimiento es vida, cuya doctrina es muy fácil, cuya ciencia es dulce, cuya profundidad no se puede medir, cuya escritura no se puede borrar, y cuyas palabras no se pueden explicar.

Piensa luego en la segunda gloria, que se sigue tras esta, que es la vision clara de aquella sacratísima humanidad de Cristo, que para nuestra salud fué crucificada en un madero, y para nuestra gloria reside en el cielo; pues en esto hacemos ventaja á los ángeles, en que el comun Señor de los unos, y de los otros, verdaderamente es hombre, y no ángel, aunque él sea todo en todas las cosas. Mira despues el gozo que el alma recibirá de la compañía, y vista de la gloriosa Virgen, señora y abogada nues-

tra, y de todos los otros santos apóstoles, profetas, mártires, confesores, y vírgenes, que son innumerables, de cuyos gozos gozaras tú tambien con ellos, por la grandeza de la caridad que allí reina, y así lo que tuvieres tú en tí, tendrás en ellos.

Considera tambien aquellos cuatro singulares dotes que allí recibirán los cuerpos de los santos, en premio de haber sido fieles ayudadores de las ánimas á quienes sirvieron, que son, inmortalidad, impassibilidad, ligereza, y hermosura tan grande, que no se puede explicar.

Y no son menores los dotes de las ánimas, que son, plenitud de sabiduria en el entendimiento, con destierro de toda ignorancia, y plenitud de alegría en la voluntad, con destierro de toda tristeza.

De estos dotes se siguen otros innumerables bienes, porque de aquí se sigue seguridad, por la cual no temerás, ni ser vencido de tentacion, ni de ser jamás despedido de tan hermosa compañía. De aquí tambien nace suma libertad, y sanidad, suavidad, amistad, honra, concordia, y finalmente todos los bienes, porque allí habrá todo lo que quisieres, y no habrá lo que no quisieres. Oh! bienaventurado reino, donde con Cristo reinan todos los santos, cuya ley es la verdad, cuya paz es la caridad, cuya vida es la eternidad: el cual ni se divide con la muchedumbre de los que reinan, ni se hace menor con la muchedumbre de los que lo participan, ni se confunde con el número, ni se desordena con la desigualdad, ni se estrecha con el lugar, ni se varia con el movimiento, ni se altera con el tiempo, que altera todas las cosas.

DIA TREINTA.

SANTA CATALINA DE SENA.

Habia en Sena de Toscana un tintorero llamado Jacobo Benincasio, que estaba casado con una buena muger llamada Lapa, y de este matrimonio vinieron al mundo en el año de 1347, dos hermanas gemelas de las cuales una se llamó Catalina. Fué tan grande el cariño que Lapa concibió por esta niña, que resolvió criarla á su pecho, aunque hasta entónces no lo habia hecho con ninguno, y el angelito pareció agradecerle esta prueba de amor, estando siempre tan festiva y alegre, que le dieron el epíteto de Enfrosina. Muy luego se descubrió en ella su natural propension á lo bueno: apenas tenia cinco años y ya pasaba mucha parte del dia en oracion, y cuando subia los escalones de su casa se detenia en cada uno para rezar un ave maria. Parece que habia nacido en ella la devocion á la Virgen, y su divino Hijo le inspiró el deseo de consagrarse á él esclusivamente, por lo que hizo voto de castidad cuando entró en los ocho años.

Desde entónces se vió favorecida con dones celestiales, apareciéndosele, segun se cree, su divino Esposo en una vision beatifica, que encendió en nuevos ardores su amor divino. Desde aquel dia desapareció el mundo á sus ojos, entregándose á la oracion, á la abstinencia, y á la soledad, para hacerse digna del rango á que aspiraba.

Los padres que ignoraban la resolucion de nuestra virgen, procuraron

reducirla á que cuidase de su persona, que tenia en un completo abandono, pues en las gracias naturales con que el Señor la habia dotado, fundaban la esperanza de obtener para ella un ventajoso enlace. Condescendió Catalina en dejarse rizar el pelo, pero al punto conoció que esta complacencia del amor propio no podia ser acepta á la divinidad, y su dolor y arrepentimiento fueron tan grandes, que toda su vida lloró amargamente para redimir esta falta.

Llegó por último un dia en que prendado un caballero de su hermosura la pidió para esposa, y sus padres la estrecharon, porque era un partido escelente. Entónces no vaciló: cortóse su hermosa cabellera, é hizo conocer al mundo que su resolucion era invariable. Grande fué el descontento de los padres al saber lo que habia hecho, y para apartarla del retiro y de la devocion, le encargaron el cuidado de la casa, y los oficios mas bajos y penosos: pero Catalina soportó con una resignacion admirable este nuevo contratiempo, y no pudiendo entregarse á la soledad y al retiro, levantó en su pecho un santuario, donde se recogió para pensar en su Dios, sin que le distrajesen de sus divinas contemplaciones el bullicioso trajin de la casa. Su constancia y su mansedumbre lograron desarmar la cólera de sus padres y parientes, que conociendo que obraba por inspiracion de Dios, abandonaron la perse-



S^{ta} Catalina de Sena

cucion doméstica con que la mortificaban, y la dejaron en libertad para que siguiese la voluntad del cielo.

Entónces quiso Catalina ensayarse en el rigor de la vida que anhelaba, pues su deseo era entrar en la tercera orden de penitencia del padre santo Domingo. Redujo su alimento á algunas yerbas sin pan, y su habitacion ó celda no tenia mas que dos costales que le servian de lecho, de mesa, y de silla. Rodeóse al cuerpo una cadena de hierro con puas, y no se desnudó de este silicio sino algunas horas antes de morir, y entónces solo por obediencia. No usó lino desde la edad de diez y ocho años, y mortificó tanto su cuerpo, que le privó hasta del descanso necesario, limitando su sueño á una hora cada noche, pues lo demas lo empleaba en la oracion. Por último, se aplicaba diariamente tres sangrientas disciplinas, siendo lo mas extraordinario, que á pesar de su delicada complexion, nada era bastante para saciar el ansia que tenia de penitencia.

Por este tiempo cayó enferma, y el cariño maternal se sobresaltó, pues Lapa la queria entrañablemente, á pesar de lo que la habia mortificado. Y como Catalina le manifestara que no recobraría la salud hasta que hubiese entrado en la orden tercera de santo Domingo, se decidió, á pesar de su antigua oposicion, á solicitar ella misma de las beatas sorores, que admitiesen á su hija. Recibió esta el hábito, y desde este momento le colmó el cielo de tan singulares favores, que ha sido una de las santas mas esclarecidas de los últimos siglos. Enceróse en su celdilla, de donde no salia mas que para la iglesia, y era tan perfecto su retiro, que solo hablaba con su confesor. Oraba por las noches todo el tiempo que las religiosas pasaban en el coro, y multiplicaba sus penitencias de tal manera, que su vida parecia un milagro.

No obstante, en medio de aquella

vida de abstinencia, de silencio y de mortificacion, se vió asaltada por las tentaciones mas terribles. Lágrimas de dolor vertieron aquellos ojos acostumbrados al llanto: preces de misericordia y de piedad pronunció aquella boca que no cesaba de ensalzar la munificencia divina: penitencias, austeridades, absoluta abnegacion, estas fueron las únicas armas de Catalina para conjurar aquella tempestad de sensaciones. La lucha fué terrible, pero la virgen conociendo que Dios permitia aquellas horas para acrisolar su virtud, humilló su frente en el polvo, y esperó de la Omnipotencia divina la fortaleza necesaria para salir vencedora.

Entónces en dulce éstasis se le apareció la Virgen con su santísimo Hijo, que adjudicó la victoria á su perseverancia.

Fray Reimundo de Capua, general de la orden de santo Domingo, y confesor de Catalina, refiere en la vida que escribió de esta santa, que habiendo doblado sus oraciones y penitencias en los últimos dias de carnaval, se sintió impelida de un fervor tan grande, que pidió al Señor una fé tan viva que nunca se debilitase, y una fidelidad á toda prueba, que le asegurase la ventura de ser constantemente esposa agradable á sus ojos. Entónces, continúa diciendo el mismo historiador, se le apareció Jesucristo acompañado de la Virgen, de san Juan, de santo Domingo y otros santos, y le declaró que le otorgaba sus súplicas, que la recibía como esposa suya, y le entregaba en señal un anillo, que habia de llevar en el dedo toda su vida.

Desde este insigne favor dejó Catalina su vida retirada, pues su celestial esposo le habia dado á entender que la caridad exigia se dejase ver de todo el mundo. Entónces se entregó á los ejercicios de esta virtud, encargándose de la asistencia y cuidado de dos pobres enfermas. Una de ellas llamada Toca, habia sido arro-

jada de la ciudad por estar cubierta de lepra: todos huían de ella: pero Catalina viéndola abandonada, la visitó dos veces todos los dias curándola y asistiéndola. Y esta ingrata muger no solo no agradeció tan extraordinaria caridad, sino que le llenaba de injurias como si fuese su esclava. Sin embargo, su proceder no aminoró en nada el celo de Catalina, que hasta el momento de espirar la asistió con el mismo abinco y cuidado. La otra muger se llamaba Andrea, tenia un cancro en un pecho, y despedía tal fetidéz que era imposible resistirla. Un dia no pudo menos la santa virgen de sentir repugnancia al tocar aquel lugar de podredumbre, pero haciéndose superior á tan impensado movimiento, aplicó fervorosa sus labios á la horrenda llaga, y chupó y tragó sus pestíferas y malsanas emanaciones. Tanta caridad y tanta abnegacion, solo sirvieron para que aquella muger le pagase con las mas atroces calumnias, publicando que consumía en torpezas todo el tiempo que hacía creer pasaba en oracion. Ayudóla para denigrar á nuestra santa otra mala muger llamada Palmerina, y tanto dijeron, que lograron engañar la credulidad de muchos. Sin embargo, el cielo se apresuró á defender la inocencia, pues Catalina no habia desplegado los labios para sincerarse; solo pagaba con beneficios las detracciones y las calumnias, hasta que conmovidas por su generosidad aquellas dos mugeres culpables, confesaron su flaqueza, y ensalzaron la virtud de nuestra santa con un sentido arrepentimiento.

Catalina aumentaba diariamente su perfeccion con el ejercicio de las virtudes evangélicas, y con las privaciones y austeridades que se imponía. Su vida era un milagro continuo, pues casi se habia prohibido el alimento, de tal mndo, que en una ocasion pasó desde principios de cuaresma hasta la Ascension del Señor,

sustentándose con la Eucaristía que recibía diariamente. Así era muy grande la veneracion que todos la profesaban; á lo que se unió el elevado entendimiento que debía al cielo, y una prudencia tan esquisita que era tenida por el oráculo de su siglo. Pruebas de su ingenio son las obras que admiramos con el nombre de santa Catalina, y las muchas cartas que escribió á los pontífices, á los cardenales y á varios soberanos.

En aquella época se habian sublevado los florentinos contra la iglesia romana, y escomulgados por el papa Gregorio XI, juzgaron que nadie seria mas á propósito para la reconciliacion que nuestra santa, por lo que la enviaron como medianera á Aviñon, residencia del pontífice. Poco trabajo le costó aplacar el ánimo del vicario de Jesucristo, pues fué tan grande la deferencia que le manifestó, que la hizo árbitra de la paz que concedía á sus remitentes. Conseguido esto, pensó Catalina en otra cosa de mayor importancia, como era la restitution de los papas á Roma, de donde habian salido hacia mas de sesenta años, y sus consejos decidieron á su santidad á llevar á cabo esta idea que ya tenia en su corazon: y saliendo de Aviñon el 13 de setiembre de 1373, entró en Roma á 17 de enero del siguiente año.

A la muerte de este pontífice trabajó mucho nuestra santa en el funesto cisma que affligia á la iglesia, para que reconociesen á Urbano VI, persuadida á que era el legítimo sucesor de Gregorio. Muchas fueron las honras que mereció del nuevo papa, que deseaba por último enviarla como legada suya á la reina de Nápoles y Sicilia; pero una enfermedad aguda que acometió á Catalina antes de salir de Roma, impidió que llevase á cabo esta mision. Cuatro meses de continuo padecer, de dolores agudos y de un sufrimiento admirable, purificaron todavia mas aquella vida de

abnegacion y de penitencia, que desde su principio habia ofrecido en las aras de su Dios, que la recibió en su seno el 29 de abril del año de 1380, á los treinta y tres de su edad. Enterróse su cuerpo en la iglesia de la Minerva, y el recuerdo de sus virtudes quedó indeleble, no solo en las hermanas de su órden, sino en todos los fieles que la veneraron como

á una de las santas mas favorecidas del espiritu de Dios.

El papa Pio II la canonizó con toda pompa y solemnidad en el año de 1461: y sus reliquias se veneran en varias partes, pues en Sena está su cráneo, en san Sixto de Roma una de sus manos, y en Venecia un pie entero en las monjas dominicas.

EL MARTIROLOGIO ROMANO REZA EN ESTE DIA.

En Lambesia en Numidia, de SAN MARIANO lector, y SAN JACOBO diácono: el primero soportó los rigores de la persecucion de Decio contra el cristianismo: en seguida fué aprisionado con su compañero Jacobo y sufrieron llenos de fortaleza los tormentos mas crueles, en cuyo amargo trance se vieron fortificados dos veces consecutivas por divinas revelaciones: por último, perdieron la vida á cuchilladas, consumando de este modo su glorioso martirio en compañía de otros muchos bienaventurados.

En Saintes, de SAN EUTROPIO, obispo, que habiendo venido á Roma desde Grecia en tiempo de san Clemente papa, y conociendo este su gran capacidad, le dió la mision de predicar en las Galias el evangelio de Jesucristo. Hízolo así el prelado lleno de celo, pero no pudiendo soportar las persecuciones y los tormentos que le hacian padecer, regresó á Roma, de donde salió nuevamente en compañía de san Dionisio Areopajita que enviaba el pontífice á las Galias en calidad de apóstol. Separóse de este en Arlés, entró en la Guyenne, y volvió á Saintes, de donde era prelado. En este segundo viaje fué mas dichoso, pues conquistó para el cielo á innumerables

personas, entre ellas á la hija del gobernador de la provincia, llamada Estela. Pero irritado el padre, envió tropas para prenderle, y habiéndole encontrado en una caverna fuera de la ciudad, le apedrearon y azotaron cruelísimamente, hasta que espiró en aquel rigoroso martirio el dia 30 de abril del año de 98. Estela dió sepultura á su cuerpo, y por premio de esta buena accion, recibió tres semanas despues la corona del martirio, de órden de su mismo padre.

En Córdoba, el martirio de SAN AMADON presbítero, SAN PEDRO MONGE Y SAN LUIS, que sucumbieron los tres en tiempo de los moros por la confesion de Jesucristo.

En Novara, en Italia, de SAN LORENZO presbítero español, que pasó á aquellos paises para enseñar el evangelio, y fué martirizado en compañía de muchos niños, que eran discípulos suyos.

En Alejandria, de SAN AFRODISIO presbítero, y otros treinta cristianos mártires por la fé,

En Efeso, de SAN MAXIMO mártir, que recibió la corona del martirio en la persecucion de Decio.

En Fermo, en la Marca de Ancona, de SANTA SOFIA virgen y mártir.

En Nápoles, de SAN SEVERO, obispo esclarecido por sus virtudes y milagros.

En Evora en la Albania, de SAN DONATO obispo, que floreció en santidad en tiempo del emperador Teodosio.

En Lóndres en Inglaterra, de SAN EREOMBOLDO obispo, ilustre por los milagros que obró.

Ademas se reza en España, de SAN INDALECIO, discípulo de Santiago, que vino á España á predicar el e-

vangelio, y sus milagros.

En Trento, de SANTA MAGENCIA viuda, natural de Coria en España, y madre de san Vigilio, obispo de aquella diócesis: fué muger de vida santísima, y esclarecida por sus milagros.

En Córdoba, de SAN JUAN, animoso atleta de Jesucristo, que se hizo superior á los tormentos con que los mahometanos le arrancaron la vida, queriéndole quitar su religion.

LA MISA ES EN HONOR DE SANTA CATALINA, Y LA ORACION LA QUE SIGUE.

Te suplicamos, omnipotente Dios, nos concedas, que pues celebramos el nacimiento al cielo de tu bienaventurada virgen Catalina, nos ale-

gremos en su anual solemnidad, y nos aprovechemos con el ejemplo de tanta virtud. Por nuestro Señor Jesucristo.

LA EPISTOLA ES DEL CAPITULO 10 Y 11 DE LA SEGUNDA DEL APOSTOL SAN PABLO A LOS CORINTIOS, Y LA MISMA QUE EL DIA 17 FOLIO 152.

EL EVANGELIO ES DEL CAPITULO 25 DE SAN MATEO, Y EL MISMO QUE EL DIA 17 FOLIO 152.

PENSAMIENTOS RELIGIOSOS.

LA VIDA ES BREVE, Y LA ETERNIDAD INACABABLE.

Los siglos se suceden con rapidéz, y unos tras otros arrastran consigo las gerarquías, las fortunas, los talentos. El mundo cambia de faz conti-

nuamente, y los trastornos que experimenta prueban su fragilidad, y su perecedera existencia.

Los días de gloria se ven precedidos por otros de luto y de sangre, y no pocas veces hemos visto seguir á los primeros otros de llanto y desesperacion.

La vida del hombre es un tejido de miseria; de vez en cuando lucen algunos destellos de felicidad por entre la negrura de su duracion, así como se ven en las harapietas ropas de un mendigo, mal fraguados remiendos de descolorida púrpura.

Los placeres y la ambicion arrastran alternativamente al hombre, que víctima de pasiones fementidas, se ve encadenado á su pesar, y forma el séquito de aquellas fantasmas que se revisten de un atractivo exterior para seducirle, y arrojan la máscara halagüeña para presentarse en toda su deformidad, luego que le tienen aprisionado.

¡Placeres! ¿quién ha podido daros ese nombre, si todo el que se entrega á vuestras seducciones, solo encuentra martirio en los goces, hastio en la posesion, y remordimiento en la saciedad?

¡Ambicion! bastardo afecto del corazon humano, signo de su esterilidad, abismo donde desaparecen las dulces expansiones del alma, y los religiosos sentimientos de la caridad.

¿Y el hombre ciego y extraviado corre presuroso tras este monstruo que lisonjea y acaricia sin comprender que su voracidad ha de empezar los estragos por su propia persona?

El mundo está presidido por una fatalidad terrible: el egoismo.

Sobre un pedestal de oro se alza formidable y severo, y el hombre vano y presuntuoso quema incienso ante este ídolo de la iniquidad.

¿Qué se han hecho las celestiales

inspiraciones que bajaron del cielo, y fueron promulgadas por la amorosa boca de un Dios?

Están esculpidas en el corazon del justo, del cristiano verdadero. «Ama á tu hermano como á tu persona, y los cortos días de tu peregrinacion se verán coronados por una era de inmortalidad y de beatitud.»

Estas palabras de union y de caridad anatematizan la adoracion, que el flaco y el descreido ofrecen ante la negra ara de su perdicion eterna.

Puede haber una hora de extravío, puede haber un momento de alucinacion, pero pasado el vértigo, domina la razon, y triunfan los sanos sentimientos sobre las insidiosas tentaciones del halago y de la lisonja.

¡Ay del que rinde su alvedrio á estos dos poderosos tentadores! suave ensueño mecerá sus ilusiones por un día, mas al siguiente, roedora é inabable pena se acogerá en su pecho al despertar.

¿Qué son las reducidas horas de la vida sino tormentos del corazon, afanes repetidos, una vizlumbre de esperanza al traves de negro porvenir, y un átomo de ventura entre mucho padecer?

¿Y por qué no han de sacrificarse estos mentidos y pasajeros goces que cubren de luto el corazon, cuando su sacrificio vuelve la paz al alma, y abre las puertas de un porvenir de gloria, de esperanza, y de fruiciones celestiales?

Cristiano, qué corta es la ofrenda que se esije al hombre! y cuán inmenso el galardón que se le ofrece en cambio! Dichoso el que se posttra, y cumple el precepto. La vida es breve, y la eternidad inacabable: en aquella gozará tranquilidad y ventura, y en esta se alzaré sobre sí mismo hasta la gloria de los ángeles.

INDICE

de los santos y títulos contenidos en este 4.º tomo.

Página	Página		
El patrocinio de San José.	5	Meditacion: de cuán breve es la felicidad del mundo.	44
DIA 1.º : San Hugo , obispo de Grenoble.	7	DIA 5: San Vicente Ferrer.	46
Santa Teodora mártir: san Venan- cio mártir , arzobispo de Toledo: san Victor y Esteban, mártires.	9	Santa Irene, mártir: san Zenon, mártir.	50
San Quintiano é Ireneo, mártires:		Oracion.	id.
san Macario, confesor: san Valerio, ab- bad: san Tesifon, mártir.	10	Epístola y evangelio.	51
Oracion, epístola y evangelio.	id.	Pensamientos religiosos: dulzura de la penitencia.	id.
Meditacion: el juicio final.	11	DIA 6: San Celestino, papa.	54
DIA 2: San Francisco de Paula, cf.	15	San Guillermo, canónigo de santa Genoveva.	55
Santa Maria Egipciaca , penitente.	20	San Sixto, papa y mártir: san Ti- moteo y san Diógenes, mártires: san Platon, mártir: san Marcelino, mártir:	57
San Anfiانو , martir: santa Teo- dosia, virgen y mártir.	25	san Celso, obispo y confesor.	58
San Nisiero, obispo: san Abundio, obispo: san Urbano, obispo.	26	Oracion , epístola y evangelio.	58
Oracion, epístola y evangelio.	id.	Meditacion: de la muerte de los justos.	id.
Pensamientos religiosos: la vida y el porvenir.	27	DIA 7: San Caliopio, mártir.	61
DIA 3: Santa Agape, Chionia é I- rene, vírgenes y mártires.	29	El beato Herman, llamado José, del órden premonstratense.	63
San Ricardo , obispo de Cicester.	31	San Alberto, religioso.	66
San Pancracio, ob. y mr.: san Eva- grio y san Benigno: san Ulpiano, mr: san Niceto abad: santa Burgondofora, virgen.	32	San Epifanio, obispo: san Donato y san Rufino , mártires: san Ciriaco, martir: san Peleusio, presb. y mar- tir: san Egesipo: san Saturnino , obis- po: san Aphraatio, anacoreta.	67
La misa.	id.	La oracion.	id.
La epístola y evangelio.	33	La epístola y el evangelio.	68
Meditacion: falacia de los gozes de este mundo.	id.	Pensamientos religiosos: felicidad en el arrepentimiento.	id.
DIA 4: San Isidoro , arzobispo de Sevilla.	36	DIA 8: San Dionisio, obispo de Co- rinto.	70
San Platon, abad.	40	San Bademio, martir.	71
San Agathophlio y san Teodulo:		San Edeso, mártir: san Eueno, san- ta Maximia y santa Macaria, mártires:	
san Ambrosio, obispo, san Zosimo, anacoreta.	43	santa Concesia, martir: san Herodion,	
Oracion y epístola.	id.		
Evangelio.	44		

san Asincrito y san Phlegon: san Per-
pétuo, obispo: san Redento, obispo:
san Amancio. 72
La oracion. id. 72
Epistola y evangelio. 73
Meditacion: á par que la muerte
del justo es apacible, la del pecador
endurecido es triste y temerosa. id.

DIA 9: Santa Casilda, virgen. 76
Santa Vautrudis, patrona de Mons. 78
San Procoro, mártir: san Demetrio,
san Concesio y san Hilario, mártires:
san Eupsequio, martir: san Acacio,
obispo: san Hugo, obispo. san Marce-
lo, obispo: santa Maria Cleofe. 80
Oracion y epistola. id.
Evangelio. 81
Meditacion: paz del alma. id.

DIA 10: san Macario, arzobispo de
Antioquia. 83
San Terencio y compañeros mrs. 85
San Ezequiel, profeta: san Apolo-
nio, presb. y mr. 86
Oracion, epistola y evangelio. 87
Meditacion: de las miserias grandes
con que está mezclada la felicidad del
mundo. id.

DIA 11: San Leon, papa, llamado
el Magno. 90
San Antipio, martir: san Domnion,
ob. y mr.: san Felipe, ob. 93
San Eustorgio, presb.: san Isaac,
monge, san Barsannuo, anacoreta. 94
Oracion, epistola y evangelio. id.
Meditacion: Remedio contra la
gula. 95

DIA 12: San Sabas, martir. 97
San Zenon, ob. de Verona. 99
San Wictor, mr. id.
Santa Visia, virg. y mr.: san Julio,
papa: san Constantino, ob.: san Da-
mian, ob. 100
Oracion, epistola y evangelio. id.
Meditacion: avaricia. 101

DIA 13: San Hermenegildo, mr. 105
San Justino, filósofo y mr. 108
San Carpio, ob.: san Papilio, diac.:
santa Agatonica, y san Agatodoro,
mrs.: san Máximo, san Quintiliano y
san Dadio, mrs.: san Ursio, ob. y
conf. 109
Oracion, epistola y evangelio. 110
Pensamientos religiosos: la eterni-
dad. 111

DIA 14: San Tiburcio, Valeriano y
Máximo, mrs. 113
San Pedro Gonzalez Telmo. 116
Santa Liduvina, virg. 122
San Próculo, ob. y mr.: santa Dom-
nina, mr.: santa Thomais, mr.: san
Ardalion, barquero y mr. 123
San Lamberto, ob.: san Fronton,
abad: san Abundio, conf. 124
Oracion, epistola y evangelio. id.
Pensamientos religiosos. Gloria á
Dios que es grande y misericordioso. 125

DIA 15: San Benito, conf. 127
San Olimpias y Máximo, mrs. 130
Santa Basilisa y santa Anastasia,
mrs.: san Maron, san Eutiques y san
Victorino: san Eutiquio, mr.: san Cres-
cencio, san Teodoro y san Pausilippa,
mrs. 131
Oracion. id.
Epistola y evangelio. 132
Meditacion: Remedio contra la ira
y contra los odios y enemistades que
nacén de ella. id.

DIA 16: San Toribio, ob. de As-
torga. 135
San Fructuoso, ob. de Dumio. 138
Santa Engracia y comp. mrs. 140
San Paterno, ob. de Avranches. 141
El beato Joaquin, conf. 142
San Calisto y Carisa, mrs.: san Ca-
yo y san Cremencio, mrs.: san Lam-
berto, mr. 143
San Druon, conf. 144
Oracion, epistola y evangelio. id.
Meditacion: de lo que el hombre
debe hacer para con el prógimo. id.

DIA 17: San Aniceto papa y mr. 146
La beata Maria Ana de Jesus. 147
San Mapalico, mr.: san Fortunato
y san Marciano, mrs.: san Pedro y
san Hermójenes, mrs.: san Elias, san
Pablo y san Isidoro, monges y mrs.:
san Panthagato, ob.: san Innocente ob.:
san Esteban, abad del Cister: santa
Potenciana, virgen. 151
Oracion. id.
Epistola y evangelio. 152
Pensamientos religiosos: la pena e-
terna. id.

DIA 18: san Eleuterio, ob. y santa
Antia su madre, mrs. 154
San Perfecto, mr. 157
San Apolonio, senador y mr. 159
San Corebo, mr.: san Calocero mr.:
san Gaudino, ob.

	Pagina		Pagina
Oracion y epistola.	160	Meditacion: del murmurar, escar-	192
Evangelio.	161	necer y juzgar temerariamente.	
Pensamientos religiosos: todo es		DIA 23: San Jorge, mr.	195
vanidad.	id.	San Adalberto, ob. y mr.	198
DIA 19: San Leon nono, papa.	163	San Felix, san Fortunato y san A-	
San Vicente de Colibre.	165	quileo, mrs.	199
San Timon, mr.	166	San Marolio, ob.: san Gerardo, ob.	200
San Hermógenes, san Cayo, san		Oracion, epistola y evangelio.	id.
Esposito, san Aristonico, san Rufo y		Pensamientos religiosos: la vida pa-	
san Galato, mrs.: san Sócrates y san		sa comunmente en la inutilidad.	201
Dionisio, mrs.: san Pafnucio, mr.: san		DIA 24: San Gregorio, arzobispo	
Efegio, ob. y mr.: san Jorje, ob.: san		de Granada.	203
Ursmar, ob.: san Crescencio, conf.	167	Santa Beuva y santa Doda, virgs.	204
Oracion, epistola y evangelio.	id.	San Fidel de Sigmaringa, mr.	206
Meditacion: remedio contra la lu-		San Roberto, fundador de Casa Dei.	208
juria.	168	San Sabas, mr.	id.
DIA 20: Santa Ines de Monte Po-		San Alejandro, mr.: san Eusebio,	
liciano.	171	san Neono, san Leoncio y san Longi-	
San Marcelino, ob.	173	nos: san Meliton, obispo: san Hono-	
San Sulpicio y san Serviliano, mrs.	id.	rato, ob.; san Egberto, monge: san	
San Victor, san Zotico, san Zenon,		Waldefrido: la beata Corona, vir-	
san Acindino, san Cesario, san Seve-		gen.	209
riano, san Crisóforo, san Teonas y san		Oracion y epistola.	id.
Antonino, mrs.: san Teotimo, ob.: san		Evangelio.	210
Marciano, presb.: san Teodoro: san		Meditacion: de otra manera de pe-	
Walderedo: san Teodoro, anacoreta.	174	cados que debe trabajar por huir el	
Oracion y epistola.	id.	buen cristiano.	id.
Evangelio.	175	DIA 25: San Marcos, evangelista.	211
Meditacion: remedio contra la en-		San Evodio, san Hermógenes y san	
vidia.	id.	Calisto, mrs.: san Esteban, ob. y mr.:	
DIA 21: San Anselmo, arzobispo		san Filon y san Agatopodio, mrs.	214
de Cantórbery.	178	San Aniano, ob.: san Ermio, ob.	215
San Simeon, ob. y mr.: san Ara-		Oracion, epistola y evangelio.	id.
dor, san Fortunato, san Felix, san		Meditacion: de la mortificacion de	
Silvio y san Vital, mrs.: san Apalo,		las pasiones.	216
san Isacio y san Crotato, mrs.: san		DIA 26: San Cleto, papa y mr.	218
Anastasio Sinaita: san Victor, ob.	182	San Marcelino, papa y mr.	219
Oracion.	id.	San Riquiero, abad.	222
Epistola y evangelio.	183	San Basilio, ob. y mr.: san Cláudio,	
Meditacion: Remedio contra la pe-		Cirino, y Antonino, mrs.	id.
reza.	id.	San Pedro Ratense, san Claren-	
DIA 22: San Sotero, papa y mr.	186	io, ob.: san Lucidio, ob.: santa Exupe-	
San Cayo, papa y mr.	187	rancia, virg.: san Raimundo, conf.:	
Santa Oportuna, abadesa.	189	santa Leocadia, virg. y mr.	223
San Apeles y san Lucio: san Aza-		Oracion y epistola.	id.
dio: san Milio, san Aceptimas, san		Evangelio.	224
Jacobo, san Aital, san Joseph, san		Meditacion: miserias de la vida.	id.
Azalia, san Abdesio, san Mareas, san		DIA 27: Santo Toribio de Mogro-	
Bicor y santa Tarbula, san Parmenio,		vejo, ob.	226
san Helimenas, san Chrisóteles, san		San Pedro Armengol.	229
Lucas y san Mucio, mrs.: san Leoni-		San Antimio, ob. y mr.	234
das mr.: san Epipodio, mr.: san Leon,		San Anastasio, papa.	id.
ob.: san Teodoro, ob.: santa Señori-		Santa Cita, virg.	235
na, abadesa.	190	San Castor y san Esteban, martires:	
Oracion.	id.	san Tertuliano, obispo: san Teofilo,	
Epistola y evangelio.	191		

	Página
ob.: san Juan, abad: san Mario, mr., y san Felix, ob.	236
Oracion y epístola.	id.
Evangelio.	237
Pensamientos religiosos: Dios es nuestro refugio.	id.
DIA 28: san Vidal y santa Vale- ria, mrs.	239
San Prudencio, ob.	241
Santa Teodora, virg. y mr.	id.
San Marcos, ob. y mr.: san Didi- mo, mr.: san Caralipio, Afrodisio, Agapio y Eusebio, mrs.	243
San Polion, mr.: san Acacio, san Menandro y sau Polienio, mrs.: san Pánfilo, ob.	244
Oracion, epístola y evangelio.	id.
Meditacion: consideracion de la muerte.	id.
DIA 29: san Pedro, mr.	247

	Página
San Hugo, abad de Cluni.	250
San Roberto, fundador del Cister.	id.
San Tichico, ob.: san Agapio y san Secundino, ob. y mr.: san Emiliano, santa Tertula y santa Antonieta, mrs.	252
san Paulino, ob.	id.
Oracion, epístola y evangelio.	id.
Meditacion: la gloria.	id.
DIA 30: Santa Catalina de Sena.	254
San Mariano y san Jacobo, mrs.: san Eutropio, ob. y mr.: san Amador, san Pedro y san Luis, mrs.: san Lorenzo, mr.: san Afrodisio, mr.: san Máxi- mo, mr.: santa Sofia, virg. y mr.	257
San Severo, ob.: san Donato, ob.: san Eremboldo, ob.: san Indalecio, mr.: santa Magencia, viuda, y san Juan, mr.	258
Oracion, epístola y evangelio.	id.
Pensamientos religiosos. la vida es breve y la eternidad inacabable.	id.

Fin del cuarto tomo.



DIA 28: san Vidal y santa Valeria, mrs. 239
 San Prudencio, ob. 241
 Santa Teodora, virg. y mr. id.
 San Marcos, ob. y mr.: san Didi-
 mo, mr.: san Caralipio, Afrodisio,
 Agapio y Eusebio, mrs. 243
 San Polion, mr.: san Acacio, san
 Menandro y sau Polienio, mrs.: san
 Pánfilo, ob. 244
 Oracion, epístola y evangelio. id.
 Meditacion: consideracion de la
 muerte. id.
 DIA 29: san Pedro, mr. 247
 DIA 30: Santa Catalina de Sena. 254
 San Mariano y san Jacobo, mrs.: san
 Eutropio, ob. y mr.: san Amador, san
 Pedro y san Luis, mrs.: san Lorenzo,
 mr.: san Afrodisio, mr.: san Máxi-
 mo, mr.: santa Sofia, virg. y mr. 257
 San Severo, ob.: san Donato, ob.:
 san Eremboldo, ob.: san Indalecio,
 mr.: santa Magencia, viuda, y san
 Juan, mr. 258
 Oracion, epístola y evangelio. id.
 Pensamientos religiosos. la vida es
 breve y la eternidad inacabable. id.
 DIA 28: San Pedro, papa y mr. 250
 San Prudencio, ob. 251
 San Tichico, ob. y mr.: san Agapio y
 san Secundino, ob. y mr.: san Emiliano,
 santa Tertula y santa Antonieta, mrs. 252
 san Paulino, ob. id.
 Oracion, epístola y evangelio. id.
 Meditacion: la gloria. id.
 DIA 30: Santa Catalina de Sena. 254
 San Mariano y san Jacobo, mrs.: san
 Eutropio, ob. y mr.: san Amador, san
 Pedro y san Luis, mrs.: san Lorenzo,
 mr.: san Afrodisio, mr.: san Máxi-
 mo, mr.: santa Sofia, virg. y mr. 257
 San Severo, ob.: san Donato, ob.:
 san Eremboldo, ob.: san Indalecio,
 mr.: santa Magencia, viuda, y san
 Juan, mr. 258
 Oracion, epístola y evangelio. id.
 Pensamientos religiosos. la vida es
 breve y la eternidad inacabable. id.
 DIA 29: San Pedro, papa y mr. 247
 San Prudencio, ob. 241
 Santa Teodora, virg. y mr. id.
 San Marcos, ob. y mr.: san Didi-
 mo, mr.: san Caralipio, Afrodisio,
 Agapio y Eusebio, mrs. 243
 San Polion, mr.: san Acacio, san
 Menandro y sau Polienio, mrs.: san
 Pánfilo, ob. 244
 Oracion, epístola y evangelio. id.
 Meditacion: consideracion de la
 muerte. id.
 DIA 28: San Vidal y santa Valeria, mrs. 239
 San Prudencio, ob. 241
 Santa Teodora, virg. y mr. id.
 San Marcos, ob. y mr.: san Didi-
 mo, mr.: san Caralipio, Afrodisio,
 Agapio y Eusebio, mrs. 243
 San Polion, mr.: san Acacio, san
 Menandro y sau Polienio, mrs.: san
 Pánfilo, ob. 244
 Oracion, epístola y evangelio. id.
 Meditacion: consideracion de la
 muerte. id.
 DIA 29: San Pedro, mr. 247

